



astor

Sergei Kourdakov (1951-1973) era un prometedor jefe de las Juventudes Comunistas, dedicado a apalear cristianos y requisar Biblias. En esta autobiografía narra su conversión a la edad de 20 años y su arriesgada huida de la Unión Soviética. Este libro, conocido también como *Forgive Me, Natasha*, se ha convertido en un clásico en todo el mundo.

Pa
www.palabra.es

«¿Por qué estaba yo allí, en esa fría mañana del 4 de septiembre de 1971, tan cerca de la muerte y lejos de mi hogar? ¿Por qué había abandonado la vida de Oficial de la marina y de Jefe de las Juventudes Comunistas de la URSS, para venir a caer aquí en el umbral de la muerte, en estas costas rocosas y hostiles de Canadá? Todo había comenzado mucho tiempo antes, en Rusia, con mi abuelo y mi abuela...».

Sergei Kourdakov nació en Rusia en 1951 y narra en este relato su accidentada vida desde su nacimiento hasta su huida a Canadá. Al llegar a este país hizo planes para dirigirse a la juventud rusa a través de la radio pero cuando estaba a punto de comenzar esas emisiones murió de un disparo. En principio se difundió la idea de que se había suicidado. Luego se dictaminó que había sido un accidente. Pero Sergei, que se sentía amenazado, ya había advertido que, si le sucedía algo, «tendría toda la pinta de un accidente».

El esbirro, un espectacular best-seller, es el relato heroico y conmovedor de la lucha de un joven por la supervivencia y por la verdad en el cínico mundo del Imperio comunista.

ISBN 978-84-9840-935-2



9 788498 409352

SERGEI KOURDAKOV

SERGEI KOURDAKOV

EL ESBIRRO

21ª edición

PARADIGMA



astor

El esbirro



| | |
|-------------------------|------|
| 1ª edición, junio | 1987 |
| 2ª edición, marzo | 1988 |
| 3ª edición, octubre | 1988 |
| 4ª edición, agosto | 1988 |
| 5ª edición, septiembre | 1990 |
| 6ª edición, diciembre | 1992 |
| 7ª edición, febrero | 1994 |
| 8ª edición, febrero | 1995 |
| 9ª edición, noviembre | 1996 |
| 10ª edición, septiembre | 1997 |
| 11ª edición, marzo | 2000 |
| 12ª edición, enero | 2001 |
| 13ª edición, junio | 2002 |
| 14ª edición, octubre | 2003 |
| 15ª edición, julio | 2004 |
| 16ª edición, marzo | 2006 |
| 17ª edición, septiembre | 2007 |
| 18ª edición, diciembre | 2009 |
| 19ª edición, diciembre | 2011 |
| 20ª edición, octubre | 2013 |
| 21ª edición, enero | 2016 |

El esbirro

EDICIONES PALABRA
Madrid

Título original: *The Persecutor*

- © Inter Aid International, 1987
- © Ediciones Palabra, S.A., 2016
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es
- © Traductor: Manuel Morera Rubio

Diseño de cubierta: Raúl Ostos
Fotografía de portada: © Istockphoto
ISBN: 978-84-9840-935-2
Depósito Legal: M. 27.333-2013
Impresión: Gohegraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

SERGEI KOURDAKOV

El esbirro

VIGESIMOPRIMERA EDICIÓN

astor

CAPÍTULO I

TEMPESTAD EN EL PACÍFICO

Nuestro barco llevaba días y noches luchando para abrirse camino a través de un Océano Pacífico terriblemente desencadenado. El temporal había comenzado de repente, cuando un ventarrón glacial procedente del norte chocó con una ráfaga de aire caliente que venía del Japón, donde había provocado ciclones. La explosión de esas masas de aire tuvo por efecto desatar los vientos y levantar las olas; y nosotros estábamos apresados en el ojo del huracán, a la altura de las costas canadienses. Aunque nuestro barco, el «pesquero» ruso *Elagin*, era grande y estaba concebido para resistir las más violentas tempestades, danzaba desde hacía unas sesenta horas sobre esta mar endemoniada como si fuese una simple barquilla.

Incluso muchos de los marineros más curtidos de la tripulación se habían puesto enfermos, pues el movimiento circular del temporal se volcaba contra los escarpados de la Columbia británica y, en un ciclo ininterrumpido, retrocedía hasta alta mar. Después de muchos días de semejante tormento, tanto el bou como su tripulación estaban agotados. El barco chirriaba y gemía como extenuado, luchaba, se derrengaba y a duras penas iba avanzando a rastras. Hasta en la cabina de la radio, que estaba

especialmente insonorizada, yo oía el poderoso movimiento rítmico de la mecánica del barco, como si cada parte de esas máquinas estuviese empeñada en una pelea violenta contra el temporal.

Los días anteriores había dormido muy poco. Como operador de radio, mi trabajo consistía en transmitir informaciones destinadas a nuestra base naval en la Unión Soviética; a causa del temporal, había estado de servicio casi ininterrumpidamente. Sin embargo, la tempestad exterior hacía menos mella en mí que la que se había desencadenado en mi interior. Después de haberlo calculado y preparado cuidadosamente durante meses, el momento de mi evasión se acercaba por fin. Estábamos en aguas territoriales del Canadá —habíamos solicitado autorización para penetrar en ellas, con el fin de defendernos mejor del temporal— y yo temblaba ante la idea de estar tan próximo de mi meta. Esperaba angustiado la ocasión de huir.

La proa del barco aparecía y desaparecía continuamente en las olas altas como montañas. Cada vez que chocaba con una de ellas todo el barco temblaba con una sacudida. La noche ya era de por sí oscura, pero las tremendas nubes negras hacían que la oscuridad fuese todavía más profunda. Hasta los marineros más veteranos comentaban con aprensión la oscuridad de esa noche.

Era la noche del 3 de septiembre de 1971. Diez barcos soviéticos, además del mío, habían obtenido autorización para esperar que el temporal amainase en el interior del estrecho de Tasa, próximo a la isla de la Reina Carlota.

Poco antes de las 20.30 h, hora en la que yo tenía que entrar de servicio en la cabina de radio, salí de mi camarote e inmediatamente me vi arrojado al suelo por la violencia de la tempestad. Tuve que echar mano de todas mis fuerzas para ir avanzando poco a poco por el puente resba-

ladizo. Alcancé por fin el puente de mando, abrí la puerta e hice irrupción en la cámara del timón.

—¿A qué distancia estamos de la costa? —le pregunté a mi amigo Boris, que estaba al timón.

Consultó el mapa.

—Aproximadamente a media milla —me respondió.

—¿Y a qué distancia de aquel pueblo? —volví a preguntarle, señalando unas luces apenas visibles a través de la lluvia.

—A unas tres millas y media —me contestó.

—Gracias —murmuré, dirigiéndome a mi puesto en la cabina de radio, justamente detrás del puente de mando.

Dado que estábamos en aguas territoriales canadienses, no podíamos emitir ningún mensaje. Mi trabajo se limitaba a comprobar que ninguno de nuestros barcos estaba en peligro. Esa noche, mi servicio duraría menos tiempo, lo cual me venía muy bien.

Miré el reloj y vi que eran las 20.30 h. Entonces me dije: «Sergei, podría ser que dentro de unas horas seas un hombre libre o que te hayas ahogado. Pero también podría suceder que padecieses una suerte peor que la de un ahogado, podrías ser repescado y enviado a Siberia a un campo de trabajos forzados como marino desertor y acabar siendo fusilado». En ese momento, otro que no hubiera sido yo habría vacilado.

Yo, Sergei Kourdakov, era oficial cadete, segundo ayudante de la Marina rusa, jefe condecorado de las Juventudes Comunistas; en todas las escuelas por las que había pasado, desde que tenía ocho años, me habían nombrado jefe de las organizaciones de la juventud comunista; en cuanto jefe de esas juventudes, fui encargado de enseñar el comunismo a 1.200 cadetes de la marina soviética. Dentro de cinco días tenía que incorporarme a la base naval, donde me promoverían a miembro de número del Partido comu-

nista; me esperaba un estupendo trabajo en la policía rusa. En realidad, tenía motivos más que de sobra para regresar a Rusia. Pero estos motivos no eran suficientes para mí. Lo que yo echaba de menos, fuera lo que fuera, no lo iba a encontrar jamás en el seno del sistema comunista que yo conocía a la perfección.

«Tres millas y media», pensé, haciendo un cálculo mental. No estaría seguro más que en aquel pueblo que se veía a lo lejos. Esa era la meta que me había propuesto. Si solamente llegaba a la costa, que no estaba más que a milla y media, podrían salir en mi búsqueda y encontrarme. Solamente estaría a salvo en el pueblo y en medio de la gente. Necesitaría una hora más para llegar al pueblo. Había tomado la temperatura del agua. Estaba a unos 9°. Como estábamos muy al norte, el tiempo que permaneciera en el agua era cuestión de vida o muerte. Calculé que lo más que resistiría en aquella agua glacial serían unas cuatro horas. Estaba en excelente forma física, porque había tenido mucho entrenamiento y había trabajado mucho los músculos con la gimnasia. «Tiene que ser ahora o nunca», pensé. En el fondo de mí mismo sabía que tenía que actuar inmediatamente.

La cabina de radio estaba situada entre la cámara del timón, en la parte delantera del puente de mando, y el cuarto de mapas, donde el capitán estaba de servicio. Como navegábamos muy cerca de la costa, el capitán observaba atentamente la posición del barco, para evitar aproximarse demasiado y encallar en las rocas recortadas que formaban un cerco delante del litoral.

Conecté los tres elementos del radar: uno de ellos estaba destinado a fines militares y los otros dos a la navegación; esperé que se calentaran. Confiaba en que no se produjera nada inesperado.

En ese preciso momento, el capitán asomó la cabeza por la puerta del cuarto de mapas y me gritó:

—¡Eh, Kourdakov! ¿Echamos una partidá³ de ajedrez?

Jugábamos al ajedrez con frecuencia. Yo no quería que, si declinaba su invitación, pudieran surgir sospechas, pero no podía permitirme perder nada de tiempo, pues no estaría seguro si no era en la más absoluta oscuridad y tenía que llegar a tierra antes de que el cielo aclarara. Además, temía que, si lo pensaba demasiado, mi resolución empezase a debilitarse.

—Camarada capitán —le dije—, estos últimos días he estado de vigilancia muchas horas seguidas y estoy agotado. Preferiría irme a descansar. Francamente, estoy demasiado cansado.

El capitán pareció divertido y añadió:

—¡Vaya con el joven lobo de mar! —y se echó a reír—. ¡Con tres días de temporal ya está demasiado cansado!

Di por dentro un suspiro de alivio. Me puse a hacer los últimos preparativos que tantas veces había planificado. Primero apagué la radio, dejando el receptor en la frecuencia de socorro, por si otros barcos nos llamaban. Conecté el altavoz más alejado y lo orienté hacia el puente de mando, de forma que Boris, que estaba en la parte de delante, pudiese oír los mensajes que llegaran de otros barcos de nuestra flota.

Comprobé que todo quedara ordenado en la cabina de radio y me deslicé rápidamente afuera, cerré la puerta con llave y me dirigí a mi camarote, pasando de nuevo por el puente de mando, que estaba en plena oscuridad, a excepción del reflejo de los testigos rojos, amarillos y azules del panel de a bordo. La lluvia que batía contra las ventanas del puente de mando impedía ver nada del exterior. Boris estaba de pie, débilmente iluminado por las luces de los instrumentos; los vigilaba atentamente para localizar el

menor fallo de las máquinas sobrecargadas de esfuerzo. Habíamos pasado muchas horas de servicio juntos durante las últimas semanas. Me detuve para cruzar algunas palabras con él, tratando de aparentar la mayor naturalidad, después me marché, con el pretexto de que estaba extenuado, y fui hacia mi camarote.

—Boris —le dije cuando me retiraba—, si llaman no me despiertes durante unas horas... a no ser que se trate de un caso de extrema urgencia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Sergei —respondió sonriendo—. Acuérdate de mí cuando te sientas calentito en la cama blanda.

—Por supuesto —le prometí, abandonando el puente de mando para aventurarme en medio del temporal.

Me agarré con todas mis fuerzas a la barandilla y prudentemente fui avanzando hacia mi camarote. Varias veces un viento furioso y una lluvia recia casi me hicieron rodar por el puente que se bamboleaba. Después de una lucha encarnizada contra la furia del viento y contra los azotes de las olas, llegué por fin a mi camarote. Entré y cerré con llave. En aquellos momentos cualquier visita inesperada podría ser fatal, pues me cortaría toda posibilidad de evasión. Nervioso, volví a mirar el reloj: eran las 21.25 h. Me quedaban menos de quince minutos para realizar los últimos preparativos. La conversación en el puente de mando me había robado unos segundos preciosos. Tenía que apresurarme para llevar a cabo mi plan en los pocos minutos durante los que el puente de mando estaría desierto. En cuanto la tempestad se calmara, el barco se vería invadido por los hombres que lo revisarían para localizar los daños que hubiera sufrido.

Puesto que nuestra posición era muy septentrional, yo llevaba el uniforme grueso: gordas botas militares, una camiseta fina y, encima de ella, un jersey muy grueso de cuello alto. Una vez en el agua, el peso de estas ropas sería un

serio estorbo y seguramente me crearía problemas para nadar. Pero quería entrar vestido en aquel pueblo, y con las botas en los pies. Me quedaba poco tiempo y no podía entretenerme ni pensar en esas cosas, aunque eran de importancia. Mis preocupaciones en aquellos instantes eran muy diferentes, más vitales todavía.

Hurgué en mi camastro y saqué un objeto en el que había estado trabajando los últimos tiempos; era un cinturón ancho en forma de bolsa impermeable. El exterior era de caucho grueso y el interior era de plástico impermeable. Abrí el cajón de mi armario y saqué los objetos a los que estaba más apegado y que tenía intención de llevar conmigo: fotos de amigos, de camaradas, de lugares que había frecuentado en Rusia y que no volvería a ver. Esos pocos objetos, preciosos para mí, serían los únicos que pasarían conmigo de la vida antigua a la nueva, con excepción de cicatrices —físicas y afectivas— y de numerosos recuerdos.

«Aquí está todo lo que puede dar testimonio de mi vida», pensé, mirando el puñadito de papeles. «Ni padre, ni madre. Este montoncito representa lo que ha sido mi vida». Muchas de aquellas cosas no tendrían ya razón de ser: mi tarjeta de miembro del Konsomol, mis papeles de marino. Otros, sin embargo, tendría que conservarlos: mi certificado de nacimiento, por ejemplo. Si sobrevivía a aquella noche, necesitaría esos documentos para identificar mi personalidad. Si no, cuando mi cuerpo fuera hallado, al menos habría un nombre para ponerlo en la lápida de mi tumba.

Actué rápidamente: después de haber metido mis papeles y mis fotos en el cinturón de caucho, lo cerré cosiéndolo, para que el agua no le entrara. Me lo até fuertemente a la cintura. Volví a hurgar en el cajón para tomar una cosa que me sería indispensable durante las próximas horas: el cuchillo de submarinista que había introducido oculta-

mente en el barco y que había tenido escondido. Me lo sujeté bien a la muñeca con una correa y bajé la manga del jersey para que no se viera. Si me descubrían en el puente, tenía que procurar que no me hicieran preguntas. Sería difícil que pudiera justificar la presencia de ese cuchillo, pero más tarde tendría para mí una importancia capital.

«Bien», me dije, «ya estoy listo. El cuchillo en su sitio y el cinturón bien ajustado». El reloj marcaba las 21.55 h, ya era tiempo de que me fuera. El viento soplaba con mayor fuerza, lo cual evitaría que me vieran. Abrí la puerta de mi camarote, salí al puente y una bofetada de niebla glacial me detuvo en seco. Incluso en aquel sitio, en el que estaba algo resguardado, el temporal era violento.

Me incliné contra el viento y descendí la escalerilla, agarrándome desesperadamente al pasamanos para no caer. Ya sobre el puente principal, miré a mi alrededor para asegurarme de que no me habían descubierto. No vi a nadie. Hasta aquí todo iba bien. Estaba prácticamente seguro de que todo el mundo permanecía abajo, resguardándose del mal tiempo.

A costa de grandes esfuerzos, me acerqué lentamente al lugar que había escogido unos días antes, en el centro del barco, como el mejor sitio para evadirme; se trataba de una pequeña plataforma situada justo debajo de la inmensa chimenea del barco, el único sitio a bordo que no se podía ver desde otras partes. Llegar hasta allí con grandes dificultades me costó unos cuantos minutos. La vista de aquella mar atormentada, con olas gigantescas, me dio escalofríos. «Es mejor que deje de mirar la mar», me dije, «porque si no, corro el riesgo de abandonar antes incluso de haberme echado al agua».

De repente, una puerta se abrió delante de mí y la luz que salió por ella me dio de lleno. Me agaché rápidamente, espantado. El que había abierto la puerta se quedó un ins-

rante en el umbral, vio el tiempo que hacía y se metió dentro. ¿Me habría visto? La puerta se cerró. Cualesquiera que hubiesen sido sus intenciones, la tempestad le hizo cambiar de idea.

Ahora tenía que actuar sin perder un segundo. El barco fue elevado sobre la cresta de una ola enorme, tuve entonces la impresión de que me encontraba en lo alto de una casa de dos pisos. Esperé a que el barco estuviese en el valle de la ola para echarme al agua. Pasó el último coletazo, me puse de pie en equilibrio y me preparé para lanzarme sin dudar a esa mar negra y desencadenada.



CAPÍTULO II

LA LUCHA POR SOBREVIVIR

Respiré hondo, me lancé y penetré en el agua tratando de llegar lo más hondo posible. Y entonces empezaron las complicaciones. El golpe de frío fue tan intenso que me quedé paralizado. El agua, cuando un rato antes había yo tomado la temperatura, no estaba más fría que la de los mares que yo conocía de antes. Ahora que me hallaba dentro de ella, mi cuerpo estaba totalmente helado.

Me tuve que hacer violencia para mover las piernas y los brazos entumecidos, y me puse a nadar bajo el agua lo más rápidamente que pude. Tenía que alejarme todo lo posible antes de salir a la superficie, para evitar que alguien pudiera verme desde el barco por una escotilla. Ya sin aliento, salí a flote y respiré anhelante. Me volví para mirar. Estaba todavía demasiado cerca del barco. De nuevo respiré hondo, me sumergí y nadé por debajo del agua todo lo que pude.

Aguanté sin salir a la superficie hasta que tuve la impresión de que los pulmones me iban a estallar. Ahora estaba mejor, pero seguía demasiado cerca del barco. Volví a hacer lo mismo hasta que me faltó el aliento. Esta vez conseguí surgir del agua más alejado.

Mi único pensamiento era apartarme del barco. Si me descubrían los proyectores se encargarían de que no me perdieran de vista, barrerían la superficie del agua y me convertirían en presa fácil, incluso en medio de aquellas terribles olas. Sabía que en el barco había un fusil de largo alcance con mira telescópica y que les sería tan fácil darme caza como si dispararan contra un pez en un acuario. No podría alegar que me había caído al agua, porque los documentos que llevaba en el cinturón me delatarían.

Repetí muchas veces la operación de llenar mis pulmones de aire y sumergirme nadando bajo el agua. Por fin consideré que ya me había alejado lo suficiente para permitirme mantenerme a flote y examinar la situación. Entonces fue cuando verdaderamente me hallé entumecido a causa del frío. Mis botas y mis ropas estaban empapadas, lo cual aumentaba considerablemente su peso. Me parecía que tuviera un saco lleno de ladrillos atado a cada uno de los pies, que tiraban de mí hacia abajo. El solo hecho de mantenerme a flote requería un esfuerzo ímprobo. Una ola enorme se echó encima de mí y me sumergió; creí que nunca volvería a salir a la superficie. No sé de qué manera me encontré de nuevo a flote, tosiendo, escupiendo y esforzándome por volver a tomar desesperadamente aire. ¡Mis botas! ¡Qué equivocación! Habría debido quitármelas. Tuve la impresión de que ese error me iba a costar la vida. «Sergei», me dije, «eres hombre muerto».

Era absolutamente necesario que me quitara las botas, y rápidamente, si no, la próxima ola que cayera sobre mí me hundiría definitivamente. Desaté el cuchillo que llevaba en el brazo y corté los pernils del pantalón. Después me arranqué la primera capa de las ropas: el grueso jersey. Entonces, metí la cabeza bajo el agua y me puse a acuchillar mi bota izquierda. Cosa curiosa: en tal momento de desesperación recordé una frase que me había repetido con

frecuencia: «Me gustaría morir con las botas puestas». Pero nunca me había imaginado que serían las botas las que me llevarían a la muerte. Daba cuchilladas a diestro y siniestro, pero el cuero empapado de agua no cedía. Volví a tomar aire profundamente y me sumergí manejando el cuchillo con desesperación. Sabía que si no lograba desembarazarme pronto de las botas, no volvería a salir. Introduje el cuchillo por la parte alta de la bota izquierda y empleé todas mis fuerzas para rajarla, ¡Por fin el cuero cedía! En el momento en que me di cuenta de que el cuchillo podía con el cuero, sentí que se me renovaba el ánimo. Repetí la operación de salir a tomar aire y sumergirme. En este tercer intento, la bota izquierda desapareció.

Ahora la que se resistía era la derecha. Volvió a invadirme la desesperación y me puse a dar cuchilladas al cuero sin ton ni son, con lo cual conseguí hacerme un corte en el tobillo. Al fin acerté a introducir la hoja del cuchillo y me puse a tirar... Noté cómo el cuero se rajaba. ¡Estaba libre de aquel peso de plomo! Pero me hallaba tan cansado que no tenía ánimos ni para alegrarme. Llevaba ya casi una hora en el agua.

En cuanto me hube desprendido de las botas, me di cuenta de que había otro obstáculo: la niebla. Una niebla tan espesa que se podía cortar me impedía toda visibilidad; y lo peor era que nos envolvía al barco y a mí. Combinada con la lluvia y las olas, no pude ya distinguir ni siquiera las luces del *Elagin*, que hasta ese momento había utilizado como punto de referencia para saber dónde se encontraba la costa. Tampoco podía detenerme, ¿pero hacia dónde debía nadar? Perdí el norte y me hallé totalmente desorientado. La lluvia me azotaba despiadadamente. Todo se había torcido.

Sin brújula y sin visibilidad, tenía pocas esperanzas de alcanzar tierra firme sano y salvo. No veía ni a un metro

por delante de mí. Ya llevaba dos horas en el agua. La lucha por quitarme las botas había agotado lo mejor de mis fuerzas. Había tragado una enorme cantidad de agua. El frío se iba apoderando de mí. Un entorpecimiento paralizante me invadía. Estimé que no me quedaban más de dos horas de vida. Si en ese tiempo no conseguía llegar a la costa, sería muy improbable que la alcanzara.

Decidí aventurarme hacia donde creía que podía estar la costa y me puse a nadar con todas las fuerzas que me quedaban. Fui aprendiendo a calcular el movimiento de las olas inmensas y procuraba aprovecharlo; aprendí cuándo tenía que elevarme sobre una ola que se acercaba y cuándo podía relajarme para recuperar fuerzas antes de dar un nuevo impulso. El frío me trataba como un látigo. Después de la niebla, era mi peor enemigo. Mis energías se iban consumiendo y empecé a dar violentos tiritones. No obstante, iba avanzando. Subía la cresta de una ola y me dejaba caer por el lado contrario, después la emprendía con la siguiente.

Seguí nadando hasta que, al consultar la esfera luminosa de mi reloj, me di cuenta de que hacía casi tres horas que estaba en el agua. Tenía que estar cerca de la costa. Este pensamiento me sobrecogió.

Un fuerte golpe de viento disipó momentáneamente la niebla. Impaciente, traté de divisar tierra. ¡Allí estaba!, apenas visible entre la niebla... una enorme masa negra, que dominaba las aguas tumultuosas. ¡Tierra! ¡Una roca! ¡Lo había conseguido! ¡Era magnífico! ¡Sencillamente magnífico! Nunca, en toda mi vida, había deseado tan impacientemente una cosa como la vista de ese espolón rocoso. «Has llegado, Sergei, has llegado», me dije, felicitándome. Continué nadando hacia la roca agotando desconsideradamente las energías que me quedaban y que ahora ya no ne-

cesitaba ahorrar tanto. La niebla se rasgó unos segundos, miré y no quise creerlo.

«¡Oh, no!», grité horrorizado. «¡No es posible!». Pero sí lo era. ¡La «roca» era el *Elagin*! Después de tres horas de un frío atroz, mis fuerzas estaban exhaustas y volvía a hallarme en el punto de partida.

Ahora me encontraba en una situación desconcertante, que no tenía prevista. ¿Qué tenía que hacer? La luz que brillaba en las claraboyas era atrayente y cálida. ¿Y si me quitaba el cinturón de caucho y decía que me había caído al mar? Puesto que el barco se agitaba de aquel modo, mi historia podría ser convincente. Me sacarían del agua, me darían alimentos y unas mantas calentitas: mi cruel pesadilla acabaría.

¿Acabaría de verdad mi pesadilla? Volvería a encontrarme fatalmente en las circunstancias insoportables de las que deseaba huir, y hasta el fin de mi vida estaría en un puro tormento.

¿Qué hacer, entonces? ¿Dirigirme otra vez hacia la costa? En aquellos momentos eso me parecía poco menos que imposible. Estaba físicamente extenuado y psicológicamente agotado. ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir con aquella temperatura glacial? Había calculado que aguantaría todo lo más cuatro horas. Ya llevaba tres horas en el agua.

Transido de frío, hice un esfuerzo para darme cuenta de la situación lo mejor que me lo permitiera mi espíritu atormentado. Tomé la decisión de que prefería morir buscando la verdadera vida antes que continuar viviendo como lo había hecho hasta aquel momento. No quería –ni podía– volver al género de vida que había conocido. Aunque me ahogara, no debía regresar al barco.

Pocas esperanzas me quedaban. No obstante, me puse a alejarme del *Elagin*. Pensé en los documentos escondidos

en el cinturón. ¿Los encontraría alguien? ¿Habría algún alma viviente que descubriera mi identidad? ¿Habría alguien que se propusiera conocer la historia del cuerpo arrojado a la orilla? Mi cabeza empezó a dar vueltas como un torbellino con estos pensamientos. Toda mi vida, desde los seis años, había estado solo... sin madre ni padre. Me parecía una crueldad encontrar la muerte también solo, perdido en las aguas.

Intenté orientarme. ¿Hacia dónde se hallaba la tierra? ¿Cómo lo iba a saber, si solamente veía a un metro de distancia? Me detuve. Comencé a dar vueltas en redondo, a fuerza de intentar desesperadamente escoger una dirección. Sentí que estaba perdido, totalmente perdido.

«Sergei», pensé, «has acabado. Vas a morir. Nadie está al corriente de esto. Nadie está preocupado por ti. Nadie».

Me habían educado en la doctrina de Marx, de Engels y de Lenin. Ellos eran mis dioses. Me había prosternado tres veces ante el cuerpo inanimado de Lenin en Moscú y le había dirigido una oración ferviente. Era mi dios y mi maestro. Pero ahora, al final de mi vida, mi espíritu se volvía hacia ese Dios que no conocía. Rogué casi instintivamente: «Dios, no he sido nunca feliz en esta tierra. Ahora que me estoy muriendo, acoge, si te place, mi alma en el Paraíso. Dios, quizá podrías darme allí un poco de felicidad. No te pido que salves mi cuerpo, pero en el momento en que se hunda, acoge mi alma en el Cielo, por favor, ¡Dios!». Cerré los ojos, completamente convencido de que todo había acabado. «Ya estoy preparado», pensé en lo más profundo de mi alma. «Ahora me puedo dormir». Me relajé y cesé de luchar. Mi pelea había concluido.

Lentamente, muy lentamente sentí que algo extraño estaba sucediendo. A pesar de que toda mi energía se había gastado hasta la última gota, una fuerza nueva invadió mis brazos extenuados. Sentí como si en el agua me rodearan

los brazos recios y amorosos del Dios vivo, como si me encontrara una boya enviada del cielo. Yo no era creyente. Jamás antes había dirigido mi oración a Dios. Pero noté *que* brotaban en mi cuerpo agotado nuevas reservas de fuerzas. Podía nadar. Mis brazos que, unos minutos antes, me pesaban como el plomo, me parecían ahora lo suficientemente fuertes para permitirme alcanzar la orilla. Hacía cuatro horas y media que me había lanzado al agua.

Pero lo más extraño era *que*, *sabía* en qué dirección tenía que avanzar. Adivinaba dónde estaba la costa. Incluso cuando las olas me arrastraban con su furia volvía a tomar la dirección que me llevaba a tierra firme.

No comprendía lo que me estaba pasando. Solo sabía que mi vida se salvaría. Durante dos horas estuve avanzando con regularidad. De repente oí delante de mí un ruido estruendoso y me invadió una duda tremenda: ¿sería otra vez mi barco? ¿O sería otro de los que había por allí? ¿Había estado nadando en círculos?

Nadé enérgicamente hacia el ruido. Como la niebla se había disipado un poco y la intensidad de la lluvia había disminuido, percibí una sombra vaga. Era lo que yo pensaba... una roca surgía, inmensa, desde el agua. Una roca de verdad. Lo que había oído era el estruendo de las olas rompiendo contra ella... ¡Había llegado a la costa! «¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí!», grité dentro de mí, y el corazón me saltó de alegría.

Pero mi entusiasmo se apagó inmediatamente. Caí en la cuenta de que iba a dar contra unos terribles rompientes. Cualquiera de las olas podía arrastrarme, estrellarme contra esa roca y molerme hasta los huesos. «Todavía no has salido de apuros», pensé. Volví a levantar mi voz hacia Dios y otra vez lo sentí cercano a mí, *sabía* que estaba conmigo.

Yo estaba estupefacto. A pesar de haberme pasado cinco horas en el agua, conservaba toda mi presencia de espíritu. Observé cómo una ola inmensa se estrellaba contra la roca. Me puse a nadar como un desesperado, intentando aprovechar el momento oportuno para atravesar entre las enormes rompientes. ¡Lo conseguí! Pude aferrarme a la roca. Por primera vez desde hacía cinco horas, tenía un punto de apoyo sólido.

Escalé la roca como una centella, tratando de subir lo más alto posible, para evitar la embestida de la ola siguiente, que podría fácilmente volverme a arrastrar al mar... La ola siguiente se estrelló a mis pies. Me agarré a las asperezas de la roca y seguí subiendo hasta que pude contemplar el mar tumultuoso muy por debajo de donde yo me hallaba.

Quise distenderme un poco y me encontré absolutamente extenuado. Me quedé allí sentado, helándome y tiritando, entrechocando los dientes; me resultaba imposible controlar mi cuerpo, que temblaba violentamente. Había tragado grandes cantidades de agua salada y tenía una sed atroz. Sabía que no podía quedarme allí de aquella manera. Eran aproximadamente las cinco. Me había lanzado al agua a las diez de la noche y estaba seguro de que ya habían descubierto mi ausencia a bordo del *Elagin*. En cuanto amaneciera podían localizarme con unos gemelos allí, en lo alto de la roca. A cada momento me parecía que una canoa con un equipo de salvamento hendía la niebla en mi búsqueda. Me figuraba cómo me apresaban o cómo me disparaban con un fusil telescópico. No podía permanecer en ese lado de la roca. Tenía que alcanzar el pueblo y encontrar gente, para sentirme seguro. Empecé otra vez a subir por la roca. Era un cortado de unos cincuenta metros. A pesar de todo, conseguí con grandes esfuerzos enca-

ramarme hasta la cima; entonces pensé que por fin estaba a salvo.

Pero no. Mi valor se vino abajo. No había, ni mucho menos, alcanzado la costa. El pueblo estaba al otro lado de una bahía, a unas dos millas. ¡Tenía que echarme a nadar otra vez! Estaba al borde del delirio. No podía ni hacerme cargo exactamente de mi situación. Se apoderó de mí un solo pensamiento, como una fuerza ciega e irresistible que me impulsaba a llegar al pueblo rápidamente, antes de que pudieran venir a buscarme. Pero ésa tarea me parecía imposible. Mis energías se habían agotado. Estaba transido de frío y temblaba cada vez más violentamente. Me dirigí al borde de la roca y me puse a descender hacia el agua. De repente, me resbalé. Caí y rodé tres o cuatro metros botando como una pelota. Me laceré el cuerpo contra las asperezas de la roca y las heridas me quemaban terriblemente y me cubrían de sangre. En uno de los golpes caí hacia atrás y sentí un dolor vivísimo en la espalda. Entonces reboté hasta el fondo de un hondón. Me quedé allí inmóvil, perdiendo sangre. Tuve otra vez el convencimiento de que no salía de aquello. A oscuras, azotado por la lluvia, me obstinada en surgir de aquel agujero. Si no hubiera sido por el mucho entrenamiento que tenía como alpinista, no lo habría conseguido.

Cuando por fin estuve otra vez arriba, pude ver las luces del pueblo al otro lado de la bahía. Las dos millas que me separaban de él me parecían una distancia infinita. El día empezaba a clarear. Había perdido la noción del tiempo. ¡Tenía que conseguirlo! Me eché al agua y en ese momento lancé un alarido; fue como si me hubiera sumergido en un horno ardiente. En medio de ese horrible dolor, pensé confusamente: «Dios, me estás haciendo padecer un poco el dolor que yo he infligido a tus hijos». Notaba cómo la sangre fluía de mis heridas. De pronto, vi —o me-

jor dicho, tuve la impresión de ver— algo que me horrorizó: un pequeño barco se acercaba hacia mí. Pensé que me habían localizado y venían a cogerme.

Todavía hoy ignoro si se trataba de un verdadero barco o si era una febril alucinación mía. Una sola idea se impuso a todo mi ser: nadar para alejarme. Con el esfuerzo, el dolor me laceraba, pero aun así continué nadando. Me embargó un desfallecimiento; había perdido demasiada sangre y estaba a punto de desmayarme. «¡Ahora no!», grité en mis adentros, «¡cuando tengo la libertad al alcance de la mano!». Volví a percibir, a la luz del alba, el pequeño pueblo de pescadores; un centenar de metros me separaban de él. «Dios, después de todo lo que he pasado, no permitas que yo muera tan cerca de la libertad. ¡Por favor, no lo permitas!».

En ese momento me rodeó la oscuridad. De lo último que me acuerdo es de una visión turbia de ese pueblo. Mi pensamiento estaba fijo en una cosa: «¡Tengo que seguir nadando! ¡Tengo que seguir nadando!». Después, la noche se hizo total. No recuerdo nada más.

* * *

¿Por qué estaba yo allí, en esa fría mañana del 4 de septiembre de 1971, tan cerca de la muerte y tan lejos de mi hogar? ¿Por qué había abandonado la vida de oficial de la marina y de jefe de las Juventudes Comunistas de la URSS, para venir a caer aquí en el umbral de la muerte, en estas costas rocosas y hostiles del Canadá?

La historia había comenzado mucho tiempo antes, en Rusia, con mi abuelo y mi abuela.

CAPÍTULO III

LA FAMILIA QUE NO TUVE

Nunca vi a mi abuelo Iván Kourdakov. Pero tengo la impresión de haberlo conocido a través de los relatos de una anciana que lo conocía bien. Lo que ella me contó me ha dejado la imagen de un hombre al que me hubiera gustado mucho conocer.

Era típicamente ruso, alto, ancho de espaldas, un hombre de la tierra, impresionante de verdad. Nació cerca del pueblo de Povolgiye, a orillas del Volga, y aprendió a vivir independiente y a tener confianza en sí mismo. Era propietario de su granja y poco a poco había hecho de ella una explotación próspera y floreciente.

En tiempo de los zares había sido capitán de cosacos y había colaborado a reprimir sublevaciones y algaradas en las regiones del sur de Rusia. Más tarde, en calidad de capitán de cosacos en el seno de los Guardias Blancos, tomó parte en los intentos de aplastar la nueva revolución comunista. Poco tiempo después de esa época murió su mujer. Después, durante la guerra contra los comunistas, conoció a una «princesa» de la tribu Ossetia, tribu que tiene sus lares en el bajo Cáucaso. Esa «princesa» fue más tarde mi abuela. Me contaron que su título de princesa estaba justificado no solo porque su padre era propietario de tierras y

de ovejas, sino también por su belleza. Llevaba los cabellos negros trenzados y le llegaban hasta los tobillos.

En 1921 mi abuelo volvió de la guerra a su pueblo dispuesto a comenzar una nueva vida con su joven esposa. Todo el mundo en el pueblo la admiraba y la envidiaba por su educación, su encanto y su gracia. También mi abuelo fue envidiado a causa de su princesa; las lenguas empezaron a decir que la había conseguido porque formaba parte del botín de guerra. Y la verdad era que se había apoderado de ella a la fuerza, pero también le había robado el corazón, pues me contaron que ella era felicísima con él. Juntos trabajaron duro para sacar adelante la granja. En 1928 se había labrado una sólida situación, poseía muchos caballos, un arado y una segadora. No se podía decir que fuera rico, pero estaba bien situado gracias a su espíritu emprendedor y a su esfuerzo. Vivía en su tierra natal y era verdaderamente feliz; y mi abuela también. Pero la desgracia no tardó en llegar.

En 1928, Stalin puso en marcha su programa de colectivización y emprendió una lucha encarnizada contra los granjeros y los kulaks, propietarios de tierras. Aquello fue el imperio del terror, el más espantoso que hasta aquel momento había conocido el siglo XX. Comisionados del ejército se presentaban sin más en las granjas, apuntaban con una pistola a los propietarios y confiscaban todos los alimentos y todas las cosechas, dejando que los campesinos y sus familias murieran de hambre. Fue la primera vez que en el mundo se provocaba un hambre deliberadamente prevista por los hombres; murieron de inanición millones de seres humanos, porque se resistían a abandonar sus propiedades y su género de vida. Por esa misma época Stalin aumentó las exportaciones y vendió leche, trigo y queso al extranjero. Más de un millón de niños murieron de desnutrición.

Y en 1928 los comunistas la emprendieron con mi abuelo. Un funcionario comunista de la localidad llegó un día a la granja, le apuntó con la pistola y le dio la orden siguiente: «Entrégame todos tus bienes y las cosechas». Aquel hombre era un borracho y un miserable que no había trabajado en su vida. Ordenó a sus hombres que lo registraran todo e incluso que removieran la tierra para buscar el trigo que pudiera haber escondido.

Pero mi abuelo no era hombre que cediera tan fácilmente ante el primero que llegará. Cuando el intruso le dio la espalda, se le echó encima y lo atenazó como lo hubiera hecho un oso ruso; y como era un verdadero gigante, lo aplastó entre sus brazos hasta que le rompió las costillas y la columna vertebral. Cayó al suelo como una masa inerte. Mi abuelo fue inmediatamente apresado y enviado a un campo especial de trabajos forzados en Siberia, donde estuvo nueve años, de 1928 a 1937. Jamás volvió a ver a mi abuela. Ella fue internada en un campo de mujeres y allí murió. En el campo de trabajos forzados destinaban a mi abuelo a tareas tremendamente duras. Aunque ya no era joven, seguía siendo muy fuerte físicamente y pudo soportar los enormes esfuerzos que le imponían.

En octubre de 1937 fue transferido a un campo de explotación forestal, a orillas del río Chulyrn, en Siberia. Tenía que transportar troncos desde el río hasta el ferrocarril de vía estrecha. Un día que las máquinas se habían averiado, mi abuelo cargó con un tronco enorme y lo llevó hasta el vagón. El esfuerzo brutal que hizo le rompió las espaldas y los músculos abdominales. Murió al muy poco tiempo.

Mis recuerdos de mi madre y de mi padre están formados en parte por vagas imágenes personales y en parte por cierta cantidad de datos variadísimos, que me dio un antiguo amigo de mi padre. Yo tenía solamente cuatro años

cuando mataron a mi padre. Mi madre murió poco después.

Mi padre nació en Povolgiye, en la granja de mi abuelo. En 1928, cuando mi abuelo fue enviado a Siberia, mi padre tuvo que acompañarle. Lo metieron en una escuela próxima al campo de trabajo y fue educado en un orfanato del Estado. Siendo todavía muy joven, se hizo comunista ferviente. Como su padre estaba preso en un campo de trabajos forzados, la primera tarea que se impuso fue la de «purificar sus propios antecedentes penales y sustraerse a las relaciones familiares perniciosas». Así pues, renegó de mi abuelo.

Del breve período durante el que conocí a mi padre, recuerdo que lo amaba mucho y que venía a mi cuarto a darme las buenas noches, cuando yo era un niño de tres o cuatro años. Todavía hoy veo sus ojos negros penetrantes, y casi puedo sentir sus bigotes retorcidos haciéndome cosquillas al besarme. También recuerdo que le gustaba mucho beber. Habitualmente, cuando regresaba a casa, se sentaba a la mesa con una botella delante. Como era militar, se ausentaba durante largas temporadas. Pero cuando estaba en casa, nos divertíamos mucho juntos.

Me acuerdo que me hacía bailar la *chechotka*, esa célebre danza rusa en la que hay que levantar las piernas muy alto. Cuando lo conseguía, me daba un vaso pequeñito de vodka, me lo bebía y volvía a ponerme a bailar. Mi padre se emborrachaba rápidamente y se echaba en la cama. Muchas veces, mientras estaba acostado, yo iba al ropero, sacaba su uniforme y me ponía su casaca. Después, me pavoneaba, cubierto el pecho de medallas brillantes que tintineaban con mis movimientos. Aparte de esto, no me acuerdo apenas del tiempo que viví con mi padre.

Como estaba más cercano a mi madre, me acuerdo de ella mucho mejor. Se llamaba Anisia. Procedía de una fa-

milia muy pobre, en la que, sin embargo, había quienes creían en Dios. Se ocupaba mucho de mí. Pero la mayor parte de los acontecimientos que vivimos juntos en los primeros años se han esfumado de mi memoria desde hace tiempo.

Sin embargo, me acuerdo bastante bien de uno de mis dos hermanos. Tenía unos cuantos años más que yo y era mi héroe. Como vivíamos en la base militar de Novosibirsk (que significa Nueva Siberia), Vladimir fue enviado al pueblo para asistir a la escuela. Durante las vacaciones volvía a nuestra casa en la base militar; entonces nos divertíamos como locos. Recuerdo lo alto y fuerte que era y cuánto lo admiraba.

Un día, cuando yo tenía cuatro años, vino a visitarnos a casa. Nada más llegar, me dijo: «Vamos a dar un paseo, Sergei». Colocó un cojín en el cuadro de la bicicleta, me sentó en él y nos pusimos en marcha. Fuimos a toda velocidad por la carretera de la base y tomamos una pista estrecha a través del bosque. Subiendo y bajando las cuestas nos divertimos mucho y no parábamos de reír. Me acuerdo que llegamos a un establo, bajamos de la bici y me pusieron encima de un caballo. Vladimir montó detrás de mí y salimos al galope. Yo procuraba agarrarme a él casi desesperadamente; él llevaba las riendas. ¡Qué bien lo pasamos! No nos habíamos dado cuenta de que nuestra madre nos había visto y se había lanzado tras nosotros, gritando: «¡Vladimir, Vladimir, dame a ese niño!».

Habíamos dejado a mamá tan atrás que habría sido imposible oírla, si no hubiera ocurrido un incidente. Precisamente en un momento malo, cuando el caballo pasaba bajo las ramas de un árbol, Vladimir se volvió para mirar no sé qué y fuimos lanzados del caballo, cayendo brutalmente al suelo. Vladimir aterrizó sobre uno de mis pies y me puse a dar alaridos y a llorar a mares. Nuestra madre

nos alcanzó por fin y exclamó: «¡Vladimir, eres un imbécil! ¿Te has vuelto loco para ponerte a galopar como el viento? Y por si fuera poco, te llevas a Sergei en el caballo y no consigues sostenerlo encima de él». No olvidaré la regañina de mamá y estoy seguro de que Vladimir tampoco la olvidó nunca. La escuchó con respeto y, cuando acabó de regañarle, me tomó en sus brazos y me llevó a casa. Durante todo el camino estuve llorando, aunque fue mayor el susto que pasé que el daño que me hice.

Vi a mi hermano por última vez cuando entró en mi cuarto, estando yo ya acostado, para decirme que lamentaba mucho lo que había ocurrido. Me aseguró que yo llegaría a ser un muchachote alto y fuerte y que un pequeño accidente como aquel no le hacía daño a nadie. Después me besó y se fue. Así salió de mi vida. No lo he vuelto a ver y he perdido todo rastro suyo.

A los diecisiete años, cuando estaba estudiando en la Academia naval de Leningrado, volví en una ocasión a Novosibirsk. Un amigo mío mayor que yo me preguntó:

—Sergei, ¿te gustaría saber algo más acerca de tu madre, de tu padre y de tu hermano?

—Por supuesto —le respondí.

—Pues bien —me dijo—, ve a la base militar que se halla en las afueras de la ciudad y pregunta por el teniente coronel Dobrinsky. Conocía a tu padre y podrá darte las informaciones que desees.

Ya me habían dicho que a mi padre lo habían fusilado y que mi madre había muerto unos meses después, pero yo no conocía en qué circunstancias. A mi edad tenía empeño en saber todo lo que pudiera de este asunto. Cuando era más joven, a los trece años, había oído decir que no se podía excluir la posibilidad de que mi hermano Vladimir estuviese en un campo de presos en el Kazakstán. Entonces, escribí al Soviet Supremo de la República de Kazak para

que me ayudasen a localizarlo. Me contestaron que no figuraba en los registros de aquella República y que era totalmente desconocido.

Más adelante, por intermedio de un alto funcionario comunista, envié la misma petición al Soviet Supremo de la URSS, en Moscú, preguntando si me podían ayudar a encontrar a Vladimir. Pero tampoco lo encontraron. Como no hay ningún rastro de él, es posible que haya seguido la misma suerte que mi padre, que haya sido fusilado o que esté confinado en algún campo de presos. De todas maneras, no he perdido la esperanza de encontrarlo algún día.

A los cuatro años tuve que irme a vivir con personas que no eran de mi familia, y a partir de los seis viví en los orfanatos del Estado. Excepto en aquellos muy primeros años, no conocí ni las caricias ni los besos de una madre y de un padre. No tuve a nadie que por las mañanas me dijera: «Tómate el desayuno, y a ver si te portas bien en el colegio». Estoy seguro de que cualquiera comprende la importancia que esas palabras tan sencillas tienen para un niño, y también el vacío que durante toda mi vida he sentido en mi corazón, por haberme visto privado de ellas.

A los diecisiete años, siendo estudiante en la Academia naval de Leningrado, sentía ese vacío como el mayor pesar de mi vida. Por eso, cuando me enteré de que existía un teniente coronel Dobrinsky que podía darme noticias de mi madre y de mi padre, me trasladé a la base militar sin perder tiempo. Llamé a la puerta de su casa y, nada más abrirme, le espeté:

—Soy el hijo de Nikolai Ivanovich Kourdakov.

En un primer momento, me miró desconcertado. Después, de repente, una sonrisa le iluminó el semblante.

—Por supuesto, sé quién eres. Conservo un excelente recuerdo de tu padre. ¡Entra, entra!

Me presentó a su mujer, que me preparó una cena estupenda, y nos sentamos a charlar. Había mucho vodka. Yo bebí moderadamente, pero él bebió de una manera tremenda. Pronto se encontró enteramente distendido y no pudo controlar su lengua. Se puso muy locuaz y así pude enterarme de muchos detalles de la vida de mi padre, cosas que había ignorado durante todos aquellos años.

—Desde luego, Sergei, me acuerdo de él —me dijo el teniente coronel—. Tu padre era un hombre muy interesante y muy competente. Se sintió obligado a borrar los pecados de tu abuelo y se convirtió en un auténtico soldado del ejército comunista. Aunque solo estuvo cuatro años en los bancos de la escuela, era tan buen militar y tan buen activista político que subió rápidamente de categoría. Participó en numerosas batallas, arriesgó su vida por el partido comunista, sobre todo en el Turquestán, donde mandaba la brigada que aplastó muchas sublevaciones. Después, cuando estalló la guerra finlandesa, lo primero que hizo fue enrolarse como voluntario para prestar servicio en este nuevo frente. Estuvo al mando de una brigada y se batió heroicamente.

Yo le escuchaba fascinado, conforme iba descubriendo la clase de vida que mi padre había llevado.

La mujer del militar se afanaba sirviéndonos vodka que él le pedía y que se tomaba ávidamente. Yo bebía con parsimonia, a sorbos pequeños, escuchando su conversación.

—Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, tu padre participó también en ella, mandando entonces una unidad de tanques a las órdenes del general Rokossovsky. Se distinguió en la lucha y fue colmado de honores; le otorgaron muchas medallas. Después de la guerra, tu padre y yo nos hicimos buenos amigos y fuimos destinados precisamente a esta base naval. Cuando llegamos aquí, no

había absolutamente nada. Teníamos orden de fundar y construir una base para la formación de artilleros de asalto. Tu padre era mi superior jerárquico y yo era su ayudante. Trabajó duro y con mucho celo para organizar todo esto, tal como lo estás viendo hoy. ¿Te das cuenta de su importancia? Tu padre fue el artífice. Yo le ayudé, desde luego, pero todo se debe a su esfuerzo. Así pues, tu padre no fue solo un buen soldado, sino también un leal activista político. Era cien por cien partidario de Stalin.

—¿Qué ocurrió cuando Krouchev llegó al poder? —le pregunté.

—De hecho, fue *entonces* cuando las cosas empezaron a complicarse. Me acuerdo de una noche en que yo estaba de oficial de guardia. Llegó un coche y bajaron de él unas gentes que entraron preguntando por tu padre. Yo les dije: «No está aquí. Está en su casa». Tu padre tenía que relevarme por la mañana, pero no dio señales de presencia a las ocho, que era cuando entraba de guardia. Envié a un ordenanza a su casa para ver qué pasaba. Pero no estaba. Se lo habían llevado durante la noche. Te preguntas por qué lo detuvieron; lo estoy leyendo en tu cara. Debes comprender, Sergei, que Krouchev tomaba el mando después de Stalin y que por entonces había una lucha encarnizada en las altas esferas del partido. No podía introducir cambios rápidos, pero sí lentamente, poco a poco. Para consolidar su propio poder, Krouchev ordenó eliminar a los oficiales superiores conocidos como partidarios de Stalin. Esto debía irse haciendo en secreto y gradualmente, para no despertar recelos. Por eso se apoderaron de tu padre durante la noche. Pocos hombres he conocido que sirvieran al comunismo como lo hizo él. Pero igual que tantos otros que yo conocía, desapareció sencillamente. Al día siguiente de apresado, llegó otro hombre a nuestro cuartel general, aquí en la base, y anunció que a partir de ese momento él

era el nuevo jefe de Estado Mayor. Dijo: «Kourdakov era un hombre pernicioso y está detenido». Después de esto, ya no volví a oír hablar de tu padre. Desapareció sin más de la circulación y nunca volvimos a tener noticias de él. ¿Has comprendido, Sergei?

Había comprendido. O creía haber comprendido. El teniente coronel me dijo que, si hubiera sobrevivido, mi padre sería entonces general. Sencillamente, Krouchev no podía permitirse dejar vivo a un personaje de tal importancia. Así es que, para consolidar su poder personal, eliminó a mi padre que había estado al servicio del comunismo casi toda su vida.

El militar continuó.

—Evidentemente tu madre no podía sobrevivir mucho tiempo a la desaparición de tu padre. Si no me equivoco, murió unos cuatro meses más tarde. Sergei, el dolor de tu madre fue tan grande que se le partió de verdad el corazón. Perdió toda voluntad de vivir. Todavía me acuerdo de cuando murió; fue entonces cuando también a ti te perdimos de vista. No sé nada de lo que hiciste después. Si te hubiera hallado, habría hecho todo lo posible por ayudarte, a ti, hijo de un antiguo camarada y amigo. Dime, ¿qué fue de ti después de la muerte de tus padres?

CAPÍTULO IV

UN HUÉRFANO VAGABUNDO

Es difícil contar lo que fue de mí después de la muerte de mis padres. Incluso ahora es un tiempo que sigue estando en la penumbra para mí. Solo tenía cuatro años cuando observé que mi padre no venía a casa.

—Mamá —pregunté—, ¿dónde está papá? ¿Por qué no viene ya a darme las buenas noches cuando me voy a la cama y a darme un beso?

Siempre que le preguntaba esto a mi madre, se echaba a llorar y me tomaba la cabeza entre sus manos, sin responderme nada. Aunque era tan pequeño, me daba cuenta de que algo tenía que ir muy mal para que mamá estuviese tan afectada. Su salud empezó a deteriorarse y poco a poco su estado se agravó terriblemente. Se debilitó tanto que acabó por estar siempre acostada y era incapaz de cuidarse y de ocuparse de mí. La última vez que la vi, estaba muy enferma; poco después una amiga de la familia me dijo:

—Sergei, ya no tienes madre. Ha muerto. Vente a vivir con nosotros.

Al principio no sabía lo que aquello significaba. Esperaba que volvería a ver a mi madre, pero que tenía que esperar un poco de tiempo. Estaba cierto de que no podía haberme abandonado para no volver más. Mi corazón de

niño imaginaba que en cualquier momento volveríamos a casa y todo se arreglaría. Muchos detalles de mi vida de entonces están todavía en la oscuridad para mí; me acuerdo, no obstante, de que la mujer que me comunicó la muerte de mi madre y me llevó a su casa se llamaba Madame Kolmakov. Era la esposa del profesor Kolmakov, un sabio maestro que había adquirido gran renombre en la URSS. Era una gente encantadora y yo los quería mucho. Pero yo deseaba esperar a mi madre en mi casa. Quería que me encontrase allí cuando volviera. Madame Kolmakov era muy amable y comprensiva; consiguió convencerme de que era preferible que ella y su familia se ocuparan de mí.

Por lo que puedo recordar, yo tenía muy poco más de cuatro años cuando Madame Kolmakov y el profesor me acogieron en su casa y me integraron en su familia; tenían dos hijos, uno de los cuales se llamaba Andrei. Aun siendo tan niño, me acuerdo de lo bondadosos que eran conmigo y el deseo tan grande que Madame Kolmakov tenía de prepararme para enfrentarme con la vida. Como era esposa de un profesor y ella era también una intelectual, me animó a que estudiara desde el primer momento de recibirme en su hogar. Ella misma me enseñó a leer y a hacer cuentas.

El profesor era un hombre entrañable y brillante. Más tarde se fue a trabajar a Akademgorodok, una ciudad de Siberia destinada exclusivamente a la ciencia. Tiempo después me enteré de que lo habían nombrado miembro de la prestigiosa Academia Soviética de Ciencias. A pesar de su gran actividad y de tener ya dos hijos, tuvo tiempo para ser un padre bueno y afectuoso para mí; le tomé cariño rápidamente.

Madame Kolmakov era una mujer fina y pequeña, muy maternal y desbordante de solicitud hacia el hijo de su mejor amiga. Desde el primer momento sentí que se había propuesto ser para mí como la mejor de las madres.

No obstante, a pesar de todo lo que hacía Madame Kolmakov, yo echaba mucho de menos a mi madre. De todas formas, yo estaba contento de que los Kolmakov se ocupasen de mí, pues si no podía tener mis propios padres, esperaba no tener que abandonar nunca a esos padres adoptivos. Durante dos años, hasta que cumplí los seis, fuimos todos felices; pero había una sombra: su hijo Andrei.

Yo me daba cuenta de que Andrei era un poco raro, que no era normal. Más tarde me enteré de que era muy grande para su edad. Su comportamiento hacia mí me aterraba. Un día que me estaba bañando, Andrei entró en el cuarto de baño.

—Sal de aquí —le dije—. No tienes nada que hacer aquí.

Andrei se limitó a mirarme y a sonreírme de manera extraña. Instintivamente sentí que algo anormal pasaba, y me dio mucho miedo. De repente, me tomó por los hombros y me empujó hacia abajo, hasta que me metió la cabeza bajo el agua. Hice todos los esfuerzos posibles para librarme y tomar aliento; Andrei quería ahogarme. Intenté gritar pero no conseguí más que tragar agua. Me debatía desesperadamente, pero Andrei era muy fuerte; así y todo conseguí soltarme y salir de la bañera. Corrí desatinadamente, dando gritos histéricos y buscando a Madame Kolmakov o al profesor. Ninguno de ellos estaba en la casa. Andrei huyó corriendo al patio de detrás de la casa: mis gritos lo habían asustado y temía la reacción de sus padres.

Comprendí que mi vida estaría continuamente en peligro, si permanecía al lado de Andrei. Tomé entonces una decisión importante. Me precipité a mi cuarto, recogí la ropa que pude y que creía que podría llevarme fácilmente, la metí en una bolsa de papel y abandoné para siempre la casa de los Kolmakov. Tenía tanto miedo de Andrei, que

estaba absolutamente decidido a no volver allí jamás, aunque me encontrara desesperado en la vida.

Allí estaba, solo en la calle, sin hogar y sin comida. Mi única ropa era la que llevaba puesta y la que metí en aquella bolsa de papel. Me pregunté qué podría hacer para sobrevivir en aquella enorme ciudad de Siberia, sin alimentos y sin lugar donde pasar la noche. No era tarea fácil para un niño de seis años.

Estábamos en el mes de agosto, hacía calor y, por lo tanto, no tenía que preocuparme por la ropa de abrigo. De todas formas, mi situación era desesperada.

¿Qué hacer? ¿Dónde ir? Estas preguntas me asediaban mientras vagaba sin rumbo por las calles. Todo a mi alrededor me parecía extraño y enorme. Novosibirsk es una ciudad inmensa de la Siberia central, con una población de unos dos millones de habitantes. Se la llama la encrucijada de Siberia.

Llegué al corazón de la ciudad, cerca de la estación central. Una gran muchedumbre hormigueaba entrando y saliendo de la estación, en medio de un enorme ruido. A cada momento salían trenes hacia las direcciones más dispersas: Vladivostok, en el extremo Este, a orillas del Pacífico; Tachkent, al Sur del Asia central, cerca de Afganistán, ciudades de la Rusia europea, al Oeste. Reinaba una confusión indescriptible en aquel cruce de caminos, se veían gentes de las regiones más diversas y se oían una gran variedad de dialectos extraños.

Para un niño de seis años era una experiencia terrible; yo lo miraba todo con ojos que parecían salirse de las órbitas. Lo observaba todo y estaba alucinado; también tenía un poco de miedo, pero era mayor la curiosidad que despertaba en mí todo lo que estaba viendo. «Esto es lo que necesito», me dije, y empecé a estudiar cómo estaba distribuido aquel edificio gigantesco. Vi que en la sala de

espera había filas de bancos y comprendí que allí, dentro de esos edificios y de esas salas y en esos andenes, no me sería difícil encontrar un sitio en el que echarme a dormir y pasar inadvertido. Con tantos trenes como llegaban y partían a todas horas, nadie repararía en un niño de seis años que dormía en un banco. Aquí estaría fuera de peligro. Nadie podría encontrarme y devolverme a casa de los Kolmakov. Ahora que el problema de mi «alojamiento» estaba resuelto, tenía que buscar algo de comer. Este problema era más difícil de solucionar. Me había marchado con solo unas pocas monedas en el bolsillo y empezaba a sentir hambre. Había una vendedora de helados allí cerca de un kiosko de periódicos y aquellos helados eran tan apetitosos que no me pude resistir.

El helado estaba tan bueno y el que compré era tan pequeño, que me lo zampé en un abrir y cerrar de ojos. Me aparté un poco de allí, pero seguía teniendo hambre. Me volví para mirar otra vez los helados... y saqué del bolsillo las monedas que me quedaban, lo justo para otro helado. Algo me decía que tendría que guardar dinero para más adelante, cuando tuviera más hambre. Pero un niño de seis años no es tan previsor. Así es que volví al puesto de helados y dije:

—Deme otro helado, por favor.

La vendedora me lo dio; este segundo helado fue engullido instantáneamente.

Durante un rato me paseé por allí feliz, fascinado por todo lo que veía y oía a mi alrededor, y más concretamente por las diferentes lenguas y los atuendos de colores de las gentes de Asia meridional. En aquellos momentos, no tenía ni la sombra de una preocupación. Después de haber errado un par de horas, volví a sentir hambre. En el bolsillo solamente me quedaba una monedita con la que no podía comprar nada. Me puse a contemplar todos los puestos

de pasteles, de bollos y de caramelos, que rebosaban de cosas buenas. Sentía unas ganas enormes de comer, pero no podía hacer más que mirarlos y pensar en mi estómago vacío.

Me llamó la atención especialmente un puesto en el que había un montón de tortas de trigo. Me acerqué aparentando indiferencia y me detuve ante él. La vendedora era una mujer enorme, con pinta de avara, que lo vigilaba con su amenazador peso de noventa kilos. Me pareció un gigante de esos que echa fuego por la boca. «Es preferible no correr riesgos», me dije, «lo mejor será largarme de aquí».

Me atrajo entonces un puesto de frutas que había un poco más lejos, pero comprendí que el dueño tampoco ganaría un concurso de amabilidad, porque me dijo:

—¿Qué deseas, niño? ¿Vas a comprar algo? ¿No? Entonces lárgate.

Me alejé andando hacia atrás, sin resignarme a perder de vista aquellas manzanas rojas y aquellas peras amarillas.

Cuando me puse a mirar los puestos, se me ocurrió que podría pedir algo de comer a los propietarios, un poco a cada uno, pero después de haber visto a los vendedores me di cuenta de que aquello era imposible. Además, nunca antes había mendigado, ni había contado una historia triste, y sabía de sobras que no se me daría bien. Pero no podía resignarme. Tenía hambre. «Voy a intentarlo», pensé. Recorrí con la vista todos aquellos puestos. En uno de ellos, vi una anciana menudita que vendía bocadillos. Tenía un aspecto bondadoso. Me fui hacia ella, reuní todo el valor que pude y me preparé para exponerle una petición desgarradora. La repasé interiormente con todo cuidado. Tenía que ser algo así: «Por favor, señora, soy un niño pequeño, he perdido a mis padres y no tengo dinero. Estoy hambriento». Todo esto era verdad y normalmente

habría tenido que poder decirlo con soltura. Pero cuando me puse a decirlo, todo se me trabucó. Tartamudeando, me equivocaba y me repetía. La mujer me miró, primero con ojos de recelo, y después amenazadoramente. Cuanto más hablaba yo, más me miraba ella con ojos atravesados. En ese momento llegó un hombre pidiendo un bocadillo, ella le atendió y se olvidó de mi presencia.

Me fui de allí corriendo, convencido de que, de esa manera, nunca conseguiría comer y que lo mejor sería dejar de mendigar. Pero ¿qué podía hacer? Si no obtenía comida, me moriría de hambre allí mismo. Me entró una gran compasión de mí mismo y pensé que sería una buena lección para toda esa gente morirme ante sus propios ojos.

Me acordé de la monedita que tenía en el bolsillo y se me ocurrió una idea. Me fui hacia el puesto de tortas de trigo, mirando atentamente a mi alrededor. En el suelo, detrás del mostrador, había una plancha metálica cuadrada, sobre la que tenía los pies la vendedora. Adoptando la actitud más inocente, me acerqué, saqué la moneda y la arrojé sobre el metal. Al caer sonó en la plancha y salió rodando.

El ruido metálico atrajo la atención de la mujer, que pensó que se le había caído dinero; se volvió y miró al suelo. Rápidamente, me lancé, agarré un puñado de tortas y huí a todo correr. Detrás de mí pude oír los gritos estridentes:

—¡Coged a ese niño! ¡Es un ladrón! ¡Detenedle! ¡Detenedle!

Pero yo me había ya alejado mucho y desaparecí entre la multitud. Busqué un sitio tranquilo lejos de aquellos puestos, y me senté a comer. Tenía mucha hambre y engullí todas las tortas menos dos, que guardé para más tarde. ¡Ya iba aprendiendo! Después me fui a buscar un rincón oscuro al otro extremo de la estación y me arrebujé

para pasar una buena noche durmiendo. Había sobrevivido a mi primer día en el ancho mundo.

Durante días y días, en el mes de agosto de 1957, viví a mis anchas; me levantaba temprano y salía en busca de mi desayuno. El décimo día, salí a «aprovisionarme»; fui primero a un puesto de frutas e intenté engañar a la vendedora para que mirara hacia atrás. Pero en el instante en que abrí la boca para hablarle, exclamó:

—¿Otra vez tú? ¡Ahora me las vas a pagar, granuja!

Con la cantidad tan grande de puestos que había, tuve que fijarme en uno donde había robado tres días antes. Salí corriendo lo más rápidamente que pude, con la mujer pisándome los talones y gritando sin parar. Yo me volvía a mirar hacia atrás de vez en cuando para comprobar que me alejaba de ella.

Entonces, choqué contra un objeto sólido, que me habló y me agarró con mano de hierro.

—¡Eh! —me dijo—. ¿Por qué tienes tanta prisa? ¿A dónde vas?

Yo no me atrevía a levantar la vista, temiendo haber tropezado con un guardia. Y así era.

Mi estancia en la estación de Novosibirsk había terminado. Pero no había sido un tiempo perdido. Había aprendido a sobrevivir, lo cual me iba a ser de gran utilidad más adelante.

El guardia me llevó a la comisaría para interrogarme.

—¿De dónde vienes, pequeño? ¿Cómo te llamas?

Yo no estaba dispuesto a decírselo, porque temía que me devolvieran a casa de Madame Kolnakov y estaba seguro de que Andrei volvería a intentar matarme. Así es que no respondí.

—¿Dónde están tus padres? —me preguntó el agente.

—Han muerto —respondí.

—¿Cómo te llamas?

No quise contestar. Entonces el agente se puso a gritar, yo me asusté y dije:

—Sergei.

—¿Cuál es tu apellido?

—Me llamo Sergei y no tengo padre ni madre —respondí—. Los dos han muerto —y decidí no decir nada más.

El agente, exasperado, llamó a un compañero y le dijo:

—¿Qué vamos a hacer con este pequeño? No quiere decir más que su nombre y que es huérfano.

—Bueno —le respondió el otro—, mándalo a un orfanato.

Unas horas más tarde alguien vino en un coche a recogerme y me llevó al orfanato Número Uno. Cuando entramos por la puerta principal, una mujer corpulenta me esperaba en la misma entrada. Sin modales y sin ninguna ceremonia fue directamente al grano y me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Sergei.

No insistió, sino que tomó los papeles que habían enviado de la comisaría y dijo:

—Bien, Sergei, veo que eres poco hablador. Pero ya nos ocuparemos de ti.

«No os ayudaré nada», pensé. «Nadie me va a volver a mandar a casa de los Kolmakov para que me mate Andrei». Estaba persuadido de que sería inútil exponerle mis temores. Sabía que nadie me iba a creer. A sus ojos yo no sería más que un granujilla que, además, inventaba historias.

—Al menos podrás decirme tu edad, Sergei —me dijo.

Pensé que no me perjudicaría nada decírselo.

—Tengo ocho años.

Mentía, desde luego. Era alto para mi edad y tengo la impresión de que me creyó. Se me ocurrió que quizá así se despistarían y no descubrirían mi identidad.

—¿A qué escuela ibas?

Pensé: «Mi propia mentira me ha traicionado».

Pero firmemente dispuesto a no facilitar más datos que los indispensables, respondí:

—No puedo decirlo.

—Bueno —replicó ella—, te haremos un examen para ver lo que sabes.

Según los exámenes, no había alcanzado el nivel de segundo grado, pero sabía algo más que para estar en el primero.

Entonces me dijeron:

—Tienes que repetir el primer grado.

«Repetir», me dije. No había ido nunca a la escuela; en efecto, en URSS los niños empiezan a ir a la escuela a los siete años y yo no tenía más que seis. La puntuación que me dieron al examinarme era por las clases que me había dado Madame Kolmakov, que me había enseñado a leer, a escribir y a hacer cuentas. Al parecer me había enseñado mucho, porque los exámenes mostraban que estaba muy avanzado. Así pues, me pusieron en primer año para «repetirlo».

Me enviaron a una escuela que estaba próxima al orfanato y, ante mi sorpresa, obtuve buenos resultados. Era el primero de la clase y los estudios me resultaban fáciles. Me pareció que mi vida mejoraba.

Pero muy pronto mis esperanzas se desvanecieron. El profesor Kolmakov y su mujer habían intentado encontrarme y habían ido a pedir ayuda a la policía. Acabaron por descubrirme en el orfanato. Un día, la directora del orfanato me hizo salir de clase.

—Ya sabemos quién eres, granujilla —me dijo.

El corazón me dio un vuelco y le supliqué:

—No me haga usted volver. Por favor, no me haga usted volver.

—Bien, ya lo veremos —me dijo—. Tengo que consultarlo con los demás, pero creo que podrás quedarte aquí. De todas maneras, no tienes ocho años, tienes seis. Así es que todavía no puedes ir a la escuela.

—¡Pero sí voy muy bien! —exclamé.

—Esa no es la cuestión. Según los reglamentos no tienes derecho a ir, por lo tanto no puedes ir.

No obstante, me autorizaron a quedarme en el orfanato. Me hubiera gustado de verdad volver a casa de los Kolmakov, pero el miedo que le tenía a Andrei me lo impedía.

Mientras los demás niños iban a la escuela, yo pasaba las tardes en el orfanato. No se me olvidará lo mucho que me aburría, sentado en mi cuarto mirando por la ventana. Tenía tiempo más que de sobra para reflexionar, ahora que un techo me cobijaba. Me acordaba sobre todo de mi padre y de mi madre, y esto me hacía sentir la soledad más a lo vivo. Cuando pensaba en mi hermano Vladimir, me invadía una gran amargura. ¿Por qué no venía a buscarme? ¿Por qué se había ido de aquella manera, dejándome solo? ¿No le preocupaba lo que sería de mí?

El 1 de marzo de 1958 celebré mis siete años. Fue un gran día. Al trimestre siguiente podría ya ir a la escuela. En el momento de inscribirme, la maestra nos dijo a todos:

—Todos los niños que cursan los tres primeros años tienen que inscribirse en los Octobristas.

Nunca había oído esa palabra. Pero la maestra explicó que era la organización comunista que enmarcaba a los niños de los tres primeros años de escuela.

—Ya no pertenecéis a vuestros padres; a partir de ahora pertenecéis al Estado comunista.

Como yo no tenía padres, me importaba bien poco saber a quién pertenecía. La maestra explicó que formar

parte de los Octobristas significaba que desde ese momento éramos «nietos de Lenin».

¿Lenin? ¿Quién era Lenin? Yo había oído ese nombre y lo había visto escrito en carteles en la estación, pero no sabía nada acerca de él.

—Lenin ha sido el más grande hombre que ha existido nunca. No solo ha vivido, sino que vive todavía y vivirá siempre —dijo—. ¿Quién no desea ser nieto de Lenin, hacer excursiones y participar en otras actividades? —continuó diciendo.

Entusiasmado, me inscribí como los demás. «¡Yo, nieto de Lenin! Es maravilloso», pensé.

Desde los seis a los nueve años viví en el orfanato Número Uno en Novosibirsk e hice mis tres primeros cursos de escuela primaria. Trabé amistad con los otros niños del orfanato y fui descubriendo cosas. Estaba creído en que me hallaba en un orfanato para niños que, como yo, no tenían padres. Pronto me enteré de que las cosas eran diferentes. Un día estuve hablando con un niño que lloraba y que preguntaba:

—¿Por qué hay que estar aquí? Tengo padre y madre. ¿Por qué no puedo estar en casa con ellos?

Entonces fue cuando descubrí que no todos los que estábamos en el orfanato éramos huérfanos. Más tarde me di cuenta de que aquellos orfanatos estaban destinados principalmente a los niños que habían sido arrebatados a sus padres; padres y madres que habían sido declarados «incapaces» por el Estado, a causa de sus convicciones religiosas, de sus opiniones políticas o por cualquier otro motivo.

Intenté consolar a aquel pequeño, pero no sabía explicarle la razón de que lo separaran de sus padres, cuando estos vivían a dos pasos de allí. Yo tampoco lo comprendía. Si tenía sus padres, ¿por qué no podía vivir con ellos? Cada vez que echaba de menos las caricias de mi madre y los be-

que me daba mi padre, haciéndome cosquillas con el bigote, me acordaba de aquel niño y me preguntaba por qué no se podía ir a su casa con sus padres. Si yo hubiera tenido padres, ya me habría escapado para irme con ellos. ¿Por qué él no lo hacía?

Pero poco a poco fui aceptando las cosas como eran. Después de todo, un niño no se preocupa más que de tener amigos, de jugar y de otras cosas por el estilo.



CAPÍTULO V

AVENTURAS Y TERROR EN VERKH-IRMEN

En 1960, cuando tenía nueve años, la directora del Número Uno vino un día a buscarme y me dijo:

—Kourdakov, tienes que prepararte, porque te vas a ir a otro orfanato.

—¿A dónde está? —le pregunté.

—No muy lejos. En Verkh-Irmen.

Para mí Verkh-Irmen era tan desconocido como Moscú, y me dio un poco de miedo.

—Está solo a unos cuarenta kilómetros de aquí, río arriba —me dijo.

El nombre de Verkh-Irmen significa literalmente «arriba del río Irmen»; es el río a cuya orilla se encuentra esa ciudad.

Cuando llegó el día de mi partida, preparé y empaqueté mis efectos personales, que eran muy pocos. Me resultó duro despedirme de mis amigos del Número Uno, pero no tenía elección. Subí al camión y arrancamos. Dos horas después llegamos a Verkh-Irmen, una pequeña comunidad demasiado grande para ser un pueblo, pero no lo bastante para ser una verdadera ciudad.

El orfanato de Verkh-Irmen —o V-I, como lo llamábamos— se encontraba en las afueras del pueblo. Se componía

de cuatro edificios: dos dormitorios, el edificio de la administración y un local en el que estaban la cocina y la lavandería. La escuela, a la que asistían tanto los niños del pueblo como los del orfanato, estaba muy cerca. Me sentía incómodo ante la idea de integrarme en ese nuevo orfanato. Sin embargo, los niños me acogieron amistosamente y pronto empecé a hacerme nuevos amigos.

Al poco tiempo de mi llegada, entré a formar parte de los Jóvenes Pioneros, la organización comunista para los muchachos de nueve a quince años, un escalón superior a los Octobristas. Cuando yo era Octobrista, era nieto de Lenin. Ahora que era un Joven Pionero no sabía lo que era; nos habían dado a todos un pañuelo rojo. Me gustó el efecto que hacía, cuando me miré al espejo con el pañuelo al cuello.

Inmediatamente me di cuenta de que aquel orfanato era muy diferente del Número Uno. En primer lugar, había más niños: unos 120. En segundo lugar, el director y los educadores, a quienes llamábamos «tíos» y «tías», eran mucho más brutales. Eran duros y manifestaban una absoluta indiferencia ante nuestras necesidades y deseos. Ya había yo experimentado algo de eso en el Número Uno, pero aquí descubrí que existía verdadero odio entre tíos y tías por una parte y los niños por otra. Ninguno de estos dos campos hacían nada por disimular la naturaleza de sus sentimientos.

Ninguno de los tíos y de las tías habían escogido ese trabajo, ni habían sido destinados a él porque les gustara educar a los niños. El Partido les pagaba para formar «pequeños comunistas». Esos destinos estaban considerados por ellos como los de menos categoría a donde el Partido comunista podía enviar a uno de sus miembros. Estimaban que esa clase de trabajo era un callejón sin salida, para los miembros que no tenían porvenir, cuya carrera había

concluido. Quienes tenían la desgracia de ser destinados allí se sentían decepcionados y lo pagaban con los niños. Aquí, en el V-I, y después en otros orfanatos, administraban los castigos corporales más rigurosos y más brutales por las infracciones más insignificantes. Había otros momentos en los que nos ignoraban absolutamente, cuando de verdad habríamos merecido un castigo. Sin comprenderlo del todo, empecé a percibir la tensión que reinaba entre los niños —sobre todo los de más edad— y los tíos y tías.

Sin embargo, no todo estaba corrompido. Uno de los aspectos positivos de mi estancia allí fue las amistades que trabé. Uno de los muchachos que conocí, que tenía unos tres años más que yo, se llamaba Iván Chernega. Era de estatura mediana, tenía un cabello abundante y rojizo y un rostro sonriente y amistoso, siempre amable, incluso cuando se enfadaba. Ya desde el primer momento nos hicimos grandes amigos, a pesar de la diferencia de edad, porque yo era alto para mis años y, además, ya había adquirido una cierta «experiencia». Me agradaba la amistad que Iván me tenía; aquella amistad estrecha iba a durar mucho tiempo.

Otro de mis buenos amigos se llamaba Pavel, tenía unos diez años y hacía tres que estaba en el V-I. Aunque era menudo para su edad, valía mucho por su inteligencia y su astucia. Pronto aprendí que para salir adelante en la vida había que ser despabilado; Pavel tenía precisamente esa cualidad.

Una noche, ya muy tarde, estábamos echados en nuestras literas charlando, aunque tendríamos que haber estado durmiendo. La litera de Pavel estaba junto a la mía.

—Dime, Sergei, ¿cómo andas de dinero? —me preguntó—. ¿Necesitas dinero?

Pensé que era una pregunta estúpida. ¿Quién no necesita dinero?

—Es evidente que lo necesito —le respondí—, ¿qué te crees?

Pavel dio media vuelta para dormirse, y dijo:

—Si alguna vez tienes de verdad necesidad de dinero, Sergei, dímelo.

Se echó a dormir y yo me quedé despierto, preguntándome qué me había querido decir. Todos los muchachos sabían que Pavel disponía de dinero. Pero ¿cómo lo conseguía? ¿Tenía una imprenta para hacer billetes? Algunos hacían bromas acerca de la «máquina de hacer dinero» de Pavel, pero no sabían en realidad de dónde lo sacaba. Desaparecía cuando necesitaba dinero y regresaba al poco tiempo bien repleto.

Al día siguiente, durante el almuerzo, le pregunté:

—Pavel, ¿qué me quisiste decir ayer con eso de que si necesitaba dinero te lo dijese? ¿Acaso es verdad que lo fabricas?

—Viene a ser lo mismo —me dijo sonriente.

—No te creo —le repliqué en tono seco—. Nadie lo puede hacer tan fácilmente, ni siquiera tú.

—Puedo probártelo. Ven conmigo mañana.

Al día siguiente nos dimos cita fuera de los terrenos del orfanato. Pavel llevaba una bolsa de papel oscura con algo dentro.

—¿Entonces vienes, Sergei? Vamos a Novosibirsk.

—¡A Novosibirsk! —exclamé—. ¡Si está a sesenta kilómetros! ¿Qué van a decir los tíos y las tías cuando se den cuenta de nuestra ausencia?

—Les da lo mismo, con tal de que no les causemos complicaciones. Si los dejamos en paz, ellos también nos dejan en paz a nosotros. No te preocupes y vámonos. Estaremos de vuelta hacia medianoche.

Tomamos un autobús y llegamos a la ciudad sobre las seis de la tarde.

—Es casi la hora —dijo enigmáticamente.

Yo me preguntaba: «¿Qué pensará hacer? ¿Irá a asaltar un Banco?».

—Espérame aquí, Sergei —ordenó.

Se alejó a grandes pasos y desapareció por la esquina de la calle, llevando el paquete que no había soltado ni un momento. Busqué un banco en un jardín que había allí cerca y me senté a esperar. Estando allí, me fijé en un muchacho sucio, andrajoso, de aspecto hambriento, que venía hacia mí. Sentí pena de él... y de repente me pareció notar en él algo que me era familiar. Lo observé con más atención.

—¡Pero si eres tú, Pavel! —exclamé.

Lo que llevaba en aquel paquete oscuro eran los harapos de un mendigo. Me guiñó un ojo.

—¿Adivinas mi secreto, Sergei? Nada de imprenta. Solamente esto —y señaló sus ropas, al mismo tiempo que me ofrecía otras iguales—. Date prisa, Sergei. Ponte esto. El mejor momento para mendigar es la hora de la cena.

No me esperaba una cosa así, pero hice lo que me decía. Entré en unos lavabos públicos, me quité la ropa que llevaba y me puse aquellos andrajos asquerosos. Volví a donde estaba Pavel. Mientras tanto, él se había embadurnado la cara con tierra y su aspecto era verdaderamente miserable. Se llenó las manos de tierra y me embadurnó también a mí la cara. Yo me eché hacia atrás.

—Escúchame, Sergei —me dijo muy serio—, tienes que hacer las cosas bien hechas. Estate tranquilo hasta que estés listo —y se puso a mancharme la cara.

Se retiró un poco de mí para contemplar su obra de arte y comentó:

—Me parece que no está mal del todo.

—¿A dónde vamos ahora? —le pregunté.

—Sígueme.

Lo seguí por las calles hasta que llegamos ante uno de los mejores restaurantes de Novosibirsk. Exteriormente no tenía nada de particular, pero allí se comía muy bien. Nos alejamos un poco y nos sentamos en la acera. Parecíamos realmente dos chavales hambrientos.

—Ahora observa la cara que tienes que poner —me dijo, adoptando una expresión de tristeza.

Intenté imitarlo.

—¡No, así no! ¡Así! —y volvió a hacerlo para que lo aprendiese.

Después de varios intentos lo conseguí.

—No está mal, no está mal. Procura mantener ese aspecto. Yo iré primero, para enseñarte cómo se hace. Toma esto y procura sacarle una música triste —y me alargó una vieja armónica que había sacado del fondo de su bolsa.

Procuré hacer lo que me decía, pero soplaba torpemente por la parte de las notas bajas. Evidentemente no era así como se hacía, pues Pavel estaba disgustado y me echaba unas miradas de reproche. Volví a intentarlo, poniendo más empeño, y logré que saliera una «música triste». Mientras, Pavel ponía cara de gran tristeza y pedía dinero a las personas que salían del restaurante.

—Por favor, soy huérfano. No tengo dinero. Estoy hambriento. Por favor, ayuden a un huérfano que tiene hambre. No tengo padre ni madre. Por favor —insistía mientras yo tocaba la armónica de la manera más triste posible.

Durante varios minutos nuestra representación no tuvo éxito. Yo ya había llegado a la conclusión de que aquello no funcionaba, cuando un hombre se detuvo, nos miró con compasión y echó 25 kopeks en el sombrero mugriento de Pavel.

«Funciona!», grité para mis adentros, «¡es estupendo!». Otro hombre acompañado de su mujer echó 50 kopecs. Me sentía inspirado y mi música era cada vez más triste. La expresión de Pavel y su relato de lo que padecía a causa del hambre, acabaron por conmoverme a mí también.

Cada vez eran más las personas que se detenían a echar dinero en nuestros sombreros. En un breve intermedio, le comenté a Pavel:

—¡Es formidable! ¿Por qué esto funciona tan bien aquí?

—Todavía no te enteras, Sergei. Míralos cómo se acercan. ¿Tienen pinta de pasar hambre? Por supuesto que no. Están hartos. Acaban de ponerse las botas comiendo. ¿Qué sentimientos crees tú que pueden tener al ver a unos huérfanos muertos de hambre a la puerta misma del restaurante? No pueden tener la conciencia tranquila. Este es el sitio que mejor resultado da.

—¿El sitio que mejor resultado da? ¿Es que tienes otros?

—Desde luego —me dijo—. Por lo menos otros cuatro. Bueno, ahora te toca a ti.

—¡Oh, no! —protesté—. Tú lo estás haciendo muy bien. Sigue tú.

—No. Tú también tienes que aprender.

Me quitó la armónica de la mano y empezó a sacarle los sonidos más lastimeros que yo había oído. Tocaba verdaderamente bien. Puse una cara larga y triste, casi sin darme cuenta y yo mismo me oí que decía:

—Mi madre está enferma; mi padre ha muerto. Mis hermanos están en casa y no tienen nada que comer. Denme algo de dinero para mi madre enferma, por favor. Denme algo de dinero para mis hermanos, por favor. Tenemos hambre.

Ante mi asombro, aquello marchaba. Los kopecs caían en mi sombrero, al paso de la gente.

Pero de repente, ¡la catástrofe!

¿Quién salió en aquel momento del restaurante, dirigiéndose decididamente hacia nosotros? El director del orfanato. Nos conocía muy bien a los dos, pues habíamos sido llamados varias veces a su despacho. Estábamos convencidos de que nos iba a reconocer, a pesar de nuestros disfraces. Tenía la seguridad de que estábamos perdidos. El corazón empezó a latirme como un loco y, a medida que se nos acercaba, parecía que se me iba a salir por la boca. Solo podíamos hacer una cosa: quitarnos de enmedio lo más deprisa posible.

—Vámonos, Pavel, que nos va a reconocer —dije angustiado.

—No —me respondió—. Es demasiado tarde.

El director vino hacia nosotros y nos preguntó:

—Pequeños, ¿dónde están vuestros padres?

El miedo me apretaba la garganta de tal modo que no pude articular sonido.

Pavel nos sacó de apuros, diciendo:

—Nuestros padres han muerto, señor.

No parecía que el director reconociese su voz. Entonces me acordé de que teníamos la cara manchada de tierra. El disfraz había dado resultado.

—Es una pena —dijo, sin emoción.

Dio algunos pasos, vaciló un momento y se volvió. Me miró directamente a la cara y me preguntó:

—¿No te he visto antes en algún sitio?

Tuve la impresión de que me ahogaba; bajé la cabeza para evitar su mirada y dije tímidamente:

—No, señor, creo que no.

En mi interior, me decía: «Si salgo de esta, ya puede Pavel apañárselas solo. Ya me las arreglaré por mi cuenta».

Seguramente el director estaba en uno de sus raros momentos simpáticos, porque hizo algo que no entraba en sus costumbres. Se encogió de hombros, me dio un golpecito en la cabeza y me entregó dinero.

—Toma —me dijo—, compraos algo para comer.

Cuando se alejó de nosotros, Pavel y yo nos miramos y, en cuanto desapareció de nuestra vista, sin decirnos ni una palabra nos levantamos de un salto, tomamos el sombrero lleno de monedas y salimos corriendo. No paramos de correr hasta que nos caíamos de cansancio.

—¡Muchacho! Nos hemos escapado por los pelos —dijo Pavel, poniéndose a contar el dinero, con una sonrisa en los labios.

—Nunca más, Pavel, nunca. Esto no es para mí. Es demasiado arriesgado.

Aquella noche, ya tarde, tomamos el autobús para regresar a Verkh-Irmen, con los bolsillos llenos de dinero.

Como todos los directores del orfanato casi no se ocupaban de los niños que tenían a su cargo, los de más edad, los de trece a dieciséis años, empezaron a escaparse para darse unas vueltas por el pueblo. Muchos de mis «héroes» tomaban parte en estas escapadas; uno de ellos era Iván Chernega. El día en que Iván y su pandilla me invitaron a ir con ellos, a mí, uno de los pequeños, mi alegría fue inmensa.

Como los niños no recibían la atención debida por parte de los responsables del orfanato, se fueron haciendo cada vez más gamberros, hasta el punto de que bandas de niños empezaron a sembrar el pánico por todo el pueblo. Ninguna propiedad estaba a salvo. Cada jardín era nuestro jardín, cada patio era nuestro patio. Nos metíamos por todas partes y tomábamos lo que nos daba la gana.

Por aquella época, el director del orfanato, igual que los tíos y tías, estaban al corriente de lo que sucedía, pero

todo ello les traía manifiestamente sin cuidado. Ellos solo eran responsables de lo que ocurría en el ámbito del orfanato y de que allí no hubiera desperfectos, así es que decidieron ignorar lo que hacíamos fuera. Nosotros teníamos buen cuidado de que nuestras gamberradas afectaran exclusivamente a los habituales del pueblo.

En poco tiempo, Verkh-Irmen estuvo enteramente en nuestras manos. Si una víctima de la «banda de lobos» osaba protestar, podía estar segura de que sufriría represalias inmediatas. Habitualmente rompíamos los cristales, destrozábamos las cercas y arrancábamos las plantas de sus huertos. En invierno sobre todo, la amenaza de romper los cristales producía un efecto fulminante. Todavía me parece estar oyendo a Iván Chernega:

—¡Vamos a romper los cristales! Así se helarán un poco; así se les helarán las bocas y no podrán abrirlas para denunciarnos.

Había veces en que la «banda de lobos» la emprendía con las personas, y algunas resultaron gravemente heridas.

Unos cuantos decidimos dejar de asistir a clase, y algunos niños de doce o trece años rompieron las ventanas de la escuela. Naturalmente, se guardaron bien de tocar los cristales de nuestro dormitorio, pues de lo contrario seríamos nosotros los que nos helaríamos. Pretendíamos que las aulas se enfriaran tanto que fuera imposible tener clase. Pero, a pesar de todas las precauciones, uno de los niños tiró una piedra malamente y rompió los vidrios del dormitorio. Casi nos helamos de frío. Le dimos una lección con la que mejoró considerablemente la puntería.

Noche tras noche las «bandas de lobos» tenían a las gentes del pueblo atemorizadas, en estado de sitio. Hasta que, ya desesperados, los vecinos escribieron en secreto, haciendo un llamamiento a la administración provincial y denunciando el terror que reinaba en Verkh-Irmen.

Durante el verano de 1961 la policía y las autoridades provinciales decretaron el cierre del orfanato V-I, y los niños fueron trasladados a otros lugares.

Iván Chernega fue a buscarme y me dijo:

—Sergei, ¿estás enterado de lo que va a pasar? Van a cerrar el orfanato.

—¡No! —respondí—. ¿Cuándo?

—Cualquiera de estos días, según creo. Me han dicho que nos van a separar y a enviarnos a orfanatos diferentes.

—¿Y tú qué crees que deberíamos hacer, Iván?

Su respuesta fue inmediata y categórica.

—A mí nadie me va a mandar a otra parte. Me voy a ir a otra parte por mi cuenta. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí —le dije.

Hicimos nuestros planes y una mañana, muy temprano, empaquetamos algunos de nuestros efectos personales, nos escabullimos por la puerta y abandonamos V-I para siempre. Nos dirigimos hacia Novosibirsk. Cuando llegamos allí, Iván me preguntó:

—Sergei, ¿a dónde te parece que vayamos?

—Pues a mí me gustaría quedarme aquí. Conozco Novosibirsk y me agradaría pasar aquí algún tiempo.

—Aquí vendrán a buscarnos —replicó Iván—. Creo que tendremos más probabilidades de salir adelante si nos separamos.

—Seguramente tienes razón —le dije.

—¿Tú a dónde piensas ir?

—Ya sé dónde voy a ir, Iván —le respondí, acordándome de mi primera experiencia en la estación. No me fue mal entonces, cuando tenía seis años; ahora que tenía tres años más y con una mayor experiencia, estaba seguro de que me defendería muy bien. En caso de apuros, podía recurrir a la técnica de mendigar que me había enseñado Pavel.

Nos despedimos, pues, y nos separamos. Nos fuimos cada uno por un lado; yo, directamente a la estación. La encontré tal como la conservaba en el recuerdo, estaba todavía más atestada de gente y las multitudes iban y venían frenéticamente.

Aquel espectáculo caótico me impresionó aún más que cuando tenía seis años: los anuncios de llegadas y salidas de trenes, el ruido de las locomotoras, el estrépito que formaba aquella enorme muchedumbre. La estación era el refugio perfecto en el que podía desaparecer y estar oculto durante mucho tiempo, sin miedo a que me descubrieran. Ahora yo era más astuto y estaba más seguro de mí que cuando estuve la primera vez. En resumen, ahora tenía más recursos.

No tardé en localizar un sitio en el que iba a pasar la noche... un rincón oscuro y apartado. Si actuaba inteligentemente y no hacía nada que llamara la atención, no había motivo para no poder vivir allí durante unos meses. Como sabía robar frutas y pasteles, no me faltaría comida.

Cuando me acercaba a un puesto para robar, tenía buen cuidado de que los vendedores fueran otros diferentes, pues sería fatal para mí que diera dos veces con el mismo. Un día, me acerqué a un puesto de frutas en el que había una vendedora nueva. Se me habían antojado manzanas. Al llegar al puesto, puse una expresión horrible, como si estuviera viendo algo espantoso detrás de ella. Ella se volvió rápidamente para ver qué era lo que me había impresionado. Esos segundos me bastaron. Alargué el brazo mientras estaba de espaldas, tomé unas manzanas y salí a toda velocidad.

La había sorprendido totalmente y se quedó absolutamente desconcertada. Pensé que había sido una huida perfecta. Pero no me había dado cuenta de que otra mujer me había estado observando y había visto mi actuación; me si-

guió disimuladamente, se acercó al sitio donde me estaba comiendo las manzanas y me dijo:

—Jovencito, ¿tanta hambre tienes?

—Hambre es poco —le respondí.

—Hambre hasta el punto de hacer lo que acabas de hacer.

Comprendí que me había visto robar las manzanas. Tenía unos sesenta y cinco años y una expresión bondadosa. Me preguntó:

—Jovencito, ¿tienes sitio donde vivir y dormir?

—Sí, tengo sitio para vivir —le respondí receloso.

—¿Dónde? —volvió a preguntarme.

—No muy lejos de aquí.

—Mira —me replicó—, no creo que tengas sitio para vivir y para dormir. Lo que creo es que duermes aquí en la estación y que comes a base de robar —se interrumpió un momento y prosiguió—: ¿Por qué no me acompañas a mi casa? Tengo sitio en donde puedes dormir y también tengo comida suficiente.

Tenía un rostro tan dulce y bondadoso, que acepté. Me llevó a una pequeña cabaña de madera al borde de un camino cenagoso, en las afueras de la ciudad. El interior de esa minúscula cabaña todo estaba limpio y ordenado.

Mientras me tomaba una buena comida caliente, estuvimos hablando; le conté una bonita historia y ella me dijo que se sentiría contenta si me quedaba con ella todo el tiempo que yo quisiera. Fue verdaderamente amable conmigo y muy considerada; nunca olvidaré su bondad. Pero al cabo de unos días me di cuenta de que yo era una carga para ella, porque era muy pobre y, con una boca más a la que alimentar, no podría aguantar mucho tiempo. Así pues, una mañana le dejé una nota en la que le daba las gracias y me despedía de ella; y me fui.

Hacía unas tres semanas que me había ido del orfanato V-I cuando volví a la estación para empezar otra vez mi vida callejera. Pero tres días más tarde la policía me detuvo por haber robado cosas en los puestos y en las tiendas. El desaliento se apoderó de mí, no tanto porque me hubieran cogido como por mi torpeza.

Unos días después de mi detención me enviaron al orfanato de Barysevo, un sitio que no olvidaré jamás.

CAPÍTULO VI

GUERRA ABIERTA A LOS «TÍOS» Y A LAS «TÍAS»

Barysevo es una pequeña ciudad situada a unos veinticinco kilómetros de Novosibirsk, encaramada en el filo de un acantilado que los fuertes vientos de Siberia han tallado a lo largo de los siglos. El orfanato estaba instalado en una iglesia y en una escuela ortodoxas, cerradas desde hacía tiempo.

La parte principal de la iglesia alojaba un club en el que se proyectaban películas. El edificio de la antigua escuela confesional era la parte más importante del orfanato. La casa del cura había sido transformada en lavandería. Para ampliar aquel complejo, se habían construido dos edificios más para poder albergar a 120 niños entre uno y dieciocho años.

Aunque ni lo sospeché a mi llegada, los años pasados en Barysevo iban a dar una nueva orientación a mi vida. Permanecería allí durante siete años, hasta acabar mis estudios de secundaria y mi ingreso en la marina.

Mi primera experiencia en mi nuevo hogar fue una experiencia feliz. Cuando el día de mi llegada me presenté en el dormitorio de los muchachos, tuve la sorpresa de encontrarme con Iván Chernega.

—¡Iván! —exclamé—. ¿Dónde te han cogido? ¿Desde cuándo estás aquí?

—¡Sergei! —gritó él, corriendo hacia mí y tomándome por los hombros—. Ya veo que has estado fuera más tiempo que yo; has tenido mejor suerte.

Después me contó cómo lo habían cogido en Novosibirsk y lo habían traído a Barysevo.

Escuchó mi relato con avidez y me dijo:

—Bueno, Sergei, yo pretendí enseñarte a vivir fuera del orfanato y me parece que eres tú quien me ha enseñado.

—Iván, ¿cómo se presenta aquí el panorama? —le pregunté—. Sabes a lo que me refiero.

—Pues se parece mucho al del V-I —me respondió—. Pero permíteme advertirte que hay dos personas con las que es mejor no tener mucho que ver. Una de ellas es un «tío»; se llama Alexander Nichmann... «Tío Nichy» lo llamamos nosotros. La otra es la directora, Irene Dobrovlan-kaya. Todos los chavales la llaman Irene la Grande. Estas dos personas son malas, Sergei. No te acerques a ellas. En cuanto a los demás, son por el estilo a los tíos y a las tías de V-I. Si no les molestas, te dejan tranquilo.

Asentí con la cabeza, para decirle que había comprendido.

Observé inmediatamente que Iván había cambiado. No sabía exactamente en qué, pero vi que era diferente. No me hallé de verdad a gusto hasta que me presentó a otros amigos que él se había hecho en Barysevo.

Conocí a Irene la Grande cuando fui llamado a su despacho, poco después de mi llegada. Las advertencias de Iván estaban perfectamente justificadas. Era una mujer inmensamente grande, terrible, imponente. Al primer golpe de vista me di cuenta de que no toleraría jamás la más mínima tontería. Sobre la blusa blanca llevaba la medalla de

la Orden de Lenin. En la Unión Soviética es una gran distinción, que se otorga a los comunistas que han prestado servicios excepcionales al Partido. Jamás se vio a Irene la Grande sin su medalla. Estaba claro que deseaba que todo el mundo supiese que ella era un personaje importante, cuya contribución al Partido había sido decisiva. Pero todo eso pertenecía al pasado, y nadie sabía por qué había sido enviada a Barysevo. En realidad, era una mujer frustrada porque la habían destinado a un puesto tan oscuro.

Nuestro tío y jefe Alexander Nichmann era un individuo que nos impresionaba y nos asustaba casi tanto como ella. Jamás he conocido a un hombre tan vil y tan espantoso. Lo conocí dos días después que a Irene la Grande. Era grandísimo, de complexión sólida y excepcionalmente fuerte; tenía un carácter violento y se encolerizaba a la menor provocación. Las represalias que se tomaba y los castigos que podía infligir con su fuerza fenomenal eran con frecuencia terribles. No habría necesitado que Iván me pudiese sobre aviso para comprender que no se podían gastar bromas con Tío Nichy; tomé la decisión, desde el primer momento, de huir de él como de la peste.

Igual que Irene la Grande, él también había conocido días mejores en el Partido comunista. Durante un tiempo había sido piloto en el ejército del aire soviético, pero por algún motivo que él se cuidaba mucho de ocultar, había sido degradado y expulsado del ejército. Nadie consiguió saber ese motivo. Se decía que se había estrellado con un avión estando borracho. Cuando sospechaba que alguien intentaba averiguar algo más, estallaba en una cólera espantosa.

Tío Nichy consideraba, pues, que era una auténtica desgracia tener que acabar su carrera como guardián en una cárcel de jóvenes delincuentes, como él mismo calificaba su trabajo. Era un hombre de lo más cruel, sin la más

pequeña chispa de bondad, y estaba continuamente descargando sus frustraciones sobre cualquiera que osaba llevarle la contraria.

La mayor parte de los tíos y tías de Barysevo llevaban allí de veinte a treinta años. A lo largo de todo ese tiempo, cualquier afecto o solicitud hacia los niños que les eran confiados había desaparecido. Sin embargo, los guardianes jóvenes que llegaban nuevos a Barysevo proponían muchas sugerencias para desarrollar las buenas relaciones con los niños. Pero en un par de años cambiaban tan radicalmente que se hacía difícil reconocer en ellos los jóvenes vigilantes entusiastas que eran cuando llegaron. Estaban tan aplastados bajo la férula de Irene la Grande y de Tío Nichy, que abandonaban sus ideas y se volvían tan apáticos como los demás.

En todo el orfanato reinaba una atmósfera de temor. Teníamos miedo de los tíos y de las tías. Estos temían a Irene la Grande y al Tío Nichy, quienes a su vez vivían agobiados por el temor a los dirigentes del Partido. Así, Barysevo era en realidad un campo de odio y terror, en el que vigilantes y niños estaban enfrentados. Había veces, durante los primeros meses de mi estancia allí, que sentía unas ganas locas de contarle mis problemas a un tío o a una tía. Echaba de menos una sonrisa, una muestra de amistad, un consejo o un gesto de aliento. Pero comprendí que las leyes de Barysevo no toleraban ni la más mínima «debilidad» en el comportamiento.

En cuanto nosotros, los más jóvenes, nos percatamos de que las leyes estaban hechas así, adoptamos las mismas actitudes de odio que los mayores. A pesar de todo eso, fue precisamente en un ambiente hostil donde se desarrollaron unos lazos de amistad que iban a perdurar años. El tomar conciencia de que nosotros, los niños, no podíamos contar más que con nuestros compañeros, nos llevó a crear un

círculo cerrado para luchar contra el mundo adulto. En ese círculo había un grupo de iniciados compuesto por nuestros propios jefes... los más recios, los más fuertes y los más inteligentes de entre nosotros.

Yo tenía unas ganas enormes de formar parte de ese grupo de iniciados. Pero como ellos tenían doce y trece años y yo tenía apenas diez, estaba convencido de que no se me ofrecería ni la más pequeña posibilidad de ello. Un día, Nicolai Povaleyev me llamó y me dijo:

—Sergei, ven acá. Queremos que nos eches una mano.

Me acerqué a donde estaba el grupo de iniciados. Uno de ellos tenía una caja de bombillas eléctricas. Nicolai me dijo:

—Tenemos que cambiar algunas bombillas de estos edificios y necesitamos tu ayuda.

—Os ayudaré —le dije.

Esa invitación me halagaba, tanto más cuanto que me la hacía uno del temple de Nicolai, un camarada que gozaba de la estima y de la admiración general.

—Dime lo que queréis que haga.

—Ven conmigo y te lo diré —me respondió.

Nos fuimos juntos. Yo iba con Nicolai y los demás nos seguían. Nos dirigimos hacia lo que fue la nave principal de la iglesia, donde ahora estaba el cine y el salón de juegos. Llegamos allí y Nicolai señaló el techo en todo lo alto.

—¿Ves aquella luz allá arriba?

—Sí —le respondí.

—La bombilla ha estallado y queremos que nos ayudes a cambiarla por una nueva.

—De acuerdo —dije—. ¿Dónde está la escalera?

—Ese es el problema, que no tenemos escalera.

—¿Y cómo me voy a subir allá arriba?

—Vamos a improvisar una manera de hacerlo —respondió Nicolai.

Rápidamente los muchachos rebuscaron por allí y trajeron cinco o seis sillas, que pusieron una sobre otra hasta llegar casi a la altura de la luz.

Yo estaba estupefacto.

—¿Queréis que me suba ahí encima? —exclamé.

No acababa de creerlo, pero eso era lo que querían. Nicolai se dirigió a los otros y les dijo:

—Sujetad las sillas lo más fuerte que podáis.

Y dirigiéndose a mí:

—Sergei, sube y cambia la bombilla. No te preocupes. Confía en nosotros.

No tenía alternativa. Habría de subir. Si no lo hacía, me llamarían cobarde. Nunca me aceptarían en su grupo. Cogiendo firmemente la bombilla, empecé a subir hasta que llegué a la sexta silla. Me detuve un momento para mirar intranquilo hacia abajo; cuando vi a los muchachos que sujetaban las sillas con todas sus fuerzas, me dije que no tenía nada que temer. Pero en el mismo momento en que levanté el brazo para poner la bombilla, oí a Nicolai que decía:

—¡Ahora! —y retiró la silla de abajo del todo.

Caí al suelo estrepitosamente en medio del montón de sillas.

Quedé unos momentos allí tendido, totalmente aturdido. Todos me rodearon, burlándose de mí, mientras yo intentaba salir de aquel montón de sillas rotas. «¡Vaya unos amigos!», pensé. Después, se marcharon, dejando que me las apañara como pudiera. Fue sorprendente que no me hubiera desnucado. De todas maneras, me contusioné seriamente la cadera y volví al dormitorio renqueando como un viejo. Uno que estaba al otro extremo del patio me gritó:

—¡Sergei! ¿Qué te pasa? Parece como si te hubiera pasado un tren por encima.

Todos se echaron a reír. Yo entonces no lo sabía, pero me habían aplicado el «tratamiento de la bombilla eléctrica».

Llegué por fin al dormitorio. Me dolía todo el cuerpo molido, pero sobre todo estaba decepcionado de mis «amigos». Ninguno me dirigió la palabra. Yo no comprendía lo que estaba pasando.

Tres días más tarde, Boris vino y me dijo:

—¡Sergei, lo has conseguido! Formas parte.

—¿Que formo parte? ¿De qué estás hablando?

—Formas parte, Sergei. Ya está. ¿No comprendes?

—No, no comprendo —gruñí enfadado—. Lo único que sé es que por poco me matáis.

—Sergei, pedazo de idiota, ¿no te has dado cuenta de que era una especie de prueba? No podíamos incluirte en nuestro grupo antes de comprobar si eras capaz de guardar un secreto sin ir corriendo a Irene la Grande o al Tío Nichy y sin divulgar ni el más pequeño incidente que nos pudiera crear problemas. Teníamos que comprobar que sabes mantener la boca cerrada. Ven conmigo.

Seguí, pues, a Boris y fuimos al club, donde nos encontramos a Nicolai, Iván, Alex y los otros. Me dieron todos la bienvenida, mientras yo pensaba: «¡Lo conseguí! Ahora estoy seguro de que formo parte del grupo». Tiempo después me enteré de que lo que me habían hecho era una de las numerosas pruebas a las que sometían a los novatos, antes de otorgarles su confianza. Ya he dicho que en Barysevo había dos facciones enfrentadas: los niños por un lado y los tíos y tías por otro. Los novatos tenían que optar por una de esas facciones y, una vez hecha la elección, había que mantenerse unidos en cualquier circunstancia.

Poco a poco fui conociendo a aquellos camaradas, que iban a ocupar un lugar principal en mi vida hasta el final

de mi estancia en Barysevo. A muchos de ellos los conocí a través de mi amigo Iván Chernega.

Primero estaba Boris Lavanov. Tenía más o menos mi edad, pero llevaba en Barysevo mucho tiempo y conocía a la perfección los medios para sobrevivir en el orfanato. Era ruso de origen griego; tenía una complexión robusta, tan alto como yo, fuerte y de tez morena. Era un guapo muchacho. Podía confiársele la propia vida, lo cual tuve que hacer en más de una ocasión.

También conocí a Mikhail Kirilin. Era un tipo más bien asiático y, a primera vista, parecía huraño y feroz, pero cuando se le trataba era generoso y cordial, digno de toda confianza. Siempre se podía contar con él, hasta en las situaciones más delicadas. También tenía aproximadamente mis años y llevaba en Barysevo un año más que yo. Le pregunté muchas cosas de su pasado, pero me contó muy poco. Era trabajador, enérgico y lleno de recursos. Me enteré de que conocía a muchas personas en Asia, en la región de Tachkent. Más adelante tuvimos relación con esas gentes, que nos fueron indispensables para montar un negocio muy particular.

Nicolai Povaleyev era uno de los camaradas más reacios; más fuertes y más despiadados. Mientras se le llevara la corriente, todo iba bien. Pero desgraciado de aquel que le contradecía. Cuando uno se ganaba su confianza era un amigo verdadero y fiel. En caso de apuro, sus relaciones y sus asombrosos recursos estaban siempre a nuestra disposición. Había un dicho en Barysevo: «quien tiene la amistad de Nick, puede permitirse tener muchos enemigos». Su fuerza física, su ambición y sus talentos hacían de él el jefe nato de cualquier grupo en cualquier circunstancia. Era un muchacho muy notable, destinado a llegar lejos en la vida, no importaba qué profesión escogiera.

También estaba Alexander Popov, uno de los camaradas más destacados entre todos los que conocí en los orfanatos; era sin duda uno de los más hábiles carteristas del mundo. Le bastaba hablar un par de minutos con alguien para que se quedara con no importa cual de los objetos que llevara encima, desde la cartera hasta los mismos zapatos. Era jovial por naturaleza y muy ecuánime. También era preferible con mucho tenerlo a favor que en contra.

Alex disponía siempre de dinero. Cada vez que lo necesitábamos, iba a Novosibirsk, se daba unas vueltas en tranvía y regresaba con los bolsillos llenos de carteras y de dinero. Era él quien «proveía» a todas las necesidades de la pandilla que formábamos Nicolai, Iván, Boris y yo. Lo llamábamos «dedos ágiles» y decíamos que era nuestro tesorero. Cuando estábamos escasos de fondos no teníamos más que decírselo.

Había otros camaradas a los que llegué a apreciar en Barysevo, entre ellos dos hermanos, Alexander y Vladimir Lobreznov. Eran excelentes amigos, pero nunca pudieron formar parte de nuestro grupo, porque Alexander tenía un carácter violento, que no conseguía dominar; precisamente ese carácter suyo fue la causa de su muerte. Me dijeron que habían perdido a sus padres de una forma especialmente violenta, pero nunca llegué a saber la historia completa.

Hubo otros que entraron y salieron de nuestro grupo, como Sorokin y Pavel Kiryakov. Contaban con nuestro aprecio, pero no llegaron a formar parte de los iniciados.

Nicolai Saushkin era algo mayor que nosotros y se mantenía un poco aparte; nunca se integró verdaderamente en nuestro grupo. Iba a cumplir dieciocho años y debería abandonar entonces Barysevo, pero fueron unas circunstancias inesperadas las que determinaron su salida del orfanato; más tarde lo volví a encontrar.

Los orfanatos como Barysevo, en cualquier lugar que se encontrasen, eran fábricas para producir los comunistas del mañana. La propaganda estaba en todo. Había carteles enormes con eslóganes pintados en letras rojas y amarillas:

«Aplastaremos el imperialismo americano».

«Todo el mundo apoya al pueblo de Vietnam».

«Vivan la paz, la libertad y la solidaridad».

«Proletarios del mundo, uníos».

En todos los orfanatos por los que pasé había esos mismos eslóganes. No se podía mirar a ninguna parte sin encontrarlos ante la vista: en los dormitorios, en las salas, en el comedor, en las duchas, en los muros exteriores, en las vallas, en cualquier sitio donde se pudieran pegar. Algunos, como el de «Aplastaremos el imperialismo americano», me quedaron muy grabados.

En Barysevo la escuela y el orfanato estaban separados. La escuela se hallaba en el mismo centro del pueblo. Nosotros, los del orfanato, íbamos a clase con los niños del pueblo. Era una situación curiosa. Llegamos a tener buenas relaciones con los maestros, aunque nos llevábamos tan mal con los jefes del orfanato. Por eso, la escuela era para nosotros una pausa en la vida de tensión que reinaba en el orfanato, era como una grata bienvenida a un mundo diferente.

Como yo era un Joven Pionero, tuve que seguir un programa de adoctrinamiento mucho más intenso que el de los Octobristas. Lenin nos contemplaba desde todas las paredes. Los eslóganes, sus escritos y su ideología invadían hasta tal punto todas las clases, que la aritmética, los idiomas y cualquiera otra materia pasaban a un segundo término. Para los Octobristas, el adoctrinamiento en la escuela se limitaba a una presentación del «Abuelo Lenin». Pero ya desde el cuarto curso se iba intensificando. Había una cosa que no cambiaba: casi todos los días el maestro

empezaba la clase diciendo: «Buenos días, niños; ¿cómo estáis hoy? Acordaos que Dios no existe». Yo pensaba: «Deben de tener miedo de que descubramos algo acerca de Dios, sea quien sea».

Yo tenía muchas ganas de aprender y me entusiasmaba estudiar. En cuarto y quinto cursos, era un Joven Pionero tan activo que, al pasar al sexto, fui nombrado jefe de la escuela.

Hacíamos marchas gritando eslóganes como «viva el comunismo. Viva Lenin». Cuando atravesábamos las calles de Barysevo, íbamos con la cabeza alta y exhibíamos con orgullo los pañuelos rojos que llevábamos al cuello. Me parece que la gente del pueblo estaba ya harta de nosotros y de nuestras voces. Con frecuencia cerraban las ventanas violentamente a nuestro paso. A mí aquello me importaba poco. Por primera vez en mi vida tenía la impresión de estar «integrado».

Las actividades de los Jóvenes Pioneros estaban perfectamente adaptadas a nuestra edad. Nos entregaban inofensivas ametralladoras de entrenamiento y estábamos organizados en brigadas y batallones, para poder simular combates militares y asaltos a pueblos imaginarios. En realidad, casi no había necesidad de que nos alentaran. Nos lanzábamos por en medio de Barysevo pegados a las paredes e invadiendo las callejas, como si de verdad estuviésemos en la guerra. A voces todo esto se convertía en algo demasiado realista, pues nos entusiasmábamos con el juego y derribábamos cercas pisoteando los jardines; los aldeanos nos perseguían vociferando y amenazándonos. Boris, Nicolai y yo disfrutábamos con esos ejercicios.

Mientras tanto, en el orfanato la vida continuaba.

A medida que pasaba el tiempo entendíamos cada vez menos la crueldad con la que nuestros guardianes se porta-

ban con nosotros. Por cualquier insignificante infracción del reglamento éramos castigados brutalmente.

Una de las reglas del orfanato era que teníamos que dormir la siesta. Yo no tenía ni la más mínima intención de someterme a esa regla; tenía doce años, estaba muy crecido para mi edad, poseía unos buenos músculos y me encontraba pletórico de energías; así pues, no podía imaginarme nada más fastidioso que una siesta. Uno de mis entretenimientos preferidos era la lectura; leía mucho, incluso a primera hora de la tarde, cuando tenía que estar durmiendo. Cogía una pequeña linterna y leía debajo de las sábanas. Lo hacía siempre y nunca me había sucedido nada.

Pero un día, Tío Nicky se hallaba medio borracho y de un humor espantoso, y estaba deseando encontrar a alguien en quien descargar su mal genio. Se comprobó que tenía cierta animosidad contra Sergei Kourdakov. Estaba yo leyendo tranquilamente bajo mis sábanas cuando de repente recibí un puñetazo en las costillas que me arrojó de la cama al suelo. Asustado, levanté la vista. Tío Nicky estaba allí en pie, por encima de mí, dándome la impresión de que medía más de diez metros. Gritó desaforadamente:

—¡Kourdakov, esta vez te he cogido en flagrante delito! Eres un mal muchacho que no vale nada. Te voy a dar una paliza de muerte. Te voy a dar una lección que no vas a olvidar nunca.

Yo estaba aterrorizado. No sabía qué se me iba a venir encima. Aunque era corpulento, no podía medir mis fuerzas con las suyas. Me cogió por el cuello del pijama y me llevó arrastrando por la habitación, al mismo tiempo que gritaba.

—Te voy a dar vitaminas P, Kourdakov. ¿Sabes lo que son las vitaminas P?

Se reía como los borrachos. Me eché a temblar. Todos sabíamos lo que eran las vitaminas P. La palabra rusa equivalente a hebilla del cinturón es *pryazhka*. Cuando utilizaba la hebilla para pegarnos, él decía que nos daba vitamina P.

Vi cómo se quitaba el cinturón, que tenía una enorme y pesada hebilla. Una azotaina con la correa ya habría sido algo terrible, pero a él le gustaba pegarnos con la hebilla, lo cual nos dejaba literalmente rotos.

—Ya está, Kourdakov —dijo Tío Nicky con odio—. Prepárate para recibir tu ración de vitamina P. Quizá así recibas una lección.

Los muchachos se habían despertado sobresaltados y miraban aterrorizados con ojos como platos.

Por nada del mundo le imploraría yo misericordia a nadie. Sin embargo, jamás había sentido tanto miedo, aunque intentaba fingir entereza. Esta actitud mía enfurecía aún más a Tío Nicky. Empezó a azotarme, pegándose una y otra vez con aquella pesada hebilla, sin mirar siquiera a dónde me daba. Yo me debatía tratando de esquivar los golpes, pero él me tenía agarrado tan firmemente con su mano izquierda, que mis esfuerzos no servían para nada. Dondequiera que la hebilla pegaba tenía la impresión de que se me rompía un hueso. Pensé que quería matarme. Empecé a sangrar por los costados, donde el metal me había hecho profundas heridas. Finalmente, él estaba tan extenuado que apenas si conseguía mantenerse de pie. Me tiró al suelo, dándome un empujón y gritando:

—¡Anda, largo de aquí, inmundicia! Y que nunca te vuelva a coger leyendo.

Volví a mi cama dando traspiés y me desplomé en ella. El cuerpo entero me dolía, estaba seguro de que tenía huesos rotos. Jamás había recibido una paliza que me hiciera tanto daño, pero no le daría la satisfacción de que me viera

sufrir. Metí la cabeza bajo las sábanas y me retorcí por los dolores tan atroces que sentía, pero conseguí no ponerme a llorar. Esa bestia no me vería echar ni una lágrima. ¡Ni nadie me vería!

Desde que recibí aquella paliza, solo tuve la idea fija de vengarme de Tío Nicky. Le detestaba más que nunca. Pronto se me presentó la ocasión.

Unos días después de aquello, Nicolai Povaleyev vino a verme y me dijo:

—Ha llegado el momento de escarmentar a Nichmann.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunté.

—Déjalo de mi cuenta —me respondió—. Llevo aquí más tiempo que tú y se me ha ocurrido una idea.

—De acuerdo —convine ansioso—. Estoy dispuesto a hacer lo que sea. Pero asegurémonos de que va a recibir lo que se merece.

Cuando Povaleyev tomaba una decisión, no abandonaba hasta que lograba lo que se había propuesto. A la mañana siguiente, volvió con Boris y con Iván; tenían una idea genial.

—Sergei —dijo Povaleyev—, hemos apañado las cosas de manera que podemos administrar a Nicky una dosis de sus vitaminas P.

Me contó lo que íbamos a hacer. La idea parecía estúpida y yo creía que nunca llegaba la hora de ponerla en práctica.

Todas las noches hacia las once, Nicky tenía la costumbre de darse una vuelta por el dormitorio para comprobar que estábamos todos. Aquella noche le teníamos preparada una sorpresa. La habitación estaba a oscuras, todo estaba tranquilo y esperábamos con el oído atento para percibir el ruido de sus pasos, grandes y pesados. No tardamos en oírlos.

Se abrió la puerta y entró Nicky, sin sospechar nada. Entonces nos pusimos en acción. Povaleyev, seguido de otros dos muchachos, le saltaron encima y le colocaron un saco metido por la cabeza, de manera que no podía ver quiénes éramos ni lo que pasaba. Otros dos niños habían aflojado las bombillas, para que no las pudiera encender. Otros cuantos se le echaron encima y a fuerza de golpes lo tiraron al suelo, dándole patadas y puñetazos. Yo me di la satisfacción de darle dos formidables puñetazos en la nariz. Sus alaridos eran ahogados por el saco que le envolvía la cara. Los muchachos que no participaban activamente sabían de qué se trataba y se habían escondido bajo las mantas. No vieron nada y sabíamos que tampoco dirían nada.

Nicky recibió una buena paliza. Tres muchachos se le sentaron encima mientras los demás saltaban a sus camas y se metían bajo el tapado, después ellos también lo soltaron y se escondieron bajo las mantas. Nicky, hecho polvo y aterrorizado, sangrando por la nariz, se arrancó el saco de la cabeza y salió tropezando y lanzando imprecaciones. Le oímos rabiando y maldiciendo hasta que llegó a su habitación. Entonces esperamos tensos, dispuestos a hacer frente a la explosión.

Pero no hubo explosión. Ni aquella noche ni al día siguiente. Jamás se habló de aquello, aunque nosotros sabíamos que él sospechaba quién había organizado el golpe. Suponíamos que estaba esperando la oportunidad de vengarse. Nos habíamos juramentado para mantenernos unidos contra todos y, si Nicky volvía a dar vitaminas P a cualquier otro, estábamos decididos a vapulearlo de nuevo.

Entre Nicky y nosotros se instauró un equilibrio de terror. Ahora yo tenía la impresión de que nosotros medíamos más de tres metros.

En 1963 las cosas empezaron a ponerse seriamente feas en Barysevo. Hasta entonces, la comida había sido

sencilla, pero suficiente. Ahora empezó a bajar tanto en calidad como en cantidad. Empezamos a sentir hambre. Con lo que comíamos a mediodía no aguantábamos hasta la noche y, cuando pedíamos más, nos decían simplemente que no había. La situación se deterioró más y más no solo en el orfanato sino también en el pueblo.

Nos enteramos de que la escasez se extendía por todo el país y que se agravaba cada vez más. Nos dijeron que Krouchev estaba entusiasmado con el maíz y que pensaba que se podía cultivar en cualquier sitio, incluso en la luna. En sus ansias por aumentar la cosecha de maíz, había hecho que se sembrara también en terrenos que normalmente se sembraban de trigo. Pronto se comprobó que en estos terrenos el maíz no prosperaba y el hambre se extendió por muchas regiones de la URSS.

Sabíamos dónde estaban las reservas de alimentos del orfanato; así pues, proyectamos hacer una incursión. Pero Tío Nicky e Irene la Grande se nos adelantaron: se ocuparon de que todas las provisiones estuvieran bien custodiadas bajo llave. Por más que quisimos ingeniarnos para inventar planes de ataque, no encontramos ningún medio de apoderarnos de alimentos.

Durante meses estuvimos recibiendo como única comida una galleta de maíz que parecía un buñuelo de madera; eran galletas duras y reseacas, pero al menos eran algo que llevarnos a la boca. Yo partía mi galleta en dos pedazos, me comía la mitad por la mañana, una cuarta parte al mediodía y la otra cuarta parte por la noche. Auténticamente hambrientos, dejamos de estudiar con seriedad en la escuela y formamos pandillas que merodeaban con desesperación por todas partes a la búsqueda de comida, y nos peleábamos por las mondaduras de patatas o por cualquier otra cosa que se pudiera comer. A los pocos meses de estar sometidos a un régimen semejante, comencé a sufrir

de escorbuto. Los dientes empezaron a movérseme y fui sintiéndome cada vez más débil.

Muchos otros niños se encontraban en un estado peor que el mío. Mi estupendo amigo Sacha Ognev era menudo para su edad, era muy amable y estaba siempre alegre. Observé que su salud declinaba más rápidamente que la de los demás, aunque todos estábamos sometidos a la misma dieta. Día a día Sacha adelgazaba y se le veía más endeble, su piel se hacía transparente y su cara estaba muy pálida. Nos dimos cuenta de que la mayor parte del tiempo se lo pasaba en cama, sin fuerzas para moverse.

Al cabo de algunas semanas comenzó a hincharse, primero el vientre y después todo el cuerpo. Yo nunca había visto de cerca el hambre verdadera y no la reconocí cuando la tuve ante la vista. El pobre Sacha intentaba poner buena cara y sonreír, pero yo me daba cuenta de que su estado era muy malo. Todos le rodeábamos y tratábamos de ayudarle, pero no podíamos realmente hacer nada. Lo único que podría haber sacado adelante a Sacha era una buena alimentación.

Un día oí un ruido confuso y desacostumbrado en la puerta del dormitorio. Se abrió la puerta y entró Irene la Grande, más gorda que nunca. Era un personaje importante y su dignidad no le permitía venir a nuestro dormitorio, pero por la razón que fuese había venido. No sé de dónde sacaba ella su comida, el hecho era que no parecía haber adelgazado ni un kilo. Después de un breve momento de vacilación, se dirigió a la cama de Sacha con una sonrisa de máscara y la célebre medalla de la Orden de Lenin ostensiblemente puesta en su abrigo.

Yo me encontraba próximo al lecho de Sacha cuando Irene la Grande llegó; la observé en el momento en que retiró el tapado y miró el cuerpo tumefacto de Sacha, inflado

por el hambre y la desnutrición. Se inclinó un poco, le acarició la cara esquelética y le dijo:

—Veo que has engordado, Sacha. Tienes aspecto de buena salud. También para mí el peso es un problema, ¿sabes?

Apuntó en su rostro otro simulacro de sonrisa. Estuvo un momento dudosa, abarcó con una mirada el dormitorio y se marchó dando grandes zancadas.

En ese momento sentí que me invadía una oleada de odio irresistible hacia Irene la Grande. ¿Cómo se atrevía a comparar sus «roscas» de grasa con el minúsculo cuerpo decrepito de Sacha? Podía sentir cómo esa misma cólera se apoderaba de los corazones de todos los demás. Se palpaba la tensión en toda la sala.

Dos días después, a mi regreso de la escuela, sobre las cuatro de la tarde, entré en el dormitorio para dejar mis cosas en el taquillón que había al pie de mi cama, después me acerqué a ver a Sacha y preguntarle qué tal se encontraba.

Lo llamé en voz baja:

—Sacha.

No me respondió. Atisé bajo las sábanas. Su rostro estaba blanco y parecía helado; me di cuenta de que había muerto. Mi amigo Sacha había muerto solo, nadie se había percatado de que la vida había abandonado su pequeño cuerpo.

La muerte de Sacha fue un duro golpe para mí. De todas las cosas que sucedieron en Barysevo, esta fue la que más me impresionó e hizo que cambiara la concepción que yo tenía de la vida y mi postura ante ella. A partir de la muerte de Sacha me di cuenta de muchas cosas. En primer lugar, que en la vida solo sobreviven los más fuertes. Es como la jungla. Los fuertes conservan su vida. Los duros son los que ganan. Los débiles pierden o mueren.

Salí de aquella habitación luchando contra las lágrimas y me prometí una cosa: «Si la vida está hecha así, yo seré el más duro, el más fuerte, el más astuto».

Otros dos muchachos más murieron durante aquella hambre de Barysevo. Una niña se despidió de sus amigas tranquilamente, se metió en un lago y se ahogó. Encontraron a otro niño, que no tenía más de diez años, colgado de una viga. No pudieron soportar por más tiempo aquella situación.

CAPÍTULO VII

REY DE BARYSEVO

Los responsables del orfanato no nos prestaban ni la más mínima atención. Como en general detestaban su trabajo, estábamos abandonados a nosotros mismos y éramos libres de organizar nuestra vida a nuestro antojo. Con tal de que los edificios no sufrieran ningún desperfecto o que las actividades habituales no se interrumpieran, se desentendían prácticamente de nosotros.

Funcionábamos como queríamos, sin que los mayores se metieran en nada, así es que nos creamos un mundo propio. Este mundillo tenía una estructura tan elaborada como la de cualquier sociedad. Los muchachos estaban agrupados en tres categorías bien distintas: los esclavos, los tenientes y, al frente de todos, el rey.

Los más jóvenes, los pequeños y más débiles eran los esclavos. Tenían a su cargo las tareas que les asignaban los de más edad. Se les encargaban los trabajos manuales y las ocupaciones propias de la servidumbre, y tenían la obligación de servir a los mayores. Esta categoría estaba compuesta por la gran mayoría de los niños.

Los tenientes, que repartían los trabajos a los esclavos y supervisaban su realización, constituían un pequeño grupo menos numeroso. Su función consistía en vigilar

que se cumplieran las normas por las que se regía nuestra sociedad en Barysevo. Este cuadro de mando, formado por muchachos selectos, se tomaba muy en serio el dar órdenes a los otros. Por encima de los tenientes reinaba el rey, jefe supremo de todos. Era el jefe indiscutido de todos los muchachos del orfanato. Tenía que ser corpulento y fuerte. Debía demostrar su superioridad física y estar en condiciones de dominar a cualquier otro niño del orfanato que aspirara al título de rey. Psicológicamente, debía inspirar respeto y temor. Había de ser también lo suficientemente listo para hacer frente al odiado sistema de vida del orfanato.

La vida del rey era relativamente cómoda, sobre todo porque los tenientes estaban a su disposición para ejecutar sus órdenes, y todos los esclavos estaban a su servicio y obedecían sus menores deseos.

No recuerdo al muchacho que era rey cuando yo llegué a Barysevo. Tenía mucha más edad que yo y le faltaba poco para marcharse del orfanato. Nicolai Povaleyev le sucedió, cuando yo era todavía esclavo.

Mi primera tarea en Barysevo fue la de limpiar los zapatos del rey. Cuando terminaba de hacerlo, debía esperar en posición de firmes, para ver si el rey consideraba que estaban a su gusto. Los examinaba minuciosamente, con ojo crítico, y yo, de pie ante él, temblaba deseando que quedara satisfecho. Habitualmente le parecía bien. Nunca me pegó ni me echó los perros por un trabajo mal hecho.

Algunas veces, el rey decidía quedarse acostado y ordenaba a un esclavo que lo peinara cuidadosamente, para estar perfectamente presentable al levantarse. Sus ropas tenían que estar también en perfecto estado, sus botas limpias y listas para ponérselas. Después se le servía el desayuno. Todo se hacía de manera que pudiera llevar una existencia digna de un rey. Cuando el rey estaba levantado, convocaba a los tenientes, les daba instrucciones y órdenes

Para la jornada y los despedía para que organizaran el trabajo de los esclavos.

Toda disputa entre esclavos tenía que ser sometida al rey, que mandaba a los tenientes que le trajeran a los muchachos en discordia; ellos exponían sus diferencias y el rey los escuchaba, a veces con benevolencia, pero a veces también con dureza. Después de haber escuchado las diferentes versiones de la historia y los argumentos respectivos, emitía su veredicto, que era inapelable.

No obstante, la situación del rey era precaria. Siempre había algún teniente que no le quitaba ojo, al acecho de la más mínima debilidad, esperando derrocarlo y ocupar su puesto.

La primera vez que descubrí esa pequeña sociedad creada por los muchachos, me pregunté qué dirían Tío Nicky e Irene la Grande si se enteraban de la existencia del rey, de los tenientes y de todo aquel sistema. Pero un día vi al Tío Nicky hablando con el rey. Discutían acerca de algunas normas que Tío Nicky quería que se aplicaran. Entonces lo comprendí todo. Aquel sistema no era un secreto para Irene la Grande ni para Tío Nicky, sino que estaban al corriente de ello y lo utilizaban para transmitir sus deseos al rey. De esa forma dirigían el orfanato a través de este.

Fui esclavo poco tiempo. Cuando crecí un poco y me puse más fuerte, desafié a un teniente, le di una paliza y ocupé su puesto. Al poco tiempo ascendí a primer teniente del orfanato; otros amigos míos del grupo de iniciados —Boris, Alex— también ascendieron a primeros tenientes bajo el reinado de Nicolai, así podíamos movernos a nuestro capricho.

A toda costa yo aspiraba a ser el muchacho más fuerte del orfanato, para poder ser rey un día. Esa era la meta que me había propuesto y nadie, ni siquiera el mismo Nicolai,

me impediría conseguirla. Pero como Nicolai era amigo mío, esperaba no tener que pegarme con él.

Un día, hacia finales de 1965, cuando yo tenía 14 años, Nicolai me llamó y me dijo:

—Me van a trasladar a otro orfanato, Sergei. Tendrías que ser rey tú, porque reúnes condiciones.

No le dije que esa era mi ambición secreta, pero sí le dije que lamentaba que se marchara.

—No te preocupes, Sergei —manifestó—. No estaré muy lejos de aquí. Voy a un orfanato cerca de Novosibirsk.

—¡Estupendo! —repliqué—. Nos podremos ver en la ciudad.

—Desde luego —afirmó—. Te presentaré a algunos amigos míos.

Se decía en Barysevo que Nicolai conocía mucho a algunos asesinos y traficantes de droga. Me los iba a presentar. Los muchachos de Barysevo tenían gran admiración por los criminales y por los individuos que actuaban contra el sistema.

Nos despedimos y él se fue al otro orfanato. Como habíamos convenido, al poco tiempo fui rey. Me sentí muy contento por no haber tenido que pelearme con mi amigo.

De todas maneras, yo sabía que no me iba a ser fácil conquistar el trono, pues había otros cuatro muchachos que aspiraban a él. Los tuve que retar uno a uno, y a todos les gané. Solamente uno de ellos me dio algo que hacer, pero acabé partiéndole la cara a él también.

Había quedado claro quién era el nuevo rey. Nos habíamos enfrentado según las normas de nuestra sociedad y yo había ganado. Si alguna vez un teniente creía que me vencería, estaba en su derecho al intentarlo. Por el momento, yo había ganado y fui coronado rey de Barysevo. No estaba mal para un muchacho de 14 años.

Nombré a mis primeros tenientes entre el grupo de amigos míos. Con su colaboración podía tener a la mayor parte del orfanato en las manos y controlarlo según me pareciera. Boris, Mikhail, Kirilin y los demás estaban dispuestos a secundarme. Si necesitaba dinero, no tenía más que decírselo a nuestro «tesorero» Alexander: «necesito cincuenta rublos antes de la puesta del sol». A la puesta del sol, Alexander llegaba de Novosibirsk con el dinero. Estoy seguro de que había sacado otro tanto para él.

La parte más desagradable de mis funciones era tener que vérmelas con Irene la Grande y con Tío Nicky. Los detestaba. Ellos se habían dado cuenta y guardaban las distancias.

Le dije a Boris:

—Quiero tener que ver lo menos posible con esa gente. Me gustaría que fueras tú quien mantuviera las relaciones con ellos. Les tengo asco.

Boris me obedeció, aunque él tenía tan pocas ganas como yo de tratar con ellos.

A fin de cuentas, la vida en Barysevo no transcurría del todo mal para mí. En la escuela formaba parte de la Liga de las Juventudes Comunistas y en el orfanato era el rey. Estaba grandemente satisfecho.

Entre los dieciséis y los dieciocho años los muchachos abandonaban el orfanato y eran sustituidos por otros nuevos a los que yo no conocía. No sabíamos si nos podíamos fiar de ellos, por eso les hacíamos cuanto antes la prueba de la bombilla eléctrica, aquella que me habían hecho a mí. Si alguno de ellos se lo mencionaba a uno de los tíos o de las tías, perdía para siempre nuestra confianza. Quedaba catalogado entre los espías. Por el contrario, si no decía nada, estimábamos que era digno de que se confiara en él y era aceptado entre nosotros.

Todos aquellos que nos denunciaban o nos espiaban y eran descubiertos, pasaban por un tratamiento especial que habíamos elaborado para esos casos, pues los espías podían ocasionarnos serios contratiempos. Una vez un muchacho se peleó con otro y lo denunció a Tío Nicky, y este le dio una paliza al culpable. Descubrimos al chivato. Según las normas que habíamos establecido en nuestro mundo en miniatura, tenía que pagar. Había que darle un escarmiento.

Mandé a Boris y a Mikhail que lo buscaran. Le pusieron una mordaza mientras dormía y lo arrastraron a la fuerza a pesar de que se resistía con manos y pies. Otros dos muchachos abrieron el baúl que había al pie de su cama y esparcieron su contenido por el suelo. A él y a su baúl los llevamos hasta el borde de un terraplén que había dentro de los terrenos del orfanato.

—Abrid el baúl —ordené—. Metedlo dentro.

Boris y Mikhail lo metieron a la fuerza dentro del cofre y lo cerraron con llave, después lo llevaron al filo del terraplén.

—¡Abajo! —grité.

Empujaron el baúl y salió rodando y dando tumbos por la pendiente, hasta que se estrelló abajo.

—Será bueno que alguien baje y lo saque —ordené—. Ya habrá aprendido la lección.

Estas medidas cerraron el pico de aquel espía. El pobre muchacho casi no pudo andar durante las dos semanas siguientes. Estaba enteramente molido, pero tenía que recibir esa lección. En aquel mundo conflictivo que era el nuestro de Barysevo no había sitio para los soplones.

Yo me mostraba totalmente intransigente en mi trabajo de dirigir, pues deseaba que todos supieran que, si eran justos y leales, no tenían nada que temer. Ponía buen

cuidado en no abusar jamás de mi posición de poder y autoridad.

Como rey, consideré deber mío conocer lo mejor posible a los muchachos. Aproximadamente la tercera parte de ellos habían sido arrebatados a sus padres y enviados al orfanato, y yo quería saber por qué. Desde hacía mucho tiempo esta cuestión era algo que me tenía preocupado.

Lo que descubrí me dejó estupefacto. Había quienes estaban allí porque su madre se había prostituido o porque su padre era un borracho o porque sus padres creían en Dios. Esa clase de padres habían sido declarados indignos por el Estado, se les había privado de la patria potestad y sus hijos enviados al orfanato.

Entre aquellos cuyos padres eran creyentes había un niño de trece años. Era distinto de todos los demás y para mí representaba un enigma. Era pequeño para su edad, inteligente y despierto, y estaba siempre estudiando. Realizaba su trabajo de esclavo sin quejarse, pero no se mezclaba con los demás. Siempre que hablaba con alguno hacía referencia a Dios. Cualquiera cosa que le concernía a este niño me fascinaba. Nadie antes que él había hablado de Dios en Barysevo; al menos, yo no había oído hablar de Él. Uno de los niños dibujó una caricatura del pequeño representándolo como un sacerdote con una aureola en la cabeza y una larga barba; otro escribió debajo: «el diácono».

Desde entonces le quedó ese mote y así era como le llamábamos.

—¡Eh, diácono! —le decía yo—, ven acá.

Como ser llamado por el rey era algo importante, venía corriendo.

—He oído decir que hablas de Dios. ¿Es cierto?

—Pues... sí. Es cierto —balbució.

—¿Eres creyente? —le pregunté.

Yo tenía verdaderas ganas de saber algo más. Nunca había visto a un creyente de cerca. Con mi ignorancia, era como si me dirigiera a alguien que procedía de Marte o de la Luna. Sabía dos o tres cosas vagas de los creyentes; me habían dicho que mi madre era creyente. Le eché el brazo por encima de los hombros y empecé a hablar con él, mientras nos dábamos un paseo. Descubrí que «el diácono» era un verdadero misionero. Solía tener una expresión triste y seria en la cara, pero cuando empezaba a hablar de Dios se animaba, el rostro se le iluminaba y era difícil hacerle callar. Se ponía a hablar de los orígenes de Dios y del hombre, de su historia e ilustraba lo que decía con ejemplos sacados de la Biblia. Yo estaba alucinado. Tanto me llamó la curiosidad, que lo tomé bajo mi protección y conversaba con él frecuentemente.

Un día de invierno, después de una copiosa nevada, estábamos muy contentos porque podríamos deslizarnos por la pendiente del barranco haciendo esquí. El «diácono» estaba allí mirando y yo le interpele:

—¡Eh, diácono! ¿Tu Dios escucha nuestras oraciones?

—Sí, las escucha —me respondió.

Pude ver cómo su cara empezaba a iluminarse y temí que se lanzara a transmitirme otro mensaje acerca de Dios.

—Espera —le corté—, ahora no puedo escuchar un sermón. Solo quería saber si tu Dios responde a nuestras oraciones.

—Sí, responde.

—Bueno —repliqué—, eso quiere decir que, si yo le pido a Dios que me ayude a descender bien por esta pendiente, lo hará, ¿no?

—Por supuesto —afirmó el diácono.

—¿Incluso allí? —le pregunté, señalando la pendiente más pronunciada y más peligrosa—. ¿En aquel sitio donde nadie ha esquiado hasta ahora?

—Sí, incluso allí. Dios escuchará tus oraciones, Sergei.

—Vamos a verlo —le dije.

Todos estaban mirándome cuando me dirigí hacia aquella pendiente casi a pico. Me detuve en el borde, dispuesto a lanzarme. Pero la garganta se me apretó. Nunca me había enfrentado con una pendiente como aquella. Tenía miedo.

—¡Ponte a rezar! —le grité al diácono, y me lancé.

Salí como una flecha hacia abajo, casi verticalmente. Ante mi sorpresa, me mantuve derecho y me detuve en seco al pie de la colina. Levanté la vista y grité:

—¡Eh, diácono! ¡Ha dado resultado!

Subí la pendiente con los esquís al hombro y le di al diácono una palmada en la espalda.

—Muchacho, no está mal. Tú y yo no debemos separarnos, diácono. Mientras tú rezas, yo me hago campeón de esquí.

Volví a descender la pendiente con más seguridad y ganando en rapidez, pero... me caí de bruces. A partir de ese momento esquíé más con la nariz que con los pies y llegué rodando hasta el fondo. Todos se echaron a reír, pero yo me levanté, los miré y se acabaron las risas. El diácono esperaba un tanto temeroso.

—¡Eh, diácono! —exclamé—. ¿Qué ha pasado esta vez? ¿Se ha dormido Dios?

Subí la colina, levanté el brazo y dije:

—Bueno, supongo que Dios no puede estar todo el tiempo escuchando, ¿verdad, diácono? —este se sintió aliviado.

Algunos muchachos del orfanato detestaban al diácono porque iba muy bien en la escuela y así ellos quedaban en mal lugar. Afortunadamente yo no estaba en su misma clase, porque seguramente yo tampoco le habría tenido afecto. En varias ocasiones le dieron una paliza; yo

me enteré y di órdenes de que eso no se repitiera. No obstante, siguieron molestándole y atormentándole.

Un día le pregunté:

—Oye, diácono, ¿qué piensas ser?

—Siempre he deseado ir a una Escuela Bíblica para estudiar la Biblia más a fondo. Eso es lo que deseo hacer, Sergei, y ruego a Dios que algún día se me presente la oportunidad de hacerlo.

Nunca quería hablar de su familia. Una vez oí que un niño le preguntaba:

—Diácono, ¿dónde están tu padre y tu madre? ¿Por qué estás tú aquí?

Al diácono le invadió una enorme tristeza. Jamás había visto yo unos ojos tan tristes. Tenía la mirada como perdida en el vacío y la emoción le cerraba la garganta, de modo que no pudo articular palabra. Se levantó y se fue al dormitorio. Fui tras él y lo encontré echado en la cama boca abajo con la cabeza debajo de la almohada y sollozando.

Posteriormente, me enteré de que su padre y su madre eran gente que creía en Dios y vivían en Oguratovo, a una distancia de tan solo unos 25 kilómetros. Porque creían en Dios y le habían transmitido esa fe al diácono, habían sido acusados ante el juez, que decretó que eran padres indignos y los había privado de la patria potestad. Se declaró oficialmente que el diácono no tenía padres y, por lo tanto, estaba legalmente bajo la tutela del Estado hasta su mayoría de edad. No podría volver a ver a sus padres, aunque vivían tan cerca. Para un niño esto constituía un gran peso, un trauma que lo perseguiría hasta el final de su vida.

Por el momento, tenía otras cargas que soportar. Era duramente perseguido, a causa de su fe, por los tíos y las tías; lo atormentaban a todas horas. Le hablaban a gritos y lo maltrataban por lo más nimio. Sobre todo Tío Nicky lo

detestaba. Con frecuencia se ponía como un loco furioso con él y gritaba:

—¡Ese diácono! ¿Dónde está? ¿Dónde está metido ese demonio? Tengo una dosis de vitamina P para él.

El diácono se deslizaba de la cama y se acercaba al Tío Nicky, este lo agarraba brutalmente por la camisa y lo arrastraba hacia el lugar que había escogido para administrarle sin miramientos las vitaminas.

Nunca he sabido cuál fue la suerte que corrió el pequeño diácono, pero ahora sé que en URSS no hay sitio para gentes como él. Me enteré de que había centenares de orfanatos como Barysevo en toda la URSS y centenares de otros pequeños «diáconos» que habían sido arrebatados a sus padres. El diácono fue el primer creyente en Dios que conocí de cerca y no lo olvidaré nunca.

CAPÍTULO VIII

LA VIDA CRIMINAL SE APRENDE

Cuando cumplí quince años surgieron circunstancias nuevas que dieron a mi vida una orientación diferente. El camarada Skripko, director comunista de la escuela, empezó a interesarse especialmente por mí y a ayudarme. Era la primera persona que mostraba ese interés. Gracias a su forma de enseñar el comunismo, empecé a intervenir más activamente en la sección de la Liga de las Juventudes Comunistas de nuestra escuela. Se propuso canalizar mis energías, siempre en efervescencia, hacia un trabajo en el seno de la Liga al que me lancé con entusiasmo.

Un día, el director me llamó y me dijo:

—Kourdakov, he estado observando tu trabajo en la Liga. Creo que tienes madera de jefe. ¿Te gustaría emplearte en ello el año próximo, para ver de qué eres capaz? Si te empleas a fondo, podrías llegar lejos. Podrías dirigir la Liga de la escuela.

«Sería maravilloso», consideré, «ser jefe de la Liga de las Juventudes Comunistas». ¿Por qué no? Era rey de Barysevo y había conquistado el título fácilmente. Así pues, me puse a estudiar con todo entusiasmo el marxismo y el leninismo.

Nada tuvo mayor influencia en mi vida escolar que

este estudio de los principios del comunismo y sus objetivos: la unidad de todos los pueblos y la fraternidad humana. A cada cual según sus medios y a cada cual según sus necesidades. Estas verdades encontraban eco dentro de mí. Antes de descubrirlas, yo no había creído en nada, no había tenido tiempo de considerar un compromiso profundo o una convicción profunda. Ahora ya creía en algo: en el comunismo.

No se trataba del comunismo encarnado por Irene la Grande y por Nichmann. Ellos no eran verdaderos comunistas. Su brutalidad y sus debilidades no tenían nada que ver con el comunismo y sus ideales. No habría sido posible, pues el comunismo enseñaba la fraternidad entre los hombres y la igualdad de todos los pueblos; para Nichmann e Irene la Grande era necesario crear un clima de odio en el orfanato; solo los más fuertes tenían derecho a vivir. La fuerza era la ley... lo cual era todo lo contrario de la igualdad de todos.

Pero la esperanza que yo encontré en el comunismo no era compartida por mis amigos de Barysevo. Estaban dominados por la dureza y el odio que reinaban allí, con sus trágicas consecuencias. Mi amigo Alexander Lobuznov y su hermano Vladimir huyeron a Novosibirsk. En el orfanato no se notaban las ausencias de algunos días o incluso de una semana. Alex y Vladimir se pusieron a merodear por un parque en el centro de Novosibirsk, dormían en él y robaban para comer y poder subsistir. Un día robaron unas botellas de vodka y se emborracharon. Atacaron a un joven en el parque y le dieron una paliza. Lo hicieron sin mala intención pues, en su estado de embriaguez, no sabían lo que hacían: Alex le ató una correa al cuello y lo arrastró por el parque a lo largo de unos trescientos metros, después lo desató y gritó:

—Si tienes un mínimo de sentido común, lárgate a toda prisa.

El muchacho no se inmutó. Alex lo miró, espantado. Estaba muerto, estrangulado por el cinturón. Alex y Vladimir salieron corriendo tan rápidamente como pudieron, pero la policía acabó deteniéndolos.

Mi amigo Alex, que tenía dos años más que su hermano, fue fusilado. A Vladimir lo metieron en la cárcel y todavía está allí.

Otros muchachos del orfanato, entre los quince y dieciséis años, se escaparon y se dedicaron al crimen, a las drogas o a la prostitución. La tasa de criminalidad en Novosibirsk era muy elevada y era muy fácil verse implicado en ella.

El grupo de amigos íntimos míos permaneció incontaminado mientras Iván Chernega no desapareció del orfanato. Durante los primeros días de su fuga yo no me preocupé, porque sabía que Iván era muy capaz de desenvolverse por sí mismo. Me imaginaba que estaba disfrutando del buen tiempo en Novosibirsk. Lo que yo ignoraba, sin embargo, era que desvalijaba los trenes, lo cual le dio buen resultado durante cierto tiempo.

Un día, Boris vino a verme casi sin aliento. Muy excitado me dijo:

—Sergei, ¿tienes noticias de Iván?

—No. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Lo han detenido.

—¿Detenido? ¿Quién?

—La policía. Se había asociado con una banda de truhanes que desvalijaban los trenes y los han sorprendido en el momento en que iban a detener un tren.

—¿Iván desvalijando trenes? Estás loco, Boris —le dije.

—No, Sergei, es cierto. Está en la comisaría central de Novosibirsk. Lo van a meter en la cárcel.

—¿Podemos ir a verlo?

—No sirve de nada, Sergei. Nadie puede acercarse a él.

«Pobre Iván», me dije, «querido amigo». Habíamos vivido juntos muchas aventuras y habíamos compartido toda clase de experiencias desde que nos conocimos cuando yo no tenía más que ocho años. Por entonces él era un muchacho abierto y feliz, siempre con la sonrisa en los labios, siempre sabía ver el lado bueno de las cosas. Fue condenado a una larga pena de trabajos forzados y todavía está preso en alguna parte de Rusia.

En cuanto a mí, yo era el primero no solo en la clase de marxismo-leninismo, sino también en física, matemáticas, lenguas, geografía y política. Tenía facilidad para los idiomas y aprendí el alemán que llegué a hablar bastante bien. Creo que el hecho de ser el protegido del director comunista de la escuela me estimuló considerablemente. Pero solo al comienzo. Desde la muerte trágica de mi querido amigo Sacha, el motivo que me alentaba era la ambición de «triunfar». Puse en práctica mi divisa estudiando con ahínco. Obtuve la máxima puntuación en la mayor parte de las asignaturas.

El director comunista me dijo un día:

—Kourdakov, me gustaría que dieras clases de comunismo y de marxismo-leninismo a los alumnos de las primeras clases.

—De acuerdo —le dije, dándome cuenta de que aquello era un gran honor para mí.

Me autorizaron a no asistir a mis clases, para que pudiera ir a exponer mis conferencias a las aulas de los más jóvenes. Entre otros temas, les hablé del imperialismo, de la guerra del Vietnam, que por entonces comenzaba a ocupar el primer puesto en la literatura comunista rusa, aparte de temas políticos y de la doctrina marxista.

El director de la escuela estaba satisfecho.

—Sigue así —me recomendó—. Tienes ante ti una carrera de primera clase... cuando acabes en la escuela llevarás un informe excelente.

Sus elogios eran muy valiosos para mí, pues no solamente era director de la escuela, sino también un importante funcionario comunista de la región, y yo sabía que para llegar a un puesto importante en la sociedad soviética era necesario poseer referencias excelentes del funcionario local del partido comunista. Parecía que todo me iba bien.

Durante las vacaciones del verano de 1966, Boris, Mikhail Kirilin y yo pasamos mucho tiempo en Novosibirsk. Podíamos salir y entrar del orfanato cuando quisiéramos. Un día encontré a mis dos amigos en Novosibirsk desbordantes de entusiasmo. Me pregunté: «¿Qué se traerán entre manos estos dos?».

—Sergei —me dijo Mikhail—, en mi ciudad natal, Tachkent, hay muchos musulmanes.

—Lo sé. Ya me lo has contado.

—Sergei, tengo allí muchos amigos y numerosos parientes. Se fuma mucho hachís allí, ¿sabes?, y creo que me puedo poner en contacto con la gente que conozco para comprar un poco.

«¡Ah!», pensé. «A esto querían llegar a parar».

—Podríamos procurarnos alguna cantidad —prosiguió Mikhail, muy excitado—, y venderla aquí.

Reflexioné un poco. A primera vista la idea no parecía mala.

—¿Por qué no? —repuse—. Podríamos ganar mucho dinero.

—Perfecto; no sería difícil.

—Pero ¿dónde lo esconderemos? —pregunté.

—¿Dónde? Pues en el orfanato.

—¿Has perdido la cabeza, Mikhail?

—No. Me parece una idea genial. ¿A quién se le ocurriría buscar droga en un orfanato?

—No está mal.

—Es un sitio seguro. Podríamos así venderla en pequeñas cantidades en Novosibirsk. La ciudad bulle de jóvenes que están deseando comprar.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté.

—Nick (así se llama mi socio) y yo hemos hablado ya de eso. Dentro de tres o cuatro días vamos a ir en tren al Turkestán.

Con la ayuda de nuestro «tesorero» reunimos todo el dinero posible, y Nick y Mikhail tomaron el tren con destino a las regiones meridionales de la Rusia asiática, para establecer los primeros contactos. Unas tres semanas después ya estaban de regreso en Barysevo con la sonrisa en los labios. Al verlos, tuve la seguridad de que habían tenido éxito. Encontramos un buen escondite para el hachís en el orfanato, que resultó una buena cobertura para nuestros nuevos negocios.

Mikhail se ponía a vender la droga en cuanto recibíamos los paquetes. Algunos de los mayores del orfanato fueron los primeros clientes y fumaban a escondidas.

No teníamos mucho que temer por parte de Tío Nicky, de Irene la Grande ni de los demás tíos y tías; tal como estaban las cosas, y sobre todo en los meses de verano, el orfanato funcionaba por su cuenta, la disciplina estaba muy relajada y había muy poco control. De todas maneras, nosotros ya habíamos aprendido a arreglárnoslas solos y sabíamos cómo eludirla.

Empezamos a hacer viajes a Novosibirsk, establecimos contacto con la gente joven de allí y pudimos colocar nuestra mercancía nada más recibirla.

Un día, en uno de nuestros viajes de negocios, nos encontramos con Nicolai Povaleyev en la calle. Nos dimos

un abrazo y unas palmadas en la espalda. Era la primera vez que lo veía desde que abandonó Barysevo y fue enviado a otro orfanato. Me contó que se había afiliado a una organización criminal de Novosibirsk, que era parte de una red que tenía ramificaciones en todo el país. Me enteré posteriormente de que cada estado de la URSS está dividido en regiones y que cada región está asignada a una organización criminal. Povaleyev me contó que había participado en un congreso, cerca de Moscú, durante el cual los jefes de las bandas criminales de toda la Unión Soviética se habían reunido, clandestinamente, para repartirse el país. Me contó también que había trabado buena amistad con algunos de los jefes más importantes.

—No me extraña, Nicolai —le comenté—. Eres capaz de situarte bien en cualquier parte.

—¿Y tú, Sergei? ¿Qué ha sido de tu vida?

—Mikhail, Boris y yo hemos puesto en marcha un pequeño negocio.

—Me enteré de que eres jefe de las Juventudes Comunistas en Barysevo. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto.

—¿No acabas de decidirte? ¿Qué quieres ser: un comunista o un comerciante?

Me eché a reír.

—Bueno... todos tenemos que comer, hasta los comunistas —bromeé, mientras pensaba en la suerte que corrió Sacha.

—Escucha, Sergei. Querría verte dentro de un par de semanas. Tengo a la vista algo para ti. ¿Estás de acuerdo en que nos veamos en el mismo lugar, a la misma hora, dentro de dos semanas?

—De acuerdo —le prometí, y nos fuimos cada uno para nuestro sitio.

Cuando nos volvimos a ver en aquella cita, Nicolai fue directamente al grano.

—Escucha, Sergei, pierdes el tiempo ocupándote en negocios poco importantes. Te matas trabajando y estás corriendo toda clase de riesgos. ¿Qué provecho sacas?

Antes yo pensaba que no me iba nada mal, pero en comparación con las actividades de Nicolai no era gran cosa. Nicolai se dio cuenta de que sus consideraciones hacían mella en mí y se puso a presionarme.

—Sergei —me presionó—, las personas con quienes trabajo necesitan gente como tú. Eres joven y nuevo en este lugar. Tu nombre no figura en ninguna lista de traficantes de las que tiene la brigada de estupefacientes. No desperdiciarías sospechas de la policía.

Todo eso me parecía fabuloso, así es que le dije:

—De acuerdo, Nicolai. ¿Qué tengo que hacer?

—Pues necesitamos correos. Lo único que tienes que hacer es recoger la mercancía y depositarla en el sitio previsto.

—Eso me parece fácil.

—Es fácil. Eso es lo único que tienes que hacer.

Ibamos andando mientras hablábamos. Repetí.

—El asunto me parece bueno. Acepto.

—¡Estupendo! —exclamó y me dio una palmada en la espalda.

Antes de empezar ese negocio con Nicolai tenía que acabar con Boris y Mikhail. Poseíamos todavía gran cantidad de hachís que teníamos que liquidar. Decidimos venderlo en Ulyanovsk, la ciudad natal de Lenin.

Era verano y muchos turistas acudían para conocer aquel sitio. Se nos ocurrió que allí podíamos hacer buen negocio. Fuimos allá en tren y, al poco tiempo, ya habíamos vendido nuestras existencias. Aproveché esa estancia nuestra para visitar el lugar en donde nació Lenin. Así que

aquella fue para mí —el comunista y el comerciante— una experiencia memorable. Inmediatamente volvimos a tomar el tren para regresar a Novosibirsk.

Me adapté rápidamente a mi nuevo trabajo de correo: iba a Novosibirsk, a la Plaza del Mercado en el mismo centro de la ciudad, y establecía mis contactos en un determinado puesto. Allí me entregaban un paquete envuelto en papel y me indicaban dónde debía entregarlo. La policía no sospechaba nada; para ella yo no era más que un muchacho de dieciséis años.

Me pagaban bien y el trabajo era fácil.

Yo nunca tomé estupefacientes ni fumé hachís, era un apasionado partidario de estar en buena forma física y sabía que la droga destruiría mi cuerpo. Me imponía una disciplina muy exigente, porque estaba decidido a ser fuerte y a mantenerme así. Este trabajito no era para mí más que un entretenimiento con el que me ganaba un poco de dinero para mis necesidades. Y nada más.

Pero sucedió algo que trastornó mi cómoda vida. Un día que hacía mucho calor, me había puesto una ropa ligera y metí en el bolsillo de mi camisa un poco de hachís que quería llevarles a mis amigos de Barysevo. En el tranvía de Novosibirsk íbamos como sardinas en lata y esto hacía que sudáramos abundantemente. Con los empujones y apretujones una de las bolitas de droga se rompió y su contenido se derramó en mi bolsillo. El hachís tiene un olor característico fácil de identificar.

Descendí del tranvía cerca de un pequeño kiosco en el que se vendían periódicos. Me acerqué a comprar uno y fui abordado por un hombre alto y corpulento, que me dijo:

—Ven acá, hombrecito, que quiero hacerte una pregunta.

Empecé a sospechar que algo no iba bien; no obstante, lo seguí hasta una callejuela oscura. No le tenía miedo, pues yo sabía muy bien judo. Para mí no era problema salir del paso con un hombre solo. Me daba igual que fuera alto y más fuerte que yo. Así es que lo acompañé sin temor.

— Cuando llegamos a la callejuela, me dijo:

—Tienes droga.

—No, no tengo nada de eso —le mentí.

Me agarró por la camisa y me dispuse a darle un golpe de kárate, seguido de una llave de judo. Pero no vi lo que tenía a mis espaldas. En el mismo momento en que levantaba la mano para darle el golpe, sentí un dolor agudo en la espalda, como si me hubieran echado aceite hirviendo. Uno de sus acólitos se había acercado por detrás silenciosamente y me dio una puñalada. La cabeza empezó a darme vueltas. Sentí que desfallecía, me mareé y caí al suelo perdiendo el sentido.

Cuando volví en mí, me encontraba en el hospital. Pregunté a la enfermera qué había pasado.

—Te encontraron en una callejuela —respondió—. Has perdido mucha sangre. Si no te hubieran encontrado habrías muerto de hemorragia. La cuchillada te cortó una arteria importante.

Hice saber a Boris y a Nicolai dónde me hallaba y vinieron a verme. Durante su visita, Nicolai me dijo:

—Sergei, descríbeme a esos dos individuos.

—No pude ver más que a uno —repuse.

—¿Cómo era?

Me acordaba bien y pude hacerle una buena descripción.

—No te preocupes, Sergei. Nos cuidaremos de él.

Unos días después Nicolai volvió. Me dijo:

—Bueno, Sergei, ya nos hemos ocupado de tus dos amigos. Ya no van a molestar a nadie más.

—¿Qué les ha pasado?

—Les hablé de ellos a mis amigos y los encontraron inmediatamente. No te voy a decir qué ha sido de ellos, pero sí debes saber que no importunarán ya a nadie más.

Conociendo a Povaleyev, me imaginé que estaban en el fondo del río, el Ob.

Al cabo de unas dos semanas y media me dejaron salir del hospital. Boris y Nicolai me acompañaron al orfanato para tomarme un tiempo de descanso. Los médicos habían dicho que si el cuchillo hubiera penetrado un poco más, el golpe habría sido fatal. Eso aparte de que, si no me encuentran, muero desangrado.

Echado en mi cama, servido por mis tenientes y mis esclavos, tuve tiempo más que de sobra para meditar, mientras me reponía de la herida.

Veía cada vez con mayor claridad que me encontraba en una encrucijada de mi vida. Tenía que, o bien seguir el camino de Nicolai Povaleyev y sumergirme más profundamente en ese bajo mundo, o bien ponerme en serio a forjar mi carrera en la organización comunista. Había probado ambas posibilidades, pero no sabía cuál me convenía más. El aspecto moral de todo esto no contaba para mí. Después de todo, a unos metros de distancia, en el minúsculo cementerio de detrás del orfanato, yacía el cuerpo de Sacha, un ser bueno, que no había sido ni bastante resistente ni bastante duro para poder sobrevivir. Si yo no cuidaba de mi futuro, seguiría la misma suerte.

Debo confesar que estaba un poco turbado. Ahí estaba Irene la Grande que se pavoneaba con su medalla. El partido comunista la había premiado y ahora ella se trataba a cuerpo de rey. Tenía menos escrúpulos todavía que algunas personas del bajo mundo con las que yo había tratado.

Pero me di cuenta de que me sentía atraído sobre todo por la política y los estudios. El camarada Skripko, el director comunista de la escuela, estimaba que yo reunía condiciones y tenía capacidad para ello. A fuerza de estudiar los escritos de Lenin y los fines y objetivos del comunismo, me adherí a él con apasionamiento. Deseaba dedicarme a la política o trabajar para el Partido.

Tomé, pues, esta decisión, allí acostado en mi litera. Haría carrera en el seno del Partido con la ayuda del director comunista de la escuela. Tendría cuanto antes una conversación con él y le preguntaría cómo debería, a su parecer, orientar mi vida y mi carrera. Renunciaría a todo lo que no fuera mi trabajo a la cabeza de la Liga y me entregaría por entero a mis estudios. De esta manera pondría punto final a la fase temeraria de mi vida. Ahora tenía que estudiar y someterme a la disciplina.

CAPÍTULO IX

ESCOJO UNA CARRERA MILITAR

Poco a poco fui perdiendo contacto con Nicolai Pova-
leyev, Boris y Mikhail Kirilin; ellos seguían con sus activi-
dades, comprando y revendiendo droga. Les veía a veces,
los fines de semana, cuando yo iba a Novosibirsk. Los es-
tudios y mis responsabilidades me tenían cada vez más
ocupado. Yo era muy exigente en cuanto a los objetivos y
los fines previstos para la Liga. Empecé a adquirir fama de
ser un jefe que sabía poner en marcha las cosas. Me había
propuesto que mi organización de la juventud fuera la me-
jor de todo el distrito. No era pequeña tarea, porque este
abarcaba la ciudad de Novosibirsk y la enorme región que
la rodeaba. Pero, para provecho de mi propia carrera, era
importante que mi grupo fuera el mejor.

Los meses pasaban rápidamente, obtuve excelentes re-
sultados en mis estudios y mi grupo de Juventudes Comu-
nistas era el mejor de todo el distrito. A finales de junio de
1967 recibí el diploma de fin de curso. Salí el primero de
la clase. Los tres alumnos que habían obtenido los mejores
resultados iban a recibir unas medallas. Una chica obtuvo
medalla de oro y yo me llevé una de plata.

Llegó el gran día; era el momento de calificar a todas
las organizaciones de la Liga de las Juventudes Comunistas

del distrito de Novosibirsk. Asistieron altas personalidades comunistas; yo estaba sentado con mi grupo, esperando impaciente la lectura de las calificaciones.

«La mejor organización de Juventudes Comunistas del distrito de Novosibirsk es la de... ». El que leía se detuvo un momento y yo retuve la respiración. «...la de Barysevo».

No creía lo que estaba oyendo. ¡Había triunfado! Todas las miradas se volvieron hacia mí y la gente me golpeó en la espalda cuando me dirigí hacia la presidencia para recibir la recompensa como Jefe de la Liga de las Juventudes Comunistas de Barysevo. Fue un gran día para mí. Me dedicaron aplausos abundantes y prolongados. Los jefes comunistas de nuestro distrito me felicitaron con un apretón de manos. En el momento de recibir la recompensa pública, el funcionario comunista que me la entregó comentó:

—Este muchacho llegará lejos.

Era ese precisamente el objetivo que yo me había marcado en mi vida... triunfar y llegar lejos. Esos aplausos y esas felicitaciones que resonaban en mis oídos me confirmaban en el camino escogido. Estaba convencido de que me conocía las reglas del juego y de que era capaz de jugar según esas reglas y ganar. Me había costado no poco trabajo aceptar todos esos años pasados en Barysevo, en V-I e incluso antes, en el Número Uno, esos duros golpes que había tenido que encajar y el rudo aprendizaje de mi independencia. Pero de todo ello había salido enreziado y endurecido. Aquellas lecciones me dieron una seria ventaja sobre quienes habían disfrutado de una vida más fácil o más protegida, y que habían tenido un padre y una madre que se ocupara de ellos. En el juego de las rivalidades, el futuro era mío. Mi vida y mi carrera se abrían delante de mí y yo tenía la seguridad de que estaba preparado. Era una criatura moldeada por el sistema soviético; era cons-

ciente de esto y sabía que conseguiría alcanzar los primeros puestos.

Ahora había llegado el momento de escoger una profesión. Antes de nada, tenía que cumplir el servicio militar. No sabía si hacerlo en el ejército de tierra o en otra arma. Había comentado esto con muchachos que habían servido en tierra y me dijeron:

—Sergei, eso es lo último que tienes que hacer. Ni soñar en el ejército de tierra. Es una vida dura y sin posibilidades de progreso. Al licenciarte empezarías a trabajar como obrero en un taller. ¿Qué futuro es ese para ti?

Yo ya sabía que la vida de un obrero de taller no era envidiable. No la deseaba en absoluto. Lo que yo necesitaba era algo que me ayudara a progresar.

Hablé también con amigos que habían servido en la marina. Después de haberles escuchado contar sus experiencias, me decidí por la marina. Pero yo deseaba ser oficial y no simple marinero. En todos los orfanatos en que había estado, con excepción del Número Uno, había sido jefe, tanto en la escuela como en las organizaciones de Jóvenes Comunistas. Ahora deseaba ser también jefe en la marina.

El camarada Skripko prometió ayudarme.

—Kourdakov —me dijo—, haré un informe excelente de ti y te recomendaré vivamente. Entregarás el informe a las autoridades del reclutamiento de la marina de Novosibirsk y les dirás que se pongan al habla conmigo.

Así pues, preparó un informe sobre mi trabajo en las organizaciones de las Juventudes Comunistas, desde la época en la que yo era un Octobrista hasta el presente, y lo envió a las autoridades de Novosibirsk con su recomendación. Envío también una copia a Leningrado, acompañando a mi petición de ingreso en la Academia naval.

A comienzos de agosto de 1967, me comunicaron en Barysevo que había sido admitido como cadete oficial en la Academia naval de Leningrado. ¡Una estupenda noticia! Tenía que agradecerlo al camarada Skripko. Me costó trabajo despedirme de mis amigos íntimos... pero mi única preocupación era tirar para delante y no mirar atrás.

Cuando salí hacia la estación de Novosibirsk a tomar el tren para Leningrado, mi mirada se detuvo en los lugares que tan bien me había conocido durante los diez últimos años, desde que, siendo un chaval, los había recorrido vagabundeando. Oí el último aviso: «Viajeros con destino Moscú, suban al tren». Subí al tren y unos momentos después el tren empezó a salir lentamente de la estación. De repente, fui consciente, con una cierta estupefacción, de que una gran «tajada» de mi vida acababa allí. Miré por la ventanilla y contemplé con nostalgia aquella vieja estación.

Abismado en mis pensamientos, me instalé para hacer ese largo viaje que debía llevarme a Leningrado. Abandonamos los barrios extremos y, ya en el campo, el tren ganó velocidad. El clic-clac de las ruedas empezó a hablarme: «clic-clac, has triunfado, has triunfado. Clic-clac, has triunfado, has triunfado».

Yo mismo me decía: «Sí, Sergei, has triunfado; pero ¿qué ha sido de tus amigos que no han triunfado?». Miré hacia atrás en el tiempo y los rostros de los que no habían triunfado atravesaron mi espíritu como un relámpago. Siete muchachos habían llegado al orfanato Número Uno al mismo tiempo que yo, cuando tenía seis años. Habíamos crecido juntos. De todos nosotros yo era el único que había terminado la escuela secundaria y que tenía unas ciertas perspectivas de hacer algo en la vida.

Con la mirada fija distraídamente en la monótona llanura de Siberia que desfilaba rápidamente, otros rostros empezaron a surgir ante mi vista. Iván Chernega, Alex y

Vladimir Lobuznov, Nicolai Saushkin, Nicolai Povaleyev, Boris Lobanov, Mikhail Kirilin, Alex Popov, nuestro «tesorero», y todos los otros viejos amigos. Unos se habían hecho ladrones, otros habían venido a parar en traficantes de droga, otros eran incluso asesinos. Casi todos habían tenido serios tropiezos. Mi excelente amigo Iván Chernega estaba condenado a un montón de años en la cárcel; Alexander Lobuznov había sido fusilado. Experimenté una auténtica conmoción al considerar la cantidad de chicos y chicas del orfanato de Barysevo que se habían convertido en unos criminales y en auténticos bandidos, o se habían prostituido. Los débiles, como Sacha Ognov, habían muerto o se habían suicidado.

Me acordé del «diácono» y me pregunté qué habría sido de él. ¿Adónde habría ido? ¿Llegaría a entrar en esa Escuela Bíblica con la que soñaba? Seguro que no. ¿Podía haber en la sociedad sitio para un muchacho como él? También todos aquellos «huérfanos oficiales» arrebatados a sus familias se agolparon en mi memoria. ¿Qué destino habría sido el suyo?

El tren devoraba aquella vasta llanura, camino de Moscú; las ruedas empezaron a enviarme otro mensaje: «sé fuerte, sé fuerte». Comprendí que era esencial prestar atención a este nuevo mensaje de las ruedas.

Después de un largo y cansado viaje, el tren entró en la estación de Kazán, de Moscú. Comenzaba mi estancia de dos días en la capital de nuestro país.

El primer sitio que visité fue la tumba de Lenin. Me puse en cola y esperé pacientemente durante muchas horas, hasta que pude entrar. Como Octobrista, había sido «nieto» de Lenin, como Jefe de la Liga de las Juventudes Comunistas, había sido su «hijo». Algún día, como miembro del Partido Comunista, sería su camarada.

Cuando penetré en aquel silencioso santuario y me aproximé a los restos mortales del Padre Lenin fui invadido por un sentimiento de temor y de veneración. Me acerqué y miré tranquilamente el cuerpo del hombre que había ocupado tantas horas de mi estudio y que era un dios para mí. Estaba en el origen de mi «religión»; esa «religión» que me había ofrecido algo en lo que creer por primera vez en mi vida. Me había enseñado la igualdad, la fraternidad y la ayuda que los fuertes debían ofrecer a los débiles. Me incliné y le dirigí una oración. Fue efectivamente una oración. No puedo llamarlo de otra forma. Recé: «Ayúdame en la vida, Padre Lenin. Guíame y dirígeme cuando lo necesite. Ayúdame a comprender tus enseñanzas y a assimilarlas. Aparta los obstáculos y los peligros de mi camino y de mi vida. Escúchame y guíame. Ayúdame, Padre Lenin». Levanté la vista, miré unos minutos más los restos mortales de Lenin y me marché. En cierto modo, me sentía más fortalecido y más capacitado para hacer frente a lo que me esperaba.

Acabé mi estancia, tomé el tren para Leningrado, unos seiscientos kilómetros al noroeste de Moscú y llegué allá para iniciar un nuevo capítulo de mi vida: una carrera de oficial de la marina se abría ante mí, iba a estudiar en la Academia naval Alexander Popov. Cuando estaba en Barysevo había intentado convencer a «mi» Alex Popov de que le habían puesto su nombre a la Academia.

Cuando vi Leningrado por primera vez comprendí por qué la llamaban la reina de las ciudades soviéticas y por qué Voltaire, en el siglo XVII, había dicho: «La magnificencia de todas las ciudades de Europa reunidas no puede igualar a la de San Petersburgo» (este era el anterior nombre de Leningrado). Leningrado ofrecía una mescolanza extraña: la grandeza eterna de Rusia se aliaba a la cultura moderna. Fue llamada con frecuencia la capital de los

Zares y la cuna del comunismo. Durante siglos llevó el nombre de su fundador Pedro el Grande. Su nombre actual le fue atribuido el año 1924, en honor de Vladimir Ilych Lenin, quien un día de octubre de 1917 inició la insurrección que transformó a la Santa Rusia en Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Al fundar el primer gobierno comunista de la historia, provocó una explosión ideológica que iba a conmover y a cambiar el mundo. Desde un cartel gigantesco, de unos treinta metros de alto, su foto sobresalía por encima de las calles, dominando la Plaza de Leningrado. La ciudad era tal y como yo la había visto en fotografías: una ciudad de puentes; hay casi seiscientos, que van de una a otra orilla de los numerosos canales y riachuelos que se entrecruzan con las calles.

Conservo el recuerdo de que el perfil de la ciudad, recortado sobre el cielo, me parecía extraordinariamente bajo para una ciudad de cuatro millones de habitantes; aunque yo ya sabía que esto era debido a que una ley limitaba la altura de todos los edificios, a excepción de las iglesias —más concretamente sus torres—, para que no sobrepasaran los treinta metros que tenía el palacio de invierno de los Zares.

Recorrí de punta a cabo la Perspectiva Nevski, arteria principal de la ciudad, y recuerdo las innumerables tiendas, los restaurantes y cafés que hay a lo largo de sus aceras de unos cinco kilómetros. Me vino a la memoria la descripción que hace uno de nuestros poetas: según él, la Perspectiva Nevski es «la calle más romántica del mundo». Y era verdad.

Leningrado es también la ciudad de museos, el más notable es el del Ermitage; está en el mismo palacio de invierno, que tiene 1.100 habitaciones y que perteneció originariamente a Catalina la Grande. Los guías cuentan a los visitantes que, si empleasen un minuto en contemplar

cada uno de los objetos expuestos, necesitarían doce años para verlos todos. Cada año lo visitan más de tres millones de personas.

Casi todos los habitantes de Leningrado disfrutaban evocando el pasado heroico de la ciudad; y tienen motivos para estar orgullosos recordando la resistencia valiente y obstinada que ofreció durante años al asedio de Hitler, y la matanza de 200.000 soldados y de un millón de habitantes. Uno de los días más aciagos del asedio fue aquel en que más de ocho mil ciudadanos murieron en veinticuatro horas. La ciudad se había recuperado del estado de devastación en que se encontró después de los bombardeos sin precedentes que había padecido, a pesar de que desaparecieran un millón de sus habitantes, perdidos ya para siempre en el anonimato de gigantescas fosas comunes. Me había preparado para la visita a Leningrado enterándome de todo esto.

No solo me había sentido impaciente por encontrarme en Leningrado, sino también por llegar a la Academia naval Alexander Popov, que se halla en la periferia de la ciudad, en una región boscosa, bastante lejos del centro.

El primer día, los reclutas fuimos reunidos y se nos pasó revista. Los antiguos alumnos estaban observándonos, y nosotros, los novatos, nos sentíamos un poco nerviosos. Pero se rompió el hielo cuando los veteranos se levantaron y se pusieron a gritar: «¿Quién viene de Moscú?». «¿Quién viene de Kharkov?», o de Donetsk o de Bashkiri. Cada vez que se levantaban unas manos, los antiguos cadetes y los recién llegados procedentes de un mismo lugar se juntaban. Por este sistema los antiguos tomaban contacto con sus paisanos, que llegaban entre los nuevos reclutas y se hacían amigos desde el primer momento.

Alguien preguntó:

—¿Quién viene de Novosibirsk?

—¡Yo! —exclamé excitado.

Miré buscando y localicé a un cadete que me sonreía. Nos acercamos y, después de darnos la mano, nos dijimos nuestros nombres. El se llamaba Vasil, tenía dos años más que yo y era de carácter más bien cordial. Fue para mí una suerte conocerlo, porque me ayudó a adaptarme al ritmo de la Academia y a evitar tropiezos. Como es costumbre en casi todas las escuelas, también allí los alumnos de las clases superiores les daban la novatada a los recién llegados. Me entendía bien con Vasil y pasábamos muchos ratos juntos charlando. Bien pronto trabamos una gran amistad que duró muchos años.

Yo podía escoger dos cursos diferentes: uno de mecánica y otro de radio. Siempre se me habían dado bien la física y las matemáticas, y los aparatos de radio y de electrónica me fascinaban.

Tres días después de nuestra llegada, ya casi instalados, los nuevos cadetes nos reunimos para elegir a los jefes de la organización de la Liga de las Juventudes Comunistas en la sección de la Academia. Se presentaron unos cuantos nombres y alguien dijo:

—Propongo a Sergei Kourdakov.

Me sorprendió, dado que yo era un recién llegado; y quedé muy halagado cuando pasamos a la votación y fui elegido jefe.

Más tarde me enteré de que el hecho de haber tenido la mejor organización de las Juventudes Comunistas del distrito de Novosibirsk era la causa de mi elección. Basándose en esa reputación, el jefe del Partido de la Academia naval había propuesto mi nombre. Mi elección fue, pues, automática. Durante todo el año que pasé allí me encargué de organizar las Juventudes Comunistas de la sección de radio en la Academia. Organicé unas clases y enseñé la teoría

comunista y, para mi propia formación, asistí a conferencias de geopolítica y de temas de actualidad.

El régimen y la disciplina en la Academia eran muy severos y rígidos, mas para mí, acostumbrado a la vida en los orfanatos, la Academia representaba una suavización. Así como otros cadetes, que habían llevado una vida más protegida, no soportaban sin esfuerzo aquel régimen y se marchaban, yo, sin embargo, me encontraba a gusto y podía rendir satisfactoriamente en mi trabajo, de manera principal en el marco de la Liga de las Juventudes Comunistas.

Cuando llegué a la Academia conocí a Pavel Sigorsky, que se convirtió en uno de mis buenos amigos. Era antiguo cadete y procedía de la parte de Polonia anexionada por la URSS después de la guerra. Como era polaco nacionalista, no hablaba más que el polaco en mi presencia. Esto nos divertía. Me dijo:

—Si quieres hablarme, tendrás que aprender polaco.

Me pareció buena la idea y le pedí que me lo enseñara, lo cual hizo. En poco tiempo conseguimos hablar únicamente en su lengua materna.

Con frecuencia estaba de guardia en la puerta de la Academia. Un domingo por la mañana vi a unas gentes atravesar un campo cercano.

—¿Quiénes son esos? —pregunté al que estaba de guardia conmigo.

—Creyentes.

Me quedé observándoles. Siempre habían sido, y lo seguían siendo, para mí, objeto de gran curiosidad.

—¿Adónde van? —inquirí.

—Allí, detrás de aquellos árboles hay una iglesia y van a rezar —me respondió.

—Era cierto. Aquí en la periferia de Leningrado una iglesia había sido autorizada a permanecer abierta. Todos los creyentes de la ciudad que deseaban asistir al culto

tenían que ir al campo. Esto me impresionó. Recordaba haber leído en la escuela que en nuestra Constitución de Unión Soviética cualquier ciudadano tenía derecho a una entera libertad religiosa, tanto en la fe como en el culto. Y pensé: «Es verdad. La libertad religiosa existe en la Unión Soviética». Los creyentes iban abiertamente a la iglesia. Esto era una prueba de la libertad religiosa.

Los meses del invierno de 1967 y de la primavera de 1968 pasaron muy de prisa. El trabajo en la Academia me acaparaba cada vez más. Todos mis estudios me interesaban vivamente y las clases de marxismo-leninismo y de política me producían una especial satisfacción. Estaba apasionado y estudiaba arduamente.

Me sentí contento de manera especial cuando llegó el mes de abril, pues había decidido hacer un viaje durante las vacaciones de primavera y volver a Novosibirsk y Barysevo. Las vacaciones fueron muy buenas. Me llevé una gran alegría al volver a ver a mis antiguos amigos. Pero lo que más me impresionó en esas dos semanas fue un incidente ocurrido en el trayecto de autobús de Novosibirsk a Barysevo, cuando me dirigía al orfanato. Al atravesar el barrio de Inskaya, observé que otro autobús que iba delante de nosotros quedaba detenido por un atasco del tráfico. Miré por la ventanilla para ver qué era lo que pasaba: había camiones bloqueando la carretera, coches de la policía, dos coches de bomberos y centenares de personas que atestaban la calzada.

Era un atasco gigantesco. Todos los pasajeros estábamos intrigados por saber qué ocurría. Lo único que alcanzábamos a ver era una multitud de gente en una actividad frenética delante de nosotros. Algunas de aquellas personas se separaron de la masa y vinieron a subirse a nuestro autobús. Les preguntamos de qué se trataba.

Resultó que eran creyentes. Yo todavía me imaginaba que los creyentes eran abuelos y abuelas, ancianos encorvados. Pero aquellos no correspondían en absoluto a esa imagen. Eran de todas clases y de toda edad. Muchos eran tan jóvenes como yo, y tanto su aspecto como sus vestidos eran iguales que podían ser los nuestros.

‘Nos contaron que muchas iglesias habían sido cerradas, pero después de insistentes peticiones habían conseguido autorización del Gobierno para abrir una pequeña casa de oración en aquel barrio de Inskaya. Añadieron que la noticia de la apertura se había difundido entre los creyentes; esperaban que asistieran muchos, pero no habían imaginado que iba a haber una afluencia tan numerosa. La sala donde se iban a reunir tenía cabida para unas 150 personas de pie. Habían acudido muchos centenares, obstruyendo las calles, bloqueando la carretera, queriendo entrar todos. No era sorprendente que hubiera tantos, pues Novosibirsk es una ciudad de millón y medio de habitantes y durante años no había habido ni una sola iglesia. Por eso, el día que autorizaron aquel único lugar de oración había acudido todo el mundo.

No tardó mucho en llegar la policía y ordenó a todos que evacuaran aquella zona. Les preguntamos cómo se las iban a apañar para poder todos dar culto a Dios, y nos respondieron:

—Lo íbamos a hacer por turnos. Pensábamos entrar por grupos de 150 y estar cada grupo media hora, hasta que todos hubieran podido rezar.

Moví la cabeza estupefacto. No salía de mi asombro. Me habían dicho que los creyentes eran pocos y yo estaba viendo centenares que llenaban las calles de aquel pequeño barrio sin importancia.

También me habían dicho que solamente los ancianos seguían creyendo en Dios y, sin embargo, en aquella multitud que deseaba entrar a rezar había muchos jóvenes.

Por fin, una vez dispersados los creyentes por la policía y restablecida la circulación pudimos seguir el viaje. La escena que acababa de vivir me preocupó profundamente; me produjo una fuerte impresión y la recordé después durante mucho tiempo.

Pasé el resto de mis vacaciones con mis amigos de Barysevo y de Novosibirsk. Transcurrieron deprisa aquellos días. Cuando regresé a Leningrado me puse a trabajar con más ahínco que antes.

En julio de 1968, después de pasar casi un año en la Academia de Leningrado, recibí la orden de continuar mis estudios en la Academia naval de Petropavlosk, en la provincia de Kamchatka. Estaba extraordinariamente contento, porque aquel traslado era un privilegio. Esta nueva Academia era un establecimiento importante del Extremo Oriente soviético, en la costa del Pacífico, al norte del Japón. A Kamchatka se la llamaba «los ojos de Rusia». Ser trasladado allí significaba una promoción importante. Casi todos los buques de la flota soviética se encontraban en aquella región y yo estaba encantado con mi buena fortuna.

Me despedí de mis amigos, y también de mi amigo polaco de quien no volví a tener noticias durante mucho tiempo. Me concedieron un mes y medio de vacaciones antes de incorporarme a mi nuevo destino. Tomé la decisión de pasar ese tiempo con mis amigos de Novosibirsk.

Al contemplar Leningrado por última vez, se me encogió el corazón. Sabía que no iba a olvidar jamás aquellos días llenos y apasionantes de formación y que recordaría siempre la belleza sin igual de aquella ciudad.

El viaje desde Leningrado hasta los suburbios de Moscú transcurrió sin incidentes. Pero entonces sucedió algo un tanto extraño. Oí un revuelo en el vagón que precedía al mío; mi curiosidad me llevó a averiguar de qué se trataba. Me dirigí con paso decidido al vagón de delante.

Me encontré con que tres muchachos, altos y fuertes, le estaban dando una paliza de muerte a un chico de aspecto estudioso, con grandes gafas y la piel muy blanca.

—O nos das el dinero —le decían—, o te rompemos el brazo.

El chaval temblaba como una hoja agitada por el viento. Uno de aquellos grandullones se había puesto de cara a los demás viajeros atento para que ninguno interviniera, mientras los otros dos arremetían contra el muchacho. Nunca me han gustado los tíos bestias y lo que vi me puso fuera de mí. Me quité el cinturón militar, me lo enrollé en la mano de manera que la gran hebilla de cobre me sirviera de azote y me precipité sobre ellos. Cuando el que estaba vigilando se adelantó para detenerme, me lancé hacia él, lo agarré por el cuello con una llave de judo y lo arrojé contra la pared, al mismo tiempo que le rompía la cara con la hebilla. Cayó al suelo sin conocimiento.

Los otros estaban sacando el dinero de la cartera del chaval.

—Soltad ese dinero —les conminé—, si no, seguiréis el mismo tratamiento.

Vieron a su compañero tendido inconsciente en el suelo. Me adelanté para emprenderla con ellos, pero se echaron para atrás.

—Está bien, está bien, nos largamos.

Descendieron del tren en la estación siguiente, llevando a su amigo con ellos.

El muchacho estaba completamente conmocionado. Le ayudé a recoger el dinero, le eché el brazo por encima

de los hombros para tranquilizarlo y le propuse que nos sentáramos. Hablando con él me enteré de que se llamaba Mikhail Koptelov. Estuve dudando si preguntarle algo más acerca de su nombre, pues era muy poco probable que tuviese que ver algo con la persona en la que yo estaba pensando, pero al final acabé preguntándole:

—¿Eres por casualidad pariente del célebre escritor Konstantin Koptelov?

—Desde luego —me respondió—. Es mi padre.

—¡Es tu padre! —exclamé.

Estaba verdaderamente impresionado. El nombre de Konstantin Koptelov es conocido por todos los aficionados a la literatura de la URSS. Es uno de los escritores más célebres y más populares de Rusia, premio Lenin de Literatura. Es famoso en toda la Unión Soviética. Desde ese momento hablé con él con mayor interés. Mikhail me preguntó quién era yo y adónde iba, y se lo expliqué.

—Oye, Sergei —me dijo—, puesto que estás en Moscú, ¿por qué no interrumpes tu viaje y me acompañas a mi casa para que conozcas a mis padres?

«Estupendo», me dije. «Es una oportunidad para conocer a Konstantin Koptelov». Me decidí inmediatamente.

—De acuerdo, porque de todas maneras tengo que esperar unas cuantas horas.

Estaba muy excitado ante la idea de ver de cerca a uno de los más grandes escritores rusos.

Llegamos a la estación y tomamos el metro para ir a casa de Mikhail; me presentó a sus padres y les contó lo que había ocurrido en el viaje. Su padre me dio la mano y me agradeció el haber ayudado a su hijo; su madre sonrió y estuvo muy cariñosa conmigo; me preguntó:

—¿Sergei, tienes tiempo para quedarte a cenar con nosotros? La comida está casi lista. Nos agradecería que te quedaras y además podrías tomar el tren para Novosibirsk.

Acepté la invitación muy gustosamente.

Ya sentados a la mesa, conversamos mientras comíamos, como si fuéramos viejos amigos. El señor Koptelov me preguntó por mi vida pasada, mis ocupaciones actuales y mis proyectos para el futuro. Le conté la vida que había llevado en los orfanatos. Parecía fascinado por lo que yo le iba diciendo. Me escuchaba con toda atención y me preguntaba un montón de detalles. Después de cenar pasamos al salón, donde seguimos hablando y tomamos un último vaso, antes de llevarme a la estación.

—Sergei —me dijo al final—, he estado reflexionando mientras hablabas. Estoy convencido de que tu historia y la historia del orfanato de Barysevo podrían dar tema para un libro fascinante.

Me quedé estupefacto. Nunca se me había ocurrido pensar eso. Continuó haciéndome preguntas y me propuso.

—Podría escribir un libro sobre tu vida en el orfanato. Sería como una versión rusa de Tom Sawyer.

Me sentí halagado, pero le dije que francamente no creía que lograra sacar de eso un buen relato.

Evidentemente él estaba en mejores condiciones para juzgarlo y le aseguré que podía contarle todo lo que yo sabía.

—De acuerdo; lo haremos —afirmó—. Me pondré en contacto contigo dentro de poco. Estamos pensando en comprar una casa de campo cerca de Novosibirsk para pasar el verano. No estará muy lejos del orfanato y podré hablar contigo y con los demás muchachos.

Mis nuevos amigos me llevaron a la estación, nos despedimos y tomé el tren para continuar mi viaje.

Al llegar a la estación de Novosibirsk vi a Boris Lóvanov, que había ido a esperarme. ¡Querido Boris! Dejé la maleta en el suelo y nos abrazamos, hablando los dos al mismo tiempo. Me llevó a su estudio y, después de haberme aseado, salimos al encuentro de los otros amigos comunes. El primero que vimos fue mi buen amigo Nicolai Povaleyev.

—¡Mira eso! —exclamó al verme—. ¿Quién es ese oficial que viene acompañando a Boris? Se fue como un «pardillo» y vuelve vestido de almirante. ¡Es el colmo! Hoy día ya no se fijan bien en la gente cuando los visten de uniforme.

Nos reímos con ganas, nos saludamos y después, con toda seriedad, dije:

—Escucha, Nicolai, tengo noticias fantásticas para ti.

Le conté las circunstancias de mi encuentro con Konstantin Koptelov y su intención de escribir un libro sobre el orfanato y los muchachos, incluido él mismo.

—Le conté toda la historia —acabé resumiendo—. Ahora él quiere contar la tuya, Nicolai. Te harás célebre.

Nicolai me escuchaba cada vez más aterrado y exclamó:

—Sergei, ¿cómo has podido ser tan torpe? Desde luego que eso me haría célebre, pero también me pondría la soga al cuello. De ningún modo quiero esa clase de celebridad, y menos que se hable de mí en un libro. ¿No te das cuenta de las consecuencias que eso traería para mis negocios? ¿Cómo has podido hacerme eso?

Entonces me percaté de la realidad. Era evidente. ¿Cómo fui tan estúpido?

—Oye, Nicolai, lo siento mucho. No había visto ese aspecto de las cosas.

—Pues ya puedes empezar a pensarlo —murmuró—. Esa clase de actividades en las que he estado metido... mejor es no hablar de ellas. Boris y yo, junto con otros mu-

chachos, tenemos en marcha un buen asunto aquí, Sergei, y un escritor indiscreto podría acabar con todo.

Quise interrumpirle, pero no me dejó colocar ni una palabra.

—Sé que tu sueldo en la Academia naval ha sido pequeño, Sergei. Yo he obtenido muchas ganancias últimamente. Escucha, te pagaré para compensar lo que habrías ganado con ese libro, con la condición de que deseches esa idea ridícula. ¿De acuerdo?

Empezaba a fastidiarme seriamente y le dije casi gritando:

—Escúchame bien, Nicolai: si te callas un momento intentaré decirte lo que te estoy queriendo decir desde hace un rato. No había caído en la cuenta de lo que me acabas de explicar. No lo había visto desde ese ángulo. Así es que puedes considerar todo eso enterrado. Y no tienes que compensarme por nada: soy tu amigo.

Nicolai se tranquilizó. Apuntó una sonrisa.

—Eres como yo te conocí, Sergei. Mil veces gracias.

Koptelov me escribió diciéndome que había comprado una casita de campo en las proximidades y que pensaba venir a verme pronto. Cuando vino unos días más tarde, hablamos del libro. Le dije que en realidad yo no veía que la idea fuera tan buena y que prefería no colaborar en la elaboración del libro. No le gustó en absoluto que yo hubiera cambiado de manera de pensar, pero le insistí en que era mejor dejarlo. Así quedó zanjada la cuestión.

Aquellos veinte días de vacaciones que pasé antes de salir para Petropavlosk fueron alegres y excitantes. Fui muy feliz con mis antiguos amigos. Pero también hubo incidentes inesperados. Un día, Nicolai me dijo:

—Sergei, me gustaría que conocieras al gran jefe de nuestra organización.

Yo había oído mucho de ese personaje del bajo mundo cuando era distribuidor de drogas. Me habría gustado conocerlo entonces, pero en aquella época mi categoría en la organización era tan poca que no tuve la oportunidad. Así es que esta ocasión me pareció única.

Nos dirigimos a un pequeño local en un sitio poco frecuentado de un barrio que yo no conocía, en el extremo opuesto de Novosibirsk. Nicolai entró y yo detrás de él. Nos detuvimos un instante y Nicolai me susurró:

—Ahí está.

La puerta se abrió. Me quedé de una pieza. No podía creer a mis ojos. Me volví hacia Nicolai y le dije:

—¿Es *él* el gran jefe? ¿Si es Saushkin?

—No te equivocas, Sergei. Saushkin. Yo soy, por así decir, el número uno de todo este negocio.

Por fin me enteraba de lo que había sido de él. De golpe lo recordé todo: cómo había sido detenido en Barysevo, el día en que intentó matar a Irene la Grande con una de aquellas mortales escopetas caseras que fabricábamos a escondidas en el orfanato. Nadie supo nunca adónde le habían llevado.

—Me encerraron en un correccional —explicó Saushkin, respondiendo a las preguntas que se reflejaban en mi rostro—. Allí fue donde me puse en contacto con los que me situaron en mi... en mi actual profesión.

Saushkin era un traficante de droga profesional. Era el más importante de Novosibicsk. Así es que tenía ante mí a un joven graduado en Barysevo que había verdaderamente triunfado en la vida. Yo estaba pasmado, mirándolo sin apenas creer lo que él y Nicolai me contaban. Pero acordándome de su energía cuando estaba en el orfanato, comprendí que todo aquello era cierto.

En realidad, yo no creía que Saushkin me recordara, puesto que yo era mucho más joven que él cuando estábamos en Barysevo; sin embargo, sí que se acordaba.

—Desde luego que me acuerdo de ti —me confirmó—. ¿Qué es de tu vida? Ya veo que estás en la armada.

Estuvimos evocando el pasado: Barysevo y todo lo que había sucedido entonces.

Hasta ese momento no me enteré de que Boris y Nicolai trabajaban en colaboración con Saushkin en el tráfico de drogas. Después de un rato de conversación, Saushkin me dijo:

—Sergei, vas a estar aquí unos cuantos días de vacaciones. ¿No te gustaría hacer un poco de dinero durante ese tiempo?

—Me vendría muy bien —le respondí—. Explícate mejor.

—Mientras estés aquí, puedes trabajar con Boris, con Popaleyev y conmigo. Los negocios van muy bien. Vendemos mucha droga y adquirimos otras mercancías del Japón, que vendemos en el mercado negro.

Me dirigí a Boris y le pregunté:

—¿Qué cosas vendéis?

—Magnetofones, lápices de labios y otros artículos por el estilo —respondió.

—De acuerdo —convine—, lo haré.

Me vino a la cabeza la lección que ya tenía bien aprendida desde hacía tiempo: en esta vida uno solamente se puede fiar de sí mismo.

Trabajé, pues, en íntima colaboración con Boris, Nicolai y Saushkin algunos días. Pero ocurrió un desastre. Saushkin fue detenido y condenado a ocho años de cárcel; lo enviaron a la severa cárcel de Tomsk.

Pero el negocio tenía que seguir adelante. No podía interrumpirse por el hecho de que el gran jefe estuviera

fuera de juego. Nicolai Popaleyev consideró que él era el segundo de a bordo y se hizo inmediatamente cargo del territorio de Saushkin. Una noche Boris y él me invitaron a acompañarles a una reunión especial de jefes locales de los bajos fondos.

—Desde la detención de Saushkin tenemos dificultades con otra organización —me explicó—. Se han metido en nuestro territorio.

Pensé: «esto es muy interesante. Iré con ellos». De camino hacia la reunión, Boris me contó que había habido disparos y que una persona había resultado muerta en un encontronazo de ambas organizaciones. Se había visto, pues, necesaria esta conferencia de paz. Deseaban llegar a un arreglo de manera que pudieran seguir sus negocios sin interferencias mutuas. La reunión iba a tener lugar en un edificio ruinoso, situado en un lugar poco frecuentado de la ciudad.

Cuando llegamos subimos una pequeña escalera y continuamos por un corredor oscuro que llevaba a una habitación del tercer piso. El jefe de la otra banda estaba esperándonos. Me mantuve en un segundo plano mientras Nicolai y el otro jefe hablaban. Al cabo de un rato de conversación, Nicolai empezó a dar golpes sobre una mesa que allí había y a gritar:

—Si no os mantenéis fuera de nuestro territorio, os hablaremos con un cañón de escopeta. Hemos intentado llegar a un acuerdo y no queréis escuchar razones claras y precisas. Tenéis vuestro territorio, ¡quedaos en él! ¿Habéis comprendido?

Nicolai se levantó; igual hicieron el otro jefe y su acólito, y salimos de allí furibundos. Miré a Nicolai y le guiñé un ojo. Era el mismo tipo duro de siempre, que yo había conocido en Barysevo, el mismo tipo que «se había encar-

gado» de los dos hombres que me apuñalaron en una callejuela.

Creí que la entrevista había terminado y le dije a Nicolai:

—Me voy abajo a tomar un poco el aire. Te espero ahí fuera.

¡ Bajé las escaleras y salí a la calle. En el mismo instante en que me asomé a la puerta, sonó una detonación delante de mí. Sentí como una quemadura en las costillas y un violento golpe que me cortó la respiración. Medio aturrido, miré hacia abajo y descubrí que estaba sangrando abundantemente; mi camisa estaba llena de sangre y mi chaqueta del uniforme empezaba también a mancharse.

Me invadió un solo pensamiento: «¡Me han disparado! ¡Me han disparado!». Caí de rodillas. Después oí un ruido de pasos detrás de mí. Alguien bajaba las escaleras a toda velocidad. Eran Nicolai y Boris, que se lanzaron a la calle, llevando cada uno dos revólveres en las manos, dispuestos a disparar sobre quienes me habían atacado. Pero ya habían desaparecido. Nicolai y Boris enfundaron las armas, me ayudaron a ponerme en pie y me metieron dentro a rastras. El impermeable que llevaba tenía un bolsillo lleno de documentos: papeles, salvoconductos, tarjetas de identidad y otros.

—Verdaderamente eres el tío con más potra que conozco, Sergei —exclamó Boris, al mismo tiempo que vaciaba el bolsillo del impermeable, que estaba exactamente sobre la parte izquierda de mi pecho.

La bala lo había atravesado todo: mi agenda de direcciones, todos mis papeles de identidad y las ropas: el impermeable, la chaqueta, la camisa, la camiseta... antes de herirme. Cuando Boris examinó la herida y el agujero a través de los documentos, dio un silbido largo y sordo.

— Si no hubieras tenido el bolsillo lleno de papelotes para amortiguar el impacto de la bala, ahora estarías muerto —me aseguró.

Improvisamos unas vendas con nuestros pañuelos y con la camisa de Boris, para detener la hemorragia. Me ayudaron a ponerme en pie y me llevaron al hospital. Acababa de ver la muerte muy de cerca.

Después estuve descansando unos días en casa de Boris; allí me emborraché. La verdad es que yo nunca bebía mucho. En Barysevo bebía con los otros muchachos y después también bebí un poco, pero habitualmente era moderado en el beber, porque a toda costa deseaba estar en forma, tanto física como mentalmente. Como sabía que el exceso de alcohol era perjudicial, me emborraché en muy contadas ocasiones.

Una mañana, después de una fiesta que Boris dio para mí, me desperté alrededor de las nueve y los demás seguían durmiendo. Todavía vacilante sobre mis pies, me levanté con la intención de salir a darme un paseo para tomar el aire. Me encontré con otro que había tenido la misma idea. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, de constitución recia y con una pierna de palo. Puesto que ambos habíamos salido con el mismo propósito de refrescar la mente, decidimos ir a pasear al parque del otro lado de la calle. Después de unos minutos encontramos un banco y nos sentamos a charlar. Le dije quién era yo y a dónde iba, y le pregunté quién era él. Con gran sorpresa por mi parte, me dijo que había sido comisario de policía en la ciudad de Norilsk. Al oír ese nombre, presté mayor atención. Norilsk es una de las más célebres ciudades de la URSS. Es una fabulosa obra de arte de la tecnología del norte del país. Constituye un brillante ejemplo del talento soviético para erigir ciudades tan al norte y hacerlas efectivamente habitables.

—¡Estupendo! —exclamé—. He oído hablar de esa ciudad fabulosa estando en la escuela. Al parecer es uno de los grandes éxitos tecnológicos del Partido.

—¡Éxito tecnológico! —replicó él con un gruñido—. Vosotros los jóvenes no sabéis más que lo que habéis aprendido en los libros. Eso es lo malo de vosotros. Os creéis todo lo que os cuentan y todo lo que leéis.

—No se ponga usted así —le manifesté—. Yo solo quería mostrarme amistoso con usted y charlar de lo que he leído.

—Pues olvídate de lo que has leído. No hay ni una palabra de verdad. Lo sé. Vengo de allí. He sido allí comisario de policía.

—Pero yo tengo entendido —protesté— que se han concebido máquinas y técnicas nuevas, con las que se han podido emprender trabajos tan difíciles como esos.

—¡Máquinas! —dijo con una risotada—. ¿Quieres saber qué clase de máquinas han sido concebidas? Esas máquinas eran esclavos. La construcción de esa ciudad ha costado la vida de decenas de millares de esclavos; sus huesos están allí todavía. Esa es la «tecnología» que nos ha permitido construir Norilsk: la sangre y los huesos de los esclavos.

No podía creer lo que estaba oyendo. Me habría gustado barrer esas palabras, considerarlas como divagaciones confusas de un borracho, pero no me fue posible. Aquel hombre había sido oficial de policía y, si decía la verdad, no solo había vivido allí, sino que había contribuido a construir la ciudad.

—Los he visto morir a millares —prosiguió—. Murieron de hambre o de frío, o de las dos cosas.

Me contó entonces cómo había dado su vida por el comunismo. Cuando la revolución húngara de 1956, fue enviado para ayudar a sofocarla. Pero allí, siendo comandante de artillería en Budapest, recibió una bala en la pierna y le fue amputada.

—Después de eso —continuó hablando— pensaron que ya no valía para nada, que ya no era utilizable. Me enviaron a Norilsk para vigilar a aquellos pobres diablos. Estimaron que eso era para lo único que servía.

Esa forma de hablar a mí me sonaba a blasfemia. Aquel hombre, un desconocido, estaba atacando el sistema en el que yo creía y no me gustaba en absoluto, pero no paraba de relatar y yo no tenía más remedio que oírle.

—¿Sabes lo que me dieron, hijito? Fueron muy generosos conmigo. Me dieron esta pata de palo y un puñado de rublos al mes, que me permiten seguir viviendo a duras penas, después me echaron. ¿Y qué más?

Vi que esto lo había guardado para el final.

—También me dieron otra cosa. ¿Sabes qué? Un puñado de medallas —hurgó en el bolsillo y sacó la mano llena de medallas—. Ya lo ves. ¡Trabajé bien para ellos en Hungría y también en Norilsk!

Sacudió las medallas delante de mi cara y prosiguió:

—¡Medallas! ¿Para qué me sirven? ¿Me dan de comer? ¿Me pagan el alquiler? Mírame bien, hijito.

Se interrumpió como dejándome tiempo para que lo examinara bien de pies a cabeza, lo cual hice. No podía por menos que admitir lo que estaba diciendo: que era un viejo y que no valía nada; me volvió a enseñar su pata de palo y repitió que solo disponía de cuarenta y cinco rublos al mes. No se correspondía con la idea que yo me había hecho de lo que era un leal funcionario comunista retirado. Las medallas, sí. Pero no la amargura, ni toda aquella situación desesperada.

Le dio un golpe de tos. Las medallas se le cayeron de la mano y se desparramaron por el lodo a nuestro alrededor. Empezó a escupir sangre. Sacó el pañuelo y se limpió la boca, después cayó de rodillas y se puso a escarbar con los dedos en el lodo, buscando sus medallas. Me levanté y me fui.

«Bueno», pensé, «si lo que este viejo me ha contado es cierto, todo eso pertenece al pasado. Yo lo que tengo que hacer es vivir para mi futuro, tengo que mirar de frente y aguantar». Se nos había enseñado que solamente los imbéciles se anclaban en problemas del pasado. Ciertamente, nuestro Partido había pasado por dificultades cuando nuestro país era joven; había conocido guerras y había sufrido mucho en el amanecer del nuevo régimen. No había habido más remedio que soportar ligeras injusticias. ¿En qué país no hay ligeras injusticias?

¡Pero todos esos muertos para construir una ciudad! ¿Se podía decir que eso era una ligera injusticia? Me puse a deliberar y decidí rechazar todos esos pensamientos. De todas formas, no conseguí dar una verdadera respuesta a mis preguntas; la vida tenía que continuar, cualquiera que fuese la suerte de ese patético personaje que estaba recogiendo sus medallas en el lodo. Mientras hacía esfuerzos para borrar de mi pensamiento aquel incidente que me perturbaba, me fui a prepararme para mi marcha. Pronto estaría en camino hacia el Extremo Oriente soviético, para emprender una carrera apasionante en la marina.

CAPÍTULO X

DESTINADO A «LOS OJOS DE RUSIA»

Después de abandonar Novosibirsk y de haber atravesado espacios interminables de Siberia, mi primera parada fue en «el puerto maravilloso»: Vladivostok. Pasé dos semanas en esta base naval. A continuación fui destinado durante tres semanas a Blagoveschensk, en la frontera china, donde existía una gran tensión militar; incluso se producían tiroteos entre tropas rusas y chinas establecidas en el río Amour.

Me hallaba en una unidad de la marina que tenía órdenes de combatir contra los chinos, y tuve ocasión de tomar parte en un intercambio de fuego de ametralladoras con las tropas chinas. Después recibí la orden de marchar a Vladivostok, donde me embarqué para Nathodka, un puerto importante; desde allí salí hacia el lugar al que me habían destinado: la Academia naval de Petropavlovsk; a fines de septiembre de 1968 ya me había incorporado, para comenzar los dos años y medio de estudios necesarios para ser oficial de radio.

Petropavlovsk es la capital de la provincia de Kamchatka; tiene una población de 150.000 habitantes. En este puerto las únicas calles pavimentadas y con iluminación son las del centro de la ciudad; las demás calles son

pistas sin asfaltar. Los habitantes proceden de todo el territorio de la Unión Soviética. Por razón de sus numerosas bases navales y militares, en Kamchatka hay un alto porcentaje de gente joven, aunque también se han instalado allí numerosos militares ya retirados.

La vida en la Academia se repartía entre los estudios navales y las actividades en el Partido Comunista. Los estudios constaban de varias secciones: navegación, radio, mecánica y otras. Estudiábamos con entusiasmo y dedicación.

Como en la URSS todo tenía una orientación política y el Partido estaba infiltrado en todos los aspectos de la vida del país, era natural que las actividades del Partido fueran importantes e intensas en un lugar en el que los futuros oficiales de la marina estaban recibiendo formación. Así lo había yo pensado y eso fue lo que me encontré.

Un día, poco después de mi llegada, el Comandante Yelisayev me llamó a su despacho. Había allí también otros oficiales y un hombre vestido de paisano. Nos fue presentado como el jefe del Partido Comunista en la ciudad.

—Kourdakov —dijo, agitando mi expediente en la mano—, hemos estudiado sus actividades en el seno del Partido, así como las de los otros cadetes. Tenemos que elegir a uno para que sea el jefe de la Liga de las Juventudes Comunistas aquí en la Academia. Hay aquí mil doscientos hombres y todos nos hemos puesto de acuerdo —añadió, señalando a los demás con gesto amplio—: te ha correspondido a ti. Tu conducta ha sido siempre perfecta. Has sido activista desde pequeño. Tu grupo obtuvo el premio del distrito de Novosibirsk y tus calificaciones en Leningrado fueron excelentes. Así es que te hemos elegido. Eres el hombre que necesitamos.

Me quedé un poco desconcertado. Caía sobre mí la responsabilidad de instruir en la doctrina comunista a mil

doscientos futuros oficiales y velar para que su formación fuera buena. Y solo tenía dieciocho años.

Mientras atravesando la base me dirigía a mi cuartel, no pude evitar decirme a mí mismo: «Sergei, esta es una ocasión única en tu vida. Llegarás lejos».

En la Academia las tres quintas partes de nuestro tiempo aproximadamente las dedicábamos a estudios políticos, las otras dos quintas partes a estudios técnicos. Como oficiales de la marina soviética íbamos a tener serias responsabilidades a bordo de los buques de guerra. Por el mando que ostentaríamos teníamos que ser políticamente firmes y de toda confianza. Esta era la razón por la que se consagraba tanto esfuerzo y tanto tiempo a nuestra formación política.

Teníamos unos directores responsables de nuestra formación académica naval, pero las responsabilidades políticas recaían sobre nosotros directamente. Yo tenía bajo mis órdenes a seis tenientes, quienes a su vez mandaban cincuenta, cien o doscientos alumnos. Así que éramos siete los que compartíamos el mando. Esos seis tenientes componían mi gabinete.

Yo tenía que darles las directrices para organizar y supervisar todas las actividades de formación política. A mi vez yo recibía consignas del cuartel general de la Liga Comunista en Moscú y mi obligación era velar para que se cumplieran. A través de mi gabinete yo transmitía a los alumnos las tareas de las que se tenían que hacer cargo y los temas políticos que debían estudiar.

En líneas generales, mi función consistía en asegurar que cada alumno que salía diplomado de la Academia para asumir una responsabilidad en la marina fuera un hombre serio, férreamente disciplinado y absolutamente fiel al comunismo. La Liga de las Juventudes Comunistas controlaba las creencias políticas y el grado de entrega al comu-

nismo de cada uno de los mil doscientos alumnos. Cualquiera de estos que tuviese dificultades con alguno de sus camaradas, o incluso con el Comandante de la Academia, tenía derecho a presentarme sus quejas. En esos casos yo debía elevar sus reclamaciones al Comandante y defenderlo, si estimaba que llevaba razón. Así pues, en la Academia la autoridad era doble y los antiguos oficiales de carrera estaban resentidos por ello. Estimaban que su autoridad tenía que estar por encima de todo y ser inapelable. Pero el Partido había otorgado a la Liga tanto poder como a ellos. En determinados casos la Liga podía decidir la ilegitimidad de un caso contra la opinión de los oficiales militares. La integridad política contaba más que la competencia técnica.

Siempre que me parecía advertir signos de poca firmeza o de desviación en las convicciones comunistas o en el celo político de un alumno, lo llamaba a mi presencia y le amonestaba severamente. Después lo convocaba a una asamblea general de la Liga y lo humillaba en público. Con este sistema pretendía provocar en él una reacción y llevarlo a un mejor rendimiento.

Una palabra de la Liga refrendada por mi firma podía arruinar la carrera de un joven oficial. Podía ser despedido, rebajado al grado de simple marinero o reducido a soldado raso en el ejército.

Hasta el más mínimo tropiezo podía llevar consigo rápidamente una sanción disciplinar severa. Una infracción costaba cara: quince días de arresto a pan y agua. Otros castigos eran hacer guardia las veinticuatro horas del día; si se dormían eran arrestados. Con esta disciplina se buscaba endurecer a los hombres hasta el punto de que llegaran a obedecer, sin detenerse a reflexionar, cualquier orden que les dieran los superiores. Toda orden debía ser ejecutada sin preguntas y sin vacilación. Ibamos a ser oficiales que

mandarían hombres, pero antes de mandar hay que aprender a obedecer.

Me hice el propósito de ejercer mi autoridad con prudencia y moderación, tratando de ayudar en todo lo posible a los alumnos. Comprendía bien la debilidad humana y mi deber —igual que mi deseo personal— estaba en procurar que la mayor parte de los alumnos acabaran con éxito.

Pero no siempre era esto posible. El nivel de exigencias era extremadamente alto. Las marchas y los ejercicios, los estudios técnicos navales y los de marxismo-leninismo, las largas y arduas horas dedicadas a las subbotniks (brigadas de trabajo voluntario) ejercían una presión tremenda sobre algunos alumnos. En el primer año que estuve en Petropavlovsk tres alumnos se pegaron un tiro o se colgaron en su barracón. Era demasiado fuerte aquella presión para ellos.

Recuerdo a un muchacho que fue acusado de haberse dormido estando de guardia. Se le obligó a hacer guardia y a patrullar durante veinticuatro horas seguidas. Aquello fue superior a sus fuerzas y desapareció. En un principio pensamos que había desertado, pero al día siguiente lo encontramos colgado de una viga.

Un caso particularmente triste fue el de un camarada oficial del que me había tenido que ocupar y al que había intentado ayudar. Desesperado, se mató arrojándose por una ventana del tercer piso. Se nos ordenó hacer correr la voz de que estaba borracho cuando sufrió el accidente y no sabía lo que estaba haciendo. Yo sí sabía lo que ocurrió. Lo conocía bien: simplemente se suicidó. Pero yo tenía que cumplir las órdenes, como los demás, y tuve que convenir en que estaba borracho cuando saltó por la ventana.

En algunos casos, hice valer mi condición de jefe de la Liga para intervenir en favor de alumnos a quienes los directores querían expulsar. Promoví una reunión con los oficiales para convencerlos de que aquel alumno era recu-

perable. Les rogué que le concedieran otra oportunidad, prometiendo que yo personalmente me ocuparía de que recibiera una formación más profunda de las enseñanzas de Lenin, asegurando que conseguiríamos hacer de él un buen oficial comunista.

—Denme ocasión para que lo lleve al buen camino —les supliqué.

—De acuerdo, Kourdakov —me dijeron—. Tienes tres meses para darle una nueva orientación y regularizar su comportamiento.

Casi siempre, en estos casos, tenía éxito.

Yo dependía directamente del Comité Local del Partido Comunista de Petropavlovsk. Mis funciones me mantenían en contacto con los jefes comunistas de Moscú. Me daban las consignas, me entregaban los manuales de formación, las lecciones y los cursos que debía impartir a los alumnos. Tuve relación con muchos altos funcionarios comunistas de la provincia de Kamchatka y de la ciudad de Petropavlovsk en el *Gorkom* local, la oficina del Partido comunista. Estos contactos me proporcionaban la ocasión de conocer el funcionamiento interno del Partido.

Una de las tareas agradables era la de organizar las diversiones en la Academia, que pertenecían al ámbito del «desarrollo cultural». Con frecuencia contratábamos artistas de Moscú, que siempre eran recibidos con entusiasmo.

Las conferencias eran menos bien recibidas. Yo tenía que conseguir que hubiera una buena asistencia a las que daban los personajes importantes que venían de Moscú, si no quería que me llamasen la atención. Y tenía que organizarlas con regularidad.

Por aquella época, entre el mes de septiembre de 1968 y el mes de mayo de 1969, el *Gorkom* me pidió que diera conferencias sobre el comunismo y sobre la política mundial en las escuelas locales y en la universidad. Los temas

de mis conferencias fueron la infiltración americana en el Vietnam, los peligros del imperialismo, la importancia del poder militar de la Unión Soviética, el leninismo, el marxismo, y otros temas políticos. Procuraba hablar con convicción y en poco tiempo me hice un orador popular; mis conferencias gustaban mucho.

Además de todas estas actividades, participaba en todos los deportes que se practicaban en la Academia: lucha libre, judo, kárate, carrera de fondo y de pista. Estaba siempre ocupado sin concederme ni un momento de descanso. Me encantaba aquella vida activa y llena.

Un día que estaba en la oficina central del *Gorkom* en Petropavlovsk, uno de los funcionarios del Partido apoyó sus manos sobre mis hombros y me dijo:

—Kourdakov, queremos decirte que estás haciendo un trabajo de primera clase. Hemos tenido muchos menos problemas aquí en la Academia naval que en ninguna otra institución militar nuestra. Lo tienes todo muy bien organizado. ¡Sigue así, muchacho!

Yo estaba radiante, verdaderamente encantado, y no supe qué decir.

Después, cuando ya me iba a marchar, el jefe del Partido entró en la habitación y me dijo:

—Joven, continúa así: tienes un porvenir brillante. Necesitamos hombres de tu temple. Si conservas la cabeza sobre tus hombros, podrás llegar lejos.

Cuando regresaba a la base, me parecía que iba flotando. Aquella era la vida que me gustaba. Esa era mi clase de «familia». Sentía que formaba parte de algo en lo que creía y a lo que podía consagrarme. Comprendía la razón de ser de la disciplina y de la autoridad y del trabajo duro. El Partido sabía recompensar todo eso. En aquellos momentos estaba verdaderamente orgulloso de mí mismo y me sentía en perfecta armonía con el mundo que me rodeaba.

CAPÍTULO XI

A LAS ÓRDENES DE LA POLICÍA SECRETA

Un día de comienzos de mayo de 1969, cuando estaba trabajando en mi despacho situado en el edificio de la Liga de las Juventudes Comunistas de la base naval, llamaron a mi puerta.

—¡Adelante! —exclamé.

Entró un hombre que me era totalmente desconocido. Era bajito y de contextura muy sólida; sus cabellos, negros y abundantes, estaban peinados simplemente hacia atrás y vestía de civil. Se puso a hablar muy deprisa y como a tiro-nes, con un defecto de pronunciación que me impedía entender bien lo que decía. Tenía que escucharle con mucha atención para poder comprenderlo. Se presentó a sí mismo con el nombre de Iván Azarov.

Yo había oído antes ese nombre. Era uno de los jefes del KGB en Kamchatka. El KGB es la crema de los servicios de la policía secreta de la Unión Soviética y ostenta un poder mucho mayor que la policía uniformada. Cuando oí su nombre se me apretó la garganta. ¿Qué querría de mí el KGB?

Azarov sacó unas carpetas de su cartera y, cuando las puso sobre la mesa, vi que mi nombre figuraba en una de ellas que contenía unos cuantos papeles.

—Kourdakov —dijo—, he estudiado tu expediente desde que entraste en el orfanato Número Uno a los seis años. Tienes un expediente bastante impresionante para ser tan joven.

Me encogí de hombros, intentando un gesto de modestia.

—En nuestro país —prosiguió— tenemos un problema muy serio, al que hemos de prestar una especial atención. Ya sabes que yo trabajo en la policía.

A continuación me habló de un grupo especial de la policía que iba a ser formado para funcionar como rama secreta oficial de la policía en Petropavlovsk.

—Por una serie de razones, la policía corriente no puede ocuparse de las tareas especiales que serán confiadas a esta brigada con misión extraordinaria —me explicó—. Brigadas como esta se están creando por todas partes en la URSS. El Partido y Moscú nos han ordenado que organicemos una aquí —se detuvo un momento y después continuó—. Estamos buscando un hombre que dirija esta brigada especial.

«Este era el objeto de su visita», pensé. Empecé a buscar pretextos para no aceptar ese trabajo. Por el momento ya tenía demasiadas cosas que hacer. Pero Azarov seguía hablando rápidamente:

—No sé si lo recuerdas, pero te oí una de las conferencias en una escuela.

Yo no me acordaba.

—Hiciste un discurso bastante convincente; uno de los mejores que yo he oído sobre el comunismo, pronunciado ante una asamblea de jóvenes. Los chavales estaban pendientes de tus labios.

Entonces ya fue al grano.

—Hemos pensado que tú podrías ser el hombre que necesitamos, para organizar y dirigir este nuevo grupo de operaciones policiales.

No me creía lo que estaba oyendo. Quizá no había comprendido bien. Después de todo, hablaba como una ametralladora. Seguro que había entendido mal.

—¿Quiere usted repetir esa frase? —le pedí.

—Me imagino lo que piensas —dijo sonriendo—; pero sí me has comprendido bien. Se trata, pues, de una brigada de policía especial, cuyos gastos estarán pagados con unos fondos especiales por Moscú. Recibirás veinticinco rublos por cada operación.

Como oficial cadete yo recibía siete rublos *por mes*. ¡Y me ofrecían veinticinco por «operación»! Incluso después de terminar mis estudios y habiendo sido nombrado oficial de marina, no ganaría más que setenta rublos al mes. Con solamente tres «operaciones» en esta unidad de policía podría ganar más que en un mes de servicio en la marina. Azarov observó el brillo de mis ojos.

—¿Estás de acuerdo en aceptar lo que te ofrecemos? —preguntó.

—Desde luego —le respondí—. ¿Pero por qué me han elegido a mí?

—Por tres motivos muy sencillos. En primer lugar, eres oficial en una escuela naval y tu tiempo pertenece ya al Estado. No estás obligado a abandonar tu puesto. Eso será muy sencillo: me pondré de acuerdo con tu oficial superior para que te dé vacaciones siempre que tengas que trabajar para la policía. En segundo lugar, porque recuerdo vivamente el curso que diste en la universidad sobre el comunismo y la política mundial. Demostraste entonces que reúnes las cualidades de un jefe, indispensables para este trabajo. En tercer lugar, y esto es lo más importante, por-

que tienes relaciones que te permitirán escoger los hombres que necesitamos para formar este grupo.

En esto último tenía ciertamente razón. Como jefe de la Liga de las Juventudes Comunistas de la base, me había hecho amigo de todos los secretarios del Partido que estaban a mis órdenes. Ellos, a su vez, conocían a todos los alumnos. Yo no tendría más que decir: «Necesito tres muchachos; buscad los tíos más fuertes», y me los buscarían. Tenía relaciones y autoridad para escoger los que quisiera entre los mil doscientos alumnos oficiales de la base.

—¿Cuántos hombres se necesitan? —le pregunté a Azarov.

—Por lo menos veinte —respondió—. No serán empleados todos al mismo tiempo, ni siquiera todas las veces, pero necesitamos por lo menos veinte, para poder disponer de ellos en cualquier circunstancia imprevista.

Inmediatamente empecé a pensar en quiénes escogería.

—Selecciona a tus hombres, Kourdakov, y ven a verme con ellos dentro de diez días a lo más tardar. Quiero ponerlos al corriente a todos y os presentaré al hombre que se va a encargar de dirigir las expediciones corrientes de vuestra unidad de operaciones especiales.

—A las órdenes —respondí.

El se levantó y se fue.

«Yo no he nacido ayer», pensé. Adivinaba lo que nos esperaba. Tendríamos que ocuparnos de borrachos, de asesinos, de hombres que maltrataban a sus mujeres y de otros delincuentes a quienes la policía regular no podía dedicar su tiempo. Como Petropavlovsk era un puerto de mar, había en la ciudad no pocos elementos de cuidado. Tendría que seleccionar tipos intrépidos, rudos y sólidos, lo suficientemente fuertes y hábiles para poder interrumpir una pelea atacando a las dos partes.

Estaba seguro de responder de mí mismo. Siempre había tenido una excelente forma física, había practicado la lucha libre y hacía poco había ganado el campeonato de judo de la provincia de Kamchatka. Tenía que encontrar veinte tíos como yo. Pensé primero en mis compañeros de deporte. Cuando llegué al cuartel ya había elegido varios nombres. Eran hombres que había conocido por medio de la organización deportiva de nuestra Liga: campeones de boxeo, expertos en judo y otros buenos deportistas.

Para empezar, escogí a Víctor Matoeyev, un hombre muy fuerte, que medía bastante más de dos metros y pesaba más de cien kilos. Tenía la contextura de un oso, pero se movía con gran agilidad. Su rostro acogedor y amistoso escondía un corazón de hielo. Era íntimo amigo mío y uno de mis delegados en la Liga; tenía a sus órdenes a doscientos cadetes del departamento de radio. Además era de los mejores jugadores de jockey. Las únicas veces que habíamos tenido algún encontronazo había sido con ocasión de las competiciones deportivas: empezábamos a pelear amistosamente en judo o en lucha libre y no era raro que la cosa degenerase en auténtica batalla que nos hacía perder la cabeza a los dos.

Víctor era un amigo simpático y un grato colaborador, pero cuando empezaba a pelearse se dejaba llevar totalmente por sus instintos bestiales. Cuando se ponía fuera de sí llegaba incluso a herir seriamente a su contrincante, como pudimos comprobarlo más tarde en nuestras acciones policiales. Tenía una ambición frustrada: le habría gustado ser piloto de aviación; durante dos años había intentado conseguir el título, pero no había conseguido el nivel que se exigía. Tenía dos años más que yo, pero era de rango inferior al mío, y esto también le afectaba.

No obstante, realizó una de sus ambiciones cuando se proclamó campeón de judo de la URSS Oriental. Poste-

riormente a haber conseguido ese título, se enfrentó conmigo en una competición de judo organizada en la ciudad y, pese a ser de una categoría de peso superior a la mía, acabamos empatados.

Mi siguiente escogido fue Anatoly Litovchenki, un «niño bonito» de Petropavlovsk, alto, fuerte, guapo, con una personalidad a primera vista encantadora y amistosa. Parecía un Don Juan con sus largos cabellos negros y su bigote oscuro; sus ojos grandes y profundos contribuían a darle su aspecto atractivo. Pero aunque tenía la apariencia de un conquistador, nadie se atrevía a hacer alusión a ello, salvo los amigos y solamente en broma. Anatoly era un estupendo boxeador: el tercero de su categoría en la URSS. Todo el mundo estaba convencido de que llegaría a campeón, pero en uno de los encuentros sufrió una grave dislocación de un hombro. Antes de este percance, era la esperanza popular de la provincia de Kamchatka para las Olimpiadas. Era de primerísima clase.

Después escogí a Alexander Gulyaev, un tipo nervioso, siempre en tensión, cuyo temperamento explosivo le costaría la vida más adelante.

Alex no era un atleta, era simplemente grande, fuerte y violento; impulsivo hasta el punto de lanzarse a hacer las cosas antes de reflexionar. Nos hicimos pronto buenos amigos, pues procedía de Novosibirsk, igual que yo. Era probablemente el más decidido de todos mis hombres: una vez que se había propuesto algo, nadie en el mundo era capaz de detenerlo. Tenía un rostro redondo y plano, con la nariz muy parecida a la de Víctor, hasta tal punto, que a él y a Víctor los llamábamos los «hermanos nariz».

Vladimir Zelenov era uno de los hombres más bajitos que escogí para mi escuadrón; no era alto, pero era un boxeador tremendamente hábil y muy fuerte. Era un inconsciente, para quien la vida era una pura diversión y nada

más. No se había inscrito en la Academia naval por afición, sino para no servir en el ejército. En realidad, Zelenov no quería ser ni una cosa ni otra, sino que había considerado que la marina era mejor que las otras maneras de hacer el servicio militar. «Prefiero cualquier cosa a esas marchas militares...», solía decir.

Una vez ingresado en la marina, hizo todo lo posible para salir de ella. Algunos cadetes se cortaban los dedos o los tendones, o intentaban coger tuberculosis, o cualquier otra enfermedad grave, para que les dieran de baja. Vladimir no intentó nunca cosas así, pero a menudo se refería a planes para marcharse: romperse una pierna, cortarse un dedo, simular un ataque cardíaco... se le ocurrían cosas así. Sin embargo siempre se quedaba en mero fanfarroneo.

La única actividad que se tomaba en serio era el boxeo. Era campeón de los pesos medios en la provincia de Kamchatka.

El más alto de los componentes de nuestra brigada de ataque era Yuri Berestennikov. Su madre era la directora de la escuela pública Número Catorce, en Petropavlovsk, y tenía muchos amigos en el Partido comunista. Yuri era excepcionalmente fuerte y tenía gran afición a organizar peleas, sobre todo en los autobuses. Con frecuencia se daba paseos en autobús solamente con el propósito de provocar una buena pelea. Nuestros autobuses iban generalmente abarrotados, sobre todo de militares.

Cuando Yuri subía a un autobús, sabía que inevitablemente alguien le daría un empujón al arrancar bruscamente. Esto le daba el pretexto para largarle un puñetazo al culpable. Generalmente, la gente joven que iba en el autobús tomaba partido por uno o por otro, y así Yuri podía disfrutar de una batalla de todos contra todos. En una ocasión consiguió organizar una batalla de todos los civiles contra todos los militares. El conductor del autobús vio el

alboroto y condujo el coche directamente a la comisaría de policía con todo el cargamento de pasajeros en plena lucha.

Así era Yuri. Las peleas eran su vida. Pero era imposible no tomarle cariño. Había recibido una buena educación, era inteligente y agudo, pero siempre andaba haciendo locuras.

Estoy convencido de que era el tipo con menos espíritu militar que nunca pasara por la Academia. Yo creo que lo habían admitido únicamente porque estaba respaldado por sus padres, que disfrutaban de una situación muy buena. En clase, cuando salía a la pizarra, se mantenía en rígida posición de firmes y, con la mayor seriedad del mundo, se equivocaba en todas las respuestas. Cuando el oficial instructor le decía que estaba mal, bajaba la cabeza, aparentando estar avergonzado y lanzaba un grito muy poco militar, que provocaba una gran carcajada en toda la clase. Un día se permitió acariciar la calva de un superior, diciendo: «La hierba no crece en un buen techo».

Naturalmente, Yuri recibía continuas reprimendas por su conducta indisciplinada, pero a él le daba lo mismo. Disfrutaba haciendo reír a los demás o incitándolos a formar jaleo y metiéndose él en la pelea.

Finalmente, los superiores llegaron a la conclusión de que no estaba hecho para ser oficial y, a pesar de la influencia de sus padres, lo excluyeron de la Escuela y lo dejaron en simple marinero. Sin embargo, cuando formó parte de mi brigada de asalto, demostró ser uno de los más sólidos y de los más dignos de confianza; era temible cuando se enzarzaba en la lucha.

Sergei Kanonenko, un ucraniano, era otro hombre valiosísimo y uno de mis ayudantes en la Liga. Fuerte, de plena confianza, brutalmente frío, sin una muestra de sentimientos y muy eficaz. Formó también parte de nuestro

equipo; hombre de gran fuerza, pesaba cerca de cien kilos y medía más de dos metros. Le gustaba emplear una navaja en las peleas y yo no podía quitarle la vista de encima para que no la utilizase innecesariamente.

Otros amigos míos, como Vladimir Litovka y Víctor Lazarov, eran también unos tíos fuertes, poderosos atletas y de gran estatura. Todos ellos, junto conmigo, formábamos el núcleo de mi escuadra de policía. Para completar el grupo, pedí a mis delegados en la Liga que me dieran los nombres de sus hombres más fuertes y sólidos, hábiles en boxeo, en judo o en lucha libre. Yo no creía que en toda Rusia se hubiera formado nunca un grupo tan poderoso. Azarov había pedido los mejores, y allí los tenía.

Después de haber confeccionado mi lista, tomé contacto con cada uno de ellos. En general, pusieron pegas y dieron excusas.

—Sergei —decían—, estoy demasiado ocupado. Precisamente en estos momentos tengo mucho que hacer.

Pero esto lo decían hasta el momento en que se enteraban de lo que iban a cobrar. Después ya no tenía que insistirles, ellos eran los que insistían:

—Sergei, ¿cuándo empezamos? ¡Vamos ya!

Los veinticinco rublos por unas horas de trabajo ejercían un atractivo al que no podían resistir. Aunque yo creo que Yuri había aceptado solo por las peleas.

Rápidamente formé un grupo de veintiún hombres y los convoqué a una reunión. No creo haber visto nunca una habitación llena de tipos tan grandes y con aspecto tan formidable. Lo primero que hicimos fue tomarnos un buen trago, e incluso más de uno. Los cité para ver al día siguiente a Azarov, en la sede central del Partido, en Petrovsk.

Cuando Azarov entró en su despacho, allí estábamos todos. Miró a mis hombres y dijo:

—Está bien, Kourdakov, veo que me tomaste en serio cuando te pedí que escogieras bien.

Vi que se iba impresionando conforme preguntaba los nombres de cada uno. Estaba como perdido en medio de aquel montón de jóvenes enormes con músculos poderosos, pero con gesto autoritario nos indicó que nos sentáramos, y se puso a explicarnos por qué había pedido la formación de un grupo como aquel.

—Le pedí a Kourdakov que os citara aquí por una razón especial. En todo el país tenemos complicaciones con los enemigos del pueblo. Para combatirlos organizamos grupos especiales de operaciones policiales, que trabajen en estrecha colaboración con la policía. Oficialmente trabajaréis para la policía aquí en Petropavlovsk, pero recibiréis las órdenes bajo cuerda directamente de mi oficina, en el cuartel general de aquí. Seréis una unidad especial, dependiendo directamente de Moscú para luchar contra especiales enemigos del Estado. *No* estaréis al servicio de la policía regular. ¿Alguna pregunta?

No hubo preguntas, así es que continuó:

—Después de este primer contacto, os presentaré al jefe de policía que se encargará de vuestros asuntos ordinarios. Yo seré el máximo responsable y vuestros informes pasarán por mis manos. Sé que casi todos estáis en la Academia naval con Kourdakov. Informaré a vuestros superiores de que estáis agregados a un trabajo de operaciones policiales fuera de la base. Recibiréis los salvoconductos oportunos para poder salir de la base cada vez que la policía os llame. No cabe duda de que en primer lugar dependéis de la base, pues sois cadetes oficiales. Pero en segundo lugar están vuestros deberes y responsabilidades ante la policía, como pertenecientes al grupo de operaciones. ¿Alguna pregunta?

Tampoco esta vez las hubo.

—Vamos a daros, antes que nada, una serie de indicaciones previas y, después, os veré de nuevo en breve para haceros otras observaciones. Ahora os voy a presentar a vuestro jefe de policía, el que os indicará las tareas que tenéis que llevar a cabo.

Unos momentos antes de terminar estas palabras, un hombre vestido de civil había entrado y se había sentado un poco aparte. Una sola mirada bastaba para darse cuenta de que era militar o policía y que se encontraba incómodo vestido de civil. Llevaba el abrigo abrochado hasta arriba, aunque no estaba confeccionado para eso, y daba la impresión de que se habría sentido más a gusto en una camisa de fuerza. Azarov siguió diciendo:

—Deseo presentaros al capitán de policía Dimitri Nikiforov.

El capitán Nikiforov se levantó, agradeció un tanto embarazado la presentación de Azarov y a nosotros nos saludó balbuceando. De entrada no me produjo una gran impresión, pero pude comprobar que con frecuencia las apariencias engañan. Era bajito y fuerte, de cabellos ligeramente rubios y sus ojos azules eran fríos como el acero. Aunque no era alto, todo lo demás era en él grande: nariz ancha y roja, boca mucho más grande de lo normal; huesos anchos y pocos músculos. Las bolsas lívidas bajo los ojos le daban aspecto de cansado. Me pareció que era un hombre con el que no se podía bromear y ciertamente sería peligroso subestimarle en cualquier circunstancia.

Nikiforov vino a la provincia de Kamchatka cuando todavía era joven, en 1947. En 1953 fue nombrado jefe de policía de Petropavlovsk, sucediendo a un individuo que se había vuelto loco después de una borrachera: desde una ventana de la comisaría se había puesto a disparar contra la gente que pasaba y había matado a varias personas antes de suicidarse.

Tuve ocasión de darme cuenta de que Nikiforov no tenía nada que envidiarle a su antecesor entusiasta del gatillo. También a él le atraía de tal modo la acción que con frecuencia abandonaba sus obligaciones administrativas para tomar parte en las incursiones. Nikiforov no se había casado, pero vivía con una prostituta en un amplio piso donde, aparte de lo estrictamente necesario –refrigerador, cama, mesa y sillas– estaba vacío de muebles. Su vida entera pertenecía a la policía y al Estado. Su hogar no significaba nada. Le pusimos el sobrenombre de «Niki el Iceberg».

Estaba muy bien relacionado con los círculos policiales y mantenía estrecho contacto con los jefes comunistas de Kamchatka. Observándolo, pensé que sería terrible tenerle de enemigo.

Después de aquellas torpes palabras introductorias, Nikiforov se puso a hablar lentamente, con deliberación, apoyando la importancia de cada palabra.

—Habéis sido escogidos para constituir un grupo de operaciones especiales, dependiente del cuartel general de policía. Trabajaréis, pues, a mis órdenes y seguiréis mis consignas. Junto con el camarada Azarov, seré el responsable de vuestra formación y de las tareas que se os encomienden –se desplazó unos breves pasos, mirándonos fijamente–. En nuestra región, los problemas con los enemigos del Estado van en aumento. Están intentando minar la autoridad del Gobierno con una actividad solapada. Tenemos el deber de localizar a esos enemigos y erradicarlos. Para comenzar, os voy a encargar unos trabajos de rutina durante un tiempo, para haceros entrar en juego. Ahora el camarada Azarov y yo os haremos una serie de indicaciones, que servirán para vuestra formación. Tendréis que estar a nuestra disposición en todo momento y cada vez que recibáis la orden de hacer una incursión os

presentaréis a mí lo más pronto posible en el cuartel general de policía. Recibiréis el encargo de hacer unas tareas que la policía no tiene tiempo de realizar, así como otros cometidos que no tendrán carácter oficial. Por esta razón estaréis siempre vestidos de paisano. A los ojos de la gente seréis simples ciudadanos que reaccionan contra los elementos criminales. ¿Entendido?

Asentimos todos con la cabeza. Después prosiguió:

—Ahora desearía hablar a solas con vuestro jefe. Podéis marcharos, menos tú, Koufdakov. Ven conmigo, camarada.

Los demás fueron saliendo uno a uno. Nikiforov me informó entonces de que tenía que hacerme cargo inmediatamente de mis responsabilidades en ese grupo de operaciones policiales. Me ordenó que dentro de tres días me presentase con mis hombres en el cuartel general.

Al cabo de ese plazo nos volvimos a encontrar con el camarada Nikiforov y nos informó de que durante unas semanas nos encargarían unos trabajos de rutina, y que tendríamos que pasar tres horas diarias en el cuartel general de la policía. Nos dedicamos, pues, a acompañar a la policía para ayudar en las detenciones habituales. No era raro que se produjeran dos o tres homicidios cada semana. Con frecuencia se organizaban grandes peleas entre marineros borrachos que estaban de permiso. Nos enviaban a poner fin a esas peleas. En cuanto irrumpíamos en un bar lleno de marineros estrepitosos nos hacíamos dueños de la situación.

Una vez, Víctor, Vladimir y algunos otros fuimos enviados a acabar con una pelea en un club cerca del puerto. En estas expediciones disponíamos de un camión de la policía; dos se instalaban junto al conductor en la cabina y los demás nos sentábamos en la caja, donde se habían colocado unos bancos a lo largo de los costados. En ese ca-

mión cabían fácilmente unos quince hombres. La noche en cuestión llegamos con toda rapidéz al lugar de la pelea y nos precipitamos en el local. Nikiforov había dicho:

—No os preocupéis por saber quién tiene la razón. Entrad y acabad con la pelea por cualquier medio.

Dar esas consignas a boxeadores, campeones de judo y practicantes de lucha libre era como echarles carne sangrante a los perros. De entrada, Víctor lanzó a cuatro tíos contra el suelo, derribando a cada uno de un solo puñetazo. Yo estaba allí en medio de todo el jaleo cuando dos tipos se me echaron encima. Eran más fuertes que yo, pero me desembaracé de ellos rápidamente; a uno le di un golpe de kárate en la nuca y al otro con una llave de judo. ¡Aquello sí que era deporte!

En solo unos veinte minutos acabamos con la pelea; parecía como si un huracán hubiera barrido el club. Miré a mi alrededor para comprobar en qué estado habían quedado mis hombres. Víctor, Anatoly y otros tres estaban allí en pie, riéndose. ¡Y Yuri! Estaba en la gloria. Esa vez no había tenido que ser él quien pusiera en marcha la pelea. Estaba allí esperándole. Se sentía fuera de sí de pura felicidad. ¡Qué estupenda diversión! ¿Qué otro sitio íbamos a encontrar en donde nos dieran permiso para pelear a brazo partido y además nos pagaran por ello?

Se acabó, pues, aquella pelea. Muchos de los individuos que la habían organizado yacían en el suelo dando gemidos. Marineros borrachos no tenían nada que hacer luchando contra un equipo de expertos entrenados y bien disciplinados. No hubo detenciones. Nuestro cometido solo consistía en deshacer la pelea. Ya lo habíamos hecho, así es que ordené:

—¡Venga, muchachos, vámonos!

Nos metimos apilados en el camión y regresamos a la comisaría, para informar a Nikiforov, el cual nos felicitó:

—Bien, muchachos, habéis hecho un buen trabajo.

Durante un cierto tiempo fuimos llamados tres o cuatro voces por semana para poner fin a peleas o para ayudar a la policía a buscar a alguien. Algunas veces nos trasladábamos todos a la comisaría y allí esperábamos, disponibles por si se nos necesitaba; pasábamos el tiempo charlando, bebiendo y fumando. Sonaba el teléfono, alguien avisaba a Nikiforov de que se había organizado una pelea o se había cometido un homicidio; entonces Nikiforov decía:

—¡Vamos, Kourdakov, en marcha!

Salíamos en tromba, saltábamos al camión, que habitualmente conducía Víctor, y nos dirigíamos al lugar de los hechos. Recorriamos las calles a toda marcha, haciendo sonar la sirena y con las luces rojas en movimiento, sin preocuparnos de nada de lo que pudiera suceder.

Después de cada incursión nos pagaban a cada uno nuestros veinticinco rublos y nos dirigíamos a un bar o a un club, en donde comíamos, bebíamos y bailábamos con las chicas, tomándonos un largo respiro antes de regresar a la base. Aquello era estupendo en todos los aspectos. Podíamos salir de la base en cualquier momento, cosa que no podía hacer ningún otro alumno, y también podíamos regresar cuando quisiéramos después de una expedición.

Aquel trabajo nos puso en contacto con la peor clase de gente, y esto nos llevó a no sentir ni la menor consideración hacia ellos como seres humanos. Cuando acertábamos a echarle mano a un asesino, ¿por qué íbamos a tener escrúpulos en dejarlo hecho una papilla? Nikiforov se divertía con nuestras hazañas y nos felicitaba por «transfigurar los rostros». Si no le habíamos zurrado bastante a alguien, se burlaba de nosotros y nos llamaba «blandengues». Nosotros nos picábamos y ¡ay del siguiente que caía en nuestras manos!

Un día, Nikiforov me llamó por teléfono.

—Camarada Kourdakov —me dijo—, tienes que venir con tus hombres mañana a las cuatro de la tarde. Estará aquí Azarov; los dos queremos hablar con vosotros.

Avisé a mis hombres y allá fuimos. Azarov tomó la palabra.

—Bien, muchachos, me han llegado buenos ecos acerca de vosotros. Me he enterado de que lo hacéis muy bien. Ahora vamos a ver cuál es la verdadera razón de ser de vuestro trabajo, la tarea realmente importante.

Yo no entendía de qué estaba hablando. Hacía ya unas cuantas semanas que trabajábamos en lo que nos encargaban. ¿Qué más tendríamos que hacer ?

—Era mi propósito —prosiguió— que adquirieseis experiencia en esta clase de trabajo antes de asignaros las tareas verdaderamente importantes. En la Unión Soviética tenemos diversas clases de criminales. Tenemos gentes dañinas para el Estado, que son asesinos, borrachos, prostitutas. Ya os habéis ocupado de ellos. Pero estos son casos sin ningún relieve. Hay otros criminales que representan una amenaza mucho mayor para la seguridad de nuestro país y para nuestro modo de vivir. Son mucho más peligrosos porque actúan en silencio en medio de nosotros, hacen una labor de zapa en los fundamentos de nuestro sistema y ponen en peligro la existencia misma de nuestro país. Las personas de que hablo parecen inocentes. Pero no os engañéis. Propagan sus creencias envenenadas, amenazando la vida de nuestra sociedad; envenenan las mentes de nuestros niños con sus enseñanzas falaces y combaten las doctrinas del leninismo y del marxismo. Se trata de los *religiozniki*, los creyentes.

De primer momento no entendí lo que había dicho, pero repitió: «Se trata de los *religiozniki*». Quería estar seguro de que todos comprendíamos.

—Son los creyentes —continuó—, que han puesto en marcha un programa de acción que amenaza las realizaciones del pueblo soviético. Ayudan activamente a los enemigos de nuestro país. Actúan en connivencia con los imperialistas y tratan de aniquilar o al menos de dificultar las realizaciones del Partido comunista de la Unión Soviética.

Hablaba con apasionamiento. Notábamos que estaba muy afectado por lo que él mismo nos decía.

—Son tanto más peligrosos cuanto que no lo parecen. Los asesinos y los ladrones actúan abiertamente. Pero estas gentes son insidiosas, solapadas y hábiles. Antes de que nos demos cuenta, habrán socavado todo aquello por lo que hemos trabajado tan duramente, habrán envenenado al pueblo y lo habrán destruido. Esta es la razón por la que habéis sido llamados a formar esta brigada especial de operaciones policiales, un grupo de acción contra los enemigos. ¡Tenemos que llevar a cabo una *acción directa*! Ese es vuestro trabajo. Recibiréis las órdenes para vuestras operaciones directamente del Partido y del camarada Breznev. Las órdenes que vengan de Moscú nos llegarán al *Gorkom*, nosotros las transmitiremos al camarada Nikiforov, que seguirá siendo vuestro superior inmediato. Estaréis pagados por los fondos especiales destinados precisamente a la lucha contra las malvadas y contaminadoras influencias de la religión en la vida soviética.

Yo escuchaba estupefacto. Desde el día en que vi a aquellos creyentes —unos dos mil aproximadamente— en Inskaya, cerca de Novosibirsk, había estado cavilando bastante sobre ellos. Ciertamente, yo sabía que Dios no existía y que la religión era el opio del pueblo. Me daba cuenta de que en la vida moderna de la Unión Soviética no había sitio para la religión. Lo sabía cumplidamente: yo mismo lo había enseñado muchas veces en las conferencias pronunciadas en las escuelas y en la universidad y en las reuniones

de la Liga. Lo que me extrañaba era que los creyentes tuvieran tanta fuerza como para que nuestro país estuviese seriamente amenazado y que se hubieran de tomar medidas tan severas contra ellos. Parece evidente, me dije, que se multiplican y se propagan como una enfermedad contagiosa. Es evidente que hay que detenerlos y suprimirlos de nuestra sociedad.

—Mirad esto —dijo Azarov, señalando una serie de carteles en los que había fotos de personas buscadas por la policía.

Entre los carteles con fotos de asesinos, había uno con la de un hombre buscado por su «actividad contra el pueblo».

—Este hombre —afirmó Azarov— ha envenenado a niños con la droga de las creencias religiosas. Organiza sesiones de estudio de la Biblia. Cuando se le detenga será condenado a siete años de cárcel.

Yo estaba satisfecho con lo que me pagaban, pero consideraba que luchar contra asesinos, ladrones y otros criminales tenía poca relación con mis intereses en cuanto miembro activo comunista. Pero ahora, luchar contra los enemigos del Partido sería diferente: nuestra acción iba a ser más importante y directa. Con frecuencia había hablado de estos problemas en mis conferencias. Ahora podría hacer algo más concreto y, además, me pagarían por mis intervenciones. Eran noticias estupendas.

En ese momento de mis consideraciones, Anatoly, el «niño bonito», preguntó:

—Camarada Azarov, dice usted que esa gente es mucho peor que los asesinos de los que hasta ahora nos hemos ocupado. ¿En qué sentido lo son?

—Camarada Litovenchko —respondió Azarov—, los asesinos matan algunas personas y acaban siendo detenidos. Pero estos creyentes matan el espíritu de nuestro pue-

blo soviético, y sus doctrinas envenenadas se propagan y contagian a miles de personas. Desde hace dos años, el problema de los creyentes religiosos se ha agravado considerablemente en nuestro país. En lugar de disminuir y de cesar en sus luchas contra nuestro Estado, han difundido su veneno por todas partes y han llegado a seducir a mucha gente y han ganado numerosos adeptos. Dondequiera que pueden corrompen el espíritu de nuestra juventud soviética. Ha llegado el momento en el que nuestro Partido se ve en la obligación de actuar. Hemos recibido una orden especial, proveniente de las altas instancias de Moscú, para que pasemos a la acción en nuestra lucha contra los *religioznik*. Y vosotros, jóvenes, sois parte del programa previsto. Todas las organizaciones comprometidas en esta guerra contra las creencias religiosas han sido reagrupadas bajo el control de la oficina central del Partido. Se ha constituido un organismo de coordinación, para dirigir los planes de acción contra los creyentes y contra sus creencias supersticiosas. Hemos echado mano de los mejores talentos y profesores para que estudien este problema en un plano teórico. Paralelamente, un nuevo organismo ha sido creado, dotado de grandes ordenadores, para controlar a todos los creyentes, con el fin de identificarlos y no perder de vista a estos enemigos que tenemos entre nosotros. Parte de vuestras obligaciones será tomar nota de los hombres y de los datos de los creyentes. Estos datos serán introducidos en los ordenadores. Así es como tendremos controlados a esos enemigos pérfidos y peligrosos. Otra rama de este departamento se ocupará en Moscú de estudiar las enseñanzas de esos creyentes, con el fin de poder combatirlos mejor y aniquilarlos. Nuestros más sobresalientes intelectuales están estudiando su literatura, comprendida en la Biblia, para determinar los medios más adecuados de lu-

char contra sus creencias religiosas. Es en cierto modo una completa escuela bíblica.

Al oír la expresión «escuela bíblica», me acordé inmediatamente del «diácono» de Barysevo, que quería ingresar en una Escuela Bíblica. Pero dudé de que fuera igual que la que nos había descrito el camarada Azarov. Volví a prestar atención a lo que decía este. Hablaba sin parar.

Mirando a los demás, observé que estaban tan fascinados como yo. Nunca habíamos caído en la cuenta de la terrible amenaza que los creyentes representaban para nuestro modo de vivir. Ahora ya lo sabíamos. Escuchábamos la descripción de un programa de acción dinámica, que se estaba poniendo en marcha para defender a nuestro país, lo cual contribuía a convencernos de la vitalidad y del vigor que tenía el Partido comunista. Detrás de todo aquello había unos hombres que sabían lo que hacían. Gracias a ellos, nuestro Partido comunista progresaba. No se quedaban cruzados de brazos esperando que nuestro enemigo nos destruyera desde dentro. Eramos fervientes partidarios de la acción y escuchábamos maravillados la enorme cantidad de esfuerzos que estaban haciendo. ¡Pensar que éramos parte de todo eso! Mi orgullo por el Partido comunista crecía dentro de mí. «Por fin vamos a entrar en acción», pensé. Nuestro enemigo nos había llevado demasiado lejos. Nosotros, el pueblo soviético, se lo íbamos a hacer ver. El Partido comunista tiene paciencia, pero si se le aprieta demasiado, sabe reaccionar. Y yo me hallaba en el corazón mismo de esta empresa.

Azarov nos habló de otra fuerza especial de policía que vigilaba para que por nuestras fronteras no fueran introducidas de contrabando Biblias y cualquier otra literatura religiosa. Yo nunca había oído hablar de esas organizaciones.

—Muchachos —continuaba diciendo Azarov—, debéis requisar toda la literatura religiosa que podáis. La exami-

naremos y la enviaremos a Moscú, allí la estudiarán para ver de qué país proviene y cómo ha entrado de contrabando. En cuanto se descubra, cortaremos el tráfico inmediatamente. Una vez que seguemos las cabezas, el cuerpo morirá. Acabad con los jefes, los cerebros que están detrás de la organización secreta de los creyentes. Entonces, sus seguidores, desengañados y desilusionados, volverán al buen camino.

Cuando Azarov terminó de hablar, los creyentes eran para nosotros seres malvados, que reunían a la gente secretamente en las casas para conspirar contra nuestro Gobierno y envenenar a los niños. Estábamos deseando lanzarnos a la tarea para darles una lección y acabar con ellos.

A lo largo de las dos semanas siguientes, el discurso de Azarov fue seguido de una serie de conferencias muy parecidas. Aprendimos cuáles eran los métodos y las técnicas empleados por los creyentes. En una de esas conferencias, pregunté por qué no eran utilizados los términos «personas religiosas» o «cristianas», en lugar de «creyentes».

Azarov respondió:

—Es una buena pregunta, Kourdakov. La responderé. ¿No nos enseñó hace ya mucho tiempo el camarada Lenin que no es a la religión a la que debemos temer, sino a las creencias? Ese es nuestro gran enemigo. Podemos aplastar la religión y cerrar las iglesias. Mira aquí, en Kamchatka. ¿Qué es lo que ves? ¿Hay alguna iglesia? Desde luego que no. No las permitimos. No hay ni un solo lugar de culto en Kamchatka. La *iglesia* no es ningún peligro. El peligro está en los propios *creyentes*.

Se detuvo un momento para observar el efecto que sus palabras estaban produciendo en los oyentes. Al parecer satisfecho, prosiguió:

—El camarada Lenin decía que podíamos cerrar las iglesias y encarcelar a los dirigentes, pero que era muy difí-

cil arrancar la fe y las creencias del corazón de un hombre, una vez que ya está contaminado por ellas. Por eso, camarada Kourdakov, la creencia es nuestro enemigo, *no la religión*. Por eso no los llamamos cristianos o seguidores de la Iglesia. Los llamamos *creyentes*. Ellos creen por dentro, y arrancar de sus corazones esta creencia es una tarea muy ardua.

Esto me pareció de un enorme sentido común.

De hecho, el club del Hogar infantil de Barysevo estaba en un edificio que era una iglesia clausurada. No es difícil clausurar iglesias. Ahora lo comprendía. Nuestro cometido consistía en impedir que la creencia echara raíces en nuestro pueblo, especialmente en los jóvenes y en los niños.

—Gracias, camarada Azarov —dije en nombre de todos—. Han sido unas sesiones muy reveladoras. No teníamos ni idea de los problemas que esta gente, tan inocente en apariencia, estaba creando.

CAPÍTULO XII

LA PRIMERA INCURSIÓN: ¡UN DESASTRE!

Pocos días después, cuando yo estaba en la Academia, en una clase de ingeniería radiotécnica, se oyó una voz a través de los altavoces:

—Kourdakov, Kourdakov, preséntese inmediatamente en la oficina de patrullas.

El profesor me autorizó con un movimiento de cabeza; dejé allí mis libros y fui a la oficina.

El oficial de guardia me dijo:

—Kourdakov, hay un recado telefónico para ti del capitán Nikiforov. Debes presentarte a él esta noche a las diez, junto con tus hombres. Ha dicho que tú sabrías de qué se trata.

—Sí, lo sé —le dije.

A las diez de la noche catorce de nosotros —no había tenido tiempo de avisar a más— estábamos en la comisaría de policía.

—Envía a tus hombres a la habitación de atrás —me ordenó Nikiforov—. Que descansen un poco. Todavía es demasiado temprano para ir.

Envié a mis hombres a la pequeña sala posterior de la comisaría y me quedé hablando con Nikiforov, que estaba sentado ante su escritorio.

—Estas son las instrucciones —me dijo—: Nos hemos enterado de que esta noche, hacia las once, habrá una reunión de creyentes.

—¿Dónde? —pregunté.

En un plano enorme que había en la pared de la oficina señaló un área de casas privadas del distrito 75, al otro extremo de la ciudad. Nikiforov prosiguió:

—No asistirán más de doce o quince personas. Así es que no tiene que ser ningún problema para vosotros.

Le volví a preguntar:

—¿Cómo se ha enterado usted?

La reunión no había tenido lugar todavía y los vecinos no habían podido informarle de una actividad sospechosa.

—Me lo ha dicho un pajarito, Kourdakov —replicó—. Harías bien en no preguntar demasiado.

Mi intención había sido solo ser amable, pero me di cuenta de hasta qué punto debía andarme con cuidado en mis relaciones con Nikiforov. Me propuse ser más cauto en lo sucesivo, pues quería estar en buenos términos con él.

Mientras tanto, mis hombres esperaban descansando.

—Vamos, camaradas, bebed y distendeos un poco —les dijo Nikiforov, señalando la botella de vodka y los vasos que había sobre la mesa.

No nos hicimos de rogar. Víctor había llenado ya su vaso y pronto estuvimos todos bebiendo y charlando.

Cuando Nikiforov comprobó que todo el mundo estaba relajado con el vodka, dijo:

—Tenéis que salir de aquí hacia las once. Así los creyentes habrán tenido treinta minutos para empezar la reunión y estarán confiados, pensando que todo va bien. Necesitamos coger a sus jefes, a sus pastores clandestinos. Aquí tenéis los nombres de los hombres que tenéis que traer.

—De acuerdo, camarada —le respondí—. ¿Qué hacemos con los demás?

—¿Los demás? Basta con que les deis una paliza. Hacedles un «grato» regalo del que se puedan acordar. Pero no dejéis de traer a los jefes —dijo con tono firme, indicando los nombres que estaban en el papel y alargándomelo.

—De acuerdo, camarada —le dije otra vez.

Me preguntaba a mí mismo por qué insistía tanto en eso. ¿Sería esta incursión tan diferente de las otras? Cuando nos habían enviado a acabar con una pelea, «Niki» no daba tantos rodeos. Sin embargo, aquella noche yo le veía nervioso y no sabía por qué.

—Aseguraos de que no os vea la gente que pase por la calle —prosiguió—. No tiene por qué haber problemas, pues serán las once de la noche. De todas formas, si está pasando gente, esperad unos momentos antes de entrar.

En una de las conferencias de información sobre los creyentes dada por Azarov, insistió sobre la necesidad de actuar con sigilo. En ningún caso debía el público darse cuenta de lo que sucedía. Esto siempre me había intrigado, porque cuando arremetíamos contra las pandillas de borrachos no nos preocupábamos de nada y no había problema. Le pregunté, pues, la razón de esta actitud, y me respondió:

—Mira, Kourdakov, hay gente que podría interpretar mal nuestra acción y sus motivos. Hay quienes no se dan cuenta del peligro que esos creyentes representan para nuestra sociedad. Además también hay enemigos de nuestro país, agentes del imperialismo, que desean correr la voz de que perseguimos a los creyentes. Por lo tanto, hay que evitar a toda costa que haya testigos, sobre todo gente que intentarían hacer fotos de lo que sucede. No podemos permitir que enemigos de nuestro país proclamen por todo el

mundo que perseguimos a los creyentes y que no respetamos la libertad religiosa, ¿no te parece? —y sonrió al acabar de hablar.

«Es totalmente lógico», pensé.

Le aseguré a Nikiforov que esperaríamos para entrar a que la calle estuviese desierta, antes de actuar.

—Está bien, Kourdakov —me respondió—. Vete con tus hombres, que ya os llamaré cuando sea la hora.

Me uní a mis hombres y tomé un par de copas con ellos. Observé que el vodka ya les había hecho efecto. La tensión había desaparecido y Vladimir estaba contando un chiste. Todos reían. Al poco tiempo, llegó Nikiforov y nos dijo:

—Está bien, Kourdakov, ya son las once. En marcha.

Al levantarse de la mesa, Alex le dio un empujón y tiró los vasos. Pidió perdón.

Conforme salíamos por la puerta, Nikiforov me dio las instrucciones de último momento.

—Kourdakov, es necesario que registres aquello para ver si hay Biblias o literatura. Esa gente posee literatura antisoviética, lo sabemos, y necesitamos apoderarnos de la mayor cantidad posible para enviarla al *Gorkom*, para que a su vez la envíen a Moscú. Así es que registra aquello detenidamente y trae todo lo que encuentres.

En la parte de atrás de la comisaría nos esperaba el camión de la policía con Víctor ya al volante. Me senté a su lado en la cabina y los otros se amontonaron en la caja. Arrancamos. Esta vez no había sirena, no la necesitábamos, porque era muy tarde y había poca circulación. Además no queríamos que los cristianos se alarmaran con nuestra llegada.

Solamente las calles del centro de la ciudad tenían alumbrado, todas las demás estaban a oscuras. Para llegar a la casa en donde los creyentes estaban reunidos teníamos

que recorrer barrios enteros de calles sin iluminación. Llegamos por fin a la calle en cuestión y avanzamos despacio buscando el número de la casa. La calle no estaba pavimentada y era un barrizal.

Yo observaba para ver si había gente fuera. La calle estaba desierta. Víctor trataba de penetrar la oscuridad en la acera izquierda y yo en la derecha, para localizar el número de la vivienda. Al cabo de un momento le dije:

—Es en el próximo bloque, Víctor. Para aquí.

Se detuvo, apagó el motor y salimos. Les dije a los muchachos que guardaran silencio. No queríamos hacer ruidos que atrajeran sobre nosotros un montón de miradas indiscretas desde las ventanas o de curiosos que se preguntaran qué estaba sucediendo.

Salí andando hacia la casa y ellos me siguieron. Estaba unas puertas más adelante en la parte de la izquierda; era una pequeña cabaña hecha de troncos y con el techo de madera. Tenía delante una pequeña valla y era como son miles de casas en Petropavlovsk. Las cortinas de las ventanas estaban corridas, pero se percibía un débil rayo de luz.

¿Qué teníamos que hacer ahora? Empecé a sentirme un tanto incómodo. Aquello no era comparable a nuestras brutales intervenciones para dispersar una pelea en un bar. En estos casos arremetíamos metiéndonos en el jaleo, empezábamos a dar patadas y puñetazos hasta que despejábamos el local y dejábamos el suelo sembrado de matones.

Pero en esta ocasión, en vez de habérmolas con peleas, gritos y maldiciones, nos veíamos ante unas pocas personas que asistían simplemente a una reunión. Podíamos oír levemente cómo cantaban allí dentro. Nos miramos unos a otros. ¿Qué teníamos que hacer? A mí me correspondía dar el primer paso; me acerqué, pues, a la puerta y llamé con los nudillos. Después golpeé un poco más fuerte.

Allí estábamos, un poco desconcertados, esperando que se abriera la puerta. Era tremendamente ridículo, y nos dábamos cuenta de ello. ¡Qué espectáculo ofrecíamos! Catorce tíos grandes, fuertes, allí en fila a lo largo de un sendero que acababa en la puerta de una casita de una calle desierta, y uno de ellos llamando con toda educación para que le abrieran.

Oímos unos pasos dentro. La puerta se abrió y un hombre de talla mediana apareció, preguntando con corrección:

—¿Qué desean?

Nos miró atentamente y, cuando vio a los otros detrás de mí, comprendió de qué se trataba. Se le ensombreció el rostro, pero no descompuso su postura llena de dignidad, y dijo:

—¡Pasen!

Al entrar, eché un vistazo alrededor. Era una casa de una sola habitación, amueblada muy rudimentariamente, con una pequeña cocina al fondo.

Doce o trece personas estaban sentadas en el filo de la cama y en sillas que habían juntado. Cantaban suavemente una canción rusa y siguieron cantando, aunque mirándonos con inquietud, cuando nos pusimos a hablar.

El hombre que nos había abierto nos preguntó en un susurro:

—¿Han sido ustedes enviados por la policía?

Evidentemente sospechaba quiénes éramos.

Respondí, poniéndome a hablar automáticamente también en un murmullo:

—Sí; así es.

«Es ridículo», pensé, «nos han enviado para dispersar un acto de culto de creyentes y aquí estoy yo conversando en voz baja para no estorbar la reunión».

Ya habían comprendido que la reunión había acabado. Pero, sorprendentemente, continuaban cantando. Seguimos hablando y el canto cesó. Entonces todos se volvieron hacia nosotros para mirarnos. Entre los creyentes y mis hombres la habitación estaba totalmente llena.

Yo me hallaba tremendamente confuso y, poniéndome a la defensiva, quise dar muestras de autoridad.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté.

El jefe del grupo respondió:

—Estamos adorando a Dios.

—Dios no existe —repliqué.

—Pues nosotros creemos que existe y no hacemos más que adorarle —repuso el hombre, que debía de ser el pastor clandestino.

—No tenéis derecho a hacerlo —dije con firmeza.

—¿Por qué no?

—Porque va contra la ley. Nos han enviado con órdenes de acabar con esto.

Entonces me dijo, sin perder los buenos modos:

—No estamos infringiendo la ley. El camarada Lenin mismo dijo que los habitantes de nuestro país gozan del derecho y de la libertad de adorar a Dios.

Realmente yo no sabía qué contestar. Dándose cuenta de que me había tomado la delantera, insistió:

—El camarada Lenin dijo que cualquier ciudadano de nuestro país tiene completo derecho a escoger entre practicar su fe y participar en los actos de culto o no creer en nada.

—¿Es eso cierto? —pregunté.

—Desde luego que sí. Si quiere usted le puedo enseñar dónde lo dice Lenin.

Esto no me llevaba a ninguna parte. Estaba confuso y no sabía qué pensar; detrás de mí, mis hombres se encontraban molestos y yo me daba cuenta de que estábamos

perdiendo la partida. Entonces el creyente se puso a recitar la constitución soviética, señalando que en un lugar de ella se dice que cada ciudadano tiene derecho a practicar sus creencias religiosas.

—No hacemos más que eso, camarada —prosiguió—, estamos ejercitando los derechos que estableció el fundador de nuestro país y que constan en nuestra constitución soviética. ¿Le hacemos daño a alguien? Observa. Creemos en Dios y le adoramos. Eso es todo. Estamos en nuestro derecho y no ofendemos a nadie. ¿Qué mal hacemos?

Me sentí atrapado, porque sabía que eso estaba en la constitución y recordaba que Lenin había hablado en algún sitio de la libertad religiosa. También me acordaba de que en Leningrado había visto a creyentes que iban a la iglesia y entonces pensé que nuestro país permitía la libertad religiosa.

No obstante, repliqué:

—Pero estáis violando las leyes de nuestro país, ¿no lo comprendéis?

—Por favor, explíqueme usted cómo —preguntó el jefe.

—Mire, lo único que sé es que está violando las leyes de nuestro país y, sintiéndolo mucho, tengo los nombres de dos personas que tienen que venirse con nosotros.

Los creyentes se miraron unos a otros al comprender que alguien tenía que acompañarnos. El hombre con quien había estado hablando era uno cuyo nombre yo tenía. Mientras los dos hombres se ponían el abrigo para ir a la comisaría, mi mente se perdió en contradicciones confusas. Nuestros dos detenidos estuvieron listos. Con toda calma les fueron estrechando la mano a los demás, diciendo algo así como «rezad por nosotros», antes de dirigirse a la puerta. Cuando nos alejábamos pude oír cómo los otros creyentes empezaban a rezar. Durante el camino

hacia la comisaría, a través de las calles oscuras y llenas de baches, yo iba verdaderamente trastornado. Prefería deshacer riñas de café o emprenderla con veinte hombres navaja en mano, antes de repetir una experiencia como aquella. No me gustaba absolutamente nada.

Detuvimos el camión en la puerta de atrás de la comisaría y salimos de él. Niki nos esperaba en la puerta, muy sonriente. Pero su sonrisa se desvaneció en el acto cuando entramos. Nos echó una mirada a nosotros y otra a los dos hombres que habíamos detenido, y se puso furioso. Se volvió hacia uno de sus lugartenientes y vociferó:

—¡Sacad a estos prisioneros y encerradlos!

Inmediatamente los dos fueron metidos en una celda. Después, Nikiforov se encaró con nosotros. Parecíamos ovejas cariacontecidas. Catorce tiarrones, grandes y sólidos, regresaban de una incursión tan solo con dos hombrillos entrados en edad, que ni habían ofrecido resistencia cuando los detuvimos.

No había necesitado mucho tiempo Nikiforov para darse cuenta de la situación.

—Bien, hijos míos —dijo, con ironía—, parece que habéis estado en una estupenda gira campestre.

Bruscamente, dejó la ironía y aulló:

—¿A dónde os creéis que habéis ido, niñatos?

Y continuó fustigándonos con una perorata, que ninguno olvidaríamos en mucho tiempo, sin parar de moverse arriba y abajo por la habitación.

—Pero, camarada Nikiforov —protesté—, esa gente no han opuesto resistencia. Esa incursión policial no se parecía en nada a las otras que hemos hecho. Era otra clase de gente. ¡A veces tenemos que emplear otra táctica!

—¡Otra táctica! —gritó—. ¡Otra clase de gente! ¡Ya os voy a dar yo otra clase de gente! Son enemigos del Estado

astutos e insidiosos! ¡Se os envía para que los detengáis y para proteger al Estado, y casi os convierten!

Entonces se puso a describirnos su perfidia y su maldad. Según él, el solo hecho de que nos parecieran inofensivos y que expusieran argumentos para defender sus derechos, era bastante prueba de su hipocresía, de su maldad y de su astucia ¿Es que no nos dábamos cuenta? Se dejó caer en su sillón, claramente agotado por la violencia de su diatriba.

Pero al momento sus fuerzas parecieron revivir. Se puso en pie de un salto y continuó con su harenga.

—¿Cómo os voy a meter en vuestras duras cabezas que estas gentes son nuestros peores enemigos? Tenemos entre nosotros a los peores criminales. Son como serpientes. Se mantienen ocultos a la vista hasta que estén preparados para atacar y entonces será demasiado tarde. Prefiero tener a mi lado cien asesinos sueltos, que media docena de estos envenenadores del pueblo. A los asesinos los podemos detener cuando queramos. Pero con esta gente nunca se sabe en qué momento van a dar el siguiente golpe. Extienden su letal propaganda por todas partes y trabajan a nuestras espaldas sin descanso. ¡Y vosotros —gritó— los dejáis tan tranquilos!

Y prosiguió hablando sin respirar.

—¡Son sanguijuelas que chupan la sangre del pueblo ruso! —aulló—. Tenemos que aplastar y destruir a esos elementos. ¿Podéis sentir aún simpatía por ellos?

Empezábamos a ver las cosas con otra perspectiva. El malestar experimentado antes por mis hombres estaba convirtiéndose en cólera, porque habíamos sido burlados por los creyentes. A nadie le gusta que lo engañen. Así pues, pedimos excusas a Nikiforov y murmuramos que no habíamos comprendido bien.

Entonces, Nikiforov volvió a aullar:

—¡Pues a ver si la próxima vez comprendéis mejor! ¿Qué clase de trabajadores por el Partido sois?

Esto fue un latigazo para nosotros. Yo se lo había dado todo al Partido comunista. Me sentía molesto y estaba encolerizado conmigo mismo y con esa gente que me había engañado. La próxima vez, me prometí a mí mismo, no sería tan estúpido. *La próxima vez. ¡La próxima vez!*

Nikiforov consideró que necesitábamos algunas operaciones más de policía rutinaria, así es que las veces siguientes que nos llamó fue para reducir peleas o para otras incursiones habituales de la policía.

Nikiforov conocía la naturaleza humana. Era un experto en psicología; estudiaba el espíritu humano y su conducta: había adquirido esos conocimientos en su trato con los criminales. Empleaba sus métodos con nosotros. Tuvo el arte de utilizar con nosotros el sistema adecuado para azuzarnos. Sobre todo en las semanas siguientes no dejó pasar ni una oportunidad de elogiarnos calurosamente después de alguna acción especialmente violenta. Una vez en que habíamos detenido a dos ladrones y los llevamos a la comisaría, los hicimos entrar a empujones. Nikiforov les echó una mirada y gritó:

—¿Qué manera de hacer el trabajo es esa? Mirad esos hombres que habéis detenido. Están tan fresquitos como el día en que nacieron. ¿Pero qué es lo que os pasa, niños? ¿Es que no vais a aprender a cambiar una cara? ¡Sacadlos de aquí y volvédmelos a traer con otro aspecto!

Vladimir y Anatoly, nuestros dos campeones de boxeo, sacaron afuera a los dos pobres hombres. Inmediatamente empezamos a oír los golpes y los gritos. Estaban utilizándolos como sacos de entrenamiento. Cuando volvieron, trayéndolos a rastras, los ladrones estaban irreconocibles.

—Muy bien, muchachos —elogió Niki—. Así está mejor. Ahora estáis funcionando como los hombres que yo creía que erais.

Nos tomamos unos tragos de vodka, riendo y bromeando felices.

Habíamos subido un escalón en el programa de brutalización propuesto por Nikiforov. Pero no puedo echarle la culpa a él solo. Nosotros respondíamos con entusiasmo. Empezábamos a disfrutar de aquella vida violenta tanto como él.

Habíamos comenzado en el mes de mayo. Ya estábamos a comienzos de agosto. La mayoría de nuestras incursiones habían sido contra gánsteres y contra revoltosos. Pero poco a poco Nikiforov nos encargaba una pequeña acción contra creyentes, entre luchas contra bandas y detenciones violentas. Ibamos alternando: una acción en un bar, una acción contra creyentes. Aprendimos rápidamente a «transformar caras» de los creyentes con tanta soltura como las de los borrachos marineros escandalosos. De todas maneras, nuestras incursiones contra los creyentes eran todavía poco importantes: grupos pequeños que se reunían casi siempre en casas particulares.

CAPÍTULO XIII

MUERTE REPENTINA EN ELIZOVO

Un viernes de agosto de 1969, Nikiforov me llamó a la Academia. Cuando me puse al teléfono, me dijo:

—Kourdakov, tengo que verte aquí esta tarde a las cinco.

Por la forma en que me lo dijo, comprendí que por fin íbamos a tener la oportunidad de probarnos a nosotros mismos y, al mismo tiempo, rehacernos de aquella humillante primera experiencia que tuvimos con los detestados creyentes.

Al acabar las clases, tomé un autobús y me trasladé a la central de policía. Nikiforov me esperaba en su despacho. Lo encontré estudiando el enorme plano que había en la pared.

—¡Ah!, Kourdakov —dijo—, entra.

Después, según su costumbre, fue derecho al grano.

—Kourdakov, mis fuentes de información me han avisado de que los creyentes han organizado una reunión clandestina de bautismo el próximo domingo aquí —señaló un punto en el plano.

Me acerqué y vi que estaba indicando el pueblo de Elizovo, al pie de las montañas, unas treinta y cinco millas al norte de Petropavlovsk, cerca del río Avacha.

—Han escogido un buen sitio —comenté.

—Sí —afirmó—, es un lugar poblado de árboles y, desde su punto de vista, es un sitio excelente.

Asentí. El río Avacha nace como un riachuelo en lo alto de los montes que son como el espinazo de la península, y se va ensanchando conforme baja. En el pueblo de Elizovo tiene unos doscientos pies de ancho, pero es aún poco profundo. Desde ese lugar corre hasta el Pacífico, donde desemboca en la bahía en cuyas orillas está situada la ciudad de Petropavlovsk.

Nikiforov me facilitó más información acerca de los creyentes.

—No es la primera vez que se reúnen en ese sitio —dijo—. Se están volviendo imprudentes. Ya han estado ahí otra vez para celebrar un bautismo en secreto, pero nuestros informantes se enteraron cuando ya la ceremonia había comenzado. Mientras llegamos allá, tuvieron tiempo de marcharse. Habitualmente esas gentes son muy astutos. Nunca van dos veces al mismo sitio. Pero, según nuestro informante, van a volver. Se conoce que, como es un lugar tan bueno, lo van a utilizar una vez más.

Y añadió con satisfacción maligna:

—Les fallamos la primera vez. No les fallaremos esta.

Comprendí que deseaba que yo cumpliera su promesa.

—¿Cuándo se van a reunir? —pregunté.

—El domingo a las cuatro de la tarde.

Yo me preguntaba cómo habría conseguido una información tan concreta. Supuse que debía de tener espías entre los creyentes.

—Kourdakov —me dijo—, quiero que estés allí con tu cuadrilla a las nueve de la mañana del domingo. Los creyentes no os deben ver llegar, así es que tenéis que ir y esperar a que aparezcan.

—¡Sí, camarada! —afirmé, excitado, pensando en la estrependa salida dominical que aquello representaba.

Regresé, me puse en contacto con mis hombres y les dije que se reunieran conmigo en la comisaría a una determinada hora y que llevaran sus guitarras.

—Nos vamos de gira al campo —les dije—, el día entero.

«Ya que teníamos que ir —pensé—, ¿por qué no ir bien temprano y divertirnos un poco?». El domingo nos reunimos doce de nosotros a las ocho de la mañana y Nikiforov nos dio la orden de detener a todos los que pudiéramos y traerlos a la comisaría.

Metimos en el camión tres cajas de vodka y cosas de comer. Alexander Gulyaev llevó su guitarra y yo la mía. Nos subimos al coche y tomamos la carretera que sale de Petropavlovsk hacia el norte.

Mientras íbamos dando tumbos, le pregunté a Víctor de dónde había sacado el vodka.

—Es un regalo de Nikiforov. Nos lo tenía preparado cuando llegamos a la comisaría.

Miré en la bolsa que habíamos puesto en el piso y encontré caviar.

—Después de todo, parece que el viejo Niki Iceberg no es tan malvado —comenté.

Nos llevó casi una hora de camino lleno de curvas llegar al pie de las colinas, donde estaba Elizovo. Nos desviamos por un camino vecinal hacia un espeso y umbrío bosque. Era un día precioso y soleado. Penetramos en el bosque, buscando un lugar fresco. Consultando el plano, comprobé que estábamos cerca del río Avacha. Nos detuvimos, descargamos el camión y le dije a Víctor que lo disimulara por allí, para que no se viera. Sacamos las botellas de vodka y los bocadillos y el caviar. Después escogimos un sitio donde sentarnos a pasar el rato. Alexander empezó

a tocar la guitarra y abrimos un par de botellas: empezamos a disfrutar de la gira campestre.

Víctor apareció en lo alto de una pendiente y nos informó:

—Nadie puede descubrir el camión donde lo he puesto. Lo he metido en una hondonada totalmente fuera de la vista.

—Estupendo —le respondí—. Toma un bocadillo y un vaso de vodka.

Allí estuvimos casi todo el día, bebiendo, comiendo, contando chistes y pasándolo bien. Conforme el tiempo pasaba, nos íbamos «alegrando» más y más. Nos acordábamos de la gente que se había quedado en la Academia. Salían muy rara vez de la base. Nosotros éramos libres de entrar y salir.

Supongo que yo bebí un poco más de la cuenta y me quedé dormido. Cuando me desperté eran las tres y cuarto. Los creyentes estarían a punto de llegar. Teníamos que ponernos en movimiento. Habíamos descansado todo el día, ahora teníamos que trabajar. Miré a la gente de mi grupo y con preocupación vi que la mayoría estaban casi borrachos. Ninguno estaba borracho perdido, pero todos tenían ganas de alborotar, jugueteando y dándose empujones.

—¡Vamos a ver, muchachos! —les grité—. Preparaos. Tenemos que trabajar. Preparad los garrotes.

—¿Dónde están? —preguntó uno.

Otro exclamó:

—Se nos han olvidado. Los hemos dejado en el camión.

Necesitábamos los garrotes. Habían sido fabricados en Checoslovaquia especialmente para la policía soviética. Estaban hechos de acero por dentro y recubiertos de goma, eran pesados y tremendamente duros. Un ligero golpe con

ellos podía producir grandes estragos. Eran telescópicos: apretando un botón en el mango, salía un trozo más de acero recubierto de goma. Cuando pegábamos de cerca, lo utilizábamos sin alargar, pero para los trabajos en espacios abiertos, como el de aquel día, los estirábamos. Mis hombres y yo teníamos ya mucha práctica, tanto en lugares cerrados como en espacios abiertos.

Se trajeron los garrotes y los distribuimos. Pasamos al otro lado de la colina y en pocos minutos estuvimos en uno de los sitios en donde pensábamos que los creyentes se iban a reunir para celebrar la ceremonia del bautismo.

—Tiene que ser aquí —opinó Víctor—. Es un lugar perfecto.

Era uno de los más bonitos escenarios naturales que yo había visto. Se trataba de un claro que descendía en suave pendiente llena de hierba hasta la arena del borde del río. Allí el agua era poco profunda. Estaba retirado y oculto a la vista por árboles y rocas. El acceso era difícil y nadie podía acercarse sin que su presencia fuera advertida. «Estos creyentes —pensé— son unos estúpidos porque creen en Dios, pero saben elegir bien el lugar para reunirse».

No obstante, al examinar mejor aquel sitio, descubrí un punto débil. Como el río era poco profundo, sería fácil para los creyentes intentar escaparse atravesándolo y esconderse en el bosque del otro lado cuando fuesen atacados. Mi formación militar me hizo ver que debía situar unos hombres en la orilla contraria, para impedir la huida. Sergei Kanonenko y Yuri Berestennikov recibieron este encargo.

—Si algunos quieren escaparse por ahí —les ordené—, vosotros se lo impediréis.

—Pero, Sergei —protestaron—, nadie conseguirá llegar tan lejos y no podremos meternos en el jaleo. No nos vamos a divertir nada.

Aquello me importaba poco. Además, a Kanonenko le gustaba demasiado usar su cuchillo y no era mi deseo que muriera alguien apuñalado. Lo esencial era que nadie escapara. Así es que Kanonenko y Yuri pasaron a la otra orilla, primero vadeando y después a nado, sin parar de protestar.

Distribuí a los demás hombres en semicírculo tras los arbustos y los árboles de la misma colina; de esta manera, agarraríamos a los creyentes cualquiera que fuese la dirección que tomaran para huir. Todos mis hombres estaban perfectamente escondidos. «¡Buena sorpresa les espera hoy a esos creyentes!», pensé lleno de satisfacción.

Nos pusimos a esperar. La emboscada estaba preparada: dos hombres en el otro lado del río y diez en la parte de acá. No tuvimos que esperar mucho tiempo. Hacia las seis y cuarto oímos voces y pasos que hacían crujir las ramas detrás de nosotros.

El ruido de los pasos y las voces quedas se aproximó. Después vi una fila de personas, dieciocho o veinte, que se acercaban por el sendero. Su jefe era un hombre de unos treinta y ocho años. Mientras caminaban iban hablando tranquilamente. Algunos de los creyentes llevaban unas ropas blancas, supuse que eran los que iban a recibir el bautismo. Me llamó la atención la cantidad de jóvenes que había en el grupo.

Esperamos en silencio mientras se reunían al borde del agua. Cuando los más rezagados se unieron a los demás, uno de los hombres se puso a hablar. Intenté escuchar lo que decía, pero solamente llegaban a mí algunas frases entrecortadas. Nikiforov me había dicho que el jefe se llamaba Vasily Litovchenko, un hombre buscado en Petropavlovsk. Cuando me lo dijo pensé que era una ironía que se llamara como Anatoly Litovchenko, uno de mis mejores hombres. También había otros creyentes de Petropavlovsk. Algunos venían del pueblo más cercano: Elizovo; otros

cuatro, entre ellos una mujer, procedían de una granja colectiva cercana de allí: Pogranishny. Estaba claro que Vasily, el parásito, había hecho prosélitos no solo en la ciudad, sino también en el campo. Esto era para mí una prueba de que, si se dejaba que esta gente actuase en plena libertad, se multiplicarían rápidamente y extenderían sus enseñanzas envenenadas por todas partes.

En el grupo de creyentes reunidos al borde del agua conté siete con vestiduras blancas. El Partido no cesaba de repetirnos que la religión no atraía a los jóvenes, pero esas afirmaciones estaban en contradicción con lo que yo estaba viendo con mis propios ojos en aquel momento, y con lo que yo había visto en otras ocasiones. Esto me desconcertó y de alguna manera me irritó.

Después de haberles dirigido la palabra unos minutos y de haber leído unos párrafos de un pequeño libro, Vasily Litovchenko entonó un cántico junto con todos los demás. También intenté comprender lo que cantaba, pero no lo conseguí. Era algo referente a Dios, pues su nombre se repetía mucho. Después de los cánticos, Litovchenko empezó a entrar en el agua y los creyentes vestidos de blanco le siguieron, hasta que estuvieron a una distancia de unos veinticinco pies de la orilla, con el agua hasta la cintura. Todos los demás se mantenían de pie en el borde del río, cantando en voz baja. El sol pegaba fuerte y el bosque estaba silencioso, a excepción del cri-cri de las cigarras. Como suave música de fondo se oía correr el agua. No pude evitar que me impresionara la serenidad de esa escena.

Pero había llegado el momento de actuar. Mis hombres se habían juntado y estaban dispuestos a saltar. De repente me levanté de un salto y grité con todas mis fuerzas:

—¡Ahora! ¡Vamos!

Mis hombres surgieron inmediatamente de detrás de los arbustos, bajaron en tromba la pendiente de la colina con los garrotes en alto e irrumpieron a toda velocidad en la arena de la orilla. Caímos violentamente sobre el grupo de creyentes, los golpeamos y los empujamos hacia el río. Después de esta primera carga nadie quedó en pie. Esparcidos en el agua y estupefactos por la sorpresa, se debatían medio flotando, y pudimos acometerles uno tras otro.

Acudí siguiendo a mis hombres. En ese momento empezaron a oírse los gritos de los creyentes. Una voz de mujer exclamó:

—¡Oh, Señor, no, no!

Fue inmediatamente interrumpida, dando un último alarido cuando uno de mis hombres la abatió. Aquel magnífico paisaje de montaña había estallado y se había convertido en un terrible agitar de brazos, de pies, de garrotes, de salpicaduras de agua y de gritos de agonía lanzados por los creyentes.

—¡Coged a los que están en el río! —aullé.

Algunos de mis hombres se echaron encima de los que estaban en el agua vestidos de blanco esperando ser bautizados y los aporrearón con los garrotes completamente extendidos. Un joven intentó escapar de mí y consiguió soltar un brazo, pero mi garrote fue lo suficientemente largo para que pudiera darle un golpe en la nuca.

Al volverme hacia otro lado vi cómo Alex Gulyaev le daba un tremendo puñetazo a una chica en el lado de la cabeza y le desgarró la oreja. Ella se llevó la mano a la herida y empezó a salirle sangre. Yo agarré a un creyente por el cuello con una llave de judo y lo apreté hasta que paró de gritar, después lo dejé caer en el agua. Aquello parecía una casa de locos, era un pandemónium: maldiciones, gritos, alaridos y oraciones frenéticas de los creyentes.

—¡Dios mío, ayúdanos! ¡Dios mío, ayúdanos!

Sus oraciones me sacaron de mis casillas.

—¡Haced que se callen! —ordené.

Después metí la mano en el agua y tomé un puñado de arena. Le abrí la boca a un creyente y se la llené hasta que ya no pudo rezar. Los otros empezaron a hacer lo mismo. Les llenamos las bocas de arena y las oraciones cesaron.

Oí un tumulto a mis espaldas y me volví en el mismo momento en que Anatoly Litovchenko golpeaba al pastor Vasily Litovchenko. La muchacha que iba a ser bautizada vio que Anatoly se dirigía hacia ella e intentó huir. Vladimir Zelenov se dio cuenta y salió tras ella; le dio un golpe con el garrote en toda la cabeza. Sin proferir ni un sonido, la chica cayó inerte en el agua. Vladimir la arrastró hasta la orilla y la dejó allí tirada.

Viendo que Anatoly se estaba ocupando del pastor, me volví a mirar a mi alrededor. Mis hombres seguían llenando la boca de los creyentes con arena, guijarros, porquería, con todo lo que les caía a mano. Un hombre estaba rezando con la boca abierta, le di un puñetazo en pleno rostro y le rompí un montón de dientes, hiriéndome los nudillos. Lo colmé de maldiciones, mientras la sangre le caía por la barbilla.

—¡Ya está bien! —grité, contemplando la escena—. Sacadlos de aquí. Llevadlos a la orilla.

Empezamos a sacarlos del agua hacia la orilla y los dejamos sobre la arena. Una de las mujeres más ancianas se debatía en el agua con la boca llena de arena y a punto de asfixiarse. La agarré, la saqué del río y la arrojé por tierra sin miramientos. Observé a mi alrededor para hacerme cargo de la situación. Allí estaban aquellos creyentes, ahogándose, haciendo esfuerzos por recuperar el aliento; a muchos les sangraba el rostro. La chica a quien Vladimir le había desgarrado la oreja sangraba profusamente. Los jun-

tamos a todos para vigilarlos mejor. Yo tenía la impresión de que habían pasado horas desde que comenzamos a atacar, pero al mirar el reloj vi que no hacía ni cinco minutos. Les habíamos dado una buena lección a aquellas gentes; no la olvidarían en mucho tiempo. Esto era lo que más importaba.

—Separad a los hombres de las mujeres —ordené.

Echamos mano brutalmente de los hombres y les atamos los brazos a la espalda. Después hice la cuenta de la gente. Algo había fallado. Alguien faltaba.

—¿Dónde está Litovchenko? —pregunté.

—Aquí estoy, respondió Anatoly.

—No me refiero a ti, idiota —regañé—. El pastor. ¿Dónde está el pastor?

—No lo sé, Sergei. La última vez que lo vi fue cuando le estuve pegando.

Bien, tenía cosas más urgentes en las que pensar y aparté mi mente de la cuestión del pastor desaparecido, dejándolo para más tarde. Condujimos a los hombres hacia el camión. Después nos ocupamos de las mujeres y de las muchachas. Algunos de mis hombres se pusieron a arrancar los vestidos mojados y llenos de sangre de las chicas. Desnudas las muchachas formaron una piña, todas agachadas, en la playa del río, muertas de vergüenza, como tratando de esconderse. Burlándonos de ellas les tirábamos pellizcos, diciendo entre enormes risotadas:

—¡Eh, muchachos! Mirad qué pinta tienen las creyentes.

Las mujeres de más edad agachaban la cabeza y sollozaban mientras nosotros injuriábamos a aquellas pequeñas aterrorizadas y apaleadas.

Durante todo aquel tiempo, Yuri y Sergei habían estado en la otra orilla del río. Ahora acababan de regresar

lamentándose a gritos, furiosos por no haber participado en la acción.

—¡Vámonos! —ordené.

Mis hombres hicieron levantarse a las muchachas a empujones y se pusieron a manosearlas. Después nos dirigimos hacia el camión, azuzando a las creyentes delante de nosotros. Casi todas iban llorando mientras caminaban.

—¡Silencio! —les gritó Vladimir.

Pero ellas no pararon de llorar mientras las empujábamos y pellizcábamos por el sendero hasta llegar al camión. Una vez llegados, volví a contar a la gente y, en efecto, faltaba el jefe del grupo, Vasily Litovchenko.

—¿Dónde está? ¿Quién lo ha visto? —pregunté a mis hombres.

Todos se encogieron de hombros menos Anatoly.

—La última vez que lo vi estaba inconsciente flotando en el agua.

«Bueno», me dije, «Nikiforov comprenderá». Hicimos subir a los hombres en la parte delantera del camión con las manos atadas a la espalda, mis muchachos se sentaron en los bancos y, en el centro, pusimos a las mujeres y a las chicas sentadas en el suelo, en medio de ellos. Cuatro muchachas estaban aún desnudas. Escondieron sus rostros entre las manos y se pusieron a sollozar. Los hombres no se atrevían a mirar hacia atrás. Me pareció que las mujeres de más edad iban rezando, pues movían los labios en silencio.

Eran cerca de las cinco cuando empezamos a ver señales de civilización; atravesamos varios pueblos de los suburbios de Petropavlovsk. Aún era de día y la gente miraba pasar el camión de la policía con las muchachas desnudas en medio de hombretones que se metían con ellas. Por entonces ya habíamos acabado con el vodka que nos quedaba. El trabajo estaba hecho y nosotros estábamos completamente borrachos. Nos pareció muy divertido

encender unos cigarrillos y, mientras los fumábamos, aplicar las puntas contra la piel de las chicas, que saltaban y se retorcían intentando esquivarlos.

Una de las muchachas, Nina Rudenko, de dieciséis años, fue objeto especial de malos tratos, porque era tan joven y tenía un aspecto tan inocente. Otra mujer, de unos veintiséis años, le interesó particularmente a Vladimir Zelenov, que se puso a meterse con ella y a acariciarla, mientras se reía escandalosamente, hasta que la mujer se volvió y le dio una bofetada mayúscula.

Para estas jóvenes cristianas, la llegada a la comisaría fue como una pesadilla horrible. Habían ido a bautizarse porque creían en Dios y su bautismo se había convertido en un bautismo de terror. Ya en la comisaría, volví a fijarme en la chica de dieciséis años, Nina Rudenko. Tenía unos bonitos ojos azules y un cabello largo y negro, y su porte era esbelto. Le temblaban los labios y todo su cuerpo se estremecía, sin conseguir controlar los sollozos.

Nikiforov, en pie a la entrada, lo abarcó todo de un vistazo y tronó:

—¡Kourdakov! ¿Habéis traído así por las calles a estas muchachas?

—Desde luego. ¿Por qué no? —le respondí.

—¡Imbécil! ¿No comprendes que eso puede hacer que la gente se ponga a mal con la policía? Eso nos da una mala imagen —aulló, fuera de sí—. ¡Cuando la gente no os esté viendo, tratad a estos como os dé la gana, pero en plena calle y a la vista de todos, *nunca!*

Nikiforov llamó a sus ayudantes, que se precipitaron fuera, y les ordenó:

—Llevaos dentro a estos. Encerradlos.

Los hombres fueron metidos en celdas. A las chicas, incluida Nina, las tuvieron encerradas toda la noche en la misma celda que los borrachos, quienes las maltrataron y

abusaron de ellas. Fue una experiencia terrorífica, de la cual una de ellas, Nina Rudenko, no se rehizo jamás.

Nosotros nos instalamos en la salita de la comisaría; Víctor comentó, riéndose:

—¿Os habéis fijado en nuestro pobre Vladimir? Es un gran campeón de boxeo de Kamchatka, pero tan lento de reflejos que se deja abofetear por una chica cristiana.

Se reía a carcajadas. Esto nos dio materia para estar durante un rato metiéndonos con Vladimir, echándole en cara su lentitud de reflejos, que le dejaban a merced de las bofetadas de una niña cristiana.

Parte de mi trabajo consistía en redactar un informe de cada una de nuestras incursiones y de todos los que habíamos detenido. Unos días después, me enteré de que a Nina Rudenko la habían expulsado de la escuela. El director me dijo:

—Hasta hace muy poco, Nina iba muy bien, pero por un motivo que ignoramos empezó a dar señales de cierto desequilibrio emocional y mental. Era incapaz de concentrarse en el trabajo; interrumpía con frecuencia la clase hablando incoherentemente. De pronto, se ponía a temblar y a llorar, sin que pudiera controlarse. En varias ocasiones tuvimos que interrumpir la clase y hacerla salir. No tuvimos más remedio que expulsarla, porque era causa continua de perturbaciones. A mí me parece que esa chica ha sufrido una crisis nerviosa, pero no sé de qué se trata.

Yo se lo podía haber dicho al director, pero no lo hice.

—Llamamos a su madre para que viniera a vernos —continuó el director— y nos contó que por las noches Nina se despierta sobresaltada, se sienta en la cama y da unos gritos estridentes que se oyen en toda la casa, incluso en la calle.

Y el director acabó la entrevista, puntualizando:

—Comprenderás, camarada Kourdakov, que era absolutamente imposible seguir teniendo en la escuela a una chica así. No podíamos permitir que continuara perturbando a los otros alumnos.

Mientras escuchaba lo que el director me decía, me alegraba de que no supiese qué era lo que le había ocurrido a aquella muchacha.

En cuanto a los hombres que habíamos llevado a la comisaría, cogidos en Elizovo, fueron metidos en celdas, y Nikiforov nos dijo:

—Muchachos, id a tomaros unas copas y descansad. Yo me encargo de esta cuadrilla, y dadme después vuestros informes.

Los informes, orales o escritos, que teníamos que hacer después de cada trabajo eran enviados al *Gorkom* y desde aquí a Moscú. El Partido seguía de cerca nuestras actividades y, con frecuencia, nos escribían cartas de felicitación por nuestro trabajo.

Mientras que estábamos en la comisaría, esperando para darle nuestros informes a Nikiforov, Anatoly me dijo:

—Oye, Sergei, cuando estábamos allí me daba la impresión de que te estabas tomando unas vacaciones. ¿Por qué no te empleaste a fondo?

—¡Escúchame bien! —le grité desde el otro extremo de la sala—. No te pases, amigo, o te someteré al «tratamiento de Elizovo».

Todos nos echamos a reír. Desde aquel momento, el «tratamiento de Elizovo» significaría el sistema de tomar puñados de arena y de suciedad y llenarle con ella la boca a los creyentes. Y ya, desde aquella incursión, cuando algunos empezaban a discutir y pelearse, les decíamos: «¡Cuidado, no vayáis a seguir el tratamiento de Elizovo!».

Ya por la tarde dije a algunos de mis muchachos algo que no quería que oyese Anatoly Litovchenko. Me había

llamado la atención que tuviese el mismo apellido que el jefe de los creyentes, Vasily Litovchenko. Casi en ese mismo momento entró Nikiforov y nos callamos, esperando que él hablase.

—Bueno, hijos míos —comenzó.

«Hijos míos», me dije. «Hace mucho tiempo que no emplea esos términos».

Se veía que estaba encantado.

—Deseo felicitaros. Muchachos, estáis aprendiendo cómo se hacen las cosas.

Nunca lo habíamos visto tan radiante. Se detuvo un momento y después preguntó:

—A propósito, ¿qué ha pasado con el pastor Vasily Litovchenko?

Ya sabía yo que nos iba a preguntar y había preparado a mis hombres. Les hice una seña con la cabeza, y todos respondimos a coro:

—Litovchenko ha matado a Litovchenko.

Queríamos decir, por supuesto, que Anatoly Litovchenko había matado al pastor clandestino, Vasily Litovchenko. Pero también dejábamos entender que el pastor se había suicidado. Nikiforov captó la broma y se puso a reír con nosotros. Estábamos todos entusiasmados. De repente, se puso serio y nos apremió con dureza:

—Bien, Kourdakov, ahora quiero saber qué le ha pasado a Litovchenko.

Sonreí y le dije:

—Lo acabamos de decir, capitán. Litovchenko ha matado a Litovchenko.

Y todo el mundo se puso a reír otra vez. Nikiforov acabó por sonreír paternalmente.

—Me parece, muchachos, que no voy a conseguir de vosotros mayor información esta tarde. Kourdakov, haz

salir a estos hombres y andad a tomaros unas copas. Mañana ven a contarme lo que ha pasado.

Nos levantamos de un salto y nos fuimos hacia la puerta, pero Nikiforov nos detuvo y nos dijo:

—Antes de que os vayáis quiero deciros que estoy verdaderamente orgulloso de vosotros. Habéis realizado un trabajo estupendo y les habéis dado a esos creyentes una lección que no olvidarán. Empezáis a saber de verdad cómo comportaros, hijos míos.

Era la segunda vez que empleaba esa expresión durante aquella tarde. Me pregunté qué sería lo que quería decir. ¿Quizá estábamos definitivamente cayéndole en gracia a Nikiforov? ¿Sería posible que nuestro «Niki Iceberg» estuviese empezando a fundirse?

Al día siguiente, cuando me presenté ante Nikiforov, me preguntó:

—Kourdakov, ¿sigues manteniendo la versión de que Litovchenko ha matado a Litovchenko, o no era más que una broma?

Durante la noche yo había recuperado mi serenidad y le respondí muy serio:

—A decir verdad, capitán, no estoy muy seguro. Reinaba allí tal confusión, había tanta gente gritando, clamando, rezando y armando toda clase de escándalo, que no sé lo que verdaderamente pasó.

—Bien —me dijo—, tengo noticias para ti. Unos aldeanos de un pueblo situado a unas millas de Elizovo han encontrado esta mañana el cuerpo de Vasily Litovchenko enredado en unos arbustos de la orilla del río. Han avisado a la policía local y están trayendo el cuerpo aquí, para que se le haga la autopsia.

Me encogí de hombros, pensando: «Entonces, no hay ningún problema». La víspera había observado que Nikiforov estaba satisfecho de haber quitado de en medio al

pastor. Incluso había estado bromeando con nosotros a ese propósito.

Pero, poniéndose muy serio, continuó:

—Kourdakov, quiero revisar esa operación contigo. Nada tengo que reprocharos por lo que ha pasado, salvo una cosa: la forma en que paseasteis a esas chicas desnudas a la vista de todo el mundo. Haced lo que os dé la gana a esas mujeres y a los otros creyentes sin que nadie os vea, pero no pongáis jamás en ridículo de esa manera a la policía.

—Sí, señor —le respondí.

No obstante, me chocó que Nikiforov no hubiese hecho ningún comentario acerca de la muerte de un hombre; tampoco nos criticó el que hubiéramos maltratado a las muchachas.

Al otro día, yo estaba en la comisaría, cuando llegó el informe de la autopsia. Según este, el pastor Litovchenko había muerto a causa de un tremendo golpe en la cabeza, que le había hundido el cráneo y le había producido la muerte instantánea por una hemorragia interna.

Era la primera vez que habíamos matado a una persona. Cuando me puse a pensarlo, empecé a sentirme mal.

—Escucha, Kourdakov —me dijo Nikiforov, dándose cuenta de mis sentimientos—, tú y tus muchachos habéis hecho un trabajo notable en Elizovo. No te lamente de eso. No olvides que se trata de enemigos del Estado. Son peligrosos y quieren destruir a toda costa nuestro modo de vivir, por eso tienen que ser aniquilados. Además, ya habíamos detenido antes a ese hombre. Se lo habíamos advertido, le habíamos dado una lección, pero nos desafió y volvió a emprender su trabajo con los creyentes. Kourdakov, ese hombre no era un inocente. No lo olvides jamás.

Esas palabras hicieron que me sintiera mejor. Sin dada Nikiforov tenía razón. Sin embargo, cuando vi el cuerpo

de Vasily Litovchenko, que había sido un hombre tan insignificante, no me pareció que hubiese sido un enemigo tan terrible. Más tarde me enteré de que era un hombre de gran carácter y de una profunda espiritualidad. Había padecido mucho por su fe. Era valiente y no se dejaba intimidar por nada ni por nadie.

—Kourdakov —prosiguió Nikiforov—, la gente de esa comarca nos han informado de que un hombre ha sido encontrado muerto; tu grupo es el responsable, puesto que sois los que habéis hecho esa incursión.

—¿Está su mujer al corriente de su muerte?

—Sí, lo está. Y tienes que ir a decirle lo que pasó.

—¡Decirle lo que pasó!

—Nuestra versión, desde luego —dijo sonriendo.

Esto no me lo esperaba. Reaccioné, no obstante dócilmente.

—Sí, señor. ¿Dónde la puedo encontrar?

—En el hospital.

—¿En el hospital? ¿No estaba con ellos cuando los atacamos?

—No. Pero al parecer es una mujer muy emotiva y el choque de la muerte de su marido ha sido demasiado para ella. La han llevado urgentemente al hospital Kempí, cercano al barrio del puerto. Quiero que vayas a verla.

—¿Pero qué le voy a decir?

—Inventa una historia verosímil, que pueda explicar la herida de la cabeza.

«¿Por qué tenemos que dar explicaciones?», me pregunté. No veía que a nadie le tuviese que importar lo que había sucedido. Aquello era asunto de la policía, y si le habían machacado la cabeza era culpa suya. Ya se lo habían advertido, pero no quiso hacer caso. Pero las órdenes eran órdenes y tenía que ir. Salí de la comisaría y me dirigí al hospital Kempí.

Cuando llegué y pregunté por la señora Litovchenko, me condujeron a la gran sala donde yacía en una cama, la cuarta a la derecha, cerca de una ventana. Daba pena verla.

La enfermera me informó de que se había quedado paralítica desde la cintura para abajo; estaba inconsciente en aquel momento y bajo el efecto de los sedantes. Mirándola, pensé que debía de haber sido muy guapa. Tendría unos treinta y cinco años, era delgada, los cabellos negros y los rasgos bellos y nobles. Pero ahora estaba paralítica y era probable que no pudiese volver a andar. La muerte de su marido la había destruido. Mi primer pensamiento cuando la vi fue: «¡Qué lástima! Que una mujer tan guapa se encuentre en esta situación».

No es que sintiera verdadera pena por ella; sencillamente, que era mala suerte. Sentía por ella la misma simpatía que hubiera sentido por cualquier otra persona que se encontrase en la misma situación. Pero no lamentaba en absoluto la muerte de su marido. Al fin y al cabo, los enemigos del Estado no pueden pretender que los miembros de su familia estén libres de las tribulaciones.

La enfermera despertó a la señora Litovchenko, que me miró a través de sus párpados pesados. Estaba confusa y su mirada era de desconcierto. Por un momento, me dio lástima y se me encogió el corazón, pero me rehice y me acerqué a ella; con tono seco y oficial le dije:

—Señora Litovchenko, pertenezco a la policía de Petropavlovsk. Soy el jefe del grupo de operaciones que detuvo a su marido y a los demás de Elizovo.

Busqué en ella alguna señal de reacción, algún gesto de respuesta. Creí que manifestaría su cólera al verme y saber que yo era uno de los responsables de la muerte de su marido. Pero estaba sumida en una especie de sopor y parecía no comprender mis palabras. Nikiforov no me había dicho

que tenía que hacerle comprender. Solo me había encargado que se lo dijera. Si no lo entendía, no era culpa mía.

Continué diciéndole:

—Estoy aquí para explicarle a usted oficialmente las causas de la muerte de su marido.

Mientras le hablaba, yo seguía buscando una reacción. Pero no la había en absoluto. Me pregunté si no habría perdido la cabeza, igual que se había quedado paralítica. Los únicos signos de vida que daba eran unos gemidos que parecían arrancar de lo más profundo de su alma.

Le conté que, cuando íbamos a detenerle, su marido había intentado huir saltando a un lugar poco profundo del río y que se había roto la cabeza contra una roca. Me pareció que me miraba fijamente a los ojos, pero que no me veía. Su mirada vacía e insensible estaba llena de una tristeza insondable.

Le expliqué que si su marido hubiera obedecido las órdenes de mi gente y no hubiera intentado escapar, estaría aún vivo. Entonces, la pobre mujer trató de decir algo, pero con un esfuerzo enorme. Nada de lo que decía era lo bastante claro como para entenderlo. Por último, lanzó un quejido y se desmayó sobre la almohada.

«Bueno, es inútil perder más tiempo aquí», pensé. Ya le había dicho lo que vine a decirle.

A punto de marcharme, me volvió a mirar a los ojos. Descubrí en los suyos una expresión que me causó un escalofrío. Jamás olvidaré la última mirada que iluminó el rostro de la señora Litovchenko. Era como si un grito profundamente clavado en ella luchase por salir fuera, o como si un largo gemido de agonía intentase inútilmente escapar de sus labios. Esos ojos extraviados me persiguieron durante muchos días.

Salí fuera, al sol deslumbrante de Petropavlovsk y, con el ruido del mar a mis espaldas, caminé despacio hacia la comisaría. Cuando llegué, Nikiforov me dijo:

—Kourdakov, no pienses más en eso. Trabajas para el Estado. Esos que sufren son los peores enemigos y criminales. No lo olvides.

No obstante, me costó mucho tiempo olvidar.

Algún tiempo después me enteré de que el pastor Litovchenko tenía dos hijos: una hija que había muerto de una enfermedad y un hijo de dieciocho años que estaba haciendo el servicio militar. Le tuvimos que escribir para informarle oficialmente de la muerte de su padre.

Tres días más tarde recibimos orden de ir a la casa del pastor Litovchenko para ver si en ella había literatura ilegal. Nikiforov nos dio órdenes tajantes.

—Saquead la casa. Haced todo lo que os parezca que tengáis que hacer. Encontrad esa literatura.

Cuatro de nosotros fuimos a la casa situada en el centro de Petropavlovsk. Se trataba de un viejo barracón desartelado. Resultaba evidente a simple vista que el pastor Litovchenko no había vivido holgadamente. Los muebles eran miserables y pobres.

Revolvimos la casa de arriba abajo y nuestros esfuerzos fueron recompensados. Encontramos libros de himnos escritos a mano, una Biblia nueva, que había entrado de contrabando, y otra Biblia: muy vieja, gastada y rota.

Cuando entregamos esta literatura a Nikiforov, no pudo contener su alegría.

—¡Estupendo! ¡Estupendo! —exclamó—. Podemos enviar esto a Moscú, para que vean que hemos estado ocupados haciendo una buena tarea.

Ya más tarde, por la noche, estuve pensando en la casa de Litovchenko. El marido ya no volvería y no habría una esposa esperándole... Corté en seco esos pensamientos y

me dije: «Sergei, te estás ablandando. Recuerda que son enemigos de la peor ralea. Tienes que repetirte esto muchas veces, para no olvidarlo».

Cinco días después de lo de Elizovo, recibimos orden de llevar a cabo otro ataque contra un grupo de creyentes reunidos en una iglesia clandestina. También en esta ocasión les dimos a los creyentes motivos para que no olvidaran. Detuvimos a sus jefes. Algunos fueron enviados a campos de trabajo en Siberia, principalmente a Magadan, en el interior.

Un día después de esta incursión, Nikiforov me dijo:

—Sergei, tú y tu equipo habéis superado cuanto yo esperaba de vosotros. No podría desear otro equipo mejor.

Presentí que algo más venía a continuación; quizá me iba a proponer una mayor responsabilidad en la policía. Empecé a repasar mentalmente todas las cosas que yo estaba haciendo: mis deberes como jefe de la Liga de la Juventud Comunista; la organización, conferencias, distribución de trabajo a las brigadas de voluntarios; la vigilancia de la pureza doctrinal de mil doscientos futuros oficiales soviéticos. Además, las actividades normales en la división de radio de la Academia naval, mis estudios de ingeniero de radio para ingresar en la marina soviética. También participaba en los deportes de la Academia y practicaba el atletismo. Por aquella época fui campeón de judo de la provincia de Kamchatka. Por si fuera poco, cuando teníamos tiempo, unos cuantos amigos hacíamos marchas y carreras.

Estaba en buenas relaciones tanto con Nikiforov como con mis amigos de equipo policial. Estos me temían un poco, por mi condición de jefe de la Liga de jóvenes comunistas, pues yo tenía el deber de informar sobre todos los cadetes. Un día, Yuri Berestennikov se emborrachó y me dijo:

—Sergei, te tienes creído que eres un tipo estupendo, ¿no?

Pensé: «¡Vaya!, Yuri ha bebido demasiado».

—He oído decir que te tomas por un personaje importante —prosiguió—. Eres el jefazo de la Liga y lo único que haces es espiar a los demás.

—¡Corta, Yuri! —le advertí.

—Miradlo —prosiguió Yuri—. Se figura que puede darnos órdenes también aquí.

Me di cuenta de que, con su media borrachera, Yuri intentaba ponerme a prueba. Decidí entrarle de frente.

—Yuri —le dije—, si crees que eres mejor que yo, vamos a verlo cuando quieras.

—De acuerdo, ahora mismo.

Salimos. Yuri era bastante más alto que yo, pero mi entrenamiento de judo me daba una gran ventaja sobre él. Al poco rato estaba en el suelo derrotado.

—No vuelvas a decir eso otra vez, Yuri —le recomendé.

Tomó buena nota. Y los demás también. A partir de ese momento ya nadie puso en tela de juicio mi autoridad.

Después de aquel incidente, volví a centrarme en mis obligaciones militares. Entre las actividades más importantes había dos recepciones públicas. Todos los habitantes de Petropavlovsk habían sido invitados a la base naval, para que pudieran ver de cerca la vida que allí llevábamos. El acto principal era un baile al que asistían las jóvenes de la ciudad. Tenía que asegurarme de que no habría licores; así es que situé a dos de mis hombres a la entrada para que cuidaran de que las chicas no llevasen licores en el bolso.

El vodka es la plaga de la URSS. Lo hay en todas partes. A nosotros los cadetes se nos pagaban siete rublos al final de cada mes y, en cuanto cobrábamos, nos dirigíamos a la ciudad, donde nos gastábamos el dinero en dos botellas de vodka. Con una botella en el bolsillo, los cadetes se echaban a la calle en busca de chicas. No tenían más que abrir la chaqueta y enseñarles el vodka para conquistarlas y

hacer de ellas lo que quisieran. Nuestra lucha contra el vodka entre los cadetes era continua. Lo más irónico de todo era que nosotros, los responsables de controlar el consumo de alcohol, que estaba oficialmente prohibido, éramos los que menos caso hacíamos de esa prohibición.

Después de cada una de las recepciones y del baile, hacíamos una ronda de inspección para comprobar que nadie se había quedado ilegalmente en la base. Al abrir la puerta de la sala destinada a las mujeres, no pudimos ver el suelo, por la cantidad de botellas vacías de vodka que allí había. Tuve que ordenar que al día siguiente viniera un camión militar, que colocaron bajo la ventana de aquel cuarto, y unos cadetes arrojaron las botellas desde allí directamente al camión.

El Partido consideraba el vodka como la principal causa de la baja producción industrial. Los sábados por la noche en Petropavlosk y en otras ciudades es corriente ver borrachos dando tumbos por la calle y tirados en el arroyo.

Nosotros, que formábamos el equipo de operaciones especiales, estábamos quizá mejor situados que nadie para conocer los efectos nefastos del vodka, sobre todo entre los jóvenes. La mayoría de las peleas, las heridas de arma blanca, los disparos, tenían su origen en la bebida. Sin embargo, nosotros, que estábamos al corriente de todo esto, bebíamos bien, en especial antes de una acción contra los creyentes. Lo único que nos frenaba en los excesos era la consideración de que nos perjudicaba para el deporte. Para ser buenos atletas y conservarnos en forma, teníamos que controlar nuestra bebida. Solo nos preocupaban razones prácticas.

La enorme cantidad de consignas que nos llegaban de Moscú, para mantenernos alertas ante el problema del alcoholismo, me hizo comprender la gran amenaza que era para la juventud de la Unión Soviética. Era el problema número uno de la juventud.

CAPÍTULO XIV

«¡APODERAOS DE LA LITERATURA!»

Mientras estaba una tarde estudiando en la Academia, recibí la orden de que me presentara a las nueve de la noche en comisaría con un pequeño grupo de mis hombres. Avisé rápidamente a siete muchachos para que me acompañaran y, cuando llegamos a la comisaría, entramos directamente en la sala de atrás, para recibir las consignas de Nikiforov. Allí había, como siempre, vodka, pero esta vez Nikiforov había dejado también caviar. Me pregunté dónde conseguiría aquella costosa mercancía. Me propuse preguntárselo algún día.

Nikiforov dijo a los muchachos que se pusieran cómodos y a mí me pidió que le acompañara a su despacho. Muy seriamente me explicó cuáles eran las consignas para la acción de aquella noche.

—Esta incursión de hoy es muy importante para nosotros. Nos han dicho que un grupo de creyentes se van a reunir a las diez. Poseen una Biblia, una Biblia nueva, y literatura manuscrita. Necesitamos esa literatura como prueba contra ellos. Apoderaos de ella. La enviaremos a Moscú.

—¿Enviamos todo ese material allí? —pregunté.

—No, solo lo impreso. No quieren esos papelotes escritos a mano.

—¿Y con eso qué hacemos?

—Ven, que te lo voy a enseñar. Te tienes que encargar de destruirlo.

Bajamos unas escaleras oscuras y entramos en el «cuarto frío», un sótano sin calefacción que tenía una temperatura frígida incluso en verano. Allí era donde metíamos a los borrachos hasta que se les pasaba la borrachera. Habían instalado una pequeña estufa de leña para que los guardianes tuvieran un poco de calor; el resto de la habitación estaba como el hielo. Nikiforov me señaló un cajón lleno de viejos periódicos y de leña.

—Cuando volváis no tenéis más que echar los papelotes aquí. Les sacaremos buen partido, los guardianes los utilizarán para calentarse.

Se rió su propio chiste.

Cuando éramos llamados anticipadamente para llevar a cabo una incursión, estábamos seguros de que un espía había actuado desde dentro en una iglesia clandestina. La red de información concebida y dirigida por Nikiforov era muy eficaz. Yo me preguntaba qué motivo era el que alentaba a esos espías. Sabía que no eran razones de orden ideológico. No lo hacían porque fueran comunistas. Trabajaban por dinero, como nosotros. «Un rublo puede hacer cambiar un corazón», se dice, y había muchos más rublos en danza alrededor de este trabajo de los que nunca habríamos podido soñar. Los espías introducidos entre los creyentes estaban muy bien pagados. Ganaban incluso más que nosotros. Y por buenas razones. Con frecuencia recibían las mismas palizas que los creyentes y, si por mala suerte un espía era apresado entre ellos cuando hacíamos una incursión, era vapuleado tan severamente como los demás. No llevaban ningún distintivo por el que pudieran

mos conocerlos. Por eso es por lo que se les pagaba más. Sin los espías podríamos hacer muy poco.

Yo tenía entendido que los espías no conseguían llegar a los altos puestos de las iglesias clandestinas. La mayor información que nos podían dar era dónde y cuándo una de las iglesias clandestinas se iba a reunir. Para nuestro propósito no necesitábamos saber más. El resto corría de nuestra cuenta.

A eso de las nueve y diez, Nikiforov me llamó a su despacho para estudiar el plano de calles.

—¿Dónde tendrá lugar esta noche? —le pregunté.

El sitio que me indicó estaba a unos diez o quince minutos.

—¿Cuántos cree usted que habrá?

—Según nuestras informaciones —respondió— habrá entre diez y quince.

Siete hombres eran suficientes para encargarse de ellos.

Estudí el plano y tracé el itinerario. No eran más que las nueve y cuarto; teníamos tiempo más que de sobra. Nuestra táctica consistía en no interrumpir una reunión antes de veinte o treinta minutos después de empezada, porque así los creyentes se habían confiado. Normalmente, pensaban que si transcurría ese tiempo ya no corrían peligro.

A mis hombres les advertí:

—No nos pondremos en camino hasta las nueve y cuarenta y cinco.

Algunos de ellos pusieron los pies sobre la mesa y se sirvieron vodka, que bebieron mientras charlaban. El caviar había desaparecido rápidamente. Los cadetes no toman con frecuencia esa clase de alimento. Víctor leía un libro de judo, lo cual nos hizo gracia a todos, pues él era quien podía escribir un libro sobre judo. Era campeón de toda la Rusia Oriental.

De pronto, abandonó el libro, se puso en pie de un salto y empezó a ensayar llaves de judo y golpes de kárate.

—Voy a ensayar este nuevo golpe de kárate esta noche —explicó—. Creo que va a resultar muy eficaz.

—¡Oye!, ¿has probado alguna vez este, Víctor?

Le hice una demostración de un golpe que se podía dar con la mano abierta en la garganta, justo encima de la nuez.

—Si quieres quitar de en medio a alguien rápidamente, esto es lo que tienes que hacer.

Los demás nos miraban divertidos.

Vladimir Zelenov y Anatoly Litovchenko, nuestros dos campeones de boxeo, empezaron también a enredar. Vladimir era campeón de Kamchatka y siempre estaba compitiendo con Anatoly, que era campeón de Siberia.

—¡Eh, hermanito! —le provocaba—, fíjate bien esta noche, que te voy a enseñar un par de cosas. Te mostraré un puñetazo que te va a producir un escalofrío en la columna vertebral.

Anatoly se limitó a reírse:

—Cuando termines con tus juegos de niño, mírame y verás el puñetazo que me hizo campeón de Siberia.

Todos soltamos la carcajada. Aquello se estaba animando. El vodka corría, nosotros continuamos nuestras bromas y estábamos preparados para exhibir nuestros talentos con aquellos creyentes que no se lo esperaban y que ya estaban reunidos en aquella casita al otro extremo de la ciudad, estudiando su preciosa literatura.

Miré el reloj y dije:

—Ya está bien, muchachos. Basta de bromas y de alardes. Vamos a ver si sois hombres de acción o simplemente fanfarrones.

Pronto estuvimos en camino por las calles oscuras de Petropvlovsk. Cuando dejamos el centro de la ciudad, el

camión se metió por calles que eran más bien pistas llenas de barro, formado por las lluvias frecuentes de Kamchatka. Seguimos despacio, tratando de localizar el nombre de la calle que buscábamos.

—Más lento, Víctor. Tiene que estar por aquí... Aquí está —dije, viendo el letrero—. La casa tiene que estar en el tercer bloque. Vamos, conduce despacio y sin ruido.

Víctor disminuyó la marcha y condujo el camión por el camino embarrado; mientras, yo intentaba descubrir la casa en cuestión. Por detrás de las casa veíamos las siluetas oscuras de las montañas características de aquella región de Siberia.

—Ahí está —dije en voz baja.

Se trataba de una pequeña cabaña de madera típica del lugar.

—Para aquí, Víctor. Haremos el resto del camino andando.

Bajamos del camión y me dirigí hacia la casa; mis hombres me seguían.

—¡Vosotros! —ordené, señalando a Alex Gylyaef y a Yuri—: vigilad la puerta de entrada y la ventana. Que nadie salga.

Alex empezó a protestar.

—Ya sé, Alex, ya sé lo que vas a decir. Pero tenéis que vigilar esta salida. Cuando empiece la fiesta podéis entrar y tomar parte en la refriega.

Yuri continuó protestando, como de costumbre, pero obedeció.

La puerta de la casa estaba cerrada con llave. Las luces estaban apagadas, salvo las de la parte posterior. La noche era negra y sin luna. Nos dirigimos en silencio a la parte de atrás, donde había sido añadida una habitación aproximadamente de la mitad de tamaño que la casita, con el techo

inclinado y una puerta de acceso. La luz estaba encendida. ¡Allí estaban!

Cuando nos deslizamos hacia la parte trasera, alguien derribó un objeto. Era un cubo de zinc. Al instante se oyeron en el interior voces asustadas. Muchas personas comenzaron a correr de un lado para otro.

Ya era inútil que nosotros guardásemos silencio. Sabían que estábamos allí.

—¡Vamos! —grité—. ¡Rápido!

Nos precipitamos hacia la puerta trasera, que también estaba cerrada con llave. Pero como no parecía muy sólida, les dije a los otros que se echaran para atrás. Tomé impulso retrocediendo tres o cuatro metros y arremetí con el hombro contra ella, esperando que cedería. Pero sentí un agudo dolor, reboté y me encontré sentado en el barro. Esto me sacó de mis casillas.

—¡Esto es lo que nos hacia falta! —dijo alguien, señalando un grueso madero. Lo tomaron y lo llevaron ante la puerta, para utilizarlo como ariete.

—¡Derribad la puerta! —grité, fuera de mí.

Se pusieron a golpear contra la puerta con el ariete. La puerta era sólida. Por fin la cerradura saltó. En esos momentos estábamos verdaderamente furiosos, sobre todo yo. En el interior, a la luz de unos quinqués de petróleo, bullían unas diez personas. Entramos como bólidos, lanzando imprecaciones y arrojando a los creyentes por el suelo.

Vi a un hombre de pie en un rincón. Tenía una Biblia en la mano y miraba a su alrededor con el terror reflejado en la cara, buscando un sitio donde esconderla. Me lancé contra él y traté de arrancarle el libro de las manos, pero no lo soltó. Dando un fuerte tirón me quedé con la Biblia. Doblemente enfurecido, porque me dolía el hombro que me había aplastado contra la puerta, comencé a arrancar

las páginas de la Biblia y a arrojarlas al suelo. El hombre, que debía de tener unos sesenta y cinco años, levantó la vista y exclamó, suplicante:

—¡No lo hagáis. Por favor, no lo hagáis. Os lo suplico!

Tenía la boca abierta suplicándome y yo, dando media vuelta, aplasté mi puño contra su rostro. Le di en la nariz y en los dientes superiores. Empezó a brotarle sangre. Se puso en pie trabajosamente y me arrebató la Biblia.

«¿Qué hace este estúpido?», pensé. Se preocupa más de su libro que de su rostro. Se lo volví a quitar y le volví a pegar en la cara. Esta vez se tambaleó y se estrelló contra el suelo, sin conocimiento. Ya no nos causaría más molestias. Yo tenía la mano llena de sangre de aquel imbécil.

Di media vuelta en el mismo momento en que uno de los creyentes estaba escondiendo unos libros debajo de una mesa cubierta con un gran mantel que llegaba hasta el suelo. Mientras pasaba como una tromba al lado de Víctor y de Vladimir, para recuperar esos libros, observé cómo este asestaba un puñetazo a un joven de unos veinticinco años.

El impacto le hizo volar a través de la habitación y aplastarse contra la pared. Cayó al suelo sin sentido.

Los otros muchachos no perdían el tiempo en absoluto. Víctor agarró a un hombre de cierta edad y lo lanzó volando como si se tratara de un pelele. La cabeza le dio contra una cómoda y empezó a sangrar. En esos momentos un gran caos reinaba en la habitación y todo estaba salpicado de sangre.

Necesitaba a toda costa los libros que había bajo la mesa. Habíamos recibido la orden de llevárselos a Nikiforov. Anatoly empuñó al hombre que los había ocultado, lo tomó del cuello, le volvió la cabeza y le lanzó un golpe formidable en mitad de la cara, que debió de romperle la mandíbula en mil pedazos. Cayó sin dar un grito.

Apenas habíamos comenzado cuando todo acabó. No quedaba nadie de pie. Los hombres no eran más que montones ensangrentados y el anciano que yo había golpeado estaba tendido a todo lo largo con la cara en un charco de sangre. Tres mujeres ancianas sollozaban apretujadas en un rincón.

—Recoged todas las Biblias y la literatura —ordené con tono seco a mis hombres.

Después me puse a cuatro patas debajo de la mesa, para sacar lo que allí hubieran escondido.

En ese preciso momento Alex y Yuri abandonaron su puesto de guardia y entraron corriendo en el cuarto. Estaban furiosos porque se habían perdido la acción. Yuri percibió mi trasero que sobresalía por debajo del mantel que cubría la mesa. Suponiendo que se trataba de un creyente que intentaba disimularse, atravesó la habitación de un salto y, levantando la cachiporra, antes de que nadie pudiera detenerlo, me atizó un golpe tremendo.

Me pareció que la casa se me caía encima. Me puse a dar alaridos de dolor. Era increíble. Vi cien mil estrellas, sentí como si el fuego me recorriera la espalda y me desplomé. Los otros le gritaron a Yuri, pero ya era demasiado tarde. Apartó violentamente la mesa y vio a quién le había pegado.

—Sergei, lo siento mucho —exclamó—. Te he tomado por uno de los creyentes que se quería esconder.

Me dolía tantísimo que no podía ni hablar. Quedé allí tendido, gimiendo de dolor y maldiciendo en voz baja.

Entre Yuri y Gulyaev me levantaron. La parte inferior de la columna vertebral me dolía tanto que a duras penas conseguía mover las piernas. Jamás había sentido un dolor tan espantoso. Yuri no hacía más que descomponerse en excusas, hasta tal punto que acabé gritándole:

—¡Cierra la boca! ¡Y quítate de mi vista!

De los cuatro creyentes que nos habían ordenado llevar a la comisaría, dos estaban aún sin sentido. Mis hombres los llevaron a rastras por el barro y los arrojaron en el camión. Se hallaban en un estado lamentable. Yo estaba doblado por la mitad y andaba arrastrando los pies como un viejo, hasta que dos de los chicos me ayudaron.

—¿Habéis recogido la literatura? —pregunté a Víctor.

—No te preocupes, Sergei, lo hemos recogido todo. Lo llevamos ahí detrás —dijo Víctor, señalando una caja atestada de papeles.

Partimos hacia la comisaría. Por aquellas pistas cada bache me causaba dolores inimaginables. Cuando llegamos y entregamos a los prisioneros, me puse a darme unos paseos para tratar de relajar la espalda. Aún me dolía mucho. Lamenté amargamente haber visto a aquel individuo que trataba de ocultar los libros bajo la mesa. Pero verdaderamente no podía hacerle ningún reproche a Yuri, porque sí que le debí de parecer un creyente tratando de huir.

Cuando me sentí un poco mejor, entré en la oficina. Mis hombres estaban trayendo las Biblias y la demás literatura, colocándola apilada encima de la mesa de Nikiforov. Este miraba nervioso cómo la pila iba aumentando.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! Estas —dijo señalando las Biblias impresas— serán regalos espléndidos para el Partido de Moscú. Estabas buscando estas dos —me dijo— cuando sufriste el «accidente» —y se echó a reír.

El jefe del grupo, aquel al que yo había roto la cara dos veces, estaba sentado en el banco con la cabeza entre las manos. Le faltaban los incisivos superiores y tenía la delantera de la camisa cubierta de sangre.

—Me parece que le vendría bien una ducha —comentó Nikiforov.

Los muchachos lanzaron una risotada y lo llevaron al sótano. Lo empujaron bajo la ducha y abrieron el grifo del agua fría, la que servía para despabilar a los borrachos.

Mientras tanto, en la primera planta, Nikiforov nos estaba felicitando, y yo no paraba de fricciónarme la espalda.

—Muy bien —manifestó—. Mirad todo lo que hemos cogido. Es un verdadero botín. Hay gran cantidad de literatura manuscrita.

Extendió todo sobre la mesa. Había un par de Biblias, una de ellas era de tamaño bolsillo y estaba nueva, la otra estaba tremendamente usada.

—Enviaré estas a Moscú —nos dijo Nikiforov.

Después echó un vistazo a la otra pila de literatura. Entre esos escritos había un cuaderno de ejercicios escolares de niño en el que se habían escrito unos cuantos versículos de la Biblia, también había un libro de notas con algunos himnos copiados a mano, y diversas hojas sueltas igualmente con versículos de la Biblia.

Nikiforov ordenó gritando a un par de hombres:

—Llevad esa basura abajo y metedla en el cajón. Que al menos sirva para calentar a los guardias —después se dirigió a los demás—: ¿Por qué no vais a comer al restaurante? —les dijo.

Salimos, pues, a comer y a beber. La espalda seguía doliéndome, pero con el ruido del bar lo olvidé pronto. Cuando empecé a comer, me di cuenta de que aún tenía las manos manchadas de sangre de aquel creyente. «Bueno, ya me lavaré más tarde».

Las incursiones se sucedieron con intervalos muy cortos. Con frecuencia éramos llamados dos o tres veces cada semana. Los creyentes se iban haciendo más activos. Después de alguna de esas incursiones había mucho papeleo que tramitar. Tenía que enviar a alguien al lugar de trabajo

de los creyentes, para pedir informes a sus colegas, con el fin de confeccionar un expediente personal detallado, que contuviese todos los datos sobre la vida de cada uno. Todos estos informes eran remitidos al centro anti-religioso de Moscú. El expediente completo de cada creyente era introducido en un ordenador, para poder disponer más fácilmente de cualquier dato que se necesitara.

Desde Moscú mandaban a nuestro centro local copia, hecha por ordenador, de los expedientes que allí tenían. De esta manera, en el cuartel general local de la policía poseíamos permanentemente información sobre todos los creyentes de cada distrito. Por nuestra parte, enviábamos al puesto de policía una ficha de tres pulgadas por cinco, en la cual figuraba, aparte de la foto del creyente, la fecha de nacimiento y todos los demás datos que le concernían. Esas fichas se clasificaban en un fichero especial. En cualquier momento el Partido podía así decidir que un creyente fuera detenido y quitado de la circulación rápidamente.

CAPÍTULO XV

ES USTED NUESTRO HOMBRE «NÚMERO UNO»

En mi tiempo libre iba a veces con mis amigos a hacer alguna excursión o a subir algún monte de Kamchatka, con objeto de tomarme un descanso en mis estudios y en mis grandes responsabilidades de la Liga de Jóvenes. Nuestra condición de militares nos permitía visitar algunos lugares de Kamchatka que estaban prohibidos para los civiles. Con ocasión de esas salidas, mis amigos y yo hicimos algunos descubrimientos que nos dejaron perplejos. Vimos no menos de treinta cárceles y campos de concentración camuflados en las montañas y en los valles. Pero nuestro asombro eran tanto mayor cuanto que aquellos campos eran nuevos... y estaban vacíos.

Era frecuente que, al superar la cima de una altura, descubriéramos un nuevo complejo penitencial rodeado de alambre de espino. Todos esos establecimientos estaban completamente equipados, incluso estaban previstas las viviendas de los guardianes. Había un personal encargado del mantenimiento de los edificios y de vigilarlos. Nada faltaba en aquellos campos: guardias, equipamiento, perros... había de todo, menos prisioneros.

Me quedé intrigado, pensando en a quienes estarían destinados. Se lo pregunté a Nikiforov y me respondió:

—Tenemos enemigos en esta región, ya sabes, y cuando llegue el momento, hemos de estar preparados. Si se produce el más ligero disturbio, encontraremos quienes vayan a ocupar esos lugares.

Nos echamos a reír como si aquello fuera un chiste. Pero no lo era. Se habían formado grandes archivos, como los de los creyentes, para identificar a personas que serían detenidas al primer síntoma de agitación. No había más que esperar las órdenes de Moscú. Los campos de prisioneros estaban listos y esperando, ocultos entre las montañas. Me sentí verdaderamente orgulloso. ¡Nuestro Partido estaba vigilante!

Nikiforov nos mostró un boletín confidencial de la policía, que le habían enviado del centro anti-religioso de Moscú, en el cual se detallaban las instrucciones acerca de cómo había que tratar a los creyentes en la Unión Soviética. Este documento hablaba de una campaña anti-religiosa de gran envergadura, a la que se deseaba dar un considerable impulso, de forma que pudiese llegar a toda ciudad, a todo pueblo, a toda aldea de los diez mil kilómetros de territorio de la Unión Soviética, entre Leningrado y las regiones más alejadas del Extremo Oriente soviético. Las personas especialmente formadas para este trabajo debían utilizar películas, folletos, cintas magnetofónicas, conferencias, grabaciones, piezas de teatro, exposiciones y cualquier otro tipo de propaganda para extender el ateísmo y combatir la fe religiosa.

Cuando estudié esos documentos y cambié impresiones con Nikiforov, empecé a caer en la cuenta de la amplitud de la acción llevada a cabo por nuestro Partido para suprimir la amenaza creciente de la religión en nuestro país. Me quedé asombrado.

—Esta campaña debe de contar con una cantidad fantástica de dinero —le comenté a Nikiforov.

—Ya te lo puedes imaginar —me respondió—. Tú sabes lo que solo tu grupo cuesta. Como ya te he dicho, Kourda-kov, tenemos grandes enemigos: los imperialistas americanos y esos enemigos saboteadores aquí, dentro de casa. Deben ser detectados cueste lo que cueste. Los creyentes son peligrosos de manera especial porque están aumentando rápidamente. Solo en Kamchatka tenemos treinta mil. Y esto es una población que suma unos doscientos cincuenta mil habitantes.

—Lo cual significa —dije, después de hacer un breve cálculo mental— que es muy probable que haya millones corrompiendo toda la nación.

—Exactamente. Y el comunismo no triunfará nunca de manera plena hasta que sean cambiadas sus mentes o sean destruidos. Francamente, yo prefiero esto último.

—¿Y qué hacer con los creyentes que tienen derecho a la libertad religiosa? —le pregunté.

—Eso lo dice la Constitución por mera fórmula. Tú y yo somos hombres. Hemos vivido. Conocemos la realidad.

Recordé que oí esos mismos comentarios una vez que presencié un interrogatorio que le hicieron a un creyente.

—¿Por qué nos han traído aquí? —preguntó el creyente.

—Estáis aquí porque ha sido encontrada en vuestro poder literatura antisoviética.

—¿Qué es eso de literatura antisoviética? No eran más que Biblias.

Nikiforov replicó con dureza:

—A eso es a lo que me refiero, imbécil. Esa es la literatura antisoviética.

—Pero —protestó el creyente, que había sido seriamente maltratado— ¿cómo puede la Biblia ser considerada literatura antisoviética? Nuestro Gobierno afirma que él

mismo imprime Biblias en nuestro país, y si el Gobierno imprime Biblias, ¿cómo pueden ser antisoviéticas?

Me entró curiosidad por saber qué iba a responder a esto Nikiforov.

—¡Te equivocas! —vociferó—. ¡Nuestro gobierno no imprimiría jamás Biblias!

—Por supuesto que lo hace. Ya lo ha hecho. Al menos él mismo dice que lo ha hecho.

—¡Cierra la boca! —cortó Nikiforov, gritando encolerizado, y prosiguió su interrogatorio.

Más tarde me enteré de que efectivamente nuestro Gobierno pretendía haber hecho imprimir 10.000 Biblias. Pero esta había sido una declaración de cara al público, para mostrar a la Unión Soviética como favorable a la libertad religiosa. ¿Qué había sido de aquellas Biblias? Me informé de que unas 5.000 se habían enviado a Occidente para venderlas a los extranjeros que hablaban ruso; unas 3.000 fueron enviadas a los países comunistas de Europa Oriental; las restantes 2.000 se entregaron a la organización anti-religiosa de Moscú para su estudio y para la investigación, a fin de perfeccionar la propaganda anti-religiosa. De hecho, ninguna de esas 10.000 Biblias fue a parar a manos de un creyente ruso.

Esa era la razón por la que los creyentes poseían Biblias pasadas de contrabando o escritas a mano.

En cuanto jefe de la Liga de las Juventudes en la Academia naval, había oído mencionar con frecuencia al camarada Orlov, jefe del Partido para toda la provincia. El camarada Orlov llegó al poder como secretario del Partido en la provincia de Kamchatka durante la jefatura de Stalin. Consolidó el control sobre el Partido y era conocido con el sobrenombre de «el pequeño Stalin», no solo porque había llegado al poder bajo Stalin, sino también porque su per-

sonalidad, sus métodos y su estilo de mandar eran parecidos a los de Stalin.

El camarada Orlov estaba situado entre los doscientos mejores jefes de toda la Unión Soviética. Su nombre sonaba continuamente y yo sentía gran respeto y admiración por él. Lo vi por primera vez el 22 de abril de 1970, con motivo de una importante convención del Partido para celebrar el centésimo aniversario del nacimiento del fundador del Partido, Lenin. Yo había sido invitado a esa importante manifestación.

El propósito de esta convención era el de presentar los futuros jefes comunistas a los jefes antiguos. Estaba, pues, orientada en honor de los jefes del mañana. Participé seleccionado para recibir un premio especial por mi trabajo en el seno de la Liga de las Juventudes Comunistas y porque era uno de los nuevos jefes del Partido que prometían. Mi organización de la Liga había sido elegida como la mejor de toda la provincia de Kamchatka. Como cabeza de esa organización, me habían nombrado Joven Comunista Número Uno de la provincia. Me habían reservado un puesto de honor en la presidencia. A mi lado estaban el camarada Orlov y todas las personalidades de las que había oído hablar y a quienes nunca había visto. Detrás del estrado habían colocado una enorme silueta del perfil de Lenin. Estaba un poco nervioso y excitado. Aquel acto era la mayor celebración comunista desde hacía muchos años.

Fui presentado como el jefe de la organización de la Liga de Jóvenes que había ganado, y la televisión transmitió aquel acto en directo. Me dijeron que preparara un discurso de agradecimiento y estuve hablando con entusiasmo durante quince minutos sobre el triunfo del Comunismo. Hice un informe detallado de mi trabajo como joven jefe y tracé las líneas de lo que eran mis planes para el futuro. Nuestro firme propósito era continuar sir-

viendo al Partido y trabajar en el futuro más que lo habíamos hecho en el pasado. Terminé con este compromiso:

—En honor a la memoria del camarada Lenin, me comprometo a que mi organización realice mayores logros por el Comunismo el año próximo. Os prometo —y lo prometo por la memoria sagrada de Lenin— que esto no será más que el comienzo.

Y lo dije muy en serio. Cuando acabé fui calurosamente aplaudido y el camarada Orlov se levantó y me dio un abrazo. Pidió que trajeran la bandera roja que habían enviado especialmente de Moscú y me la presentó ceremoniosamente. Yo la besé y me volví a mi sitio reventando de orgullo; los demás delegados se habían puesto en pie para aplaudir. Para mí fue un momento muy importante. El más alto jefe de la provincia, un hombre que figuraba entre los más destacados de la URSS, aparecía en televisión dándome un abrazo.

Cuando los aplausos cesaron, el camarada Orlov tomó la palabra:

—Jóvenes como estos son un ejemplo perfecto para los jóvenes comunistas y la esperanza futura para el Partido en la URSS. Debemos alentarlos y ayudarles a desarrollarse, porque, camaradas, mirad a este hombre: en él y en miles como él están viendo el futuro del Partido y de nuestro país.

La cabeza me daba vueltas. Esperaba que mi nerviosismo no se notaría en la televisión. Fue un momento maravilloso para mí, el más maravilloso de toda mi vida.

Al acabar la ceremonia, los discursos y la entrega de premios, fuimos todos invitados a un gran banquete en una sala enorme; las mesas se hundían bajo el peso de los manjares y de las bebidas. Numerosas personas me asaltaron para felicitarme. Pero los jefes más significados, entre ellos el camarada Orlov, no se unieron a nosotros. Para

ellos habían dispuesto un comedor aparte, separado de los simples delegados. Cuando terminé de comer, me levanté y me puse a pasear a lo largo de un pasillo. No había bebido gran cosa, porque estaba entrenándome para un próximo campeonato de judo. Mientras atravesaba una sala, se abrió la puerta y, ante mi sorpresa, por ella apareció el camarada Orlov. Por casualidad estaba delante de la sala reservada a los altos jefes del Partido. Orlov me vio y, a pesar de su estado de embriaguez, me reconoció. Tendiendo los brazos hacia mí, me dijo:

—Camarada Kourdakov, ven acá.

No me decidía a entrar. Consideraba que estaría fuera de mi sitio entre los altos jefes de nuestra zona. Orlov me tomó por el brazo y me hizo entrar. Estaban allí unos veinte oficiales superiores alrededor de una gran mesa cargada de manjares y de bebidas. Me pareció lógico que estuviesen en un comedor privado, por lo costosos que eran los alimentos y las bebidas que les habían servido: salchichas, caviar y otras viandas, vinos griegos... y un montón de cosas más. El vodka corría como el agua. Yo estaba alucinado. Aquello no era, desde luego, lo que nos habían servido en la otra gran sala del banquete.

Orlov se excusó y salió dando traspiés en busca de un lavabo. Mientras estuvo fuera me puse a observar a mi alrededor. Allí estaban los cargos máximos de la provincia de Kamchatka, todos borrachos. Algunos, borrachos perdidos, con la cabeza apoyada en la mesa. Tres de ellos tenían la cara metida en el plato. Por debajo de la larga mesa, aparecían un par de piernas. Los demás, que no paraban de beber vaso tras vaso, pronto estarían también inconscientes. Había otro hombre tendido a todo lo largo sobre la mesa, sus brazos y sus pies parecía que estaban mojando en los platos llenos de comida. Los miré asqueado. Por menos que eso yo había ordenado que se expulsara de la Acade-

mia a algunos cadetes. Me hice la siguiente consideración: «La vida de la gente de esta región de la URSS está controlada por estos hombres tan borrachos que no saben ni cómo se llaman». Yo había mirado a estos jefes comunistas como «la crema de la sociedad» y esta «crema de la sociedad» estaba patas arriba. Un hombre había vomitado sobre su propia ropa. Esta escena increíble me repugnaba enormemente.

Orlov había regresado. Me hizo tomar asiento en la silla al lado de la suya. Como bebía sin respiro y se ponía cada vez más ebrio, la cabeza empezó a vacilarle. De golpe, su rostro se aplastó contra el plato que tenía delante, pero levantó la cabeza y exclamó:

—¡Dame una servilleta!

Se la di y se limpió mal que bien la comida de su frente, de su barbilla y de su nariz. Estaba lleno por todas partes de puré de patatas. Juraba como un carretero. Constituía un espectáculo alucinante. La comida le resbalaba por la cara hasta su chaqueta y sus medallas.

Abrió su uniforme y me mostró una larga cicatriz, de una herida de guerra, diciéndome, a pesar de las vueltas que le daba la cabeza:

—Camarada Kourdakov, ¿ves esto? Ese bastardo de Stalin me lo hizo. Stalin fue quien me envió al frente. Stalin utilizaba nuestros cuerpos como si fueran armas. Stalin me dio esto, y cuando me produce dolores, lo maldigo.

Se puso a lanzar imprecaciones contra Stalin con voz de borracho, y a continuación empezó a maldecir a todos los demás.

—Y dejando a Stalin, ¿quién es ese Breznev? Es un tiralevistas, un parásito adulador que lame las botas de Stalin. Así es como Breznev ha sobrevivido y así es como ha llegado a ser el máximo líder comunista. Lo he oído en el congreso del Partido en Moscú. Lanza balidos como una

oveja, *bee, bee, bee*, una palabra tras otra, como un borrego.

Yo estaba que no quería creer a mis oídos. Orlov no paraba de disparatar, utilizando las expresiones más soeces para describir a su «colega» Breznev. Yo no hacía más que mirar a todos lados para ver si alguien escuchaba esas palabras increíbles. Si alguien las oía, me podía considerar perdido. Pero al parecer nadie oyó nada; habían bebido tanto que no tenían conciencia de lo que estaba sucediendo a su lado. El mismo camarada Orlov sé encontraba en otro mundo, balbuceando y divagando.

Pero no solo tenía yo que desconfiar de los otros. Si por casualidad Orlov se acordaba más tarde de lo que me había dicho, mi vida no valdría ni un kopec. No podría permitirme dejarme con vida, y con una sola palabra podría reducirme al silencio para siempre. Disponía de ese poder. Lo miré. La cabeza le descansaba sobre la mesa y parecía dormido. De repente se enderezó, levantó el brazo y dijo:

—El comunismo es la peor de las maldiciones que jamás haya caído sobre la humanidad —movió la cabeza como asintiendo y murmuró—: el comunismo es... (lo que dijo fue demasiado brutal y grosero como para poder escribirlo).

Yo estaba petrificado de puro miedo. Orlov gritó, tartamudeando:

—¡Los comunistas no son más que un atajo de sanguijuelas!

Salí a escape de la habitación y regresé a la Academia lo más deprisa que pude. Durante unos días estuve en un sinvivir.

Antes de conocer a Orlov yo era un sincero y firme creyente en el comunismo. Tenía una fe inmovible en

sus fines y objetivos. Con frecuencia los cadetes más jóvenes me habían preguntado:

—¿Por qué la vida es tan dura en la Unión Soviética ?
Yo siempre daba la misma respuesta:

—Es difícil ahora, pero estamos construyendo un mañana mejor.

Y lo creía sinceramente. Había comprobado que existían numerosas contradicciones entre las enseñanzas del comunismo y la realidad, pero estaba persuadido de que se trataba de desviaciones o errores personales y que verdaderamente estábamos en el camino hacia días mejores.

Pero mi encuentro con Orlov en aquella sala llena de personajes importantes del mundo comunista me hizo descubrir la hipocresía de todo aquello. Durante días y días tuve en la cabeza aquella noche con Orlov. «Entonces esto es lo que en realidad son los jefes». Crueles, duros, cínicos, incapaces de creer incluso en el comunismo, con la sola preocupación de encontrar una manera de medrar personalmente.

Yo había observado que los jefes llevaban un tren de vida sin privaciones de ninguna clase, mientras que la vida del pueblo era pobre y dura. Había visto el gran abismo entre las promesas del comunismo y la realidad de la vida del pueblo. Siempre lo había justificado y me había consolado, pensando: «Nos sacrificamos hoy por las victorias del mañana».

Pero ahora había visto aquel espectáculo degradante. Puesto que aquellos hombres no creían en el sistema, sino que lo utilizaban para su provecho personal, yo lo utilizaría también. Si un hombre como Orlov no creía verdaderamente en el comunismo, ¿por qué tendría yo que creer? Si Orlov era lo suficientemente astuto para llegar al primer rango, yo llegaría también. Yo me había formado bajo el sistema desde que tenía seis años y también podría abrirme

camino como los demás. Mi idealismo decepcionado murió aquella noche del centésimo aniversario del nacimiento de Lenin, el 22 de abril de 1870.

«¡Adelante! ¡Adelante!». Este lema que yo había adoptado cuando era un niño en el orfanato, volvió a ser mi divisa. Desde aquel momento solo tenía una meta: llegar a la cumbre. Si tenía que hacer el juego del cinismo y de la crueldad, lo haría. Y lo haría mucho mejor que Orlov y que cualquier otro. Serviría al comunismo, puesto que esa era la única manera de medrar.

CAPÍTULO XVI

LA HERMOSA RELIGIOZNIK

Contesté al teléfono nada más sonar dos veces y reconocí la voz de Nikiforov.

—Esta vez es algo importante, Kourdakov —me dijo—. Asegúrate de que dispondrás al menos de diez hombres y estad aquí a las ocho y media en punto.

Sin esperar respuesta, colgó.

Empecé a localizar a mis hombres. Habitualmente me era difícil reunir a diez, pero ese día conseguí catorce. Cuando llegué a la comisaría, con un cuarto de hora de adelanto, algunos de ellos ya estaban allí. Los demás llegaron poco después.

—¿Qué pasa? —preguntaron—. ¿A dónde vamos esta noche?

Entré en el despacho de Nikiforov para informarme.

—El n.º 66 de la calle Okeanskaya —me dijo, llevándome a ver el plano mural.

Señaló el tercer cruce de la calle Okeanskaya y me precisó:

—Será mejor que os detengáis aquí. El resto del camino lo hacéis a pie.

Yo conocía bien aquel barrio.

—La población es muy densa ahí —le advertí—. Últimamente hemos ido varias veces a esa zona. Es casi seguro que nos descubrirán.

—Estás en el ejército, ¿no? —replicó Nikiforov secamente.

Con esto quería decirme que actuara militarmente.

—Desde luego —le respondí, estudiando el plano con detenimiento—. Situaré a dos hombres aquí y otro en esta esquina. De esta forma cortaré el paso y desviaré a los transeúntes.

—Bueno.

—¿Cuántos creyentes piensa usted que encontraremos? —pregunté.

—Quince.

—¿Alguna advertencia especial?

—Lo de costumbre —me respondió.

Tenía que traer a los dos hombres cuyos nombres me escribió en un trozo de papel.

—Estos son los que queremos.

—¿Y los demás?

—¿Los demás? —aulló—. ¿Es que tengo que enseñarte el catón? ¡Que se lleven un buen recuerdo! Hacedles comprender que no les conviene seguir con esas actividades.

—¿A qué hora es la reunión? —quise saber.

—A las diez. Tenéis que llegar allí a las diez y media.

Regresé a la sala donde mis hombres esperaban bebiendo y entreteniéndose. La mayor parte de ellos eran íntimos amigos míos. Había algunos que solo eran «amigos de vodka».

Dieron las nueve y cuarenta y cinco, momento de partir. Dirigiéndome hacia la puerta, le grité a Yuri.

—¡A ver qué haces esta noche! Abre bien los ojos antes de emplear el garrote.

—De acuerdo, Sergei —dijo, echándose a reír.

Fuimos a subir al camión y recogimos las porras y las esposas.

—No será necesario que extendáis las cachiporras —les advertí—. Esta noche vamos a un local pequeño.

Utilizábamos unas esposas especiales que, una vez puestas, se apretaban más si la persona esposada se debatía. Por la parte interna estaban preparadas con unos dientes que se clavaban en las muñecas de la víctima. Una vez me las puse bromeando y empecé a gritar pidiendo a voces que alguien me las quitara. Hacían muchísimo daño y las empleábamos con frecuencia para los creyentes.

Subimos al camión y arrancamos a toda velocidad, atravesando la ciudad; con las luces intermitentes en funcionamiento y la sirena a toda potencia sembrábamos el pánico en la circulación. Llegados a dos manzanas de nuestro destino, detuvimos la sirena y bajamos las luces. Estábamos cerca de la calle Okeanskaya.

—Párate aquí —ordené a Víctor.

Nos detuvimos al borde de la acera; señalé a un par de muchachos y les dije:

—Bajad aquí y cortad la calle. Y vosotros dos dad la vuelta a la manzana y bloquead la entrada por el otro extremo. Recordad: nadie debe pasar. ¿Entendido?

Nikiforov nos había ordenado alejar a toda costa los transeúntes. Un par de incursiones anteriores no habían tenido éxito porque se habían agrupado un puñado de espectadores atraídos por los gritos de los creyentes. Conseguimos dispersarlos, pero ya no tenía remedio. Nikiforov se había enterado, se puso furioso y, en términos inequívocos, me conminó para que aquello no volviera a ocurrir.

Así es que estaba decidido a poner todos los medios para que no sucediera aquella noche. Los dos extremos de la calle fueron cerrados herméticamente. Los diez restantes nos dirigimos a la casa n.º 66 en busca de sus ocupantes,

que estaban rezando sin sospechar nada. Era una casa sin pretensiones, como todas las del barrio. Dentro, una luz brillaba a través de los visillos espesos que cubrían la ventana. Había una ventana a cada lado y, en la parte de atrás, una puerta. En cada una de las ventanas y en la puerta puse a un hombre para vigilarlas. Después de protestar, como de costumbre porque se «iban a perder la acción», se quedaron donde les indiqué. Les dije que podrían unirse a nosotros para divertirse, cuando la operación estuviese en marcha.

Ya estaba todo a punto. Nos fuimos hacia la puerta andando de puntillas. Cuando comprobé una vez más que todos estaban en sus puestos y alertas, hice una seña con la cabeza y grité:

—¡Adelante! —y me lancé contra la puerta, que cedió bruscamente.

Adentro, quince personas que estaban rezando y cantando nos miraron con estupor e incredulidad. Sabían lo que iba a pasar y en sus caras se veía la sorpresa y el miedo. No obstante, algunos continuaron rezando y tres o cuatro, cantando, sin ni siquiera desafinar. Yo pensé que aquellas gentes eran increíbles. No podía por menos que admirar su valor; pero al mismo tiempo me ponían furioso.

—¿Qué estáis haciendo? —grité.

—Rezando —dijo uno.

—¿A quién?

—A Dios.

—¡Dios no existe! ¿No lo sabéis? Rezáis al vacío. ¿Dónde está ahora vuestro Dios? ¡Que venga a ayudaros!

Nos empujábamos unos a otros, deseando empezar a atacarlos. De repente, uno de mis hombres blandió la cachiporra y estalló la pelea. Les agredimos dando golpes y patadas.

Vladimir agarró a un anciano, le asestó un golpe en pleno rostro y lo envió chillando a través de la habitación hasta estrellarse contra el suelo en un charco de sangre. Anatoly, que no quería ser superado por Vladimir, había cogido a otro y no paraba de darle golpes en el vientre, en el pecho y en la cara, como si fuera un muñeco. Acabó con él por medio de un formidable puñetazo en medio de la cara. Los creyentes que conseguían esquivarnos corrían de un lado para otro buscando un sitio donde esconder las Biblias y la literatura. Viendo sus intenciones, grité:

—¡Apoderaos de las Biblias!

Sergei Kanonenko tenía su cuchillo en la mano y lo esgrimía salvajemente, obligando a que los creyentes se agacharan para evitar una cuchillada. Yuri levantó en alto a una anciana, la cogió por los cabellos grises, le echó la cabeza hacia atrás y le dio un golpe de kárate en la garganta. Sin un gemido, la mujer cayó al suelo.

Descubrí a un anciano que intentaba huir, lo agarré y traté de darle un puñetazo en la cabeza, pero lo esquivó. Esto me puso fuera de mí y levanté el puño para volver a pegarle, pero alguien me sujetó el brazo desde detrás y me gritó:

—¡Por favor, no le pegue! Es un anciano.

Me volví, loco de rabia. Ante mí estaban dos jóvenes creyentes, uno de dieciocho años y otro de veinticinco.

—¡Me vais a decir lo que tengo que hacer! ¡Ahora lo veremos! —miré alrededor, localicé a Boris y a Yuri y les grité—: ¡Tomad a estos jovencitos, sacadlos fuera y enseñadles a que no nos den órdenes!

Se llevaron a los dos muchachos a empujones y casi a rastras, y les dieron tal paliza que convirtieron sus rostros en una masa ensangrentada. Tenían rotos casi todos los huesos de la cara.

Mientras tanto, Sergei Kanonenko había utilizado su cuchillo con dos mujeres, que estaban dando alaridos y sujetándose con las manos los costados. Un anciano se arrastraba por el suelo intentando ponerse en pie y cubierto de sangre. Yuri se fue para él y le dio un puntapié en las costillas con sus gruesas botas. Se oyó cómo se le rompieron los huesos y el anciano empezó a retorcerse tirado en el suelo.

Nada en la casa —ni personas ni muebles— escapó a nuestra furia. Destrozamos todo lo que vimos. El que había cedido su casa para que fuera iglesia clandestina aprendería que no lo podía hacer sin perder todo lo que poseía. En pocos minutos la casa se había convertido en un vertedero de escombros: mesas, sillas, vajilla, habían sido rotas, todo estaba destrozado y revuelto en aquella habitación. Los creyentes, algunos sin conocimiento, otros con atroces dolores, estaban medio ocultos entre aquellos despojos.

Vi a Víctor Matveyev perseguir y atrapar a una muchacha que intentaba huir hacia otra habitación. Era una chica muy guapa. «¡Qué lástima que sea creyente!», pensé. Víctor la agarró, la levantó por encima de su cabeza y la mantuvo así unos instantes. Ella le suplicaba:

—No lo hagas, por favor, no lo hagas. ¡Dios amado, ayúdanos!

Víctor la lanzó con tanta fuerza que chocó contra la pared a la misma altura desde la que había sido lanzada; después cayó al suelo medio inconsciente y gimiendo. Víctor se volvió y exclamó:

—Me apuesto a que hasta la idea misma de Dios se le ha ido de la cabeza.

Yo pensaba: «Es una chica verdaderamente guapa». Me hubiera gustado encontrarla en mejores circunstancias.

—¡Buscad los libros! —ordené.

Registramos la habitación buscando Biblias y cualquier otra literatura que esa gente pudiera tener. Arranqué

de manos de una anciana un cuaderno de niño en el que habían escrito algunos versículos bíblicos; la mujer no había perdido del todo el sentido y no cesaba de repetir: «¿Por qué? ¿Por qué?». Más que una pregunta era un grito de agonía que brotaba desde el fondo de su alma: «¿Por qué? ¿Por qué?».

—Detened a estos dos hombres —ordené, señalando a los dos jefes cuya descripción correspondía a la que me había dado Nikiforov—. Llevadlos al camión.

Y mientras dos de mis hombres ejecutaban mis órdenes, los demás daban vueltas por la habitación pidiendo la documentación a los creyentes y los demás informes necesarios. Me hice con el carné de identidad de la guapa muchacha. Me interesaba de manera especial. Se llamaba Natasha Zhdanova. Una vez que poseíamos el nombre, podríamos dar con ella en cualquier momento.

Nuestra misión estaba cumplida. Podíamos marcharnos. Di la orden de partir. Al salir eché un último vistazo al espectáculo que dejábamos detrás de nosotros. La sala estaba sembrada de cuerpos rotos, de mesas, sillas y vajillas hechas polvo. Todo se hallaba patas arriba. Las paredes estaban salpicadas de sangre. Habíamos hecho un buen trabajo.

Mientras regresábamos al puesto de policía, empecé a interrogar a los dos hombres que habíamos detenido. Pero ellos quisieron preguntar antes:

—¿Cómo lo sabíais?

—¿Qué os creéis, imbéciles? Tenemos nuestra gente, nuestros espías. Sois la gente más fácil de localizar.

No parecía que mostrasen extrañeza.

—Invitáis gente a vuestras iglesias clandestinas, ¿no? —proseguí—. Si no queréis que os descubran, ¿por qué los invitáis?

—No lo entenderíais —repuso el pastor clandestino—. Sabemos que hay espías. No estamos locos. Pero tenemos la gran responsabilidad de invitar a la gente para que se acerque a Dios. ¿Cómo podríamos acercar la gente a Dios y extender nuestra fe, si excluyéramos a los extraños? Por supuesto que sabemos que, cuando hablamos de Dios a la gente, hay espías entre ellos. Conocemos los riesgos —se detuvo y yo creí que ya no iba a decir nada más, pero continuó—. Para nosotros es mucho más importante nuestra responsabilidad de comunicar nuestra fe a los demás que nuestra propia seguridad.

«¡Qué locos más estúpidos!», pensé. «¿Cómo podría nuestro país estar amenazado por gente como esta?».

En poco tiempo llegamos a la comisaria y, mientras los prisioneros eran atendidos en el sótano, nosotros nos quedamos en la sala tomando una copa. Anatoly y Vladimir estaban bromeando acerca de la incursión.

—Esa gente tiene muy poco aguante —comentaba Vladimir—, apenas se les da un toque y ya están listos.

Yo había visto los «toques» de Vladimir. Comprendía muy bien por qué los creyentes no tenían aguante.

—Es demasiado sencillo —continuó diciendo—; me gustaría que por lo menos una vez nos hicieran frente, para poder practicar un poco.

Pero nunca lo harían. Los creyentes nunca replicaban en la pelea. Desde luego, trataban de protegerse, pero nunca devolvían los golpes.

—¡Estupendo, muchachos! ¡Estupendo! —exclamó Nikiforov cuando le informé del resultado de la expedición.

Tres días después de esto, ocho miembros de mi grupo y yo estábamos en la sala de la comisaría, por si nos llamaban. Una o dos veces por semana estábamos allí de guardia. Hacia las siete sonó el teléfono de Nikiforov y a los

Pocos instantes este se precipitó fuera de su despacho, gritando:

—¡Kourdakov, Kourdakov, que se preparen tus hombres para salir inmediatamente!

—¿A dónde vamos? —pregunté, olfateando una buena incursión.

—A la calle Nagornaya.

Me dio el número de la casa. Alguien había observado algo sospechoso o algún espía había descubierto una reunión en ese lugar. El hecho es que en aquel momento la reunión se estaba celebrando.

Di una voz a mis hombres para que fueran al camión rápidamente y ordené a Víctor que arrancara a toda marcha. Algunas veces Víctor era el peor conductor del mundo, arriesgándose sin necesidad, pero otras veces era el mejor conductor del mundo, demostrándolo con una increíble habilidad para sortear el tráfico, esquivando a los demás vehículos con márgenes estrechísimos.

—¡Corta la sirena! —le grité cuando nos acercamos a nuestro destino.

Subimos por la calle Nagornaya, saltamos del camión incluso antes de que se detuviera y nos precipitamos sobre la casa, echando abajo la puerta. Ante nuestra sorpresa, allí no había más que gente joven. ¡Ni una sola cabeza gris! Habíamos dado con una reunión clandestina de jóvenes, cogiéndolos totalmente desprevenidos. Pusimos manos a la obra, atacándolos, dándoles puñetazos y zarandeándolos de un lado para otro.

—¡Ese es! ¡Agarradlo! —grité, señalando a un joven de unos veintitrés años, que era el jefe. Algunos de mis hombres se fueron hacia él y comenzaron a darle una paliza. Otros se empleaban con los puños a diestra y siniestra, jugando con ellos como si fueran sacos de entrenamiento. Eché una mirada a la habitación y vi algo que, en un pri-

mer momento, no podía creer. Allí estaba ella, la misma muchacha. No era posible. Y sin embargo lo era. Hacía apenas tres noches que había asistido a la otra reunión y había sido lanzada ferozmente por el aire a través de la habitación. Esta vez la pude observar con mayor detenimiento. Era más guapa de como yo la recordaba: una chica verdaderamente guapa, con largos y suaves cabellos, grandes ojos azules y una piel muy fina: una de las mayores bellezas naturales que yo había visto nunca.

Víctor también se dio cuenta de que estaba allí y exclamó:

—¡Ahí está otra vez! ¡Mirad, muchachos, ahí está otra vez!

—Parece que no hiciste un trabajo demasiado bueno la última vez, Víctor —le grité—. Por lo visto no aprendió la lección. ¡Ahora me toca a mí!

La levanté en alto y la lancé boca abajo sobre una mesa. Dos de nosotros le arrancaron las ropas. Otro la mantuvo sujeta contra la mesa y yo empecé a pegarle con la mano abierta lo más fuerte que podía. A fuerza de pegar, las manos me ardían. Empezaron a salirle cardenales y yo continué azotándola hasta que pedacitos de carne sangrante se me pegaron a las manos. Ella gemía, pero intentaba desesperadamente no llorar. Para contener sus gritos, se mordía con tanta fuerza el labio inferior, que acabó por partírselo y la sangre le corrió por la barbilla.

Finalmente, se rindió y empezó a sollozar. Cuando me sentí tan extenuado que apenas si podía levantar el brazo para seguir pegándole y su trasero era una masa en carne viva, le di un empujón y cayó al suelo desde la mesa.

La abandoné allí y, casi agotado, me puse a contemplar cómo actuaban los otros.

Los jóvenes creyentes yacían por tierra en la habitación devastada. No valía la pena continuar; como tenía en mi poder al jefe, grité:

—¡Ya tenemos a nuestro hombre! Tomad los nombres de esa gente y salgamos de aquí.

A nuestro regreso a la comisaría, Nikiforov estaba en la puerta y nos recibió con una sonrisa.

—Bien, hijitos —nos saludó—, veo que ha sido un trabajo rápido.

—Aquí tenemos a nuestro hombre —manifesté, empujando al jefe del grupo hacia Nikiforov, que lo envió inmediatamente al sótano para que fuese «interrogado».

Recorrí la lista de nombres de los otros jóvenes que habíamos sorprendido en la reunión. Podía concebir que viejos imbéciles hubieran sido contaminados por la religión antes de la instauración del comunismo. ¡Pero que esta *gente joven* pudiera creer en Dios! Esto era algo que me superaba totalmente. Esos jóvenes tenían mi edad y eran de mi generación. Estaba desconcertado.

Aquella chica había ciertamente aprendido una lección. Volví a amonestar a Víctor:

—No acertaste a hacer que comprendiera, amigo. Yo me he encargado de ello esta noche. Ya no volveremos a ver a esa «ricura».

A la mañana siguiente, llegué a la comisaría en el momento en que Nikiforov interrogaba al joven jefe detenido la víspera. Me puse a escuchar y quedé admirado al descubrir el talento de interrogador de Nikiforov. Pasaba de la intimidación brutal a efusiones de bondad, empleaba alternativamente la brutalidad y la dulzura para ablandar y desconcertar al muchacho. Hacía con él lo que quería y lo acorralaba cada vez más.

—¿Crees en Dios?

—Sí.

—Dime, ¿eres estúpido, idiota o simplemente estás chalado?

El joven creyente respondió:

—Señor, no podrá usted comprender jamás por qué creo lo que creo, pues nunca podré explicar del todo lo que creo. Creo en Dios porque está vivo, y vive en mi corazón.

Nikiforov estalló en cólera.

—¿Por qué dices que no puedo comprender? ¿Te crees que soy imbécil? También yo leo este libro —le dijo, enseñándole la Biblia que había sido requisada—. ¿Te figuras que no sé leer?

El muchacho había sido apaleado la víspera y también lo habían tratado con brutalidad en la celda de la comisaría, pero respondió con firmeza:

—Es posible que sepa usted leer, pero necesita ojos para ver, oídos para oír y corazón para comprender lo que el espíritu de Dios dice en ese libro.

Yo escuchaba fascinado. Nada de aquello tenía sentido para mí.

—Si solo la lee usted para atacarla —prosiguió el muchacho—, jamás sabrá lo que verdaderamente dice. Únicamente Dios puede abrirle los ojos para que vea usted lo que nosotros vemos y comprenda lo que creemos y por qué estamos dispuestos a pagar cualquier precio para seguir manteniendo nuestra fe.

Entonces Nikiforov lo interrumpió:

—Tengo que reconocer que hay cosas que no comprendo.

El joven creyente replicó:

—Ya ve usted, señor, que usted mismo ha contestado a su propia pregunta. No comprende porque sus ojos están cerrados a la verdad. Si usted abre el corazón para dejar que Dios entre, si abre los ojos para comprender su pala-

bra, esta sería para usted tan real como lo es para mí y para esos otros jóvenes. ¿Por qué no deja usted que la palabra de Dios entre en su corazón? Cambiaría su vida y...

—¡Calla! —estalló Nikiforov—. ¡No intentes sermonearme, imbécil, de lo contrario seré *yo* quien cambiará *tu* vida, y a base de bien! —le dio una voz a los guardias y el joven preso fue llevado a su celda.

Más tarde, fue recluido en un campo de trabajos forzados, donde estuvo varios años.

Yo había asistido a numerosos interrogatorios como aquel, y jamás había conseguido entender nada. «Estos creyentes no ceden jamás», me dije. «¡Hasta intentan convertir a la policía!».

Nikiforov regresó y dijo:

—Esta gente está loca.

Yo asentí con la cabeza, dando a entender que estaba totalmente de acuerdo.

Tenía interés por conocer algo más acerca de Natacha Zhadanova. Como la Liga era responsable de todos los jóvenes, teníamos expedientes de cada uno. Sabíamos exactamente quiénes eran, dónde se habían educado y a qué escuela iban. Disponíamos de todos los datos. Busqué el expediente de Natacha.

Había nacido en Ucrania, en la región del Donetz, en un pueblecito llamado Bachnaya. Sus padres trabajaban en una granja colectiva y eran muy pobres. Con el fin de ofrecerle un porvenir mejor, la habían enviado desde pequeña con un tío suyo que vivía en Petropavlovsk. Allí había ido a la escuela y se había graduado en la Escuela Número Cuatro: la Escuela Máximo Gorki, que se hallaba en el primer distrito de Petropavlovsk.

Después de graduada a los dieciocho años, se había empleado como correctora de pruebas en el diario *Pravda de Petropavlovsk*. Al estudiar su expediente, me quedé sor-

prendido viendo que había formado parte del *Komsomol* —nuestra Liga de las Juventudes Comunistas—, en el que había sido un miembro activo. Los papeles explicaban claramente lo que había ocurrido. Cuando salió de la escuela, había caído en manos de creyentes; era un ejemplo perfecto de cómo atrapaban a la gente en sus redes emponzoñadas.

Me dirigí, pues, a las oficinas del *Pravda de Petropavlovsk* y me informé acerca de ella y de sus colegas.

—Es una empleada perfecta —me dijo uno de sus jefes—. Nunca hemos tenido ni el menor problema con ella. Es simpática y seria, digna de confianza y excelente trabajadora.

Esta clase de informe me dejaba siempre perplejo. Con otros trabajadores, encontrábamos problemas de embriaguez, de robo de mercancías, de falta de laboriosidad o de ineficacia. Pero siempre que tenía que hacer un informe sobre un creyente, me encontraba con que era un «trabajador perfecto» o «informe excelente» o «verdaderamente digno de confianza» o «jamás se emborracha». Cuando nos informaban sobre los creyentes no faltaban nunca dos cosas: eran serios y buenos trabajadores. Esto me tenía intrigado. Pero no me pagaban para eso. Mi trabajo era actuar.

—¿Por qué quiere usted saberlo? —se interesaron cuando hice unas preguntas sobre Natacha.

—La hemos encontrado dos veces en reuniones de iglesias clandestinas. Es una creyente.

Se quedaron atónitos. Los trabajadores se miraron unos a otros. Fue como si yo hubiera dicho que era leprosa o que era una asesina reincidente.

—Pues ahora que usted lo dice... —dijo uno de ellos.

Y se produjo un torrente de maledicencias. Cambiaron totalmente y se pusieron a decir un montón de cosas malas acerca de ella.

Dejé el recado de que se presentara en la comisaría a una hora determinada. Sabía que esa cita la iba a asustar. Y ese era mi propósito.

Llegó, tímida, y se sentó frente a mí en la silla de delante de mi mesa de trabajo. Se veía que tenía miedo. «¡Qué guapa es!», pensé, mirándola. «Ahí está, sentada, con los ojos bajos sin levantarlos del suelo». Le pregunté por qué era creyente.

—¿Qué tendría que ser? —respondió—. ¿Alcohólica? ¿Prostituta?

Y a continuación preguntó:

—¿Ha encontrado usted algo malo en mi expediente laboral?

—No, nada —confesé.

—¿Entonces por qué me echa en cara mis creencias personales? ¿Le hago daño a alguien con eso?

—No —respondí—. Pero has tomado un mal camino y te has mezclado con gentes que son un gran peligro para nuestro país.

Le eché un rapapolvo y le advertí que se buscaría serias dificultades si continuaba por ese camino.

Al final, me di cuenta de que no conseguiría convencerla. Le advertí una vez más que todo aquello quedaría consignado en su expediente y que era preciso que no fuera encontrada una vez más en compañía de creyentes.

A pesar de su miedo, empezó a contarme por qué creía en Dios. Yo me había imaginado que, después de haber recibido una paliza y de haber sido interrogada en la comisaría de policía, se reintegraría al buen camino y no volveríamos a oír hablar de Natacha Zhdanova. Pero Natacha era una chica absolutamente excepcional.

Durante nuestra conversación, advertí unas marcas profundas en su labio inferior, que se había mordido mientras le estuve pegando. «¡Qué lástima!», pensé. La ci-

catriz le desfiguraba la cara, que era perfecta. «¡Lástima que no nos hayamos encontrado en otras circunstancias!», me dije. «Me habría gustado una chica como esta».

Una vez que obtuve de ella los informes necesarios y que terminé de aleccionarla, la despedí seca y brutalmente. Esto formaba parte del programa de intimidación. Quedé contento de haber hecho un buen trabajo.

Aproximadamente una semana más tarde, fuimos llamados al cuartel general de policía para una nueva incursión contra la iglesia clandestina. Como de costumbre, localicé el sitio en el plano. Aquella reunión tenía lugar en una casa de la calle Pograshny. Salimos estrepitosamente en el camión. En aquella ocasión no éramos más que seis: Alexander Gulyaef, Vladimir Zelenov, Anatoly Litovchenko, Víctor Matveyev, Nicolai Olysko y yo.

Cuando llegamos al lugar de reunión, situé la vigilancia bloqueando la calle. A continuación irrumpimos blandiendo salvajemente nuestros garrotes.

Los creyentes, sorprendidos y desconcertados, empezaron a corretear intentando protegerse de la lluvia de golpes. La sala de reunión era pequeña y quedó abarrotada con los ocho creyentes y nosotros seis. Hicimos muchísimo ruido: gritos y alaridos. «No nos llevará mucho tiempo», pensé. Pero de repente, vi un rostro que me era familiar. ¡No lo podía creer! Allí estaba otra vez: Natacha Zhdanova.

Varios de mis hombres la habían visto también. Alex Gulyaev se dirigió hacia ella con una mirada rebotante de odio y blandiendo en alto la cachiporra.

Pero entonces se produjo un incidente que yo no esperaba en absoluto: sin dar ni una voz, Víctor pegó un salto y se interpuso entre Natacha y Alex, haciéndole frente a este.

—¡Quítate de enmedio! —gritó Alex, furioso.

Víctor no movió un pie. Levantó el garrote y le dijo a Alex, amenazándolo:

—Te lo advierto, Alex, es mejor que no la toques. ¡Nadie la tocará!

Yo escuchaba aquello estupefacto. Era increíble. Víctor, uno de mis hombres más brutales, protegía a una creyente.

—¡Apártate! —le aulló a Alex—. Apártate o te largo un sopapo —y protegía a Natacha, que se echó al suelo.

Furibundo, Alex replicó:

—Te la quieres quedar, ¿no?

—No —dijo Víctor con voz firme—. Ella tiene algo que nosotros no tenemos. ¡Nadie la tocará! ¡Nadie!

Tenía que poner fin a todo aquello. Y rápidamente. Con la violencia de temperamento de Alex las cosas podían ponerse muy serias.

—¡Alex, mira! —le grité, indicándole un creyente que trataba de huir—. ¡A por él!

Esto atrajo su atención y se lanzó tras el que huía. Di un profundo respiro de alivio.

Víctor seguía protegiendo a Natacha, de pie y con los brazos extendidos, en desafío de Alex o de quienquiera que se fuera a acercar a ella. Natacha estaba de pie, detrás de Víctor, sin comprender nada de lo que estaba sucediendo. No se esperaba que aquel grupo se portara de esa forma con ella. Le hice una seña con la cabeza, indicándole que debía salir. Ella dio media vuelta y se marchó precipitadamente. También a los que hacían guardia les advertí con la cabeza para que la dejaran pasar.

Aquella vez fue una de las raras ocasiones de mi vida en las que me sentí emocionado. La misma impresión tuve cuando la muerte de mi amigo Sacha, en Barysevo. Natacha tenía algo, en efecto. Le habían pegado ferozmente, se le había amenazado, se le habían hecho advertencias.

Había soportado sufrimientos inimaginables, pero allí estaba de nuevo. Incluso el mismo Víctor se había sentido impulsado a reconocerlo. Ella tenía una cosa que nosotros no teníamos. Me entraron ganas de salir corriendo tras ella y preguntarle: «¿Qué es?». Me habría gustado hablarle, pero ya se había marchado. Yo me encontraba muy impresionado y al mismo tiempo profundamente confundido por aquella heroica joven cristiana, que tanto había sufrido entre nuestros puños.

Poco tiempo después, Natacha se marchó de Kamchatka a su casa, en Ucrania. A fuerza de ridiculizarla y de burlarse de ella, sus compañeros de trabajo le hicieron la vida imposible.

Envié su expediente personal a la Liga de las Juventudes Comunistas de su pueblo natal de Ucrania, con un informe detallado de su vida de creyente.

Cuando se fue, sentí una tristeza extraña. Fue la primera vez en que tuve el sentimiento de que aquellas gentes no eran, quizá, los imbéciles enemigos que yo pensaba. Natacha había perturbado todas mis ideas acerca de los creyentes.

CAPÍTULO XVII

MÉTODOS POLICIALES

El día 1 de mayo es un día de fiestas, giras campestres y desfiles militares en toda la Unión Soviética. También es un día en el que la gente va al cementerio para visitar las tumbas de sus familiares y amigos, y depositar en ellas coronas y ramos de flores.

El primero de mayo de 1970 recibí una llamada telefónica de Nikiforov. Me pidió una cosa sorprendente:

—Kourdakov —me dijo excitado—, forma la banda de la Academia y llévala al cementerio que hay al sur de la ciudad.

¿La banda de la Academia a un cementerio? ¿Es que Nikiforov había perdido la cabeza?

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté, procurando que mi voz no traicionara mi sorpresa.

—Se trata de los creyentes. Se han reunido allí unos cientos de ellos y tienen una orquesta y una banda que están interpretando himnos.

—¿Y qué es lo que tenemos que hacer? ¿Unirnos a ellos?

—No es momento de gastar bromas, Kourdakov —respondió Nikiforov fríamente—. Lo que te pido es que lles

allí a tu banda lo antes posible. Os ponéis al lado de los creyentes y tocáis lo más fuerte que podáis.

«¡Ah! Es una buena idea». Teníamos que estorbar sus cánticos tocando con más fuerza que ellos. Era una idea muy elemental, pero nos íbamos a divertir. Yo no podía evitar mi admiración por los creyentes. Esta última ocurrencia era verdaderamente genial. En un día como el 1 de mayo, era lógico organizar una reunión en el cementerio. Sabían que estarían rodeados por cientos de personas y no nos atreveríamos a detenerlos. ¡Eran realmente audaces!

Llamé inmediatamente a la mayor cantidad de músicos de la banda de la Academia que pude localizar en un plazo tan breve, los embarqué en el camión enviado por Nikiforov y partimos para el cementerio. A nuestra llegada presenciamos el siguiente espectáculo: una inmensa muchedumbre se había concentrado en torno a los creyentes, que eran más de doscientos. La mayor parte de los que los rodeaban eran curiosos que se habían detenido a observarlos, aunque desde cierta distancia. En medio del grupo, algunos músicos interpretaban cánticos cristianos.

Nos abrimos paso con nuestra banda. Ya que querían música, tendrían música

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —iba yo gritando—. ¡Abrid paso! ¡Atrás! —les decía a los mirones, dándoles empujones, para llegar junto a los creyentes.

Nos pusimos lo más cerca posible y ordené a la banda que comenzara a tocar. Los músicos se pusieron a interpretar marchas militares con todo el brío. Los instrumentos y los músicos de la Academia eran muy superiores a los de los creyentes.

—¡Más fuerte! ¡Más fuerte! —les grité—. ¡Sofocadlos!

Interpretaron la *Internacional* y otros cantos patrióticos comunistas y soviéticos, dominando con facilidad a los cánticos cristianos.

Una vez que la banda de la Academia empezó a tocar, algunos de la escuadra de operaciones policiales, que me habían acompañado, tomaron fotos de los creyentes, con la idea de poderlos localizar posteriormente. Mientras tanto yo estaba que echaba chispas al verme reducido a la impotencia: no podíamos hacerles nada por causa de los testigos que allí había.

—No te preocupes, Sergei —me consolaba Víctor, al ver mi decepción y mi frustración—. Ya nos desquitaremos más adelante. Ahora ya los conocemos.

Pero por el momento tuvimos que permitir que aquellos irreductibles creyentes continuaran con su reunión en el cementerio. No podíamos emprender una acción rodeados por todos aquellos ociosos. Al final, cuando ya todos los creyentes habían sido fotografiados, ordené a la banda que recogieran, sabiendo que ya recibirían su merecido.

Las ocasiones se presentaron pronto. En rápida sucesión hicimos incursiones a iglesias clandestinas: por término medio una cada cuatro días.

En bastantes de nuestras incursiones nuestro objetivo no fue interrumpir las reuniones, sino más bien confiscar la literatura introducida de contrabando en el país o copiada a mano ilegalmente por los mismos creyentes.

A veces me preguntaba: «¿Cómo pueden estos insignificantes garabatos hechos en un cuaderno de colegio representar una amenaza tan grande para el Estado soviético?». No lograba ver el peligro, pero Nikiforov me afirmaba que existía.

«Bueno, si quiere literatura, le llevaremos literatura». Y encontramos un montón. Algo que hallábamos con frecuencia era un fascículo en forma de revista, impreso a multicopista en algún lugar de Ucrania, a miles de kilómetros de nosotros. Estaba destinado a los creyentes de nues-

tra región de Siberia. La primera vez que lo vi, pensé: «Ya se están organizando».

Los creyentes de Kamchatka se abastecían de literatura porque estaban en contacto y se comunicaban con otros creyentes de la Unión Soviética. Un día Nikiforov se apoderó de una de aquellas revistas multicopiadas que yo había traído de una incursión. La agitó con violencia y dijo encolerizado:

—¿Ves? ¡Están en relación con creyentes de Bakú, Ucrania, Kiev, Leningrado, de todas partes! Es una conspiración de ámbito nacional para destruir nuestro modo de vida.

Y siguió encolerizado largo rato.

La literatura clandestina forma parte de la misma vida en la URSS. No es solamente la literatura cristiana secreta, manuscrita —*samizdat*—, sino también las obras de escritores célebres, como Alexander Solzhenitsyn, cuya publicación no está autorizada. Como toda la literatura que se publica está estrictamente controlada por el Gobierno, una grande y creciente organización de *samizdat* distribuye por todo el país manuscritos o copias mecanografiadas de libros, novelas, relatos. Aunque están rigurosamente prohibidos, gozan de gran popularidad, especialmente entre oficiales y cadetes de la base naval. Yo estaba enterado de ello e incluso había leído algunas de esas obras. Los libros de Solzhenitsyn pasaban de mano en mano entre los cadetes.

Ahora me enteraba de que los creyentes estaban organizados de la misma manera. Distribuían versículos de la Biblia mecanografiados o escritos a mano. Un día descubrimos Biblias nuevas en tamaño bolsillo impresas en Occidente. No se sabía cómo eran introducidas en la Unión Soviética. Yo estaba enterado de que se había formado una organización especial en Moscú para impedir que esas Bi-

blias entraran de contrabando. Ignoraba qué métodos empleaban, pero el hecho es que no lo conseguían.

Para mí, toda esa literatura no era más que papelotes. Intenté leerla, pero no comprendía absolutamente nada. En una de las incursiones quise arrebatar un escrito de las manos de un creyente alto y robusto. Si hubiera querido defenderse, me habría puesto en apuros, aunque yo sabía que acabaría imponiéndome. El hombre se agarraba a sus pedazos de papel como si fueran los objetos que más le importaran en el mundo. Le di una serie de puñetazos en pleno rostro, sin conseguir que los soltara. Por último, le di un golpe en el bajo vientre, se dobló en dos, se llevó las manos al estómago y soltó las hojas. Las recogí y les eché un vistazo. ¿Por qué los creyentes les daban tanto valor? Para nosotros no significaban nada.

Un día de 1970 me llamaron del puesto de policía para que fuera a ver a Nikiforov.

—Mira lo que hemos encontrado, Kourdakov —me dijo cuando llegué, enseñándome una revista clandestina malamente impresa por los creyentes con una multicopista ilegal.

—¿De dónde procede? —pregunté.

—Nos la ha traído uno de nuestros espías. Además nos ha informado de un lugar en el que podemos encontrar muchas más —añadió, atropellándose excitado.

Nikiforov, cazador de hombres, se hallaba en el colmo de su felicidad cuando encontraba una pista de creyentes. Yo no experimentaba por ese trabajo el mismo entusiasmo que él. Me estaba forjando un nombre en el Partido, ganaba un buen dinero y me iba sintiendo atraído por la vida oficial de policía. Me parecía que la vida oficial de policía ofrecía mayores atractivos que la carrera de oficial del ejército.

—Ven acá, Kourdakov —me llamó Nikiforov—. Te voy a enseñar una cosa.

Nos acercamos al plano de la pared.

—Aquí es —me señaló el número 64 de la calle Partisano.

—¿De quién es esa casa? —le pregunté.

—Ahí vive una creyente. Una viuda que se llama Annenchenko. Su hija menor vive con ella. La mayor, que se llama María y que tiene unos veintidós años, vive en otra parte. Creemos que la viuda lo tiene todo aquí en su casa —golpeó el plano con el dedo— o, si no, en casa de su hija.

—¿Cuándo quiere usted que vayamos?

—Mañana por la tarde —me concretó.

—¿Cuántos hombres tengo que llevar?

—Solamente cuatro. Tenemos que economizar —comentó riendo.

El sistema que empleábamos para buscar literatura era un poco diferente del de dispersar reuniones clandestinas. Para dar una apariencia de legalidad, un policía de uniforme entraba primero en la casa que iba a ser registrada. Cerca de la casa se «buscaban» tres o cuatro camaradas «que pasaban por allí» y estos «peatones desinteresados» entraban para observar todo el registro; asistían como «ciudadanos» que vigilaban su trabajo, con el fin de que nadie pudiera decir que el policía se llevaba alguna cosa. Para nosotros eso era una farsa, pero teníamos que cumplir con esas formalidades. Habíamos emprendido numerosas incursiones en busca de literatura y siempre habíamos seguido el mismo procedimiento.

Me uní al agente que iba a llevar a cabo el registro. El tal agente no era más que fachada, pues yo era el único responsable ante Nikiforov. El policía, tres de mis hombres y yo subimos al camión y nos detuvimos no lejos del cruce de las calles Pogranichnaya y Partisan, en lo alto de una

colina que dominaba la bahía. Se trataba de un barrio de pequeñas casas blancas. Saltamos del camión. Nosotros, los «peatones ingenuos» nos quedamos en la calle. El policía fue hacia la casa y llamó a la puerta. Le abrió una mujer de unos cuarenta y cinco años.

El policía le dijo:

—Vengo a registrar su casa. Nos han informado de que tiene usted literatura ilegal.

Después se volvió, señalándonos a nosotros.

—Estos ciudadanos pasaban por la calle y les he pedido que sean testigos del registro, conforme a la ley.

Entramos en la casa y miramos en torno nuestro. Era pequeña y el mobiliario modesto, el típico de todas las casas de creyentes. Se comprendía por qué los creyentes vivían tan pobremente. En cuanto alguien era descubierto como creyente, se le trataba como un leproso y solo podía acceder a trabajos menos considerados y que se pagaban con casi nada.

—Buscad por ahí —nos dijo el policía.

Ya no pretendíamos ser «inocentes peatones», y le ayudamos en el registro.

—¿Es usted creyente? —le pregunté a la dueña de la casa.

—Sí, lo soy —respondió—. Creo en Dios. Pero no tengo literatura, si eso es lo que buscan ustedes.

—Eso lo veremos nosotros —le repliqué secamente.

—Pues sí —continuó ella—, soy creyente. Deténganme si lo que quieren es eso.

Hablaba en un tono casi provocador.

Miré a la mujer. «¡Qué carácter!», pensé. Después empezamos el registro. Hundimos las puertas del armario, tirando las ropas por el suelo. Abrimos las maletas, rasgamos las almohadas y los colchones, destrozamos la casa habitación por habitación. Hicimos pedazos todos los muebles.

—Bueno, aquí no hay nada —manifesté.

Después se me ocurrió que habría podido esconder algo debajo del piso, como yo había escondido una pistola de fabricación casera en Barysevo.

El policía había llevado una barra y un hacha, y nos pusimos a arrancar las tablas del suelo una tras otra. En unos momentos el piso de la pobre mujer estaba casi todo levantado. Uno de nosotros saltó dentro del agujero que habíamos hecho y lo registró alumbrándose con la linterna.

—Aquí no hay nada —gritó.

—¡Vamos! —ordené—. Aquí no hay nada que hacer. Vámonos.

Salimos con pasos bruscos, furiosos y frustrados, dejando tras de nosotros una casa completamente en ruinas. ¡Allá se las apañara!

Esta era nuestra habitual manera de proceder en la mayor parte de las incursiones en busca de literatura. Nos traía sin cuidado. Aquella gente no eran nadie para nosotros. Qué podían hacer, ¿denunciarnos a la policía? La policía éramos nosotros. ¿Denunciarnos directamente a autoridades más altas? Por supuesto que no; nosotros estábamos a las órdenes de esas altas autoridades. No podían hacer nada; lo sabíamos... y actuábamos en consecuencia.

Bien pronto estuvimos de regreso en la comisaría informando a Nikiforov. Mientras le hablábamos, no dejaba de mirar a lo lejos y dar golpecitos con los dedos encima de la mesa.

—Estoy desconcertado —confesó pensativo—. Sé que ella tiene algo que ver con la difusión de esa literatura a los creyentes. Me pregunto si no será su hija, la que ya no vive en su casa.

—Ahora le habrá avisado ya su madre —comenté.

—Por supuesto —convino Nikiforov—, y estará alerta... ¡Ya lo tengo! —exclamó de pronto—. Vosotros dos —nos señaló a Víctor Matveyev y a mí— vais a tenderle una trampa. Id a su casa, aparentando que sois pescadores o marineros que acaban de desembarcar. Entablad conversación con ella y dejadle caer que os gustaría saber algo acerca de Dios. Esos imbéciles de creyentes le hablan de Dios a cualquiera, si piensan que lo van a convertir.

—¡Es posible que dé resultado! —exclamé entusiasmado ante la perspectiva de hacer un poco de teatro en medio de nuestro trabajo de policía.

Nikiforov estudió los expedientes y nos dijo:

—Se llama María Annenchenko —nos dio sus señas y otros datos—. Trabaja en una tienda de ultramarinos y sale del trabajo todos los días a las 6 de la tarde. Allí podéis abordarla.

Víctor y yo salimos de la comisaría a eso de las cuatro. Teníamos dos horas por delante para elaborar nuestro plan de cómo acercarnos a María Annenchenko. Hacia las cinco y media nos dirigimos a la parada del autobús en el que ella tenía que llegar de vuelta del trabajo.

—Escucha —le dije a Víctor—, haremos el papel de que somos pescadores que regresamos a casa. Hemos estado a punto de ahogarnos, esta experiencia nos ha llevado a pensar en Dios y estamos aquí para que nos ayude a encontrar a Dios, dándonos algo que leer. ¡Caerá en la trampa! Cuando nos entregue la literatura, la detenemos. Así de fácil.

—¡Estupendo! —asintió Matveyev, que estaba entusiasmado ante la idea de representar un papel—. Pero no vayas muy deprisa, para que no desconfíe.

Estuvimos por allí, cerca del kiosco junto al cual María tenía que dejar el autobús. Llegó este y una muchacha, a la que reconocimos fácilmente por la foto que nos

había enseñado Nikiforov, descendió del mismo y se dirigió a la casa.

—Vamos —le dije a Víctor.

Fuimos tras ella y, al cabo de unos momentos, la alcanzamos. Para que nuestra apariencia de marineros fuera más convincente, habíamos bebido un poco de vodka. Nos pusimos uno a cada lado de ella y yo le dije en tono alegre:

—¡Hola, guapa! ¿Podemos acompañarte?

—No, gracias —respondió María fríamente.

La miré con atención. No le faltaba cierto encanto, a pesar de su actitud seria. Víctor se puso a gastar bromas, le pasó el brazo sobre los hombros y le dijo:

—Vamos, pequeña, invítanos a una copa y vamos después a bailar. Podríamos divertirnos mucho.

Como seguíamos andando a su altura, ella se fue poniendo nerviosa.

—No, gracias —nos dijo—. No bebo y no me apetece salir.

Intentaba deshacerse de nosotros, pero nosotros seguíamos andando a su lado.

—Lo único que deseamos es charlar, beber algo y distraernos. Hemos pasado siete meses en barcos de pesca y solo queremos conversar y descansar un poco.

Ella estaba ya francamente molesta.

—Me parece que ya han bebido ustedes demasiado —nos replicó.

Aprovechando lo que había dicho, respondí:

—Sí, tenemos ciertas dificultades con la bebida, pero no conseguimos dejarla. Además, ¿para qué dejarla? ¿Qué otra cosa ofrece la vida?

Le estábamos presentando la oportunidad de hablar-nos de Dios, pero ella no la aprovechó. Y continuamos hablando:

—Hemos sido marineros toda la vida. Nuestros padres y nuestros abuelos eran creyentes. A veces hemos pensado en Dios, pero en realidad el vodka es el mejor amigo del marinero.

Ella se volvió a mirarnos como si quisiera convencerse de que éramos de verdad pescadores. Mientras, ya habíamos llegado a la puerta de una pequeña casa de aspecto muy pobre.

—Yo vivo aquí —nos dijo—. Tengo que entrar.

Se detuvo en la puerta, esperando que nos marcháramos.

—¿No podemos entrar un momento para tomar una copa y charlar un poco? —le preguntamos, sin despegarnos de ella—. ¿Cómo te llamas?

—María —respondió.

Abrió la puerta y la seguimos sin esperar a que nos invitara. Era una casa pequeñísima, con dos habitaciones muy limpias. Tomamos asiento con toda naturalidad.

—¿Quién es capaz de saber nada sobre las grandes cuestiones de la vida? —dije, aparentando estar más bebido de lo que estaba—. Esas cosas acerca de Dios y todo lo demás. Son cosas fuera del alcance de un simple pescador.

Ella se puso a trajinar. Yo le eché una mirada a Víctor como diciéndole: «esta no va a ser fácil».

Llevábamos una botella de vodka y Víctor la puso sobre la mesa delante de nosotros.

—Traénos unos vasos, María —le pidió.

Los trajo y los dejó sobre la mesa, nosotros nos servimos.

Abandonó la habitación un momento y yo me incliné hacia Víctor y le dije en voz baja:

—Es una chica astuta, muy astuta. Tenemos que hacerlo mejor, si queremos atraparla. ¿Crees que se ha dado cuenta de que somos de la policía?

Antes de que pudiera contestarme, ella volvió y le dije:

—María, mira, se nos ha acabado el vodka. Sé buena y ve a buscarnos otra botella a la tienda, ¿quieres? —le rogué con una sonrisa.

Yo creo que en ese momento ya se había tragado la historia de que éramos marineros. Aceptó ir y le di dinero.

En cuanto salió, nos levantamos de un salto y empezamos a buscar la literatura. Miramos en los armarios, en las camas, en todas partes donde creíamos que la habría podido esconder. Pusimos buen cuidado en dejar las cosas en su sitio para no levantar sus sospechas. Yo habría preferido proceder como lo habíamos hecho en casa de su madre, pero esta vez teníamos que procurar que no se descubrieran nuestras intenciones. Víctor vigilaba en la ventana, mientras yo lo registraba todo. Pero no había literatura en ningún sitio.

—Siéntate, Sergei —me avisó Víctor—, que ya viene.

Entró ella, atravesó la habitación y puso la botella de vodka en la mesa. Observé que estaba más tranquila y tenía la seguridad de que se había creído nuestra historia. Le guiñé un ojo a Víctor. Empezamos a beber directamente de la botella y le conté que habíamos estado en el Japón y en Vietnam, que habíamos navegado a lo largo de las costas de California, de Canadá y de Hawai. Hice un relato maravilloso, adornado con multitud de detalles vivos y pintorescos. Víctor, que me oía inventar esa loca historia, casi no podía reprimir la risa. A su vez, también él se puso a hablar de los siete meses que había pasado en la mar. Su historia no estaba mal, pero me pareció que la mía fue mejor.

Nikiforov, con su habitual previsión, nos había provisto de un fajo de billetes, para que pareciera que acabábamos de desembarcar, con la paga de varios meses en el

bolsillo. Sacamos el dinero, para estar seguros de que ella lo veía.

—Tenemos un montón de dinero que nos quema los bolsillos y queremos pasarlo bien. ¡Venga, vamos a beber y a comer!

A continuación le conté que un día, en alta mar, había caído por la borda y por poco me ahogo. Viendo de cerca la muerte, me di cuenta de que en la vida tenía que haber algo más, y me puse a pensar en Dios. Pero ¿cómo encontrarlo?... esa era la gran cuestión que me preocupaba. A medida que avanzaba en mi historia, que no era más que una sarta de mentiras, Víctor podía a duras penas mantenerse serio.

—Al volver a puerto —proseguí—, se me ocurrió que había recibido una seria advertencia y que tenía que encontrar a Dios a toda costa.

Me volví hacia ella y le dije con la mayor sinceridad del mundo:

—Hemos buscado por todas partes, pero nadie puede hablarnos de Dios. ¿Sabes tú algo de Él? ¿Tienes libros, revistas o cualquier cosa que nos pueda ayudar a encontrar nuestro camino hacia Dios?

La cuestión estaba sobre el tapete. ¿Cómo reaccionaría ella? No era nada tonta.

—Si Dios os preocupa tan seriamente, ¿por qué estáis ahora bebiendo tanto? ¿Por qué no podéis vivir sin alcohol?

Me cogió a contrapié. Era una buena pájara. Pero ninguna mujer se iba a quedar conmigo. Así es que le respondí:

—Cuando uno se siente solo, el vodka es una buena compañía; pero si llegara a encontrar a Dios, yo sé que ya no necesitaría el alcohol, ¿no es cierto? Pero, ¿cómo encon-

trar a Dios? —me encogí de hombros—. Parece ser que nadie lo sabe.

Yo no hacía más que ofrecerle todas las oportunidades posibles para que me interrumpiera, diciéndome que era creyente o dándome literatura. Finalmente, acabé mi sentimental historia, diciendo:

—Daría mi brazo derecho con tal de conocer a alguien que me ayudara a encontrar a Dios o que me proporcionara literatura que me mostrara el camino.

Esperé. Víctor y yo la miramos. Ella se movió inquieta. ¿Iba a morder el anzuelo? «Ya está. La hemos cogido», pensé. «En cuanto saque la literatura, la detenemos, se la llevamos a Nikiforov y le regalamos los oídos contándole cómo la hemos pescado».

—Bueno, yo no tengo literatura, pero creo que, si continuáis buscando, acabaréis por encontrar a Dios.

Cambié una mirada con Víctor. Sabíamos que habíamos perdido la partida. Ya lo único que podíamos hacer era marcharnos. Con voz de borrachos, le dimos las buenas noches, le agradecemos el haber estado hablando un rato con nosotros y nos fuimos.

Una vez en la calle, Víctor comentó:

—Sergei, tu historia estuvo estupenda. Casi me convencen de que eres creyente. Has tenido suerte de que no te haya arrestado.

Me eché a reír; pero lanzando una maldición, dije:

—¿Qué le vamos a decir a Nikiforov?

Nos había dicho: «Tengo preparadas un par de celdas, para la madre y para la hija. Basta con que me traigáis un solo trozo de literatura, para detenerlas y hacerlas desaparecer». Las celdas de Nikiforov iban a permanecer vacías. Sabíamos que se iba a poner furioso.

Al regresar, le contamos toda la historia con gran ti-

midez. Al principio se le notaba que le hervía la sangre y, después, estalló de repente:

—Os habéis dejado engañar por una mujer estúpida.

No le entraba en la cabeza que hubiera podido suceder una cosa así.

Madame Annenchenko y su hija María habían escapado de caer en manos de Nikiforov aquella noche. Pero no estuvieron libres mucho tiempo. Fueron detenidas con no se sabe qué pretexto y enviadas a la cárcel de mujeres de Magadan.

—Kourdakov —me dijo un día Nikiforov—, tu equipo de operaciones especiales es uno de los mejores. Según los informes que me han llegado del cuartel general, puedo decir que el trabajo que realizáis aquí es mucho mejor que el que llevan a cabo la mayor parte de los equipos del país. Tu equipo es de los que están en cabeza.

Estas palabras me encantaron, pues este elogio venía a sumarse al hecho de que yo dirigía con éxito la más importante sección de la Liga de las Juventudes Comunistas de la Provincia, lo cual era muy provechoso para mi carrera. En la Unión Soviética, si alguien quiere prosperar, tiene que forjarse un sólido expediente sin ningún fallo. Eso es lo que yo trataba de hacer. Las palabras alentadoras de Nikiforov estimularon mi voluntad de destacar, y redoblé mis esfuerzos. Los muchachos respondieron haciéndose más brutales.

Una noche, en las afueras del sur de Petropavlovsk, atacamos a un grupo de creyentes que de algún modo habían sido avisados de nuestra incursión unos momentos antes de nuestra llegada. Cuando hicimos irrupción en la asamblea blandiendo nuestros garrotes, tres creyentes habían conseguido ya escapar y los demás lo estaban intentado. Los asaltamos con ferocidad, arrojándolos al suelo y

golpeándoles. Uno de ellos era un hombre de edad avanzada y cabellos blancos, que no podía moverse con rapidez. Alexander Gulyaev lo agarró y le hizo dar media vuelta.

—¡Muy bien, abuelito! —le dijo; el anciano empezó a mover los labios, recitando seguramente una oración—. ¡Quieres hablar a Dios! Yo te enseñaré cómo hablar a Dios. ¿Supongo que quieres unirme a Dios inmediatamente?

Lo sacudió con violencia, le dio un rodillazo en el estómago y le asestó un golpe de kárate en la nuca. Tres días más tarde el anciano murió a consecuencia de las heridas.

Nuestro equipo inventó ciertos refinamientos en sus métodos brutales. Empleábamos nuestra «técnica rápida», si deseábamos acabar pronto con una incursión y llevarnos los detenidos a la comisaría. Por el contrario, si queríamos que el entretenimiento se prolongara y disfrutar con esa diversión, utilizábamos nuestra «técnica lenta», burlándonos de los creyentes y jugando con ellos como si nos entrenásemos en boxeo o en judo.

Cuando nos dirigíamos a una incursión, Víctor me preguntaba siempre:

—¿Cómo lo vamos a hacer hoy?

Antes de responderle me lo pensaba un poco. A veces los chicos estaban de acuerdo y a veces no.

—Vamos a hacerlo de prisa —sugerían con frecuencia. Acabemos pronto y divirtámonos con las chicas.

La técnica rápida consistía principalmente en golpes de kárate y llaves de judo; Vladimir y Víctor, nuestros boxeadores, empleaban sus puños, sabiendo exactamente dónde y cómo pegar, de forma que liquidaban a un creyente con cada puñetazo. Después de haber acabado con todos, arrastrábamos a los jefes hasta el camión, pedíamos las tarjetas de identidad a los demás y apuntábamos sus datos; a continuación salíamos rumbo a la comisaría para de-

jar allí nuestro cargamento. Tan pronto como podíamos nos precipitábamos a un bar o a un club.

La técnica rápida era la que causaba a los creyentes las peores heridas. Dos mujeres murieron a causa de los malos tratos recibidos en una de nuestras incursiones. Me enteré de estas muertes con ocasión de haber sido citado como testigo ante el tribunal que juzgaba a una mujer porque no autorizaba a su hija para que llevase la insignia de la Liga de las Juventudes Comunistas. Se acusaba a esta mujer de ser una «contra-revolucionaria», una enemiga del Estado. El juez le preguntó por qué había adoptado aquella actitud. En su respuesta contó que una tía suya había muerto a consecuencia de unas heridas, después de haber sido golpeada en una reunión de la iglesia clandestina, cuando la asaltaron una «especie de equipo de atracadores al servicio de la policía» (así nos llamó). Y continuó diciendo:

—Me he hecho el propósito de que, si mi tía murió por su fe, al menos podré honrar su memoria robusteciendo mi propia fe; así es que no daré permiso a mi hija para que lleve la insignia de quienes han matado a mi tía.

Era ciertamente mi equipo el responsable de la muerte de su tía, porque éramos los únicos que actuábamos así.

El tribunal echó tierra a este asunto y no se instruyó ningún expediente. Pero aquello fue otra prueba de que varias personas habían muerto a causa de las palizas que les dábamos. A veces causábamos heridas más graves de lo que pretendíamos y por eso ocasionábamos muertes violentas o incapacidades permanentes. Y a veces también el cuchillo de Sergei Kanonenko había estado por medio.

Pero no sentíamos ningún remordimiento. Cuanto más sangrientas eran las expediciones, más nos felicitaba Nikiforov. Después de cada acción teníamos que hacerle un informe detallado, y con frecuencia nos acompañaba él mismo cuando buscábamos datos acerca de las personas

que habían asistido a las reuniones dispersadas por nosotros. Los informes sobre las heridas y las muertes eran enviados a Moscú, pero nunca recibimos la más mínima reconvención. No podía nadie echarnos en cara que éramos una banda de atracadores o de anarquistas que abusábamos de nuestra autoridad. Todos nuestros pasos los conocía Nikiforov, que era nuestro jefe inmediato, y también los conocían en el *Gorkom* y en Moscú. Teníamos pruebas de que Moscú estaba al tanto de aquellos informes, porque con frecuencia algún oficial de Moscú tomaba algún detalle contenido en ellos para comentarlo.

Con el tiempo nuestras incursiones se fueron haciendo más frecuentes y más violentas. Esto repercutió especialmente en los ancianos, a los que vapuleábamos y los lanzábamos como si fueran paquetes. No hacíamos distinción entre hombres y mujeres. Nikiforov nos repetía constantemente:

—¿Es que una mujer asesina es menos peligrosa que un hombre asesino?

Entendíamos, pues, que todos eran lo mismo. Nos íbamos hundiendo paso a paso en la amoralidad.

Empecé a vislumbrar que ese proceso de brutalización no se reducía a determinados compartimentos de mi vida. Todos mis pensamientos y todas mis actividades se iban impregnando de él. Observé que mi forma de dirigir la Liga era otra, y lo mismo mis relaciones con los oficiales y los cadetes que estaban a mis órdenes. Incluso algunos de mis hombres percibieron ese cambio. Uno de ellos me comentó un día:

—Sergei, te estás haciendo duro, ¿qué te pasa?

Esta observación me dejó de una pieza. «Sergei, ¿qué es lo que te ha pasado?», me pregunté. La crueldad y la insensibilidad que demostraba en nuestras expediciones se habían infiltrado en todo mi ser. Descubrí que no podía

desprenderme de ellas y reprimirlas después de una actuación policial con mi equipo.

Quizá donde más se advertía esa transformación era en mi actividad como jefe de la Liga de las Juventudes Comunistas. Antes, trataba siempre de ayudar a los jóvenes cadetes y aprovechaba mi situación para pasar por alto algunos de sus fallos, con el fin de no perjudicarles en su carrera, pero ahora me daba igual que expulsaran o no a un hombre, o incluso que su carrera quedara totalmente destrozada. Al principio, cuando esta falta de humanidad empezó a tomar cuerpo en mí, yo no era consciente de ello. Sin embargo, al poco tiempo percibí que me invadía un cierto malestar, aunque tan vago que no lograba definirlo. Disponía de muy poco tiempo para ponerme a meditar. Las incursiones tenían que continuar.

En los meses de verano del año 1970, los cristianos intentaron defenderse dividiéndose en pequeños grupos de ocho o diez personas; raramente eran más. Esta nueva táctica nos obligó a multiplicar las expediciones, para llegar a la misma cantidad de personas. Por otra parte, se habían hecho más prudentes. Solían situar a alguien fuera, en general un niño, para que avisara en cuanto notara algo sospechoso. A la más pequeña señal, hacían desaparecer las Biblias, la literatura y los aparatos en los que habían grabado emisiones religiosas de radios extranjeras. Había ocasiones en las que eran avisados con tanto tiempo por los centinelas, que cuando llegábamos, todos habían desaparecido.

Nuestras actividades iban siendo notorias en la ciudad y en la provincia. Dado que no había más de 250.000 habitantes en todo Kamchatka y los efectos devastadores y brutales de nuestras intervenciones, se empezó a hablar de nosotros entre la gente. Esta publicidad encolerizaba a Nikiforov, que siempre nos había recomendado cuidar que la

gente no se enterase de lo que hacíamos y procurar que no se dijera que en la Unión Soviética no existía la libertad de religión. Empezaron a llegar órdenes de Moscú para que no permitiéramos que nuestras actividades fuesen conocidas.

Había otro aspecto de nuestro trabajo que nos desalentaba: parecía que cuanto más enérgicamente atacábamos a los creyentes, más aumentaba su número. Nikiforov había calculado que había 30.000 creyentes en la provincia, sobre una población de 250.000 habitantes. De acuerdo con lo que nosotros habíamos visto, seguramente estaba en lo cierto. Yo había dirigido más de ciento cincuenta expediciones y raramente habíamos visto dos veces las mismas caras. Pero en bastantes incursiones nos encontramos con nuevos convertidos, viva evidencia de la habilidad que aquellos creyentes tenían para infestar a otros su veneno religioso.

Teníamos que aumentar el número de nuestras acciones policiales, si queríamos aplastarlos; esto nos creaba un serio problema de planificación. Nikiforov se vio precisado a colgar de la pared un tablero especial para programar las incursiones. Tuve muchas conversaciones con él, de pie ante el tablero, para organizar cada una de las salidas que íbamos a hacer. Con frecuencia yo le decía:

—No podemos realizar dos incursiones esta noche. Tendremos que dejar una para la próxima semana.

Naturalmente, esta proliferación de reuniones era muy provechosa para nosotros. Ganábamos nuestros veinticinco rublos por incursión, tanto si había ocho personas como si había veinte.

Otra cosa que notamos en 1970 era el aumento de gente joven entre los creyentes. En algunas de las reuniones encontramos incluso niños pequeños. Moscú se

alarmó por esta tendencia. Lo veían como un «fenómeno» peligroso que había que cortar.

A mí me impresionó este resurgir del interés religioso. Yo me consideraba buen conocedor de la juventud y creía comprender bien a la juventud soviética. Pero iba creciendo inexplicable y constantemente, cada vez más en las iglesias clandestinas sabiendo bien lo expuesto que aquello era para sus personas, sus carreras y su porvenir, si eran descubiertos. Se trataba de criaturas de nuestro Estado comunista y, sin embargo, ahora se inclinaban hacia la religión en gran número. Yo estaba maravillado por esta atracción que ejercía lo religioso. Natacha volvía insistentemente a mis pensamientos. Era una de las «nuestras», una joven soviética. ¿Qué había visto en la religión? ¿Qué había encontrado en Dios, que la había decidido a arros-trar nuestras brutales palizas?

El gran interés por Dios que mostraban los jóvenes también produjo una sacudida en Moscú. Jefes de la organización anti-religiosa tomaron el avión para Kamchatka y dirigieron seminarios especiales para enseñarnos a luchar contra aquella «tendencia altamente peligrosa». Según se deducía de sus conferencias, esa misma «tendencia peligrosa» era patente en otros lugares de la Unión Soviética.

Yo no podía evitar la comparación y el contraste entre aquellos jóvenes creyentes y los que yo trataba en la Liga. Mis jóvenes habían sido educados en el estilo de vida comunista, como yo mismo; desde su infancia se les había enseñado aquella doctrina, creían en ella y se entregaban a su causa con todo su corazón. Pero ahora comenzaban a ver la vida como en realidad es y a descubrir las contradicciones entre las promesas y esa realidad, por eso se hacían cínicos y duros. Con frecuencia se daban al alcohol buscando una evasión.

Compare esa vida vacía y estéril, llena de cinismo endurecido, y la vida de aquellos jóvenes que se habían apartado de ella para creer en Dios. El contraste saltaba a la vista, y empezaron a surgir en mí dudas y cuestiones que me laceraban.

CAPÍTULO XVIII

PALABRAS OBSESIONANTES

En julio de 1970 me encontraba en la sala de espera de la comisaría, junto con Anatoly Litovchenko, Vladimir, Víctor y dos o tres más de mis hombres. Estábamos haciendo guardia, en espera de noticias sobre la actividad de los creyentes, para poder ponernos en marcha inmediatamente. Nuestro tiempo se repartía entre las llamadas de emergencia y aquellas horas de guardia en la comisaría. Con frecuencia nos pasábamos allí muchas horas, que nos eran pagadas puntualmente.

Ese día, Nikiforov entró en la sala y dijo:

—Kourdakov, tú y uno de los tuyos bajad a quemar una parte de los papelotes que hay amontonados en el sótano.

Las incursiones se habían multiplicado tanto que habíamos acumulado gran cantidad de literatura confiscada a los creyentes. A primera vista, aquello parecía algo sin valor, casi patético. Estaba escrita en papel muy barato, pero siempre con la caligrafía más cuidada que yo había visto nunca. Mirando un día aquel montón de basura, exclamé:

—¿Cómo pueden tener tiempo para hacer otra cosa que no sea copiar esos papelotes?

—Seguro que tienen agujetas de escritores —comentó Víctor; y nos echamos a reír.

En aquellas cajas del sótano se podían encontrar las cosas más extrañas. Había historias, escritas a mano, que hablaban de Dios en términos sencillos, para que las pudieran entender los niños. Estaban destinadas a las reuniones de niños.

Le pedí a Vladimir Zelenov que viniera conmigo. Bajamos a la «habitación fría» destinada a despabilar a los borrachos. Aquel día no había allí ninguno. A un lado, cerca de una estufa de hierro, había tres grandes cajones de madera; dos de ellos estaban llenas hasta el filo.

—Enciende el fuego —le dije a Vladimir.

Metió un puñado de papeles, encendió una cerilla y les prendió fuego.

Con la puerta de la estufa abierta, empezamos a echar al fuego aquellos manuscritos. Aunque ardía muy bien, la habitación seguía estando fría y se me ocurrió beber algo para entrar en calor. Le pedí a Vladimir que fuera a traer algo de beber. Yo seguí echando literatura a la estufa y contemplaba cómo ardía, mientras pensaba que aquella basura solamente servía para eso.

«¿Qué podrían encontrar los jóvenes en aquella basura?», me pregunté. Me acordé de Natacha. De pronto se apoderó de mí una aguda curiosidad. Con frecuencia había echado un rápido vistazo a esa literatura, por mera curiosidad, mientras regresábamos a la comisaría. Había hecho intentos de leerla, pero nunca le había encontrado sentido. Solamente había visto historias de algunos personajes. Para mí eran como cualquier otro libro de historia, pero mucho menos interesantes. Pero ahora, vencido por la curiosidad de saber qué sería lo que ejercía tanto atractivo en Natacha y en los otros jóvenes, tomé uno de aquellos folletos y empecé a leer.

Era un trozo manuscrito del Evangelio de San Lucas, más o menos del capítulo once. Faltaban versículos. Me imaginé que había sido escrito de memoria y que el escritor no recordaba todos los versículos: había dejado unos espacios en blanco para completarlos más tarde. Mientras leía, me llamaron la atención algunas palabras. Eran como una oración. Entonces, oí los pasos de Vladimir, que regresaba con el vodka. Arranqué precipitadamente un par de páginas de aquel cuaderno de niño en el que estaban escritos los versículos y las metí en el bolsillo.

—Aquí está —anunció Vladimir, bajando las escaleras con el vodka.

Bebimos algunos tragos, arrojamos el resto de la literatura cristiana en el fuego y, cerrando la puerta de la estufa, nos subimos a la sala.

Aquella noche, en cuanto tuve ocasión, echado en mi litera de la Academia, desplegué aquellos papeles y me pase a releerlos. Jesús hablaba enseñándole a alguien cómo rezar. Me aumentó la curiosidad y continué leyendo. Aquello no era en absoluto un escrito antiestatal. Decía cómo ser mejores y perdonar a quienes nos han ofendido. Me pareció que aquellas palabras saltaban del papel y se me grababan en el corazón. Proseguí la lectura absorbido por las palabras amables de Jesús. Eran todo lo contrario de lo que yo había imaginado. Las orejeras de mi incompreensión, que habían sido como vendas en mis ojos, desaparecieron y las frases se inscribieron profundamente en mi ser. Era como si allí a mi lado hubiera alguien que me enseñaba aquellas palabras y me las explicaba. Me causaron un gran impacto. Las releí varias veces y me puse a meditarlas, perdido en lo que me parecía una maravilla. «Esto es lo que Natacha creía...».

Aquellas palabras se apoderaron de mi corazón. Me hallaba asustado e incómodo, como quien camina por una

senda desconocida. Leía y releía, lo dejaba y las palabras me asaltaban una y otra vez. Eran las frases que habían impulsado a Natacha a ser mejor y a ayudar a los demás. Me obsesionaban. Era un sentimiento totalmente nuevo para mí.

Durante los días y las semanas que siguieron, aquellas palabras de Jesús me acompañaban. No conseguía quitármelas de encima, por más que lo intentaba. Deseaba no haberlas leído. Todo había estado tan organizado en mi vida..., aquellas palabras lo perturbaban, porque hacían que brotaran dentro de mí unos sentimientos desconocidos, que ni entendía ni me los explicaba. Me guardé aquellas páginas y durante semanas no hice más que leerlas y releerlas. Consegua entender algunas cosas, pero luego todo se me hacía confuso e incomprensible. Era como estar en una playa, en medio de un torbellino de nubes, tratando de asirme a alguna cosa. Sabes que hay algo más allá, que hay algo en alguna parte, que puedes asirlo, que puedes conocerlo, pero se te escapa. No ves más que el torbellino de nubes.

Había algo en lo más profundo de mí mismo, una minúscula brasa de humanidad seguía con vida en algún sitio dentro de mí. La vida que yo llevaba no era la vida que había esperado llevar. Pegar a las ancianas no era la clase de vida que yo había soñado no hacía tanto tiempo, en mi primera juventud. Yo había creído con todo mi corazón en mi primera religión, el comunismo, y me había entregado a él sin reservas. Fue la primera cosa en la que tuve fe desde que lo descubrí en Barysevo. Pero ahora esa fe había desaparecido, hecha pedazos por las realidades de la vida tal y como la había visto. Nada satisfactorio había sustituido a aquella fe que antes mantuve.

Me hallaba en esta confusión de espíritu cuando llegaron mis vacaciones, a finales de julio. Tomé un avión desde

Kamchatka a Novosibirsk, y durante aquel vuelo comprendí que no podía seguir con la vida que llevaba. No tenía ni idea de a *dónde* me llevaría aquel cambio, solo sabía *de qué* deseaba cambiar. Tomé la decisión de escaparme de Rusia y alejarme de aquella vida. Había algo que me guiaba y me impulsaba a actuar de aquella manera.

Llegué a Novosibirsk y pasé por el cuartel general de la policía, dejando una dirección en donde podrían localizarme en veinticuatro horas, caso de que se produjera una emergencia militar. Después, sin autorización, tomé el avión para Moscú. Cuando llegué, fui a visitar aquel lugar sagrado que ya había visitado en otra ocasión: la tumba de Lenin. Mientras hacía cola en la inmensa Plaza Roja, recordaba la última vez que estuve allí, cuando tenía diecisiete años y me dirigía a Leningrado para comenzar una carrera llena de promesas de oficial de marina. Me detuve allí, lleno de optimismo, y me arrodillé ante el féretro de Lenin. Recé, pidiéndole a Lenin que me guiase y orientase en mi vida, que me diera sabiduría para alcanzar el éxito, y que los obstáculos fueran removidos de mi camino. Salí de allí reconfortado, mirando al futuro con esperanza.

Pero en esta ocasión, en julio de 1970, allí estaba yo de nuevo, con un sentimiento de respeto hacia Lenin. Había sido un hombre brillante. Muchas de sus enseñanzas eran buenas. Muchas de sus metas eran buenas: la igualdad de todos los hombres; la fraternidad de todos los pueblos; la ayuda y la promoción social de los menos dotados. Estas eran metas que me habían atraído y que fueron la causa de mi dedicación al Comunismo. Mientras pensaba estas cosas, la cola avanzaba y, cuando me vine a dar cuenta, me hallaba a muy poca distancia del cadáver. ¿En qué habían quedado para mí aquellas visiones de igualdad entre los hombres, de las que había hablado Lenin? ¿Era igualdad entre los hombres cuando yo le pegaba tan duramente a

una anciana que moría a los pocos días? ¿Era igualdad cuando una chica bonita era apaleada tremendamente dos veces? ¿A dónde habían ido a parar todos aquellos primeros sueños y visiones de una vida mejor? Permanecí allí de pie, en silencio, durante unos minutos, mientras en mi interior rugía la tormenta. «Camarada Lenin, ¿en qué momento se han desviado los hombres de tus enseñanzas? ¿Qué es lo que ha fallado?».

Cuanto más me preguntaba qué había ocurrido con aquellas promesas, más invadía mi interior un sentimiento de agonía. ¿Qué era lo que se había roto en aquel futuro para el que vivíamos? ¿Cómo habían podido los hombres haber falseado tanto las buenas enseñanzas de Lenin? Yo confiaba en que, de alguna manera, la proximidad de Lenin me ayudaría a comprender y a calmar la tempestad que se había desencadenado en mi corazón. Pero no notaba nada.

—Avance —murmuró alguien, y yo di media vuelta y salí de la tumba de Lenin por última vez.

Estuve deambulando errante y solo por las calles de Moscú, desilusionado, maltrecho por dentro. A pesar de mi estado de total confusión, me determiné a abandonar Rusia y a marcharme lo más lejos posible. No sé por qué quería abandonar Rusia. Lo único que sé es que estaba profundamente desilusionado y era desesperadamente infeliz, y que había algo que estaba terriblemente mal.

Me fui a Lvov y me alojé en casa de uno de mis amigos ucranianos que había conocido en Petropavlovsk. Me compré una escafandra autónoma en el mercado negro e hice el proyecto de irme al río Tisza, que es frontera entre la URSS y Hungría, y escaparme a este país nadando bajo el agua. A continuación me proponía atravesar Hungría hasta llegar a un río que fluye hacia Austria, utilizar otra vez la escafandra y salir pasada ya la frontera. Me había

provisto de divisas húngaras y estaba preparado para marchar. Era un plan insensato, pero tenía que escaparme como fuera.

Me despedí de mi amigo en Lvov y me dirigí a uno de los pueblecitos de la frontera húngara. Tomé un taxi y le expliqué al chófer que había visto el extremo oriental de Rusia en Siberia y que ahora tenía el deseo de ver el extremo occidental. Le pareció bien lo que le conté y me llevó hasta la frontera. Le dije que ya encontraría la manera de regresar. Podía ver Hungría al otro lado del río; aunque aquello era también territorio comunista, la frontera estaba estrechamente vigilada por patrullas. Me dije a mí mismo que aquella frontera no estaba precisamente para impedir que los húngaros entraran en Rusia...

Con solo mirar una vez aquel escenario, las patrullas constantes, los puestos de vigilancia, comprendí que mi proyecto de escapar por el río era irrealizable. A distancia me había parecido buen plan, pero sobre el terreno lo vi imposible. Algo en mí mismo me decía: «¡No lo hagas!». Así es que abandoné el proyecto, me deshice de la escafandra y tomé el tren que me llevaría a Lvov.

Concebí otro plan: fui en avión a Bakú, seguí a Yerevan, capital de la Armenia rusa. Una vez en Yerevan, tomé un autobús que recorrió los pueblos de la comarca cercanos a Turquía. Llegué hasta el último pueblecito, al final del trayecto y me puse a andar hacia la frontera. Podía ver a los soldados al otro lado de la frontera, en un pequeño pueblo turco. Pero por el lado soviético había soldados en todas partes. Durante toda la noche estuve esperando vigilante, pero la frontera siguió intensamente patrullada. Por allí tampoco había salida. Mis dos intentos de emprender una nueva vida habían fallado.



CAPÍTULO XIX

LA ÚLTIMA INCURSIÓN

—¡Bienvenido, Kourdakov! —exclamó Nikiforov cuando entré en la comisaría a mi regreso de Vacaciones.

«Si supiera lo que he estado tramando, me gustaría ver qué bienvenida me daba».

—Me alegro de volverte a ver —me dijo—. Te tenemos preparado un montón de trabajo. Te daremos ocupación pronto. Apuesto a que te vendría bien un poco de dinero, ¿no?

Pronto estuve otra vez metido en las incursiones. Los grupos pequeños de creyentes estaban compuestos en su mayoría por gente joven. En los interrogatorios, confesaban que se habían convertido recientemente. Nikiforov estaba muy preocupado, y alarmado por la avalancha de consignas que seguían llegando de Moscú,

Durante esas incursiones no hubo facilidades ni muestras de simpatía por mi parte hacia los creyentes. En realidad, me mostraba más irascible que antes porque me sentía insatisfecho y a disgusto. Mi actitud con mis hombres y con los creyentes era adusta y cortante. Las últimas intervenciones que tuve fueron las más crueles de todas. Había algo que me empujaba a manifestarme así. No comprendía lo que me estaba pasando y desahogaba mis frustraciones y

mi animosidad contra todo lo que se me ponía por delante.

La tarde de un viernes de octubre de 1970 recibí una llamada de Nikiforov.

—Kourdakov —comenzó—, quiero que estés aquí el domingo a las doce y media. Trae a cuantos hombres puedas.

Llamé a mis hombres y les dije que estuvieran en sus habitaciones sin falta el domingo a las doce, que yo pasaría a recogerlos con el camión de la policía.

El domingo a las diez me presenté en la comisaría para hablar con Nikiforov y para enterarme del sitio donde tendría lugar la reunión.

—¿Cuántas personas se estima que habrá? —pregunté.

—Quince o dieciséis —me respondió.

Me quedé sorprendido, porque hacía tiempo que no habíamos encontrado tantas personas juntas en una reunión de la iglesia clandestina. Pero podía disponer de diez hombres, además de yo mismo, y no habría problemas.

—Esta vez tendrás que actuar de manera diferente, Kourdakov. Según nuestras informaciones, los creyentes se van a reunir para rezar desde el mediodía hasta las dos y después tendrán la reunión habitual. Quiero que envíes un poco más temprano a un hombre con una grabadora, para que recoja sus oraciones y podamos enterarnos de lo que dicen.

Me manifestó que la policía sospechaba que los creyentes se servían de sus oraciones para encubrir sus planes de sublevación contra el Estado.

«Si Nikiforov quiere una grabación de esas oraciones, la tendrá», me dije.

Le ordené a Yuri que estuviese en el lugar de la reunión a las doce y media, treinta minutos después de empezada la reunión para rezar. Debería llevar un magnetofón de pilas y acercarse lo más posible, para grabar todo lo que

ocurriera allí dentro. Los creyentes se iban a reunir en una casa de baños grande, que estaba adosada a una casita pegada a la colina. En la parte de atrás de esa casa no había ninguna vivienda ni había ventanas en la pared del fondo. Desde dentro era imposible advertir que alguien se acercara por detrás, bajando desde la colina.

Dejé allí a Yuri y me fui a hacer la ronda para recoger a mis otros hombres. En aquellos momentos no sospechaba en absoluto que aquella sería mi última incursión.

A las dos nos acercamos silenciosamente a las proximidades del lugar donde estaba teniendo lugar la reunión y estacionamos el camión de la policía, que no llevaba ningún distintivo, a una cierta distancia. Descendimos de él y empezamos a subir la colina para aproximarnos a la casa por la parte trasera. Situé a dos hombres en la calle, delante de la casa, para que hicieran circular a toda persona que se sintiera atraída por los gritos.

Conforme bajábamos la pendiente por el otro lado hacia la casa, que estaba cerrada a cal y canto, pudimos ver a Yuri en su tarea. Llevaba noventa minutos grabando en el magnetotón las voces apagadas de los creyentes en oración. Estas oraciones serían escuchadas una y otra vez en Moscú. Permitirían estudiar las actitudes y los pensamientos de los creyentes, con el fin de poder combatirlos con mayor eficacia.

Vi al pobre Yuri allí de rodillas; me atrevería a apostar cualquier cosa a que era la primera vez que Yuri asistía a una reunión de oración... y se había pasado casi dos horas arrodillado. Avanzamos en silencio uno detrás de otro hacia el edificio.

Nos detuvimos en la puerta, mis hombres tras de mí, esperando que les diera la señal de atacar. De pronto grité:

—¡Ahora!

Y asaltamos el local. La puerta estaba cerrada con llave, era evidente que no nos esperaban, y les caímos encima. Tal y como el informador había dicho, había quince o dieciséis creyentes en aquel local, sentados y apretujados los unos contra los otros a causa de la escasez de sitio. Los habíamos sorprendido en medio de la oración.

Vladimir Zelenov alargó la mano, se apoderó de una Biblia que tenía un creyente y la desgarró en dos pedazos. Una de las mujeres exclamó:

—¿Por qué? ¿Por qué hacéis eso?

Era el grito de un ser profundamente herido; a Vladimir le molestó y le largó un puñetazo en la cara. Fue un golpe profesional, bien colocado y que habría podido aplastar a cualquier hombre, tanto más a una mujercita tan frágil, que rodó contra los otros creyentes y se derrumbó en tierra con el rostro cubierto de sangre.

Los gritos rasgaban el aire mientras mis hombres se entregaban a su trabajo. Yo reduje mi garrote a su mínimo tamaño, para poder manejarlo con mayor soltura en aquel espacio tan pequeño. Las cachiporras y los puños volaban, y los gritos de los creyentes nos desgarraban los tímpanos: unos gritaban presos del terror y otros gritaban cuando los porrazos caían sobre ellos.

Vi a una anciana pegada a la pared con una expresión de horror en el rostro y los labios temblando en oración. El ruido me impedía oír sus palabras. Aquella oración me llenó de cólera, caí sobre ella con el garrote en alto, dispuesto a machacarla. Ella me vio y se puso a rezar con voz más alta. Me detuve a escuchar lo que decía, más por curiosidad que por otra cosa. Tenía ya el brazo levantado, dispuesto a golpearle la cabeza con la cachiporra, cuando capté sus palabras:

—Dios mío, perdona a este joven. Muéstrale el buen camino. Ábrele los ojos y ayúdale. Perdónale, Dios mío.

Me quedé petrificado. «¿Por qué no pide ayuda para ella misma, en vez de pedirla para mí? Ella es la que va a recibir el golpe de gracia». Me enfureció el hecho de que ella, que no era nadie, se permitiera rezar por mí, Sergei Kourdakov, jefe de la Liga de las Juventudes Comunistas. Con un movimiento de rabia, agarré con más fuerza el garrote y me dispuse a aplastarle la cabeza. Quería pegarle con todas mis fuerzas para acabar con ella. Entonces se produjo una de las cosas más extrañas. No puedo describirla bien. Alguien me agarró por la muñeca y dio un tirón hacia atrás. Me quedé estupefacto. Me hizo mucho daño; y no era pura imaginación. Alguien apretaba de verdad mi puño con tal fuerza que me lastimaba. Pensé que se trataría de un creyente y me volví para golpearle. ¡Pero allí no había nadie!

Miré detrás de mí. Nadie había podido cogerme el brazo y, sin embargo, alguien me había agarrado. Todavía sentía el dolor. Me quedé confundido. La sangre se me subió a la cabeza. El miedo se apoderó de mí y sentí un escalofrío. Aquello sobrepasaba las luces de mi razón, era desconcertante, irreal. En aquel momento me olvidé de todo. Arrojando el garrote, salí corriendo, la sangre laténdome en las sienes y un sofoco subiéndome a la cabeza y al rostro. Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas.

Desde que tenía cuatro años no recordaba haber llorado más que en una ocasión. Ni siquiera lloraba cuando Tío Nichy me daba aquellas brutalísimas palizas en el orfanato. Me consideraba a mí mismo demasiado duro para llorar. Me había jurado que nadie conseguiría nunca hacerme llorar. El llanto era signo de debilidad. Pero ahora, mientras corría huyendo de aquella escena alucinante, iba llorando a mares. Las lágrimas me empapaban la cara. Estaba obnubilado, perdido. Los acontecimientos me habían descabalado. Corría, me ponía a andar, volvía a correr y

era incapaz de pensar. Pasaron las horas. De lo único que me acordaba era de que había corrido y había llorado. Caminando sin saber donde estaba, perdí la noción del tiempo. Cuando por fin logré serenarme era ya de noche.

Entonces regresé despacio a la comisaría. Eran aproximadamente las nueve de la noche. No hice más que entrar y Nikiforov exclamó:

—Kourdakov, ¿de dónde vienes?

Más que una pregunta era un reproche.

—Tenía que pensar un montón de cosas —repliqué—, y he llegado a la conclusión de que tengo que abandonar esta clase de trabajo.

La expresión de cólera que había visto en su rostro dejó paso a una expresión preocupada. Me miró unos momentos y dijo con voz menos áspera:

—Sergei, lo que te pasa es que estás agotado. Vete a descansar un poco.

—De ninguna manera; yo he...

—Estás cansado —me cortó—. Vete a descansar y hablaremos más tarde.

Unos días después, Nikiforov me llamó a la Academia naval para que dirigiera una incursión contra la iglesia clandestina. Tartamudeé, buscando una excusa, y le dije honestamente:

—Estoy muy ocupado con mis estudios. Pronto tendremos exámenes. Esta noche no puedo ir.

Nikiforov se quedó cortado un momento. Era la primera vez que me negaba a hacer una incursión. No dijo nada y colgó.

Algunos días más tarde, otra vez estaba Nikiforov al teléfono. Me dijo que tenía que presentarme con mis hombres en la comisaría aquella misma noche.

—No puedo. Tengo que preparar una reunión de la Liga —le respondí.

Pasaron varios días y me volvió a llamar.

—Tengo que acabar mis estudios. Me voy a graduar pronto y además tengo cosas que hacer como jefe de la Liga. Me falta tiempo para seguir trabajando con la policía.

—Hablaré contigo más tarde —dijo, colgando.

Me sentí aliviado. Quizá todo había terminado. Había organizado más de ciento cincuenta incursiones contra las iglesias clandestinas durante los dos últimos años, una media de una cada cinco o seis días.

Comprendí que estaba soportando un peso psicológico cuya naturaleza no alcanzaba a descifrar. Era como si mi corazón se hubiera convertido en una roca pesada que me aplastaba. En mi vida había algo que se había trastocado. Pero no lo comenté con nadie.

Unas dos semanas después, hacia primeros de noviembre, cuando la asamblea ordinaria del Partido Comunista en Petropavlovsk, tuve que confeccionar un informe, para los superiores del Partido sobre mi trabajo como jefe de la Liga de las Juventudes Comunistas. Tenía hecho un buen informe. Me había entregado por entero a mi trabajo en la Liga y mi organización era de verdad la mejor de la provincia. Citaba hechos, cifras, datos y proyectos para los meses siguientes. Tenía motivos de sobra para esperar toda clase de felicitaciones. Ante mi sorpresa, fue todo lo contrario. En cuanto acabé de hablar, un camarada se levantó y me preguntó:

—Camarada Sergei, ¿por qué ya no trabajas para la policía?

Se oyó una voz que protestaba:

—¿Que no trabaja para la policía? ¿De dónde sacas eso?

El primero respondió:

—Me lo ha dicho un pajarito.

Al oír las risas, me di cuenta de que aquello era una farsa montada por Nikiforov, para forzarme a reemprender mis actividades con la policía.

El presidente aparentó estar sorprendido, se inclinó hacia mí y me dijo:

—¡No puedo creer a mis oídos! Sin embargo es un trabajo estupendo, con pocas horas de dedicación y una buena paga. ¿No es verdad, camarada Sergei?

—Exactamente —le respondí.

También me ha dicho un pajarito que te niegas a zurrarles a los *religiozniki* —afirmó el primero que había hablado.

—¿Es cierto eso? —me preguntó el presidente.

—Así es, señor —repuse.

—Bien —replicó—, a mí me parece que quien renuncia a un trabajo como ese está mal de la cabeza. ¿Por qué lo has dejado? —me preguntó.

Este acoso inesperado, a continuación del excelente informe que yo había presentado sobre la Liga de Jóvenes, me cogió por sorpresa, me descuidé y dejé traslucir mis sentimientos, cosa que me había propuesto no hacer jamás.

—Camaradas —dije—, empecé a ser un activista y a funcionar como jefe cuando era Octubrista a los ocho años. He servido bien al Partido y deseo continuar sirviéndole bien. Pero he estudiado el libro guía del Partido y la constitución de la URSS. Dicen que somos hermanos de todos los hombres. Por consiguiente, no puedo pegarles. Es cierto, no he pegado a los *religiozniki* en la última incursión. De acuerdo con nuestras enseñanzas, son nuestros hermanos. ¿Cómo podría pegar a mis hermanos? ¿Cómo podría continuar haciéndolo? Por supuesto, esos creyentes nos plantean problemas, pero esto no quiere decir que tengamos que pegarles y tullirlos...

El presidente me cortó en seco la palabra:

—Camarada Sergci, hace años que no ha pasado por la Academia naval un jefe tan eficaz como tú. Eres todavía muy joven y tienes mucho que aprender. Esos *religiozniki* no son nuestros hermanos. Son como asesinos. Matan el espíritu de nuestros jóvenes. Con sus creencias ponzoñosas destrozan a las gentes. Tenemos que limpiar a nuestro país de esa gente. Esa piedad que sientes es una infección, ni más ni menos. Esos creyentes son los que perturban a nuestro pueblo y lo soliviantan. El Gobierno se ve obligado a gastar sumas enormes para luchar contra ellos; con ese dinero se podría construir nuestro país y ayudar a nuestro pueblo. Esa gente que actúa desde dentro puede hacernos mucho daño minando la fe que nuestro pueblo tiene en el Comunismo, sustituyéndola por una fe en un cierto Jesucristo imaginario.

Siguió hablando hasta que su voz llegó a la estridencia. De repente, adoptó un tono más suave.

—Eres un joven jefe comunista. Cuando nos hayamos desecho de esa gente, el trabajo que ahora haces ya no será necesario.

«Por la manera como los creyentes difunden su fe, yo estaré muerto y enterrado antes», pensé.

—Nuestro Comité central nos ha confiado ese trabajo y tenemos que hacerlo —me insistió el presidente.

—Si eso es así —le repliqué—, encárgueselo usted a otro, no a mí.

En el silencio que se hizo se oyó una voz:

—Que se vaya. Es un jovenzuelo ingenuo. Su comportamiento anterior es perfecto. Dadle un poco de tiempo. Ya cambiará.

Así es que estuvieron de acuerdo con relevarme de mis actividades policiales y me autorizaron a continuar con mi

trabajo como jefe de la Liga de las Juventudes Comunistas en la Academia naval.

Salí de allí precipitadamente. Conforme salía, oí sus comentarios: «Es joven todavía. Tiene un gran porvenir ante él. Dadle tiempo. Volverá a ver claro nuestro camino».

Normalmente esa actitud mía tendría que haber despertado sospechas y habría debido ser vigilado, pero yo no me enteré de que esto ocurriera. Probablemente se habían convencido de que yo estaba muy ocupado. Mi hoja de servicios siguió sin tacha.

Volví a mis estudios, que ya llegaban a su fin. Pronto sería nombrado aspirante a segundo teniente de la marina soviética. Continué con mi trabajo de jefe de la Liga, pero cada vez me sentía más descontento y más desgraciado.

Alrededor del día uno de diciembre, recibí la orden de presentarme a Nikiforov en su despacho. Cuando llegué, me encontré con que también estaba allí Azarov, el jefe del KGB que fue el primero en tomar contacto conmigo. Pensé que me iban a sermonear.

—Toma asiento, Sergei —me dijo Nikiforov, intentando crear una atmósfera distendida—. ¡Sergei, te has vuelto verdaderamente loco! —manifestó—. Tienes una gran carrera de policía por delante y la rechazas para irte a la mar. ¿No te das cuenta de que vas a pasarte la mitad de tu vida en compañía de los peces? ¿Qué futuro hay en eso?

A continuación adoptó un tono caluroso y amigable:

—Debes ser razonable, tienes una gran carrera en la policía. Has llevado a cabo un trabajo excelente con nosotros. Reúnes todas las condiciones que necesitamos.

Mientras me hablaba, yo miraba a Azarov, pues estaba seguro de que él había ordenado esta conversación.

—Eres la clase de hombre que necesitamos. La policía te necesita más que la marina. Mira, esto es lo que te pro-

ponemos —dijo haciéndole una seña con la cabeza a Azarov—. Te vamos a ascender de lugarteniente a teniente. Te enviaremos a la Academia de policía del distrito de Tomsk.

Era esta una Academia célebre, destinada a la crema del KGB. La mayor parte de los mejores oficiales de policía de la URSS había pasado por ella. Quienes salían diplomados de Tomsk eran destinados a los puestos más elevados del sistema policíaco soviético.

Nikiforov proseguía y, evocando mi «experiencia especial» con los creyentes, me explicó que en Tomsk yo sería particularmente formado «para ocuparme de los creyentes». Yo sabía lo que eso significaba. La cabeza me daba vueltas. ¡La Academia de Tomsk! Solo un ruso puede saber lo que esa promoción representaba. Azarov era ejemplo de ello. No tenía más que unos treinta años y ya era uno de los jefes del KGB. Y yo tenía la posibilidad de superar a Azarov. Lo sabía. Al año de estar en Tomsk ascendería un grado, de teniente pasaría a ser capitán, después comandante. A los cuatro años, cuando yo tuviera veinticinco, yo sabía sin duda alguna que podría ser uno de los jefes de la policía secreta, encargado de «ocuparme de los creyentes». A partir de ese momento mi ascensión no tendría límites. Quienes sirven ciegamente al sistema pueden llevar una vida estupenda. Yo lo había podido comprobar. Podría tener una villa, un automóvil y mucho dinero.

Todos estos pensamientos pasaron por mi cabeza como un relámpago conforme Nikiforov me hablaba: el Estado necesitaba gente como yo y sabía recompensar con generosidad.

Entonces Azarov intervino por primera vez:

—Conocemos tu expediente, camarada Kourdakov. Es irreprochable, es perfecto para este trabajo. Tienes una experiencia estupenda con los creyentes. Necesitamos especialistas para este trabajo. Estás destinado a llegar lejos.

«En efecto, si miran mi expediente, lo verán irreprochable. Pero si pudieran mirar en mi corazón, verían una profunda insatisfacción».

Los escuché hasta el final, después les agradecí la oferta maravillosa que me hacían y les pedí que me concedieran unos días para reflexionar, puesto que iba en ello mi carrera.

—Lo comprendemos —convino Nikiforov—. Volveremos a hablar dentro de poco.

—Camarada Kourdakov —terció Azarov en un tono solemne y hablando despacio—, el Estado ha invertido mucho en ti, ha invertido mucho, y esperamos mucho de ti. No lo olvides.

Yo sabía lo que Azarov quería decir. Estaba atrapado y nunca podría soltarme. Les volví a dar las gracias a los dos y me marché. Regresé a la Academia naval perdido en un mar de confusiones.

La mayor parte de los oficiales de carrera habrían dado su brazo derecho por recibir la oferta que a mí acababan de hacerme. Durante casi toda mi vida me había servido de estímulo la divisa: «¡Adelante! ¡Adelante!». Ahora se me ofrecía la mejor oportunidad de toda mi vida. Pero me parecía sin contenido. En lo profundo de mi corazón yo sabía que nunca podría servir al sistema que había matado a mi padre y que me había convertido en una fiera embrutecida, que apaleaba a mujeres y a creyentes inofensivos.

Si aceptaba, me convertiría en un instrumento en manos del Estado para perseguir a los creyentes. Nikiforov me había dejado bien claro que yo estaba destinado a ese trabajo. No había la menor duda. No podía hacerlo.

Unos días más tarde comuniqué mi decisión a Nikiforov. Farfullando las palabras, me dijo:

—Vete a pasar algunos meses con los peces en el mar; cuando regreses, volveremos a hablar.

Me di cuenta de que el KGB no me dejaría tranquilo hasta que aceptara. «Cuando regreses...». Estas palabras sonaban en mis oídos. En el fondo de mi corazón yo sabía que no regresaría... no regresaría para eso.

Con mi decisión firmemente tomada, me entregué de lleno a mis estudios y a mis deberes de jefe de la Liga, esperando impaciente el momento de salir a la mar. En enero de 1971 obtuve en la Academia el grado de oficial de radio: aspirante segundo teniente Sergei Kourdakov de la marina soviética. Inmediatamente me destinaron al servicio en la mar y me embarqué en un destructor soviético.

Estuvimos mes y medio embarcados y después regresamos a la base naval para pasar allí dos semanas. Fui a visitar a un amigo mío que trabajaba en la oficina desde la cual los oficiales recibían los destinos. Solicité que me destinaran a un barco que hiciera el servicio a lo largo de la costa de los Estados Unidos. Le dije a mi amigo:

—He estudiado para oficial de radio, pero necesito adquirir experiencia. Desearía trabajar en la flota que opera frente a la costa de los Estados Unidos, porque allí hay una continua actividad transmitiendo información procedente de América y así adquiriré rápidamente mucha experiencia.

—Eso no es lo habitual —me dijo—. Pero por ti, Sergei, lo podremos hacer.

Permanecí dos semanas en el puerto y después fui destinado como oficial de radio a bordo de un submarino que hacía el servicio a lo largo de la costa de los Estados Unidos. Me embarqué el 4 de marzo de 1971 y miré por última vez a mi querida tierra natal; era una mañana gris y fría. A partir de aquel momento iba hacia la muerte o hacia la libertad, pero jamás regresaría para servir al sistema o para convertirme en otro Nikiforov. Para cualquier otro hombre había más posibilidades de elección: podría vivir en la URSS, desinteresarse todo lo posible del sistema y

llevar una vida más o menos honesta. Pero ese no era mi caso. Yo formaba parte del sistema, que me había puesto la zarpa encima.

Si volviera a la URSS tendría que ponerme al servicio de la policía por entero. Tanto Azarov como Nikiforov me lo habían dicho claramente. Y ahora que había comprobado lo que ese sistema había hecho a mi pueblo y a mi país, jamás podría ponerme a su servicio. Soy ruso. Amo a mi país, amo a mi pueblo, que es noble, afectuoso y generoso. Al alejarme de él, iba obsesionado por esos pensamientos contradictorios.

Nuestro submarino navegó a lo largo de las costas de Corea y de Japón, después se dispuso a atravesar la gran extensión del Océano Pacífico hacia los Estados Unidos. En cierto sentido, era para mí un honor haber sido destinado como oficial a bordo de un submarino, porque estos oficiales constituían lo más selecto de toda la marina soviética. Solo quienes tenían un expediente irreprochable eran seleccionados, pues tenían acceso a secretos militares y manejaban armas nucleares capaces de desencadenar una guerra. A pesar de esto, habría preferido no servir a bordo de un submarino, porque a partir de un submarino no podía llevar a cabo con éxito mi plan de evasión.

A medida que las semanas y los meses pasaban, yo esperaba confiado, cumpliendo mientras tanto concienzudamente mi trabajo. A mediados de junio, me enteré de que el dragaminas *Iván Sereda* estaba por aquellas latitudes y necesitaba un oficial de radio. Mi capitán me informó de que iba a ser trasladado en plena mar para ocupar ese puesto. Mi alegría fue enorme... las cosas empezaban a arreglarse. Salimos a la superficie el 25 de junio cerca de Hawai: y fui transferido al *Iván Sereda*.

Ahora navegaba en un barco de superficie. Pasamos frente a Hawai y pusimos rumbo a San Diego, donde nos

acercamos a tierra. Después seguimos hacia el norte a lo largo de California, hacia un punto frente a Los Angeles. Parecía que todo iba a favorecer mi evasión. Estábamos a algo más de doce millas de la costa, al borde de las aguas jurisdiccionales. Entrada la tarde, recogí unos trozos de madera y los ensamblé para fabricar una pequeña balsa improvisada. Tenía el proyecto de, ya en plena noche, echarla por la borda con alimentos Y con agua. Penetraría en las aguas jurisdiccionales de los Estados Unidos y haría señas a cualquier barco americano que pasara cerca. Acabé la balsa y la escondí cuidadosamente.

A lo lejos podía ver las luces de Los Angeles en el horizonte. Tenía la libertad al alcance de la mano. Pero debía relevar el servicio y hacerme cargo de las funciones del operador de radio. Aquella noche, como no hacía más que pensar en la libertad que me esperaba a solo unas millas de distancia, hice mi trabajo maquinalmente. Recibí entonces aviso de que nos iban a enviar a los pocos momentos un mensaje de Moscú. Me puse a transcribir el mensaje con un lápiz. Me quedé atónito. Apenas si podía escribirlo correctamente, a causa del impacto que aquel mensaje producía en mis planes. Decía que uno de nuestros pescadores soviéticos, un joven lituano llamado Simas Kurdika, había saltado de un barco de pesca con la intención de alcanzar a nado un navío americano a lo largo de Nueva Inglaterra, el 23 de noviembre de 1970. El mensaje añadía que, al intentar buscar la libertad, había traicionado a la Unión Soviética y, en consecuencia, había sido condenado a diez años de prisión.

«Es verdad, ¡qué imbécil he sido al no acordarme de Kurdika!», reflexioné. Cuando intentó escapar, yo había oído hablar de ello, pero metido en mis planes, lo había olvidado. Ahora, los comentarios sobre su condena precisamente en la víspera de mi evasión, me perturbaron y el

miedo me sobrecogió. Recordé que, por entonces, nos dijeron: «El Gobierno de los Estados Unidos ha colaborado plenamente con la marina soviética y nos ha devuelto a Kurdika en el acto. Ahora está bajo nuestra custodia».

Toda la marinería soviética fue informada de que aquella extradición era parte de un nuevo convenio entre los Estados Unidos y Rusia, por el que los Estados Unidos devolvería todo marinero ruso que intentara huir, como habían devuelto a Kurdika. Por entonces, me pregunté con perplejidad qué clase de país libre podía ser América, que había concluido un acuerdo para devolver a cualquiera que intentara buscar la libertad.

De pronto me enfadé conmigo mismo por haberme olvidado de Kurdika y haber casi caído en el mismo error que él cometió. Acordándome de la pequeña balsa, que me podía traicionar si la encontraban, estuve todo el rato de mi guardia con el alma en vilo. En cuanto quedé libre de servicio, me lancé al lugar donde la había ocultado. Con gran alivio comprobé que nadie la había visto; la desmonté y repartí los trozos de madera por todas partes. Aquella noche, apoyado en la baranda, miraba titilar las luces de Los Angeles y me preguntaba: «¿Por qué los americanos rechazan a un hombre que busca la libertad?». (Tiempo más tarde me enteré de que un almirante americano fue quien había puesto a Kurdika en manos de los rusos, sin consentimiento del Gobierno americano, que no era partidario de actuar de esa manera).

Contemplaba aquellas aguas tan tibias, tan acogedoras. Ahora tendría que ser Canadá. No podía ser ya Estados Unidos.

CAPÍTULO XX

EN BUSCA DE UNA VIDA NUEVA

Pusimos proa al norte, hasta llegar a un punto frente a la base aérea de Vandenberg, en la costa de California. Poco después recibí la noticia de que iba a ser trasladado a otro dragaminas, el *Kolivan*, que formaba parte de la enorme flota soviética que operaba a lo largo de las costas de los Estados Unidos.

Conforme los días iban pasando y el mes de julio dejaba entrada al de agosto, yo pensaba mucho en Simas Kurdika y en lo que podría suceder: diez años de cárcel en el mejor de los casos. Una vez que el juicio se celebrara, los soviéticos sabían que el mundo se olvidaría de Kurdika y podrían dejarlo en la cárcel para siempre... o podía sufrir un «accidente» en prisión.

Si aquella era la suerte que podía correr un simple pescador, ¿qué me podría suceder a mí, oficial de la marina y jefe de las Juventudes Comunistas? Yo sabía bien lo que me ocurriría. Me matarían antes de llegar a la URSS, si era descubierto o si me capturaban.

Cada día que nos acercábamos a las costas de Canadá, más se aproximaba para mí el momento de escoger entre la vida o la muerte. Y ya no habría ocasión de dar marcha atrás. Estábamos ya frente a Canadá, fuera de sus aguas ju-

risdccionales, y nos detuvimos algún tiempo ante Vancouver. Entonces recibimos órdenes de reunirnos con el dragaminas *Shturman Elagin*, y me informaron de que otra vez iba a ser trasladado al puesto de oficial de radio en ese barco. La transferencia se efectuó delante de Vancouver y el *Elagin* se dirigió inmediatamente hacia la isla Amchitka, en la costa de Alaska, donde se iban a llevar a cabo unas pruebas nucleares americanas.

Cuando digo «pesquero», utilizo el término que se empleaba en la marina soviética. En realidad, si los barcos en los que yo estuve hubieran descado pescar, los peces se habrían visto obligados a nadar muy deprisa y saltar ellos mismos a cubierta. Navegábamos a mucha velocidad y no nos preocupábamos en absoluto de la pesca.

Durante esos días de navegación, la mayor distracción que yo tenía era sintonizar la emisora La Voz de América y escuchar lo que estaba sucediendo en el mundo. La había escuchado muchas veces cuando estaba todavía en Rusia, y sabía que gran parte de los ciudadanos rusos y de los cadetes en la Academia hacían lo mismo. Era peligroso, pues si lo cogían a uno podía ser severamente castigado. Pero a veces el hambre de noticias y de verdad es mayor que el miedo a ser descubierto. Aquellas emisiones de La Voz de América y las emisiones religiosas de radios misioneras en lengua rusa me daban ánimos y fuerzas para la prueba que tenía por delante.

Hacia finales de agosto de 1971, el *Elagin* recibió órdenes de poner rumbo a la costa canadiense. Durante unas cuantas semanas anteriores yo había dedicado bastantes horas al día a mejorar mi forma física a base de ejercicios y de levantamiento de pesas. Estaba convencido de que, cuando llegara el momento, iba a necesitar mucha fuerza y mucha capacidad de resistencia. Algunos de mis compañe-

ros me gastaban bromas a propósito del empeño que yo ponía en hacer ejercicios físicos.

—¡Oye! ¿Vas a presentarte al concurso de Míster Universo?

Yo no me abandonaba. Solo yo sabía la razón de todo aquello.

El *Elagin* llevaba 110 hombres a bordo, y había un oficial por cada diez hombres. Me di cuenta de que el capitán era un hombre de mar honrado y justo, al que yo admiraba mucho. Pasábamos bastantes horas juntos charlando y jugando al ajedrez.

En una ocasión en que yo estaba transmitiendo información a Rusia, recibí la señal de que me iban a enviar un mensaje y me dispuse a copiarlo. Era un mensaje que se refería a mí. En el plazo de cinco días, el barco nodriza *María Ulyanova*, llamado así por la hermana de Lenin, se llegaría hasta el *Elagin* para reabastecerlo. Tenían que transferirme a bordo del *Ulyanova*, que debía a continuación poner rumbo a Rusia.

Acusé recibo del mensaje y me puse a rumiarlo alarmado. Llevaba casi seis meses en la mar. Ahora solo me quedaban cinco días de estancia en el *Elagin*, después regresaría a Rusia; quizá nunca volvería a estar cerca de un país libre. Había tenido una gran oportunidad de hacerme libre cuando estábamos frente a Los Ángeles, pero no pude correr el riesgo de ser repatriado.

Llegaron otras comunicaciones por radio diciendo que yo había sido ascendido y que los documentos que me promovían de grado me esperaban en Petropavlovsk. Eso era lo que menos me podía preocupar en aquellos momentos.

Me invadió una especie de desesperanza. Al mismo tiempo que mis pensamientos eran un torbellino dentro de mí, nuestro barco se debatía contra fuertes vientos de

proa y contra una mar soliviantada. En poco tiempo estuvimos de lleno en un ciclón. Luchábamos por avanzar, cada hombre se hallaba en un estado de tensión tan grande como el de las máquinas. Durante aquella tempestad muchos de nuestros barcos se vieron en dificultades, y tuve que hacer horas extraordinarias en la cabina de radio emitiendo y recibiendo mensajes. En la pared delante de mí, había un calendario que yo no hacía más que mirar una y otra vez. El tiempo corría; aquellos pocos días que me quedaban eran como la arena de mi vida, que iba derramándose ante mis ojos.

—Sergei —me ordenó el capitán—, ponte en contacto con las autoridades canadienses. Pide autorización para entrar en sus aguas jurisdiccionales, con el fin de resistir mejor el temporal.

—Sí, señor —respondí maquinalmente, pero al instante me di cuenta de la importancia de ese mensaje. ¡En aguas jurisdiccionales canadienses!

Aquella era la oportunidad que estaba esperando. Si nos acercábamos a la costa, cosa que no podíamos hacer en otras circunstancias, me sería posible conseguirlo. Yo tenía pensado lanzarme al agua cuando nuestro navío estuviera justo en el límite de las aguas jurisdiccionales, a doce millas de la costa, en una balsa que me había fabricado con unas tablas. Pero sabía cuál era la temperatura del agua y que podría morir de frío antes de recorrer esas doce millas. Pero ahora íbamos a *entrar* en las aguas canadienses. Este pensamiento me llenó de esperanza y de energía. De todas maneras mi decisión estaba ya tomada: no volvería a Rusia en el *Ulyanova*. No volvería a emprender aquella clase de vida.

Tomada esta decisión de escaparme *en cualquier circunstancia y condiciones*, me concentré en una sola cosa: el

momento de evadirme. Este momento podía presentarse en lo más violento del temporal.

El 3 de septiembre de 1971, hacia las 10 de la noche, me lancé a las aguas negras y agitadas. Tras cinco horas de permanencia en aquellas aguas heladas, escalé un cortado de unos setenta metros, fui precipitado en una gran grieta y todo mi cuerpo sufrió cortaduras y heridas. Estuve expuesto al frío, a la lluvia y al viento huracanado. Temblaba de manera incontrolable y sangraba por las piernas, los pies y las manos. Atravesé a nado la mitad de la bahía que me separaba del pueblo. Entonces la cabeza empezó a darme vueltas. Tenía mucho frío, estaba exhausto. Había perdido demasiada sangre. Levanté la vista un momento, antes de que me invadiera el desvanecimiento total, y la última cosa que recuerdo haber visto o haber imaginado eran las luces de un pueblecito de la costa. «Tengo que conseguirlo. Tengo que conseguirlo». Y las luces del pueblo se esfumaron.

No puedo acordarme de lo que sucedió después. Todo está para mí en nebulosa. Más tarde me lo contaron.

La mañana del 7 de septiembre, el día había amanecido gris y frío, y el viento soplaba por ráfagas en el pueblecito al borde del mar, en la costa del Pacífico, situado en la Isla de la Reina Carlota. En aquella comarca, la mayor parte de los aldeanos trabajaban en las minas. Una mujer cuya casa miraba al mar a unos veinte metros de la playa, fue a llamar por teléfono a las ocho y media y miró por la ventana. No era lo habitual que estuviese allí, pues normalmente tendría que haber estado ya trabajando a esa hora. Pero ese día se había quedado en casa. Miró hacia el mar y vio un espectáculo sorprendente: me vio surgir tambaleándome de la orilla, medio desnudo, extenuado y sangrando por mis heridas. Telefoné pidiendo ayuda y me llevaron al hospital. El médico dijo que tenía irregularida-

des cardíacas, debido a los esfuerzos que había hecho; estuve sumergido varias horas en un sueño muy profundo, del que surgía un instante de vez en cuando.

Al cabo de varias horas, oí unas voces lejanas que hablaban en un susurro una lengua que yo no comprendía. No sabía dónde me encontraba. «He vuelto al barco...», pensé presa del pánico. «No, no puede ser... esta gente habla una lengua extranjera. ¡Es el Canadá! ¡Debo de haberlo conseguido!».

Mis ojos empezaron a enfocar con mayor nitidez, miré hacia arriba y vi a una enfermera inclinada hacia mí. Me pareció la mujer más bella que yo había visto en toda mi vida. ¡Estaba vivo! ¡Estaba en Canadá! ¡Lo había conseguido! ¡Era el individuo más feliz del mundo!

Varias horas más tarde, entró un hombre y dijo que iba a servir de intérprete.

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha venido aquí? —me preguntó.

Yo apenas si podía hablar, a causa de los dolores que padecía.

—No quiero volver al barco ruso —dije.

—Bien, nos pondremos en contacto con las autoridades canadienses en Príncipe Ruperto, y ellas nos dirán lo que tenemos que hacer con usted.

Aquella misma tarde vino un avión a recogerme y me llevó a la capital de las Islas de la Reina Carlota, y de allí a Príncipe Ruperto, en la Columbia británica. Antes de partir les di las gracias a la enfermera y al médico que me había atendido en Tasa. No tenía otra cosa que ofrecerles más que mi agradecimiento y, además, no comprendía su idioma.

En Príncipe Ruperto me internaron en la sección penitenciaria del hospital. Estuve allí unos días y me trataron muy bien: una comida estupenda, reposo y los mejores cui-

dados medicos. Todo el mundo se portó conmigo maravillosamente. Me convertí en el centro de la atención y, aunque no comprendía la lengua, me di cuenta de que en Príncipe Ruperto no recibían con frecuencia la visita de marinos soviéticos. Me miraban como si fuera un ser procedente del espacio. Nadie hablaba ruso y, como yo hablaba un poco de alemán, encontraron a alguien que podía traducirme. Aquellos extranjeros me cuidaron tan estupendamente que empecé a recuperar mis fuerzas con rapidez.

Una vez restablecido, ya me fui interesando más por mi entorno. Un día, un oficial de inmigración y un intérprete me sacaron del hospital y me llevaron a darme un paseo para enseñarme Príncipe Ruperto. Casi se me salen los ojos de las órbitas cuando vi los automóviles y las hermosas casas. Debí llamar la atención de mis acompañantes, pues el funcionario me dijo:

—Aquí es donde vive la gente.

—¿Qué gente? ¿Capitalistas y hombres de negocios? —pregunté.

El se echó a reír y replicó:

—No, la gente corriente, la gente que trabaja.

¡Bueno, aquello no me lo podía creer! «En realidad te están dando un paseo de propaganda, Sergei. No caigas en la trampa».

Más tarde me dieron una revista ilustrada. Se llamaba algo así como *Interior Decoration Made Easy*. Era verdaderamente bonita, llena de fotos de cuadros, espejos, sillas, camas, alfombras y preciosas casas decoradas con muebles costosos. «¡Vaya! Esta es una revista especialmente impresa por el Gobierno para engañarme».

Me habían educado para que sospechara que cualquier cosa era propaganda y yo había llegado a aprender a no creer nunca en el Gobierno. Yo me había salido del comu-

nismo, pero el comunismo, con sus sospechas y sus desconfianzas, no había salido de mí.

Me sentí ridículo cuando con el tiempo vi que los trabajadores corrientes vivían en aquellas casas en Canadá, y que la revista no había sido preparada para engañarme.

La propaganda rusa enseña que los muy acaudalados se han hecho ricos a base de explotar a los muy pobres. Pero las casas de los trabajadores allí eran casi como palacios en Rusia, y no pude evitar darme cuenta de que todo el mundo iba bien vestido, con buenas ropas. Vi uno o dos borrachos, pero en Rusia puede uno andar en cualquier pueblo por la noche y verlos tirados por las esquinas. Nuestra propaganda nos enseñaba que había millones de parados, que se tenían que manifestar para obtener un trozo de pan, pero entonces eran terriblemente vapuleados por la policía. Aunque yo no me había creído esto del todo, mi primer contacto con un país libre durante este corto paseo en coche me reveló hasta qué punto la propaganda comunista era una enorme mentira trágica.

Cada día que pasaba sentía aumentar mis fuerzas, y empecé a pensar en mi futuro. Pero de repente, sin previo aviso, precisamente cuando mi esperanza era mayor, recibí noticias que me hundieron en la confusión, el miedo y el desaliento: era posible que me devolvieran a los rusos.

Al día siguiente me llevaron en un avión especial a Vancouver y me encerraron en la Cárcel Central. Mis sueños de libertad, de una vida y de encontrar algo en lo que creer de verdad estaban a punto de verse rotos en un millón de pedazos sin compostura posible. ¿Cómo? ¿Por qué?

No sé describir mi estado de ánimo en la prisión de Vancouver. Me encontraba solo en tierra extranjera, un país en el que había puesto mi esperanza y hacia el que había mirado confiadamente, y que ahora parecía como si se me pusiera en contra. Había preferido las aguas frías y

tormentosas del Pacífico norte a las aguas templadas de California, porque confiaba en esta tierra. Había puesto mi vida en sus manos. Había sido objeto de cuidado, de solicitud y de ayudas maravillosas por parte de todas las personas con las que me había encontrado. Y ahora resultaba que este país podía devolverme. Y devolverme a una muerte cierta. Jamás me lo habría figurado. Este solo pensamiento me tenía agobiado y obsesionado.

Tenía la sensación de estar aislado en mi celda extranjera. No podía hablar con los demás. Me sentía cruelmente traicionado y herido. Intentaba olvidar mi desgracia. Mi carcelero se hizo buen amigo mío. A veces me sacaba de la celda y me llevaba al patio de la prisión para que hiciera ejercicio. Para relajarnos, tanto él como yo, jugábamos con un balón.

Todavía tenía algunas molestias físicas, pues no me había repuesto del todo, pero no eran nada comparadas con los dolores que atormentaban mi espíritu. Tenía que hablar con alguien. En aquel desamparo sentí la necesidad de rezar a Dios. Me puse de rodillas, como había visto que hacían los creyentes. Pensé que esto podía ayudarme. Pero no sabía ninguna oración. Estaba confuso; me consideraba ridículo y me sentí avergonzado. Pero mi corazón estaba tan lleno de penas, que me puse a hablar con Dios. Era lo único que se me ocurrió hacer. No sabía si me escuchaba o no. Lo único que sé es que durante unos momentos me sentí más aliviado.

Me nombraron un abogado defensor de oficio; era un hombre simpático y un jurista muy competente, que hizo todo lo que pudo por ayudarme. Se tomó mi caso con gran interés y trabajó duro en mi defensa, cosa que le agradeceré siempre. Le pregunté por qué existía la posibilidad de que me devolvieran. Me respondió que Canadá estaba comprometido en un acuerdo comercial muy importante

con Rusia e iba a venderle trigo por valor de millones de dólares; le convenía, pues, estar en relaciones amistosas con Rusia. Las autoridades rusas habían dejado ver claramente que deseaban vivamente que me pusieran en sus manos. Me explicó que mi estancia allí podía perjudicar las relaciones entre Canadá y Rusia. A esto se añadía que al mes siguiente se esperaba la visita de Kosygin y Canadá no deseaba disgustarle.

Solo en mi celda, pensé: «Ya se acabó. Me devolverán».

Había intentado y había conseguido, a base de grandes sacrificios, encontrar una nueva patria solo para verme ante el peligro de ser devuelto. Inmerso otra vez en la desesperanza, aquella noche volví a hablar con Dios. Por último acabé cayendo en un sueño intranquilo.

Los días siguientes fueron para mí días de miedo y de incertidumbre. Cada vez que oía pasos aproximándose por el pasillo de la cárcel pensaba que podían ser los guardias que venían a buscarme. Había barcos rusos fondeados en el puerto de Vancouver. Sería sencillísimo entregarme en cuestión de minutos. Tenía el espíritu atormentado. En cuanto estuviera en manos rusas, la suerte de Kurdika, que fue apaleado y pateado cuando se apoderaron de él, me parecía clemente comparada con la que me podía esperar. Durante aquellos días y aquellas noches de soledad y de angustia, hablé frecuentemente con Dios, puesto de rodillas.

Una noche estaba tan acongojado que no me podía dormir. Apagué la luz a las dos de la madrugada, pero permanecí despierto en la oscuridad de mi celda. Hacia las dos y media oí voces de hombre y pasos que se acercaban por el pasillo. Se detuvieron delante de mi celda. «Ya está», pensé.

Oí el ruido de las llaves y se abrió la puerta. Se encendió la luz y vi a unos cuantos hombres vestidos de paisano.

—Venga usted con nosotros —me dijo uno de ellos—. Tome todas sus cosas. Vamos a dar un paseo por la ciudad.

¿Visitar la ciudad a las dos y media de la madrugada? Allí se estaba tramando algo extraño. Me sacaron precipitadamente por la puerta trasera de la cárcel y me hicieron subir a un coche de la policía sin señales externas, que allí esperaba. Dentro había tres agentes vestidos de paisano. El conductor arrancó. Aunque eran las dos y media, las farolas estaban encendidas y pude ver lo grande y bonita que es Vancouver. Era la primera gran ciudad que veía en el mundo libre. Recorrimos las principales calles y después nos metimos por calles laterales y por otras más estrechas a gran velocidad. De pronto, el conductor dio media vuelta y empezó a recorrer el camino al revés, volviéndose a meter por calles oscuras y tortuosas, buscando con giros bruscos las callejas secundarias; los neumáticos chirriaban en todos aquellos rápidos giros.

Aquel «tour» a través de la ciudad duró casi dos horas. Por último, hacia las cuatro y media, el conductor detuvo el vehículo y entró en una cafetería abierta toda la noche, hizo una llamada por teléfono y salió. Dijo:

—Está bien. Todo listo. Podemos ir.

Volvimos a ponernos en marcha. Nos dirigimos hacia el aeropuerto de Vancouver, nos metimos por la pista y nos acercamos a un gran avión que allí esperaba. Subimos a bordo. Había muy pocas personas, incluidos los agentes que me acompañaban.

Volamos a través de Canadá, de frente al día que estaba naciendo, y aterrizamos en Montreal. Me metieron rápidamente en otro coche de la policía sin distintivos, entre dos agentes. Me trasladaron a la ciudad de Quebec. Aquí, me llevaron a una cárcel que está en una isla en medio del río San Lorenzo y me encerraron en una celda. En aquellos momentos yo ignoraba que el barco soviético *Ale-*

xander Pushkin iba a remontar el río San Lorenzo y a atracar en el puerto a unos cientos de metros de donde yo me encontraba encarcelado.

Yo tenía para mí que el hecho de haber sido evacuado secretamente de Vancouver y de haberme traído en avión era un preámbulo verosímil cuidadosamente preparado para entregarme a los rusos a los pocos días. Se había dado mucha publicidad a mi caso en la Columbia británica, y mucha gente me había manifestado sus sentimientos de amistad. Por eso pensaba que me entregarían en un lugar lejos de donde yo era conocido: en el otro extremo de Canadá. Para mí solamente había dos razones que explicaran aquel cuidadoso secreto, las vueltas del coche por las calles de Vancouver y el vuelo especial a través de Canadá: o bien deseaban protegerme de enemigos desconocidos, o bien –con mucha mayor probabilidad– iban a entregarme sin ruido a los rusos, sin llamar la atención. En aquellos momentos no me cabía duda de que esta última era la razón verdadera de todo aquello.

Allí en Canadá occidental algunos de mis nuevos amigos se propusieron ayudarme. Una persona que no ha podido ser identificada nunca llamó a Pat Burn, que llevaba un programa popular de radio en Vancouver, consistente en entrevistas a personajes muy diversos, y le informó de que me habían sacado ocultamente de Vancouver la noche anterior. Mr. Burns había contado mi historia en la radio y se había interesado por mi caso. Temiendo que me repatriasen de un momento a otro, actuó rápidamente. Durante una emisión en directo llamó por teléfono a Ottawa, a un miembro del Parlamento, que era representante de Vancouver.

Mr. Burns le contó lo que había sucedido. Entonces, el miembro del Parlamento fue a la Cámara e interpelló al primer ministro, Mr. Pierre Trudeau, preguntándole si el

Gobierno canadiense tenía la intención de devolverme a los rusos. El parlamentario Mr. Winch pidió al primer ministro que diera una respuesta pública. Había allí representantes de la prensa y estos publicaron el incidente.

Ahora que mi situación era conocida públicamente, las autoridades no podían devolverme y el peligro había pasado. Nunca he podido saber hasta qué punto estuve realmente en peligro de ser repatriado. Pero para mí el peligro fue evidente.

Mientras, yo seguía en mi celda, con el alma en vilo, rezando y esperando. Ignoraba que aquellas desmañadas oraciones mías, dirigidas a un Dios de quien ni siquiera estaba yo seguro si me oía, habían recibido respuesta.

Cuando por fin me dieron la noticia: «Puede usted quedarse en Canadá», tuve la impresión de ser el hombre más libre del mundo, aun cuando todavía estaba en la cárcel. Y me puse a rezar y a dar gracias a Dios, que había respondido a mis oraciones, a pesar de haberme portado tan mal en mi vida con El y con sus hijos.

Permanecí todavía unas cuantas semanas en diversas cárceles canadienses, mientras me arreglaban los papeles y se procedía a investigar la autenticidad de mi historia, pero como ya sabía que no iba a ser repatriado, estaba poco menos que en la gloria. Tocaba la guitarra; cantaba; componía canciones. Recibía cartas desde todos los puntos del Canadá, de personas que habían leído mi historia. Vinieron unos amigos a visitarme. Yo estaba muy agradecido al Gobierno canadiense por el desarrollo de todas aquellas gestiones; siempre le agradeceré sus amabilidades.

También recibí la visita de otras personas menos gratas. Un día el segundo secretario de la Embajada soviética vino a verme. Habló conmigo en presencia de las autoridades canadienses y me dijo:

—Comprendemos que eres joven y has cometido un error. Si vuelves con nosotros te lo perdonaremos todo y lo olvidaremos. Te repondremos en el mismo puesto que tenías, y todo volverá a ser como antes.

Le respondí que jamás lo haría. Entonces, me entregó una carta de Olga, una buena amiga que yo tenía en Rusia, en la que me rogaba que regresase, que todo sería olvidado... las mismas cosas, palabra por palabra, que me había dicho el oficial de la Embajada.

Volví a decir que no, y entonces el funcionario ruso manifestó:

—Kourdakov, un día vendrás a suplicarnos que te autoricemos a regresar.

Muy poco tiempo después de esto, mis papeles de inmigración estuvieron legalizados y me comunicaron que era un hombre libre, que podía salir de la cárcel y empezar una nueva vida en Canadá. Estando en la cárcel, había recibido la visita de un empleado de una oficina gubernamental y me dijo más o menos:

—Kourdakov, hemos estudiado tu historia con todo detalle, desde el comienzo hasta el final. Hemos introducido todos los datos en un ordenador especialmente programado para analizarlos: la temperatura del agua, la dirección y la fuerza del viento, la violencia de la tempestad, la distancia del barco a la orilla, la altura de las olas... incluso tu fuerza física. Pues bien, nuestros científicos han introducido todos estos datos en el ordenador y el resultado del análisis efectuado por este es que usted no puede haber sobrevivido. Esa es la conclusión a la que ha llegado nuestro ordenador. ¿No habrá algo, aunque sea una insignificancia, que se haya usted olvidado de decir concerniente a aquella noche?

Reflexioné unos momentos, y a continuación dije:

—La sola cosa que no he mencionado es que le recé mucho a Dios.

Aquel señor se marchó y volvió al cabo de algunos días.

—Sergei —me comunicó—, te interesará saber que cuando se introdujeron en el ordenador todos los datos, incluyendo el de tu oración a Dios, la máquina respondió que tu éxito y tu supervivencia eran posibles. Ahora creemos tu historia.

Me quedé atónito. ¿Qué podrá saber un ordenador acerca de Dios?

Después ya me explicaron que la oración que yo había dirigido a Dios fue considerada como una «fuerza psicológica» y que esa gran fuerza psicológica, junto con mi fuerza de voluntad fueron los factores «motivadores» que hicieron posible que yo sobreviviera.

Abandoné, pues, la cárcel de Quebec y me fui ya como hombre libre, a alquilar una habitación en un pequeño hotel. Durante mi estancia en aquel hotel, e incluso antes de estar allí, hubo muchas personas maravillosas que tomaron contacto conmigo para ofrecerme su ayuda, un trabajo, una habitación. Incluso llegué a recibir una curiosa oferta de empleo: el promotor de una competición de natación en el lago Ontario me escribió diciéndome que se había encargado de organizar un gran concurso de natación para el verano siguiente, y me ofrecía 150 dólares si yo aceptaba estar presente en el concurso y nadar veinticinco millas. «Todo el mundo lo conoce a usted como un gran nadador», escribía, «vendrán de todas partes para verle nadar. Podemos hacer un gran negocio juntos».

Es verdad que soy un buen nadador, pero le escribí diciéndole que fue Dios quien me ayudó a nadar durante tanto tiempo en el océano y, por lo tanto, no podía aceptar su ofrecimiento.

En aquellos momentos yo tenía dos grandes preocupaciones. La primera era mantener la promesa que le había hecho a Dios de ponerme a su servicio. La segunda, encontrar trabajo en Canadá, con el fin de estabilizarme y llegar a ser el hombre que yo quería ser. Estaba convencido de que me resultaría mucho más fácil esto segundo que lo primero.

Decidí que encontrar a Dios era mi tarea prioritaria. Pero ¿cómo?, ¿dónde? No sabía prácticamente nada acerca de Dios y no conocía a ningún ministro con quien hablar de El. De todas formas, yo había visto una gran iglesia en el centro de Quebec, la iglesia católica de Santa Ana, y decidí ir allí. «Si eso es una iglesia, allí encontraré a Dios».

Entré en el edificio sin saber qué hacer. Entraron algunas personas y decidí hacer lo que ellas hicieran. Avanzaron hacia adelante y se arrodillaron. Yo hice lo mismo. Las observaba detenidamente para ver lo que tenía que seguir haciendo. Se pusieron a rezar, y yo hice igual, aunque sin saber muy bien qué decir en mi oración; tenía un hondo sentimiento de ser torpe e indigno de encontrarme en aquella casa de Dios. Había dado palizas y matado a creyentes. Había desbaratado más de 150 reuniones secretas en Rusia. Había quemado Biblias. Había herido a ancianas y a muchos creyentes. No era digno de estar en la casa de Dios. Sin embargo, empezó a invadirme una sensación de sosiego y empecé a hablar con Dios, igual que lo hiciera cuando estaba en pleno océano o en la cárcel.

Tenía el corazón tan acongojado... era como un hombre que busca pan y no lo encuentra. Sabía que allí, en aquella iglesia tan bonita, estaba cerca de Dios, pero sentía ansias de estar todavía más cerca de El. Aquella belleza y aquella paz se apoderaron de mi corazón, y me pareció que se me quitaba un peso de encima. Pero todavía buscaba algo más. Si aquello era lo que Dios ofrecía, yo lo deseaba

con todas mis fuerzas. Después de tres horas de oración, tuve la impresión de haber sido ayudado, pero mi corazón seguía insatisfecho: deseaba algo parecido a lo que los creyentes de las iglesias clandestinas tenían. Deseaba tener lo que Natacha poseía.

Abandoné la iglesia y volví a mi pequeña habitación. Allí me encontré un recado de que había alguien que deseaba hablarme de un empleo. Debía ir a una determinada dirección para tener una entrevista. Dos muchachos búlgaros, que se habían refugiado en Canadá unos meses antes, me servirían de intérpretes. Les dejé otra nota diciéndoles a dónde iba y me dirigí al lugar que me habían indicado. Había varias personas esperándome. Pero no se iba a hablar de ningún empleo. Eran miembros del FLQ, la organización terrorista de separatistas franceses de Quebec, que habían lanzado bombas e incluso asesinado a diplomáticos en su lucha para separarse de Canadá. Tenían una fuerte vinculación con los comunistas y estaban sostenidos por ellos. En cuanto eché una vista a mi alrededor me di cuenta de que aquello no tenía nada que ver con un empleo. Era una trampa.

—Kourdakov —me amenazaron—, si alzas tu voz una sola vez para decir cosas que no debes decir, serás reducido al silencio.

Intenté conversar con ellos para ganar tiempo y ver la forma de salir de aquello. A todo esto, llegaron mis amigos búlgaros. Habían recibido mi nota y vinieron corriendo. Me marché con ellos inmediatamente, con aquellas palabras amenazadoras zumbándome en los oídos. Comprendí con toda claridad que incluso allí, siendo ya hombre libre, no me dejarían tranquilo. Moscú no dejaba de estar al acecho.

En Quebec fui seguido continuamente por un hombre de la Embajada rusa, que me pisaba los talones a todas

partes donde iba. La Policía Montada me advirtió que en el puerto de Montreal había un barco soviético y que tenía que estar alerta.

—Avísenos usted, si recibe alguna amenaza —me aconsejaron.

Dado que en Quebec el FLQ y los comunistas eran un peligro tan grande para mí, hice planes para marcharme a Toronto. En Montreal había un cónsul ruso y en Ottawa se encontraba la Embajada rusa; yo quería alejarme de ambos sitios. Llegué a Toronto y me alojé con una familia rusa que había leído mi historia y me ofreció un sitio en su casa.

El Gobierno canadiense me pagó un curso de inglés en la Universidad, y me dediqué a aprender esa nueva lengua.

Pero en mi interior seguía viva la necesidad de Dios. Sentía un hambre espiritual difícil de explicar. Tenía la impresión de que no sería un hombre completo hasta satisfacer esas necesidades espirituales. No es que sintiera remordimientos por haber maltratado y matado a creyentes. Yo tenía como una especie de seguridad de que Dios me lo había perdonado; lo había hecho por ignorancia. Aquellos sentimientos míos eran una genuina y profunda necesidad espiritual en mi vida. Estaba convencido de que nunca sería un hombre verdaderamente libre hasta que mi espíritu no fuera tan libre como ya lo era en lo físico.

Recordé haber oído a un creyente, durante un interrogatorio, que los creyentes con frecuencia ayunaban cuando rezaban para obtener algo que necesitaban mucho. Pensé que quizá era eso lo que yo tenía que hacer.

Me dirigí, pues, a la iglesia de Toronto que frecuentaba junto con la familia que me había albergado. Aquella iglesia estaba siempre abierta para quienes desearan ir a rezar.

No había nadie, así es que me fui hacia delante y empecé a rezar. Permanecí allí dos días, tomando solamente

agua. No sabía qué palabras emplear, pero mi corazón rezaba por mí. Mi corazón podía expresar lo que yo sentía. Después de esos dos días, durante los cuales dormí solo tres horas cada noche, desde las 3 hasta las 6 de la mañana, salí de la iglesia y reanudé mis clases.

Me sentía espiritualmente fortalecido, pero seguía echando de menos algo. Había recibido una tarjeta de Valentina Bubovich, una joven rusa, bibliotecaria de una Universidad próxima a Toronto. Me decía que era cristiana. Como tenía su dirección, le escribí. Me invitó a ir a su iglesia, cosa que hice gustoso.

Cuando entré en la iglesia, reconocí algo que me era familiar. Recordando los cánticos, el espíritu y la comunión que había observado en las iglesias clandestinas rusas, exclamé:

—¡Esto es como en Rusia!

Empecé, pues, a frecuentar las iglesias ucranianas de Toronto y encontraba en ellas un espíritu maravilloso... especialmente entre la gente joven. Conocí a un pastor que había oído hablar de mí, y estuve charlando con él. Yo le conté que mi corazón continuaba estando vacío y que me notaba como si estuviera incompleto, que me faltaba algo, a pesar de la libertad física de que ahora disfrutaba. Le expuse las ganas interiores que yo tenía de creer en Dios y de servirle. El comentó:

—Lo comprendo.

Respondió a muchas preguntas mías, me enseñó las verdades de la Biblia y me mostró el camino hacia Dios. Siempre le estaré agradecido por todo ello.

Un día, durante una función religiosa en la iglesia, me preguntó:

—Sergei, ¿estás dispuesto a dedicar plenamente tu vida a Dios?

—Sí —le respondí.

Mientras rezábamos, algo se produjo en mí... algo definitivo, concreto y positivo. Noté un cambio. Sentí que me llenaba la paz de Dios. Me di cuenta de que había terminado aquella larga, larguísima búsqueda mía. Entregué mi vida a Jesucristo y Él entró en mi vida. Mi vida comenzó de nuevo aquel maravilloso día, y por fin la inquietud, el vacío, la aspereza y la nada que había en mi vida fueron eliminados por la presencia de Jesucristo. Me sentía maravillosamente a gusto; ¡pensar que ahora yo también era un creyente, como Natacha, como el pastor Litovchenko, como los otros creyentes a quienes había perseguido! ¡Ahora yo era uno de ellos!

El pastor siguió dándome sus consejos con frecuencia y así me fui formando como cristiano. Un día me dijo:

—Sergei, eres cristiano y debes tener una Biblia en tu propio idioma —y me entregó una pequeña Biblia en ruso.

Aquello fue como si me hubiera caído un rayo. No podía creer a mis ojos. El pastor observó mi impresión y me preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

—Esta Biblia —respondí—. He visto una igual que esta antes de ahora.

—¿Dónde?

—Es la misma clase de Biblia que vi en algunas iglesias clandestinas de Rusia.

La abrí y la ojeé. Sí, lo era. Era la misma Biblia.

—Es muy posible —repuso el pastor—. Es una de las Biblias que se imprimen y se introducen en Rusia por la organización llamada «Underground Evangelism».

—¿Dónde puedo encontrarme con ellos? —pregunté—. Deseo darles las gracias y decirles que sus Biblias llegan a su destino.

Conseguí la dirección de «Underground Evangelism» y pedí a un amigo que llamara por teléfono. Hablé con el

presidente, L. Joe Bass, quien me dijo que descaba hablar conmigo y que pasaría por Toronto en un próximo viaje que iba a hacer a Europa. Cuando llegó Mr. Bass me entrevisté con él durante varias horas. Conocí el trabajo que esta organización estaba llevando a cabo para ayudar a los creyentes perseguidos de Rusia y otros países comunistas, y le di las gracias en nombre del pueblo ruso.

Ya había terminado mi curso de inglés y pronto estaría preparado para emprender un trabajo. Me habían hecho una buena oferta, por parte de una firma de electrónica, como ingeniero de radio, y me parecía que mi porvenir se presentaba optimista. Me iban a dar un buen sueldo, podría comprarme un coche, después casarme, fundar una familia y tener un hogar. Todo esto era muy alentador para mí.

No obstante, aunque todos estos felices pensamientos me llenaban de satisfacción, no podía olvidar mis experiencias en Rusia. No podía olvidar los miles de creyentes que todavía seguían siendo maltratados allí por causa de su fe. No podía olvidar al joven que me habría sustituido como jefe de la escuadra de operaciones especiales. No podía olvidar las Biblias que eran quemadas y las iglesias que se reunían clandestinamente. No podía olvidar a los millones de jóvenes rusos, como yo, que se encontraban desorientados, sin ilusión, vacilantes en una búsqueda de la verdad. Tenía que hacer todo lo posible para ayudarles. Empecé a dar conferencias en las iglesias y charlas en la televisión, explicando lo que para mí había significado la conversión a Cristo y pidiendo que rezaran por mi pueblo. Tuve muchas intervenciones públicas hablando de la persecución religiosa en Rusia.

Un día, al salir de la estación de metro Dundas West, en Toronto, para dirigirme a casa, me di cuenta de que me estaban siguiendo. Me detuve en seco y di media vuelta.

Tres hombres tremendamente corpulentos casi se dan de narices conmigo. Uno de ellos, en perfecto ruso, me dijo:

—Si sabes lo que te conviene, Kourdakov, procura mantener la boca cerrada y no hablar más. Si abres la boca, sufrirás un «accidente definitivo». Recuérdalo; ya has sido advertido.

Dieron media vuelta y desaparecieron. Seguí mi camino hacia casa con el pensamiento puesto en lo que me habían dicho.

Yo conocía a la policía soviética, pues había sido uno de ellos, y conocía igualmente sus métodos. Aquello no era una amenaza hecha a la ligera. Tenía que considerar la responsabilidad que yo tenía con respecto a mi pueblo y, especialmente, con quienes estaban perseguidos por su fe. Si yo guardaba silencio, ¿quién hablaría por ellos? ¿Quién se enteraría de sus sufrimientos? Llegué a la conclusión de que, puesto que yo les había quitado la vida, tenía una deuda contraída con ellos. Decidí no poner en conocimiento de las autoridades la amenaza que me habían hecho. Después de todo, la determinación de hablar era mía y yo debía cargar con esa responsabilidad.

Claro que yo deseaba tener un hogar, una familia y llevar una vida normal, de la que nunca había podido disfrutar. Pero antes de preocuparme por mi propia vida y ponerla en primer lugar, tenía que pensar en los que había dejado atrás. Tenía que contar su historia y ayudarles. Tenía que mostrar a todos, y en especial a los jóvenes, por medio de mi propio ejemplo, que hay un Dios y que puede cambiar incluso la vida más depravada, como lo había hecho con la mía.

El alma del gran pueblo ruso no ha muerto. No ha sido sofocada por una ideología extraña, impía u hostil. Nunca morirá, mientras existan hombres como Alexander Solzhenitsyn y mujeres como Natacha Zhdanova, y millo-

nes de otras personas como ellos, en quienes la llama de la fe y de la integridad no está apagada. En efecto, en miles de iglesias clandestinas y en millones de vidas a lo largo y a lo ancho de Rusia la luz de la fe brilla con mayor resplandor, avivada por la brutal persecución que están padeciendo. Un día esos millones de temblorosas lámparas de fe y de integridad, arderán con toda su fuerza y estallarán en una gigantesca hoguera de fe.

Tengo en mi corazón un mensaje para esos creyentes de Rusia que tanto han contribuido a cambiar mi vida. He tratado de transmitirles ese mensaje en este libro, con la esperanza de que algún día les llegará, de una manera o de otra, y lo comprenderán.

A la señora Litovchenko, la esposa paralítica del pastor que asesinamos aquel domingo por la tarde a orillas del río Elizovo: Desearía poder decirle hasta qué punto estoy dolido, mucho más de lo que jamás podrá usted imaginarse.

A Nina Rudenko, aquella encantadora muchachita cuya vida fue destrozada por mi equipo de asalto: Te pido que, por favor, nos perdonen.

Y, por último, a Natacha, a quien azoté tan salvajemente y que estuvo dispuesta a que la azotaran por tercera vez por causa de su fe, deseo decirle: Natacha, en gran parte ha sido gracias a ti como mi vida ha cambiado y soy un creyente en Jesucristo como tú. Tengo una nueva vida por delante. Dios me ha perdonado; espero que tú también me perdones.

Gracias, Natacha, dondequiera que estés.

¡Jamás te olvidaré! ¡Jamás!



NOTA DEL EDITOR

Poco tiempo después de haber escrito este libro, Sergei murió.

Dedicó lo que él llamaba su «nueva vida» a mostrar a los cristianos de América del Norte la situación en que se encontraban los cristianos rusos y a pedirles, rogándoselo en su nombre, que les enviaran Biblias y ayudas.

Entre los meses de enero y abril de 1972, habló en muchas iglesias de Canadá.

El 1 de mayo de aquel mismo año, se unió al «Underground Evangelism», una organización que proporciona Biblias y asistencia a la Iglesia perseguida en el mundo comunista.

Habló en las iglesias, en la televisión; concedió entrevistas a los periódicos y tuvo conversaciones con funcionarios del Gobierno, contándoles la historia de la persecución comunista y de la actuación de sus antiguos camaradas de la policía soviética.

Emprendió unos estudios bíblicos y trabajó en la redacción de este libro; manifestó que se sentiría feliz dirigiéndose a la juventud rusa a través de la radio. En el momento de su muerte, estas emisiones estaban a punto de iniciarse.

Sergei ya había advertido que, si le sucedía alguna cosa, «tendría toda la apariencia de un accidente»; pero él seguía tan optimista el camino que se había trazado, mirando con esperanza al futuro.

Se hizo muchos amigos en todas partes por donde pasó. Entre ellos había una familia cristiana de Los Angeles, que lo adoptó como hijo y en cuya casa se alojaba cuando pasaba por aquella ciudad.

Varias veces expresó la impresión que tenía de que su vida estaba amenazada y pidió prestado un revólver al padre de aquella familia para poder defenderse. Lo llevaba consigo cuando, en compañía de la hija de esa misma familia, fue a una estación de esquí cercana a Los Angeles.

El 1 de enero de 1973, murió en el acto de un disparo con aquel mismo revólver. En un primer momento se difundió la noticia de que se había suicidado, pero pronto se rechazó esa posibilidad.

Se procedió a una investigación y en marzo de 1973 se dictaminó que su muerte había sido accidental.

Aquel mismo día Sergei cumplía 22 años.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Capítulo I | |
| TEMPESTAD EN EL PACÍFICO | 7 |
| Capítulo II | |
| LA LUCHA POR SOBREVIVIR | 17 |
| Capítulo III | |
| LA FAMILIA QUE NO TUVE | 27 |
| Capítulo IV | |
| EL HUÉRFANO VAGABUNDO | 37 |
| Capítulo V | |
| AVENTURAS Y TERROR EN VERKH-IRMEN | 51 |
| Capítulo VI | |
| GUERRA ABIERTA A LOS «TÍOS» Y A LAS «TÍAS» | 65 |
| Capítulo VII | |
| REY DE BARYSEVO | 85 |
| Capítulo VIII | |
| LA VIDA CRIMINAL SE APRENDE | 97 |
| Capítulo IX | |
| ESCOJO UNA CARRERA MILITAR | 109 |
| Capítulo X | |
| DESTINADO A «LOS OJOS DE RUSIA» | 135 |

| | |
|--|-----|
| Capítulo XI | |
| A LAS ÓRDENES DE LA POLICÍA SECRETA | 143 |
| Capítulo XII | |
| LA PRIMERA INCURSIÓN: ¡UN DESASTRE! | 165 |
| Capítulo XIII | |
| MUERTE REPENTINA EN ELIZOVO | 177 |
| Capítulo XIV | |
| «¡APODERAOS DE LA LITERATURA!» | 201 |
| Capítulo XV | |
| ES USTED NUESTRO HOMBRE «NÚMERO UNO» | 213 |
| Capítulo XVI | |
| LA HERMOSA <i>RELIGIOZNIK</i> | 225 |
| Capítulo XVII | |
| MÉTODOS POLICIALES | 243 |
| Capítulo XVIII | |
| PALABRAS OBSESIONANTES | 265 |
| Capítulo XIX | |
| LA ÚLTIMA INCURSIÓN | 273 |
| Capítulo XX | |
| EN BUSCA DE UNA VIDA NUEVA | 289 |
| NOTA DEL EDITOR | 313 |

astor

*Grandes relatos, historias de superación y novelas
con contenido para lectores exigentes.*

EL ÚLTIMO CRUZADO

La vida de D. Juan de Austria

Louis de Wohl

10ª edición

PEÑAGRANDE

Miguel Martín

EL ESBIRRO

Sergei Kourdakov

21ª edición

ATILA. EL AZOTE DE DIOS

Historia de Atila, el rey de los Hunos

Louis de Wohl

4ª edición

JUANA DE ARCO

La chica soldado

Louis de Wohl

2ª edición

DEL ISLAM AL CRISTIANISMO:

MI HISTORIA

Sabatina James

2ª edición

UN LARGO CAMINO

La historia real de una huida

hacia la libertad

Slavomir Rawicz

CORRER PARA VIVIR

De los campos de exterminio de Sudán a las olimpiadas

Lopez Lomong

2ª edición

SEÑOR DEL MUNDO

Robert Hugh Benson

2ª edición

EL REFUGIO SECRETO

Corrie ten Boom



astor

NOVA

*Colección que responde a los intereses e inquietudes de jóvenes
y adolescentes: amistad, sentimientos, familia, amor...*

AQUEL VERANO

Miguel Aranguren

7ª edición

LA VICTORIA DEL SOL

Tomás Alfaro

3ª edición

CORRE, BENITO, CORRE

José Luis Olaizola

2ª edición

JUNIA

Michael E. Giesler

4ª edición

DESDE UN TREN AFRICANO

Miguel Aranguren

3ª edición

LOS ÚLTIMOS FARAONES

Aventura de «Salix Aurea» II

Jacinto Forment

MONZÓN SOBRE BOMBAY

Miguel Aranguren

2ª edición

PALABRAS EN LA ARENA

José Ramón Ayllón

4ª edición

NOCTURNO

Santiago Herraiz Solla

QUERIDO BRUTO

Novela histórica sobre la vida de Julio César

José Ramón Ayllón

LOS GUARDIANES DEL AGUA

Miguel Aranguren

2ª edición

EL LIBRO DE SYKEM

Julio César Romano

NIEVE SOBRE PICASSO

Luis Grimaldi

ÚNICO

Solo tengo una vida... y es mía

Alison Allen-Gray

2ª edición

GRANO DE TRIGO

Michael E. Giesler

ME DEBES UN BESO

Lucía Martínez Alcalde

2ª edición

LA TIERRA DE LOS HOMBRES LIBRES

Pablo Martínez

www.palabra.es

Telfs.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39

comercial@palabra.es